La corona del pastor

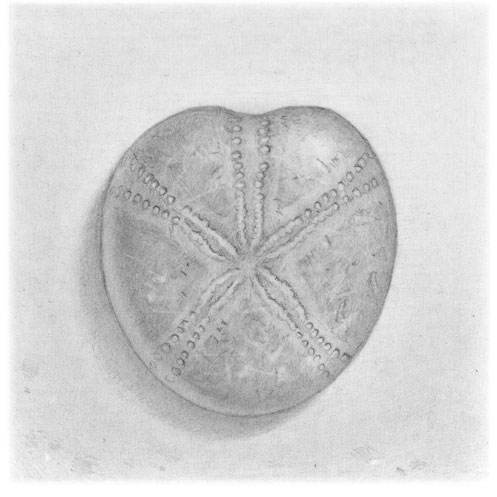
Terry Pratchett & Lyn Pratchett

Traducción: Manuel Viciano Delibano

Dedicado a Esmerelda Ceravieja.

Ojo por dónde andas





# PRÓLOGO

Una corona en la Caliza

Nació en la oscuridad del mar Circular, al principio solo como una sustancia blanda que flotaba, empujada adelante y atrás por una marea tras otra. Desarrolló un caparazón, pero en su mundo vertiginoso había criaturas enormes que podrían haberlo partido en un instante. Pese a todo, sobrevivió. Su tenue vida quizá hubiera seguido transcurriendo del mismo modo hasta que los peligros del oleaje y las otras cosas que flotaban en el mar le hubieran puesto fin, de no ser por la charca.

Era una charca cálida, en lo alto de una playa, que de vez en cuando se rellenaba con alguna tormenta llegada del Eje, y en ella la criatura se alimentó de cosas incluso más pequeñas que ella y creció hasta reinar. Habría crecido más si un verano caluroso la mirada iracunda del sol no hubiera evaporado toda el agua.

Y así la pequeña criatura murió, pero dejó su caparazón, que albergaba la semilla de algo afilado. La siguiente marea tormentosa se lo llevó de la charca y lo dejó encajado en el litoral, donde fue rodando arriba y abajo con los guijarros y demás restos de las tormentas.

El oleaje marcó el ritmo de las eras hasta que el mar se secó y se retiró de la tierra, y el pinchudo caparazón de aquella criatura, muerta tanto tiempo atrás, se hundió bajo las capas de cascarones de otras pequeñas criaturas que tampoco habían sobrevivido. Y allí permaneció, con un núcleo afilado que crecía poco a poco en su interior, hasta el día en que lo encontró un pastor que cuidaba de su rebaño en las colinas que habían pasado a conocerse como la Caliza.

El pastor recogió aquel objeto extraño que le había llamado la atención, lo sostuvo en la mano y le dio vueltas. Era basto pero a la vez no lo era, y le encajaba en la palma de la mano. Tenía una forma demasiado regular para ser sílex, y sin embargo tenía corazón de pedernal. La superficie era gris como una piedra, pero con un atisbo de oro por debajo. Tenía cinco rugosidades a intervalos regulares, casi como franjas, que se alzaban desde una base más o menos lisa hasta la periferia elevada. El pastor ya había visto antes cosas semejantes, pero aquella parecía distinta… y casi le había saltado a la mano.

Se le cayó mientras le daba vueltas y más vueltas, y tuvo la sensación de que intentaba decirle algo. Era una bobada, lo sabía, y aún no había tomado ninguna cerveza, pero aquel objeto extraño parecía llenar su mundo. Se reprendió por ser tan zopenco, pero aun así lo recogió del suelo y se lo llevó a la taberna para enseñárselo a sus amigos.

—Mirad —les dijo—, ¿a que parece una corona?

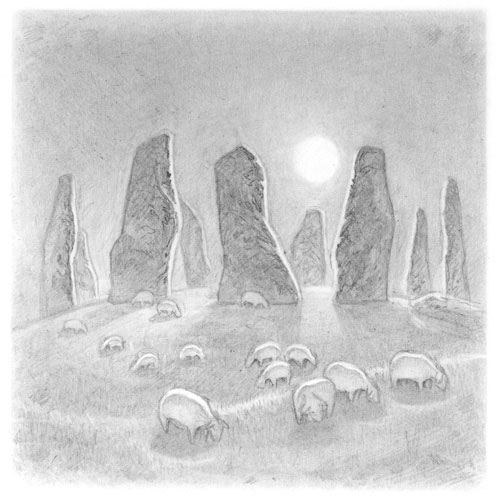
Por supuesto, un amigo suyo rió y respondió:

—¿Una corona? ¿Y para qué quieres tú una corona si no eres rey, Daniel Dolorido?

Pero el pastor se llevó a casa su hallazgo y lo dejó con delicadeza en la repisa de la cocina, donde guardaba las cosas que le gustaban.

Y allí, con el tiempo, cayó en el olvido y se descolgó de la historia.

Pero no para los Dolorido, que fueron transmitiéndolo de generación en generación…



# CAPÍTULO 1

Donde diga el viento

Era uno de esos días que se atesoran en el recuerdo. En lo alto de las lomas, muy por encima de la granja de sus padres, Tiffany Dolorido casi creyó alcanzar a ver el final del mundo. El aire era claro como el cristal, y el viento fresco arremolinaba las hojas muertas del otoño en torno a los fresnos, que se sacudían las ramas para ir haciendo sitio a los brotes nuevos que llegarían en primavera.

Tiffany siempre se había preguntado por qué crecían árboles en aquel lugar. La abuela Dolorido le había contado una vez que allí arriba había viejos senderos, hollados en tiempos en los que el valle de abajo era un pantano. La abuela decía que por eso antiguamente todo el mundo se construía las casas en alto, para estar lejos del pantano y de quienes quisieran saquear su ganado.

Quizá los viejos círculos de piedras que encontraron allí les dieran alguna sensación de resguardo. O quizá fuesen ellos mismos quienes los levantaran. Su origen no estaba nada claro… pero aunque nadie se lo creyera a pies juntillas, todos sabían que eran cosas que tal vez conviniera dejar en paz. Por si acaso. Al fin y al cabo, aunque un círculo pudiera ocultar antiguos secretos o riquezas, bueno, ¿de qué servían a la hora de cuidar ovejas? Y aunque muchas de sus piedras habían caído, ¿y si quien estuviese enterrado debajo no quería que lo sacaran? Estar muerto no significaba que no se pudiera coger un buen cabreo. Pero ni de lejos.

Sin embargo, la propia Tiffany había utilizado una vez un grupo particular de piedras para cruzar al País de las Hadas, un País de las Hadas muy distinto del que aparecía en El libro de cuentos de hadas del buen infante, y ella sabía que los peligros eran reales.

Aquel día, por algún motivo, había sentido el impulso de subir hasta las piedras. Como toda bruja sensata, llevaba botas duras con las que podía atravesar cualquier terreno, botas buenas y sensatas como ella. Pero no le impedían sentir su tierra, sentir lo que le decía. Había empezado como un cosquilleo y se había convertido en un picor que le entraba por los pies y exigía su atención, que la apremiaba a dar zancadas en dirección a las lomas, a visitar el círculo, incluso mientras tenía la mano metida en el trasero de una oveja para intentar solucionar un cólico de los serios. Tiffany no sabía por qué tenía que ir a las piedras, pero ninguna bruja dejaba pasar lo que podía ser una convocatoria. Y los círculos estaban alzados como protección. Para proteger su tierra, defenderla de lo que pudiera cruzar…

Había partido hacia allí sin perder tiempo, con el ceño un poco fruncido. Pero allí arriba, en la cima de la Caliza, todo estaba bien. No sabía por qué, pero siempre lo estaba. Incluso aquel día.

¿O quizá no? Para sorpresa de Tiffany, no era la única que había sentido la llamada del viejo círculo. Al volverse en el aire fresco y limpio, escuchando el viento y notando el baile de las hojas entre sus pies, captó un destello de pelo rojo, un atisbo de piel azul tatuada… y un murmullo que decía «pardiez» mientras una bocanada de hojas, más juguetona que las demás, se enredaba en las cuencas oculares de un casco de cráneo de conejo.

—La mesmísima kelda enviome hasta aquí para ojear las piedriñas estas —dijo Rob Cualquiera desde su atalaya en unas rocas cercanas. Escudriñaba el paisaje como si buscara asaltantes, vinieran de donde viniesen. Sobre todo si salían de un círculo—. Comu a algún papaberzas de esos ocúrrasele volver para probar de nuevu —añadió, esperanzado—, buenu, seguro que podemos darles nuestra mejor bienvenida feegle.

Irguió el cuerpo azul y nervudo hasta sus quince centímetros de altura y blandió su espadón hacia un enemigo invisible. El efecto, pensó Tiffany como muchas otras veces, quedaba muy impresionante.

—Esos invasores de la antigüedad llevan mucho tiempo muertos —respondió antes de poder evitarlo, aunque sus Segundos Pensamientos estaban urgiéndola a escuchar como era debido. Si Jeannie, esposa de Rob y kelda del clan feegle, se olía problemas en ciernes, en fin, lo más seguro era que los problemas ya estuvieran de camino.

—¿Muertu? Como nosotros, pues —dijo Rob[[1]](#footnote-1).

—Por desgracia —dijo Tiffany con un suspiro—. En aquellos tiempos, los mortales morían y ya está. No regresaban, como por lo visto hacéis vosotros.

—Haríanlo si tuvieran nuestra xantada.

—¿Eso qué es? —preguntó Tiffany.

—Bueeeno, es como unas gachas que llevan de todu, y si puédese tambén un chorriño de coñac o del linimento especial para ovejas de tu abuela, ya sabes.

Tiffany rió, pero no se quitó de encima el desasosiego. Tengo que hablar con Jeannie, pensó. Tengo que saber por qué ella y mis botas están sintiendo lo mismo.

Cuando llegaron al gran montículo herboso que albergaba la compleja madriguera de los Nac Mac Feegle, Tiffany y Rob se dirigieron a la mata de zarzas que escondía la entrada principal y encontraron a Jeannie sentada fuera, comiéndose un bocadillo.

De carnero, pensó Tiffany con solo una pizca de fastidio. Conocía muy bien el acuerdo que tenían con los feegles, según el cual podían llevarse alguna oveja muy mayor de vez en cuando a cambio de pasarlo de maravilla espantando corviñus a espadazos para que non lleváranse los corderos jóvenes, que siempre ponían todo su empeño en lo que mejor sabían hacer: perderse y morir. Pero los corderos perdidos de la Caliza habían aprendido un truco nuevo, consistente en surcar las lomas como una exhalación, a veces de espaldas, de vuelta al rebaño con un feegle bajo cada patita.

Las keldas tenían que tener buen apetito, ya que solo había una en cada clan de los Nac Mac Feegle. Tenían muchísimos hijos y de vez en cuando disparaban alguna hija. [[2]](#footnote-2)Cada vez que Tiffany veía a Jeannie, la pequeña kelda estaba un poco más ancha y un poco más redonda. Aquellas caderas había que cuidarlas, y desde luego Jeannie estaba cuidándose de ampliarlas, echándose entre pecho y espalda lo que parecía media pierna de oveja entre dos pedacitos de pan. No era poca cosa para una feegle con solo quince centímetros de altura, y a medida que Jeannie siguiera convirtiéndose en una kelda anciana y sabia, la palabra «cinturón» ya no definiría una sujeción para su kilt, sino más bien una señal de su ecuador.

Había feegles jóvenes pastoreando caracoles y luchando. Rebotaban unos contra otros, contra las paredes y a veces contra sus propias botas. Tiffany los tenía impresionados, ya que veían en ella una especie de kelda, y cuando se acercó dejaron de pelear para mirarla con nerviosismo.

—En fila, rapaces, y ya estáis enseñandu a nuestra arpía lo mucho que trabajasteis —dijo su madre con orgullo en la voz, mientras se limpiaba grasa de carnero de los labios.

Oh, no, pensó Tiffany. ¿Qué voy a ver? Ojalá no tenga nada que ver con caracoles…

Pero Jeannie dijo:

—Que vuestra arpía oiga el alfabetu. Va, empieza tú, Jock Un Poco Más Pequeño Que Jock Pequeño.

El primer feegle de la fila se rascó, hurgó en su espog y sacó un escarabajo pequeño. El espog de un feegle siempre pica, pensó Tiffany, supongo que porque lo que llevan dentro podría seguir vivo. Jock Un Poco Más Pequeño Que Jock Pequeño tragó saliva.

—A de… «arsenal» —vociferó—. Para rebanar testas y esas cosiñas, ya sabes —añadió con orgullo.

—¡B de «bota»! —gritó el siguiente feegle, limpiándose lo que parecía baba de caracol de la parte delantera del kilt—. Comu para pisarte la testa.

—Y C de «cachiporra»… ¡y c’rallu, correrete a patadas comu vuelvas a clavarme esa espada otra vez! —bramó el tercero, antes de volverse y abalanzarse sobre otro hermano.

Un objeto amarillento y con forma de medialuna cayó al suelo mientras la reyerta se perdía entre las zarzas. Rob se apresuró a recogerlo e intentó esconderlo detrás de su espalda.

Tiffany entornó los ojos. Aquello tenía un parecido muy sospechoso con… ¡sí, con un trozo de uña vieja del pie!

—Bueeeno —dijo Rob, incómodo—, es que siempre córtasles cachiños de estos a los señores pellejos esos que visitas tantu. Salen volando por las vientanas y quédanse tirados por ahí, para que recójalos quien sea. Y son duros como uñas, ya sabes.

—¡Claro, porque son uñas y…! —empezó a decir Tiffany, pero se detuvo. A fin de cuentas, quizá a alguien como el anciano señor Baladí le haría ilusión que alguna parte de su cuerpo aún buscara pelea, aunque él ya apenas pudiera levantarse de una butaca sin ayuda.

La kelda se la llevó aparte y le dijo:

—Bueeeno, rapaza, tu nombre está en la tierra. Háblate a ti, Tir-far-thóinn, Tierra Bajo Ola. ¿Háblasle tú a ella?

—Sí —dijo Tiffany—. Pero solo a veces. Lo que sí hago es escuchar, Jeannie.

—¿Non todos los días? —preguntó la kelda.

—No, no todos los días. Siempre hay tanto que hacer…

—Lo sé —dijo la kelda—. Ya sabes que guárdote. Obsérvote en mi testa, peru véote tambén sobre mi testa, zumbando de acá para allá. Tienes que recordar que la vida son cuatru días.

Tiffany suspiró, molida hasta los huesos. La ronda por las casas, eso era lo que hacían las brujas compasivas, a lo que se dedicaban ella y todas las demás brujas para rellenar los huecos del mundo, haciendo lo que debía hacerse: entrar leña para una anciana, o aparecer con una cacerola de estofado a la hora de la cena, o llevar un remedio de hierbas para una pierna irritada o un dolor persistente, o regalar una cesta de huevos «que me sobran» o ropa de segunda mano para un bebé recién nacido en una casa sin mucho dinero, o escuchar, eso siempre, escuchar los problemas y las preocupaciones de la gente. Y las uñas de los pies… menudas uñas, siempre parecían duras como el pedernal, y a veces a algún anciano sin amigos ni familia se le habían acabado retorciendo dentro de las botas.

Pero la recompensa de trabajar mucho aparentaba ser siempre mucho más trabajo. Si excavabas el hoyo más enorme de todos, se te entregaba una pala más grande.

—Hoy, Jeannie —dijo, muy despacio—, hoy he escuchado la tierra. Me ha dicho que fuese al círculo…

Había una pregunta flotando en el aire.

La kelda suspiró.

—Todavía non véolo claru, pero hay… algo que non marcha ben, Tiffan —dijo—. El velo entre nuestros mundos es tenue y puédese romper fácilmente, ya sabes. Las piedras álzanse aún, así que el portal non está abiertu. Y la Reina de los Elfos non tendrá muchas fuerzas después de que enviárasla de vuelta al País de las Hadas. Tampocu tendrá mucha prisa por volver a enfrentarse contigo, pero… sigo con el melindre. Agora puédolo sentir, como una nebliña que flota hacia aquí.

Tiffany se mordió el labio. Si la kelda estaba preocupada, sabía que ella también debía estarlo.

—Non empréñeste —dijo Jeannie con voz suave, observando a Tiffany con atención—. Cuandu necesites a los feegles, aquí tendrasnos. Y hasta entonces, guardarémoste. —Dio un último mordisco a su bocadillo y miró de forma distinta a Tiffany mientras cambiaba de tema—. Tienes un rapaz, Preston, creo que llámase. ¿Veslo mucho? —De pronto su mirada tenía el filo de un hacha.

—Bueno —respondió Tiffany—, trabaja mucho, igual que yo. Él en el hospital y yo en la Caliza. —Se horrorizó al descubrir que estaba ruborizándose, con la clase de rubor que le empezaba en los dedos de los pies, subía hasta la cara y la dejaba roja como un tomate. ¡No podía ruborizarse! No como lo hacían las jóvenes del campo al hablar de sus pretendientes. ¡Ella era bruja!—. Nos escribimos —añadió con un hilo de voz.

—¿Y son suficiente? ¿Las cartas?

Tiffany tragó saliva. Tiempo atrás había creído, como todo el mundo, que Preston y ella tenían un Entendimiento. Como era un chico culto, se había ocupado de la nueva escuela que habían abierto en el granero de la granja Dolorido, hasta ahorrar lo suficiente para marcharse a la gran ciudad y estudiar para médico. Todo el mundo seguía creyendo que tenían un Entendimiento, incluidos Tiffany y Preston. Solo que… ¿de verdad tenía que hacer lo que se esperaba de ella?

—Es muy majo, y cuenta unos chistes estupendos y se le dan muy bien las palabras —intentó explicar—, pero… a los dos nos gusta nuestro trabajo, en realidad podría decirse que somos nuestro trabajo. Preston está esforzándose mucho en el Hospital Gratuito Lady Sybil. Y yo no paro de pensar en la abuela Dolorido y lo mucho que le gustaba su vida, arriba en las lomas, sola con sus ovejas y sus dos perros, Trueno y Relámpago… —Dejó la frase sin terminar y Jeannie le apoyó una manita de color castaño claro en el brazo.

—¿Acasu crees que esto es forma de vivir, rapaza mía?

—Bueno, me gusta lo que hago y ayudo a la gente.

—Pero ¿quién ayúdate a ti? A veces ojeo esa escoba tuya volando hacia todas partes y paréceme que estallará en llamas el día menos pensadu. Cuidas de todu el mundo, pero ¿quién cuídate a ti? Si Preston marchó, bueeeno, están tu amigo el barón y su nueva esposa, que seguru que preocúpanse de la gente. Al menos lo bastante para ayudar.

—Sí que se preocupan —dijo Tiffany, recordando con un escalofrío que hubo un tiempo en que todos creían también que ella y Roland, ahora el barón, tenían un Entendimiento. ¿Por qué la gente se empeñaba tanto en buscarle marido? ¿Tan difíciles serían de encontrar, cuando quisiera uno?—. Roland es un hombre decente, aunque todavía no tanto como acabó siéndolo su padre. Y Leticia…

Eso, Leticia, pensó. Las dos sabían que Leticia podía hacer magia, pero en aquel momento se limitaba a cumplir el papel de joven baronesa. Y se le daba bien, tanto que Tiffany llegaba a preguntarse si al final ser baronesa acabaría siendo mejor que ser bruja. Desde luego, un trabajo mucho más limpio sí era.

—Ya ocúpaste de mucho más de lo que correspóndete —siguió diciendo Jeannie.

—Bueno —respondió Tiffany—, es que siempre hay mucho que hacer y poca gente para hacerlo.

La sonrisa que le dedicó la kelda fue extraña. La mujercilla preguntó:

—¿Déjasles intentarlo? Non debes tener miedo de pedir ayuda. El orgullu está muy ben, rapaza, pero terminarate matando.

Tiffany rió.

—Jeannie, siempre tienes razón. Pero soy bruja y llevo el orgullo en los huesos.

Decirlo le trajo a la mente a Yaya Ceravieja, la bruja que las demás consideraban la más sabia y experta de todas. Cuando Yaya Ceravieja hablaba, nunca sonaba orgullosa, ni falta que le hacía. El orgullo estaba ahí, imbuido en su esencia. De hecho, fuera lo que fuese que necesitaban tener las brujas en los huesos, Yaya Ceravieja lo tenía a carretadas. Tiffany esperaba llegar a ser algún día una bruja tan fuerte como ella.

—Bueeeno, eso está muy ben —dijo la kelda—. Eres nuestra arpía de las colinas y necesitamos que nuestra arpía tenga su orgullu. Pero gustaríanos tambén que tuvieras una vida propia. —Su mirada solemne se había clavado en Tiffany—. Así que date el piriño y marcha donde diga el viento.

Abajo, en las Comarcas, el viento soplaba furioso, merodeaba inquieto por todas partes y aullaba en las chimeneas de la mansión de lord Sablazo, que estaba rodeada de hectáreas de bosque y a la que solo podía accederse por un largo camino, lo que descartaba las visitas de quien no tuviera al menos un caballo decente.

Aquello dejaba fuera a la inmensa mayoría de la gente normal de los alrededores, que eran granjeros en su mayoría y de todos modos estaban demasiado ocupados para que les atrajera la idea. Si poseían algún caballo, por lo general era grande, tenía las patas peludas y solía verse enganchado a un carro. Las monturas flacas y medio enloquecidas que hacían cabriolas por el camino o tiraban de carruajes en él solían pertenecer a una clase de hombre muy distinta: la clase que siempre tenía tierras y dinero, pero en general muy poco mentón. Y cuya esposa en ocasiones se parecía a su caballo.

El padre de lord Sablazo había heredado fortuna y título de su propio padre, un gran maestro constructor, pero había sido un borracho y se lo había gastado casi todo. Si[[3]](#footnote-3)n embargo, el joven Harold Sablazo había medrado y trepado, y sí, también sableado y defraudado hasta restaurar la fortuna de la familia e incluso añadir dos alas a la mansión, que llenó de objetos horribles y caros.

Tenía tres hijos y estaba muy satisfecho de que su esposa hubiera producido otro además de los tradicionales «heredero y recambio». A lord Sablazo le gustaba llevar un punto de ventaja a todos los demás, aunque el punto tuviese solo la forma de un hijo que no le interesaba demasiado.

Harry, el mayor de los tres, no había recibido mucha educación porque se ocupaba de los terrenos, ayudaba a su padre y aprendía con quién valía la pena hablar y con quién no.

El número dos se llamaba Hugh, y había sugerido a lord Sablazo la idea de tomar el hábito. Su padre había respondido: «Pero solo si es en la Iglesia de Om, no en ninguna otra. ¡Ningún hijo mío tonteará con actos sectarios!». Om m[[4]](#footnote-4)antenía un silencio conveniente, que permitía a los sacerdotes interpretar sus deseos como mejor les conviniese. Por extraño que pudiera parecer, la voluntad de Om rara vez se traducía en instrucciones como «alimenta a los pobres» o «ayuda a los ancianos», sino más bien en cosas como «necesitas una residencia opulenta» o «¿por qué no cenar siete platos?». En consecuencia, lord Sablazo había pensado que podía resultar útil tener un clérigo en la familia.

Su tercer hijo era Geoffrey. Y nadie sabía muy bien qué pensar de Geoffrey, entre ellos él mismo.

El tutor contratado por lord Sablazo para sus hijos se llamaba señor Maneas, aunque los hermanos mayores de Geoffrey lo llamaban «el Meneos», a veces incluso a la cara. Pero para Geoffrey, el señor Maneas había sido un regalo caído del cielo. El maestro había llegado con un enorme arcón lleno de libros, sabiendo que muchas grandes casas apenas contenían ni uno solo, a menos que tratasen de batallas históricas en las que algún miembro de la familia había cometido alguna heroicidad espectacular y estúpida. El señor Maneas y sus maravillosos libros transmitieron a Geoffrey las enseñanzas de los grandes filósofos Ly Tin Wheedle, Orínjcrates, Xenón e Ídem, y de los famosos inventores Ojosdorados Manodeplata Dáctilos y Leonardo de Quirm, y gracias a ellas Geoffrey empezó a descubrir lo que podía hacer con su vida.

Cuando no estaban leyendo o estudiando, el señor Maneas se llevaba a Geoffrey a hacer excavaciones para desenterrar huesos viejos y descubrir lugares antiguos por todas las Comarcas, y le hablaba del universo, en el que él nunca había pensado antes. Cuanto más aprendía, más sed de conocimiento le entraba, mayor anhelo por saberlo todo sobre la gran tortuga A’Tuin y las tierras que se extendían más allá de las Comarcas.

—Disculpe, señor —dijo un día Geoffrey a su maestro—. ¿Cómo llegó a hacerse profesor?

El señor Maneas respondió, entre risas:

—Porque alguien me enseñó a mí, que es como funciona este asunto. Y también me dio un libro, y después de ese quise leer todos los libros que pudiera encontrar. Igual que le ocurre a usted, joven señor. Se pasa el día entero leyendo, no solo en clase.

Geoffrey sabía que su padre desdeñaba al maestro, pero su madre había intervenido diciendo que Geoffrey tenía un muy buen futuro entre manos.

Su padre había dado un bufido.

—Lo único que tiene este entre manos es fango y muertos. ¿A quién le importa dónde está Cuatroequis? ¡Si allí no va nadie!

Su mad[[5]](#footnote-5)re parecía cansada, pero se había puesto del lado de Geoffrey.

—Se le da muy bien leer y el señor Maneas le ha enseñado tres idiomas. ¡Si hasta habla un poquito de offleriano!

Su padre había puesto otra mueca de desprecio.

—¡Solo le valdrá si quiere hacerse dentista! Ja, ¿para qué perder el tiempo aprendiendo idiomas? Total, hoy en día todo el mundo habla morporkiano.

Pero su madre había dicho a Geoffrey:

—Tú lee, hijo mío. Leer es el camino hacia arriba. El conocimiento es la clave de todo.

Poco después, lord Sablazo había despedido al tutor con el siguiente argumento:

—Por aquí ya hay demasiada tontería. Tampoco es que el chaval vaya a llegar a nada, al contrario que sus hermanos.

Las palabras resonaban mucho en las paredes de la mansión, por lo que Geoffrey lo oyó y pensó: Bueno, sea lo que sea que decida hacer, ¡no pienso parecerme a mi padre!

Ya sin profesor, Geoffrey se había dedicado a vagar por la propiedad y aprender cosas nuevas, a menudo acompañado por McTavish, el mozo de cuadra, que era más viejo que las colinas pero al que por algún motivo seguían llamando «mozo». Conocía el canto de todos los pájaros del mundo y también sabía imitarlos.

McTavish estaba presente cuando Geoffrey encontró a Mefistófeles. Una cabra vieja había parido y, además de dos cabritos sanos, había tenido un tercero que se había quedado escondido entre la paja, rechazado por su madre.

—Voy a intentar salvar a este cabritillo —declaró Geoffrey, y se pasó la noche trabajando para mantener con vida al recién nacido, ordeñando leche de su madre y dejando que el pequeño la lamiera de su dedo hasta quedarse dormido a su lado, en una bala de heno abierta que los arropó a los dos.

Qué poquita cosa es, pensó Geoffrey mirando las rendijas que eran los ojos del cabrito. Tengo que darle una oportunidad.

Y el retoño respondió y creció hasta convertirse en un joven macho cabrío que daba unas coces tremendas. Seguía a Geoffrey a todas partes, bajando la cabeza y preparándose para embestir siempre que creía que alguien amenazaba a su joven amo. Como la definición solía incluir a cualquiera que hubiese cerca, más de un criado y visitante tuvo que apartarse con presteza cuando veía venir los cuernos agachados del animal.

—¿Por qué has llamado Mefistófeles a ese cabrón del demonio? —le preguntó un día McTavish.

—Lo leí en un libro. Se nota [[6]](#footnote-6)que es buen nombre para un macho cabrío —respondió él.

Geoffrey fue creciendo, pasando de niño pequeño a hombre joven y luego a grandullón, cuidándose mucho de no cruzar demasiado la mirada con su padre.

Un día McTavish ensilló un caballo para él y cabalgaron por los campos hasta el límite de los terrenos de lord Sablazo. Una vez allí, se acercaron sin hacer ruido a una zorrera que había en el bosque y, como habían hecho muchas veces, vieron a la zorra jugar con sus cachorros.

—Da gusto verlos asina —susurró McTavish—. La raposa tiene que comer y proveer para los cachorros, pero para mí que les gustan demasiado los pollos. Matan cosas que nos importan, asina que nosotros los matamos a ellos. Asina es como funciona el mundo.

—No debería —sentenció Geoffrey, compadecido de la madre zorra.

—Pero necesitamos las gallinas y habrá que protegerlas, digo yo. Para eso cazamos zorros —indicó McTavish—. Te he traído hoy aquí, Geoffrey, porque cualquier día de estos tu padre querrá que te apuntes a la cacería. De esta zorra tuya, a lo mejor.

—Lo entiendo —dijo Geoffrey. Sabía lo que eran las cacerías, claro, porque lo habían obligado a verlas partir cada año desde que era un bebé—. Tenemos que proteger nuestras gallinas y el mundo puede ser cruel y despiadado. Pero convertirlo en un juego no está bien. ¡Es terrible! Es una ejecución, nada más. ¿Es que tenemos que matarlo todo? ¿Matar a una madre que alimenta a sus cachorros? Tomamos mucho y no devolvemos nada. —Se levantó y fue hacia su caballo—. No quiero cazar, McTavish. De verdad que no me gusta odiar, y ni siquiera odio a mi padre, pero me gustaría que las cacerías acabaran en un lugar bien oscuro.

McTavish puso cara de preocupación.

—Me da a mí que deberías andarte con cuidado, joven Geoffrey. Ya sabes cómo es tu padre. Puede ponerse un poco primitivo.

—¿Un poco primitivo? Pero ¡si solo le falta el garrote! —respondió Geoffrey con amargura.

—Bueno, pues a lo mejor si pruebas a hablar con él, o con tu madre, igual entiende que no estás preparado para salir de cacería.

—No serviría de nada —dijo Geoffrey—. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay forma de sacarlo de ahí. A veces oigo llorar a mi madre. No le gusta que la vean con lágrimas, pero yo sé que llora.

Y fue entonces, al mirar a un halcón que planeaba, cuando pensó: Existe la libertad, y eso es lo que quiero.

—Me gustaría volar, McTavish —dijo, y añadió—: como las aves. Como Langas.

Y casi al [[7]](#footnote-7)instante Geoffrey vio pasar volando a una bruja en escoba, siguiendo al halcón, y la señaló con el dedo.

—Quiero una de esas. Quiero ser bruja.

Pero el anciano replicó:

—Eso no es para ti, chico. Todo el mundo sabe que los hombres no pueden ser brujas.

—¿Por qué no? —preguntó Geoffrey.

El anciano se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

Y Geoffrey respondió:

—Yo quiero saberlo.

Cuando llegó el momento de su primera cacería, Geoffrey salió al trote con los demás, pálido pero decidido, y pensó que aquel era el día en que trataría de plantar cara.

Los aristócratas no tardaron en atravesar el campo al galope, algunos llevando la definición de «atravesar» al extremo de precipitarse a las zanjas, cruzar setos o volar por encima de las cercas, a menudo sin sus monturas. Geoffrey se esmeraba en mantenerse al final de la muchedumbre, desde donde podía escabullirse sin que nadie lo notara. Rodeó los bosques en sentido opuesto a la batida con el corazón apesadumbrado, sobre todo cuando los aullidos de los sabuesos se convertían en gozosos gemidos al abatir sus presas.

Llegó el momento de regresar a la casa. Allí estaban todos en aquella etapa feliz de una cacería donde «mañana» era una palabra que aún tenía significado y sostenían tazas de bebidas calientes, bien aderezadas con algo no muy distinto al linimento especial para ovejas de la abuela de Tiffany. ¡La recompensa de los héroes! ¡Habían sobrevivido a la cacería, hurra! Todos daban sorbos y más sorbos que hacían caer la bebida por sus inexistentes mentones.

Pero lord Sablazo miró el caballo de Geoffrey, la única montura que no tenía el pelaje sudado ni las patas salpicadas de barro, y su ira no conoció fin.

Los hermanos de Geoffrey lo sujetaron mientras su madre miraba con ojos implorantes, pero fue en vano. La pobre tuvo que apartar la mirada mientras lord Sablazo manchaba la cara de Geoffrey con sangre de zorra.

La furia del señor de la hacienda era casi incandescente.

—¿Dónde te has metido? ¡Tendrías que haber estado en la matanza! —bramó—. Esto vas a hacerlo, jovencito, ¡y tiene que gustarte! Yo tuve que hacerlo de joven, como mi padre antes que yo. Y tú también lo harás. Es una tradición, ¿entendido? Todos los varones de nuestra familia se han manchado de sangre a tu edad. ¿Quién te crees que eres para decir que no está bien? ¡Vergüenza es lo que me das!

Y llegó el ¡zas! de la fusta, cruzando la espalda de Geoffrey.

Con la cara goteando sangre de la zorra, Geoffrey miró a su madre.

—¡Era una preciosidad! ¿Por qué matarla de ese modo? ¿Por diversión?

—Por favor, no hagas enfadar a tu padre —le rogó su madre.

—Yo voy al bosque a verlos, y vosotros los cazáis sin más. ¿Podéis comerlos? No. Hacéis lo indecible, cazar y matar lo que no podéis comer, solo por su sangre. Para divertiros.

Zas.

Dolió. Pero de pronto Geoffrey se notó lleno de… ¿de qué? De repente, tuvo la maravillosa sensación de que las cosas podían arreglarse, y se dijo que podía arreglarlas él. Sabía que podía. Se irguió cuan alto era y se zafó de la presa de sus hermanos.

—Debo darte las gracias, padre —dijo con un brío inesperado—. Hoy he aprendido una lección importante. Pero no permitiré que vuelvas a azotarme, nunca más, ni tampoco volverás a verme a menos que seas capaz de cambiar. ¿Entendido? —Había adoptado un sorprendente tono formal, como si la ocasión lo requiriera.

Harry y Hugh miraron a Geoffrey con algo parecido al sobrecogimiento y esperaron la explosión, mientras los demás cazadores, que habían dejado espacio a lord Sablazo para que enmendara a su hijo, dejaron de fingir que no miraban. El mundo de la cacería se había torcido, y de algún modo hasta el aire gélido parecía contener también el aliento.

En aquel denso silencio, Geoffrey dejó plantado allí a lord Sablazo como un árbol y fue a sacar su caballo de la cuadra.

Dio al animal un poco de heno, cogió su silla y su brida y ya estaba cepillándolo cuando se le acercó McTavish y dijo:

—Bien hecho, joven Geoffrey. —Y entonces, con una sinceridad inusitada, el mozo de cuadra añadió entre dientes—: Hoy has plantado cara, ya lo creo que sí. No dejes que ese cabronazo te machaque.

—Como sigas hablando así, McTavish, mi padre acabará echándote —le advirtió Geoffrey—. Y te gusta vivir aquí, ¿verdad?

—Bueno, chico, ahí has dado en el clavo. Estoy demasiado mayor ya para cambiar, me da a mí —respondió McTavish—. Pero has plantado cara mejor que cualquiera. Supongo que ahora te marcharás de aquí, ¿verdad, maese Geoffrey?

—Por desgracia, sí —dijo Geoffrey—. Pero gracias, McTavish. Espero que mi padre no la pague contigo por estar hablándome.

Y el mozo de cuadra más anciano del mundo dijo:

—No va a hacerlo, nunca, al menos mientras aún sirva de algo por aquí. Además, a estas alturas ya lo tengo calado: es como un vulcán de esos, ya sabes. Explosiones de las buenas y peligrosas durante un rato, sin mirar a quién le caen encima los pedruscos al rojo vivo que escupe por ahí, pero al final se le pasa. Si tienes dos dedos de frente, te alejas hasta que se termine. Tú has sido amable conmigo y me has respetado, maese Geoffrey. Me da en la nariz que has salido a tu madre, una mujer encantadora que siempre se ha portado bien y nos ayudó mucho cuando mi Molly estaba moribunda. Eso lo recuerdo. Y también te recordaré a ti.

—Gracias —dijo Geoffrey—. Y yo te recordaré a ti.

McTavish se encendió una pipa gigantesca y soltó una nube de humo.

—Digo yo que querrás llevarte ese condenado macho cabrío tuyo.

—Sí —dijo Geoffrey—, pero no creo que dependa de mí. Mefistófeles decidirá lo que él quiera. Lo hace siempre.

McTavish lo miró de soslayo.

—¿Tienes comida, maese Geoffrey? ¿Tienes dinero? No creo que te convenga mucho entrar ahora en la casa. ¿Sabes qué? Te presto un poco de dinero hasta que sepas dónde vas a quedarte.

—¡No! —exclamó Geoffrey—. ¡No podría aceptarlo!

—Soy amigo tuyo, maese Geoffrey. Ya te he dicho que tu madre ha sido buena conmigo, y le debo mucho. Haz por volver alguna vez a visitarla. Y cuando lo hagas, no te olvides de pasarte a charlar con el viejo McTavish.

Geoffrey fue a buscar a Mefistófeles y lo ató a la pequeña carreta que le había construido McTavish. Cargó cuatro cosas en la carreta, asió las riendas, chasqueó la lengua y salieron de la cuadra.

Mientras las finas pezuñas del macho cabrío resonaban por el camino, McTavish se dijo:

—¿Cómo lo consigue el chico? Ese cabrón del demonio cocea el culo a cualquiera que se acerque un poco. Pero no a Geoffrey.

Si Geoffrey hubiera mirado atrás, habría visto la mirada suplicante y los sollozos de su madre, mientras su padre seguía plantado a su lado como una estatua, anonadado por tanta rebeldía. Sus hermanos hicieron ademán de seguirlo, pero se detuvieron al ver la ira en los ojos de su padre.

Y así fue como Geoffrey y su macho cabrío partieron en pos de una vida nueva. Ahora, pensó mientras doblaban el primero de los muchos recodos del camino hacia su futuro, no tengo adónde ir.

Pero el viento le susurró: «Lancre».

En Lancre, Yaya Ceravieja no había tenido un buen día.

Un leñador joven que trabajaba más arriba en las Montañas del Carnero había estado a punto de amputarse un pie. Y para colmo, había elegido un día en que el Igor de la zona había salido y, por tanto, no podía solucionarlo. Cuando Yaya hizo aterrizar su escoba vieja y desvencijada en el campamento, reparó al instante en que el chaval estaba incluso en peor estado del que había supuesto. Intentaba poner buena cara delante de sus compañeros, que lo rodeaban y trataban de darle ánimos, pero Yaya le veía el dolor en los rasgos.

Mientras estudiaba los daños, el chico llamó a su madre a gritos.

—Tú, muchacho —dijo Yaya con brusquedad, fulminando con la mirada al compañero más próximo—. ¿Sabes dónde vive su familia? —Cuando el joven asintió, con el repentino temor que siempre parecía despertar en los jóvenes el sombrero puntiagudo de una bruja, Yaya continuó—: Pues andando. Corre. Dile a la señora que voy a llevarle a su hijo y que necesitará agua caliente y una cama limpia. Bien limpia, ojo. —Y mientras el joven partía a la carrera, Yaya puso una cara furibunda a los demás, que la miraban dóciles, y les soltó—: Venga, no os quedéis como pasmarotes. Haced una camilla con esa madera de ahí para que pueda mover a vuestro amigo.

El chico tenía el pie casi colgando y la bota llena de sangre. Yaya apretó los dientes y puso en práctica todo su arsenal de conocimiento acumulado a lo largo de muchos años, en silencio, con suavidad, llevándose su dolor, conteniéndolo dentro de ella hasta que pudiera liberarlo.

La cara del joven recobró la vida, le brillaron los ojos y empezó a charlar con la bruja como si fuese una vieja amiga. Ella limpió y cosió, sin dejar de explicar al chico lo que hacía con voz tranquila y animada, antes de darle lo que llamó «una infusioncita de nada». Los espectadores tuvieron la impresión de que el chico volvía a ser casi el mismo cuando llevaron a Yaya una camilla más bien improvisada y lo encontraron explicando ensoñado a la bruja cómo se llegaba a su casa.

En las montañas, los leñadores se alojaban en lo que pocas veces era más que un cobertizo, y resultó que el joven, que se llamaba Jack Abbott, y su madre vivían en uno de ellos. Era apenas una choza endeble, sostenida más a base de tierra que otra cosa, y cuando Yaya Ceravieja llegó con la camilla amarrada bajo su escoba frunció el ceño, dudando si la herida del chico podría seguir limpia en aquel paraje. La madre salió corriendo hacia su hijo y revoloteó a su alrededor mientras el leñador que había corrido a darle la noticia ayudaba a Yaya a entrar la camilla y a dejar al chico en un camastro, sobre el que la madre había amontonado mantas para albergar al inválido.

Yaya Ceravieja dijo en voz baja al joven herido:

—Quédate aquí tumbado y no te levantes. —Y a su angustiada madre, que se frotaba las manos y farfullaba algo sobre pagar—: No tiene que pagarme nada, señora. Las brujas no funcionamos así. Vendré a verlo dentro de unos días, y si no puedo enviaré a la señora Ogg. Sé cómo son los chavales, y seguro que su hijo querrá levantarse nada más pueda, pero escúcheme, reposar en cama es lo que más le conviene ahora mismo.

La madre del chico miró a Yaya.

—Muchísimas gracias, señorita… esto… bueno, la verdad es que nunca había tenido que llamar a una bruja, y por aquí hay gente que dice que hacen cosas malas. Pero ahora podré decirles que yo no he visto nada de eso.

—¿Ah, sí? —replicó Yaya, esforzándose por mantener la calma—. Pues me gustaría hacer alguna cosa mala al capataz que no tenía un ojo echado a estos chicos, y no deje que ese hombre haga levantarse a su hijo hasta que yo lo diga. Si se le ocurre intentarlo, dígale que Yaya Ceravieja lo perseguirá por poner a trabajar a estos críos, que no saben ni subir a los árboles. Da la casualidad de que soy una buena bruja, pero como encuentre a su hijo trabajando antes de que sane ese pie, habrá consecuencias.

La madre se despidió de Yaya diciendo:

—Rezaré a Om por usted, señorita Ceravieja.

—Pues ya me contará qué le responde —dijo Yaya con aspereza—. Y es señora Ceravieja, si no le importa. Pero si tiene algo de ropa vieja que pueda llevarme cuando vuelva… bueno, eso sí que iría bien. Nos vemos en un par de días. Y que esa herida de su chico esté siempre bien limpia.

Tú, la gata blanca de Yaya, estaba esperándola cuando volvió a su casita, junto con varias personas que querían pociones y cataplasmas. Había un par que buscaban consejo, pero lo normal era que la gente se guardara de preguntar a Yaya Ceravieja, que tenía cierta tendencia a repartir consejos se quisieran o no, como el de no dar soldaditos tallados a mano al pequeño Johnny hasta que fuese lo bastante mayor para saber que no tenía que metérselos en la nariz.

Trabajó una hora más, repartiendo medicamentos a diestro y siniestro, y no fue hasta mucho más tarde cuando reparó en que, aunque había dado de comer a la gata, por supuesto ella misma no había comido ni bebido nada desde el amanecer. Se calentó un poco de potaje, que no era una gran comida pero la llenó.

Entonces se tumbó un rato en la cama, aunque dormir de día era algo que solo hacían las mujeres muy mayores, de modo que Yaya Ceravieja no se permitía dar cuatro cabezadas sino solo media. A fin de cuentas, siempre había más gente a la que atender y más cosas que hacer.

Luego se levantó y, aunque se le había hecho bastante tarde, salió a limpiar el excusado. Lo frotó a base de bien. Lo frotó tanto que vio su propia cara en él…

Pero de algún modo, en el agua titilante, su cara también alcanzó a verla a ella, y entonces suspiró y dijo:

—Vaya, con lo mucho mejor día que iba a ser mañana.



# CAPÍTULO 2

Una voz en la oscuridad

Hace un día brillante y soleado, pensó Yaya Ceravieja, en realidad un día perfecto. Se había quedado toda la noche en vela limpiando la sala de estar y la cocina de su casita, hasta que todo lo que podía relucir relució: el fogón estaba bruñido, la alfombra de retales, sacudida y las baldosas, fregadas.

Subió por su escalera de caracol y se concentró en el suelo del dormitorio. Aquel año le había salido un jabón muy bueno, y la jarra y[[8]](#footnote-8) la pequeña jofaina que había al lado de la cama brillaban. Las arañas de los rincones, que se habían considerado arrendatarias hasta el fin de los tiempos, salieron expulsadas con suavidad por la ventana, con telarañas y todo. Hasta el colchón parecía limpio y pulcro. De vez en cuando Tú, la gata, se pasaba por allí a ver qué estaba ocurriendo y a tumbarse en la colcha de retales, tan aplanada que parecía que alguien hubiera pisado una tortuga inmensa.

Luego Yaya volvió a limpiar el excusado, por si acaso. No era tarea para un día tan bueno, pero Esmerelda Ceravieja se tomaba muy en serio aquellas cosas, de modo que el excusado capituló ante sus esfuerzos y sí, relució. Relució de lo lindo.

Si se la observaba, en el rostro de la gata había una intensidad extraordinaria. Tú notaba que aquel día era distinto. Un día para el que no tenía experiencia. Un día ajetreado, como si no fuera a haber otro después, y ya con el interior de la casita como los chorros del oro, Tú siguió a Yaya hasta la recocina.

Un cubo de agua, llenado con la bomba que había junto al pozo, fue suficiente. Yaya sonrió. Siempre le había gustado la recocina, que olía a trabajo duro bien hecho. Allí también había arañas, sobre todo ocultas entre las botellas y frascos de los estantes, pero Yaya pensó que las arañas de recocina en realidad no contaban. Vive y deja vivir.

Al terminar salió hacia el redil vallado que había detrás de la casita, para echar un vistazo a las cabras. El itinerario de su pensamiento la informó de que, de nuevo, todo estaba en el lugar que le correspondía.

Satisfecha, o tan satisfecha como podía estarlo una bruja, Yaya Ceravieja fue hacia sus colmenas.

—Sois mis abejas —les dijo—. Gracias. Me habéis dado toda la miel que he necesitado durante años, y espero que no os molestéis cuando llegue una persona nueva. Espero que a ella le deis tanta miel como a mí. Y ahora, por última vez, bailaré con vosotras. —Pero las abejas dieron un suave zumbido y lo que hicieron fue bailar para ella, apartando su mente de la colmena con delicadeza. Y Yaya Ceravieja añadió—: Era más joven la última vez que bailamos juntas. Pero ahora soy vieja. Ya no habrá más bailes para mí.

Tú no se había acercado a las abejas, pero cruzó el jardín con cautela, siguiendo a Yaya en su recorrido por las hierbas, tocando una hoja de vez en cuando, y el jardín entero dio la impresión de responder a ella, casi como si las plantas inclinaran la cabeza en señal de respeto.

Tú entrecerró los ojos y miró de soslayo las plantas con lo que podría llamarse antipatía felina. Un observador podría haber jurado que las hierbas de Yaya tenían consciencia, ya que a menudo se movían sin que soplara el viento. En una ocasión al menos, para horror de la gata, hasta se habían vuelto para mirarla cuando pasó por delante en una expedición de caza. Tú prefería las plantas que obedecían órdenes, sobre todo las órdenes que consistían en quedarse quietas para que ella pudiera volver a dormirse.

Yaya recorrió las hierbas hasta llegar al manzano que le había regalado el anciano señor Parsons el año anterior, plantado más o menos donde cualquier otro habría levantado una cerca que rodeara el jardín… pero ninguna casa de bruja había necesitado nunca vallas ni muros. ¿Quién iba a buscarle las cosquillas a una bruja? ¿A la malvada bruja del bosque? Había veces en que los cuentos podían resultar convenientes para una bruja que no tuviera, todo debe decirse, la menor habilidad para levantar cercas. Yaya observó las manzanas minúsculas que ya se distinguían en las ramas. Apenas habían empezado a crecer y, en fin, el tiempo esperaba. De modo que regresó a la puerta de su casita, fijándose por el camino en cada raíz, tallo y fruto que pasaba.

Dio de comer a las cabras, que la observaron recelosas con las rendijas que eran sus ojos. Sus miradas siguieron a Yaya mientras se volvía hacia las gallinas, que siempre reñían por la comida. Aquel día no hubo peleas, sin embargo, y las aves miraron a la anciana bruja como si no estuviera.

Con los animales alimentados, Yaya Ceravieja entró en la recocina y salió con un manojo de mimbre. Se puso a trabajar, colocando cada vara de reticente mimbrera en su lugar correspondiente. Luego, cuando comprobó que lo que había creado era sin duda excelente y cumpliría su propósito, Yaya Ceravieja lo dejó cerca del pie de la escalera, donde lo vería quien debiera verlo.

Se llevó los restos de su trabajo de vuelta a la recocina y salió de nuevo con un saquito blanco. Y una cinta enrollada en la otra mano. Miró el cielo. El tiempo corría.

Se internó a buen paso en el bosque, con Tú siguiéndola, curiosa como solo puede serlo un gato hasta que ya ha gastado al menos sus primeras ocho vidas. Luego, con la tarea realizada, Yaya Ceravieja volvió sobre sus pasos hasta el arroyo que cruzaba el bosque cerca de allí, borboteando y titilando.

Yaya conocía los bosques. Cada tronco. Cada rama. Cada criatura que vivía en él. Con más intimidad que cualquier otra persona que no fuera bruja. Cuando su olfato le dijo que allí no había nadie más aparte de Tú, abrió el saquito, sacó una pastilla de su jabón y se desvistió.

Se metió en el arroyo y se lavó a conciencia. Y mientras se secaba, con el cuerpo limpio envuelto solo por su capa, regresó a la casita, donde dio una comida de más a Tú, le acarició la cabeza y subió la chirriante escalera hacia su dormitorio, canturreando una vieja melodía fúnebre.

Yaya Ceravieja se cepilló la larga melena encanecida, la recogió formando su habitual moño mediante todo un ejército de pasadores y volvió a vestirse, en esa ocasión tras elegir su mejor vestido de bruja y sus bragas menos remendadas. Se tomó el tiempo de abrir la pequeña ventana de madera para que entrara el viento suave del ocaso y colocó dos peniques en la mesita de noche, junto a su sombrero de bruja, engalanado con pasadores sin usar.

Lo último que hizo antes de tenderse fue coger su tarjeta de siempre, en la que había escrito unas horas antes.

Al poco tiempo, cuando la gata subió de un salto a la cama, tuvo la sensación de que estaba ocurriendo algo raro. Oyó el ulular de un búho y el aullido de un zorro.

Y entonces quedó únicamente la gata, Tú. Estaba sola.

Pero si los gatos podían sonreír, aquella lo hizo.

Fue una noche rara. Los búhos ulularon casi sin descanso, y por algún motivo el viento del exterior hizo que las velas de dentro llamearan como locas antes de apagarse. Pero Yaya Ceravieja llevaba puesto su mejor vestido y estaba preparada para cualquier cosa.

Y allí, en la oscuridad cálida y profunda, mientras el alba amenazaba sigilosa con robar la noche, su alma recibió a un visitante, un individuo con guadaña, una guadaña de hoja tan fina como una sombra, tan fina que podía separar un alma de su cuerpo.

Entonces la oscuridad habló.

ESMERELDA CERAVIEJA, YA SABE USTED QUIÉN VIENE, Y PERMÍTAME DECIRLE QUE ES UN HONOR OCUPARME DE USTED.

—Ya sé quién es, don Muerte. A fin de cuentas, las brujas siempre sabemos lo que llega —respondió Yaya, bajando la mirada hacia su cuerpo en la cama.

Su visitante no era ningún desconocido, y la tierra a la que sabía que se dirigía era una tierra a la que había ayudado a llegar a muchos a lo largo de los años, pues las brujas se alzan en los límites de todo, entre la luz y la oscuridad, entre la vida y la muerte, tomando decisiones, tomándolas para que otros puedan fingir que nunca hizo falta decidir nada. A veces había que ayudar a algún desdichado en sus últimas horas, guiarlo hacia la puerta para que no se perdiera en la penumbra.

Y Yaya Ceravieja era bruja desde hacía mucho, mucho tiempo.

ESMERELDA CERAVIEJA, NOS HEMOS ENCONTRADO MUCHAS OTRAS VECES, ¿NO ES ASÍ?

—Más de las que podría contar, don Segador. Bueno, por fin me ha alcanzado, viejo cabronazo. He tenido mi momento, eso está claro, y nunca he sido de las que se hacen notar y se quejan.

HE OBSERVADO CON INTERÉS SUS PROGRESOS, ESMERELDA CERAVIEJA, dijo la voz en la oscuridad. Era firme, pero de una educación exquisita. Sin embargo, en su voz se insinuó la duda. LE RUEGO QUE ME DIGA POR QUÉ SE CONTENTÓ CON VIVIR EN ESTE PAÍS DIMINUTO CUANDO, COMO BIEN SABE, PODRÍA HABER SIDO QUIEN QUISIERA EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO.

—Del mundo sé más bien poca cosa, pero en mi rincón del mundo he podido hacer pequeños milagros para la gente corriente —respondió Yaya con brusquedad—. Y nunca quise el mundo, sino solo parte de él, un trocito que mantener a salvo, que proteger de las tormentas. No de las del cielo, ya me entiende, sino de las otras.

¿Y DIRÍA QUE SU VIDA HA BENEFICIADO A LA GENTE DE LANCRE Y ALEDAÑOS?

Al cabo de un rato, el alma de Yaya Ceravieja respondió:

—En fin, no es por presumir, señor mío, pero creo que he sido útil, para Lancre al menos. En Aledaños no he estado nunca.

SEÑORA CERAVIEJA, LA PALABRA «ALEDAÑOS» SIGNIFICA… BUENO, ALREDEDORES.

—Bueno es saberlo —dijo Yaya—. Sí que he viajado un poco, eso está claro.

HA TENIDO UNA BUENA VIDA, ESMERELDA.

—Gracias —respondió Yaya—. He hecho todo lo que he podido.

MÁS DE LO QUE PODÍA, dijo la Muerte. Y TENGO GANAS DE VER CÓMO LE VA A LA SUCESORA QUE HA ELEGIDO. YA NOS CONOCIMOS.

—Es buena bruja, eso seguro —dijo la sombra de Yaya Ceravieja—. De eso no hay la menor duda.

SE ESTÁ TOMANDO USTED MUY BIEN TODO ESTE ASUNTO, ESME CERAVIEJA.

—Es un incordio, ojo, y no me hace ni pizca de gracia, pero ya sé que llega usted para todo el mundo, don Muerte. ¿Hay alguna otra forma?

NO, ME TEMO QUE NO LA HAY. TODOS FLOTAMOS EN LOS VIENTOS DEL TIEMPO. PERO SU VELA, SEÑORA CERAVIEJA, ARDERÁ UN POCO MÁS ANTES DE APAGARSE. TÓMESELO COMO UNA PEQUEÑA RECOMPENSA POR UNA VIDA BIEN VIVIDA, PUES YO SÉ VER EL EQUILIBRIO Y USTED HA DEJADO EL MUNDO MUCHO MEJOR QUE COMO LO ENCONTRÓ, Y EN MI OPINIÓN, dijo la Muerte, NADIE PUEDE PRETENDER MÁS QUE ESO.

No había luz, no había más punto de referencia que los dos puntitos azules que refulgían en las cuencas oculares de la Muerte en persona.

—Bueno, el viaje ha merecido la pena y he visto muchas cosas maravillosas por el camino, incluyéndolo a usted, mi fiable amigo. ¿Nos vamos?

SEÑORA MÍA, YA NOS HEMOS IDO.

A primera hora de la mañana, en el estanque de un pueblo cerca de Tajada, las burbujas salieron a la superficie seguidas de la señorita Lento, buscadora de brujas. No había nadie presente para observar tan notable acontecimiento salvo su mulo, Joseph, que pastaba sin cesar en la ribera. Pues claro que no lo hay, se dijo la mujer con tristeza mientras recogía la toalla, porque últimamente todo el mundo me deja en paz.

Suspiró. Era una pena que se perdieran las antiguas costumbres. Entre las cosas que más le gustaban de los viejos y malos tiempos estaba una buena zambullida brujeril, y hasta había entrenado para ellas. ¡Cuántas clases de natación y prácticas con nudos había hecho en el Colegio de Quirm para Jóvenes Damas! Había sido capaz de imponerse a las multitudes enfurecidas bajo el agua, si era necesario. O al menos, se había entretenido batiendo su propia marca en desatar los sencillos nudos que todos pensaban que funcionarían con la bruja malvada.

En los últimos tiempos, bañarse en los estanques había pasado a ser más bien una afición, y cuando visitaba los pueblos se llevaba la desagradable impresión de que le habían salido imitadores. Hasta había oído hablar de un club de natación que estaban formando en una aldea, cerca de Senda-del-Perdedor.

La señorita Le[[9]](#footnote-9)nto se secó con la toalla y regresó a su pequeña casa rodante, colocó a Joseph su morral con el desayuno y puso el hervidor a calentar. Se sentó bajo los árboles a comerse el pan con tocino, que le había regalado el día anterior la esposa de un granjero en agradecimiento por una tarde aprendiendo a leer. La señorita Lento había sonreído antes de marcharse, al ver cómo brillaban los ojitos de la mujer mayor. «Ahora —le había dicho— sabré qué pone en esas cartas que recibe Alfred, sobre todo en las que huelen a lavanda». La señorita Lento se planteó si sería buena idea marcharse pronto de allí, antes de que Alfred recibiera otra carta.

Con el estómago lleno y preparada para la jornada que tenía por delante, sintió un desasosiego en el aire, por lo que no tuvo más remedio que hacer un batiburrillo.

Los batiburrillos eran herramientas que ayudaban a la concentración interior de las brujas, y siempre tenían que hacerse desde cero, cuando eran necesarios, para poder atrapar el momento. Podían crearse a partir de casi cualquier cosa, pero entre sus ingredientes debía haber algo vivo. Bastaba con un huevo, aunque casi todas las brujas preferían guardarse el huevo para cenar, no fuese a explotarles en la cara. La señorita Lento se hurgó en los bolsillos. Una cochinilla, un pañuelo sucio, un calcetín viejo, una castaña antiquísima, una piedra con agujero y una seta que no lograba identificar del todo y por tanto no se atrevía a comerse. Los enlazó todos hábilmente con un cordel y un elastiquillo de ropa interior que le sobraba.

Entonces tiró de las hebras. Pero algo estaba mal. Con un tañido que resonó por todo el claro, el batiburrillo de objetos salió despedido por los aires, giró, se retorció y rodó.

—Vaya, eso va a complicar las cosas —se lamentó la señorita Lento.

En el extremo del bosque opuesto a la casita de Yaya Ceravieja, Tata Ogg estuvo a punto de dejar caer una jarra de su mejor sidra casera sobre su gato, Greebo. Guardaba las jarras de sidra a la sombra, en el manantial que había al lado de su casa. El gato se planteó gruñir, pero al ver la expresión de su ama optó por hacerse el bueno, ya que el rostro de Tata Ogg, que siempre estaba alegre, aquella mañana amenazaba tormenta.

Y la oyó murmurar:

—Debería haber sido yo.

En Genua, de visita oficial con su marido, Verence, la ex bruja y reina Magrat de Lancre descubrió que, aunque creyera haberse retirado de la magia, la magia no se había retirado de ella. Se estremeció al notar la conmoción que recorría el mundo como un tsunami, la insinuación de que las cosas iban a ser… distintas.

En el Emporio Boffo de Artículos de Broma y Regalos de Ankh-Morpork, todos los cojines de pedorreta trompetearon en pesarosa armonía, mientras en Quirm la bruja y cantante Agnes Nitt despertaba con la zozobrante sensación, conocida por muchos a lo largo de la historia, de que quizá hubiera quedado como una idiota en la fiesta que habían celebrado la noche anterior por el estreno. Fiesta que parec[[10]](#footnote-10)ía proseguir tras sus párpados. Entonces, de pronto, oyó el lamento de su Perdita interior…

En la gran ciudad de Ankh-Morpork, en la Universidad Invisible, Ponder Stibbons acababa de zamparse un prolongado desayuno cuando bajó al sótano del Edificio de Magia de Altas Energías. Se detuvo en seco y miró boquiabierto. Delante de él, Hex estaba calculando a una velocidad que Ponder no le había visto nunca. ¡Y ni siquiera había introducido ninguna pregunta aún! Ni tampoco tirado de la Gran Palanca Roja. Los tubos por los que correteaban las hormigas para hacer sus cálculos estaban borrosos por el movimiento. ¿Aquello de al lado del engranaje era… era un cuelgue de hormigas?

Ponder tecleó una pregunta en Hex: «Por favor, Hex, ¿qué sabes que no sepa yo?».

Hubo escaramuzas en los hormigueros y al final salió la respuesta: Prácticamente todo.

Ponder reformuló la pregunta con más esmero, utilizando el número adecuado de sentencias SI y ANTES. Le quedó una cosa rebuscada y trabajosa, casi demasiado para un mago que solo llevaba una comida en el estómago, y nadie más podría haber entendido a qué se refería Ponder, pero tras producirse un gran ataque de hipotós en el hormiguero, Hex respondió: Nos enfrentamos a la muerte de Yaya Ceravieja.

Y entonces Ponder fue a ver al archicanciller, Mustrum Ridcully, que sin duda querría enterarse de esa noticia…

En el Despacho Oblongo, el patricio de Ankh-Morpork, lord Vetinari, se quedó impresionado al ver que su crucigrama del Times se rellenaba solo…

En lo alto de las Montañas del Carnero, en el monasterio de Oi Dong, el abad de los Monjes de la Historia lamió la punta de su lápiz místico y tomó nota de ello…

La gata llamada Tú ronroneó como una especie de molino felino…

Y en el ahora viajero, Eskarina, una mujer que había sido mago, cogió la mano de su hijo y conoció la tristeza…

Pero en un mundo que centelleaba justo al otro lado del Disco, un mundo en el que los sueños podían hacerse realidad y a cuyos habitantes les gustaba colarse en otros mundos para herir y destrozar y robar y envenenar, un noble elfo llamado Flordeguisante notó un poderoso temblor que recorría el aire, como una araña podría notar a una presa cayendo en su red.

Se frotó las manos, jubiloso.

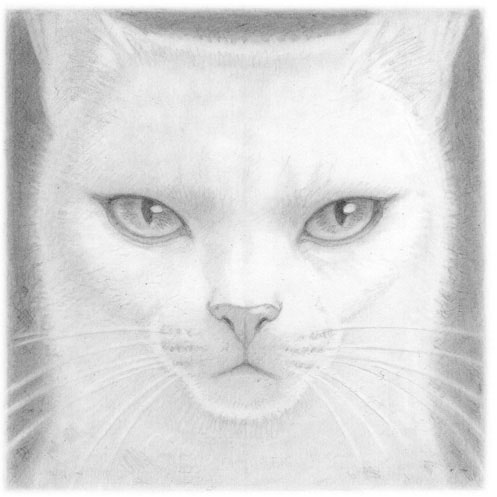
—Ha desaparecido una barrera —susurró para sí mismo—. Estarán débiles…

Y de vuelta en la Caliza, la kelda de los pequeños hombres libres vio flaquear el fuego de su hoguera y pensó: La bruja de brujas ha partido hacia las Buenas Tierras.

—Oju por dónde andas, arpía de arpías. Echarásete mucho de menos. —Suspiró y luego llamó a su marido, el gran hombre del clan—. Rob, ando melindrosa por nuestra arpiíña grandullona. Necesitarate. Marcha con ella, Rob. Llévate a unos cuantos rapaces y marcha con ella.

Jeannie fue a su alcoba para buscar el caldero. Los bordes de nuestro mundo ya non serán tan fuertes, se dijo. Tengo que saber qué podría estar marchandu para acá…

Y muy lejos, en un lugar incognoscible, alguien que llevaba guadaña estaba desensillando un caballo blanco, debe señalarse que con cierta pena.



# CAPÍTULO 3

Un mundo al revés

En una casa pequeña de una aldea, en los extensos campos de la Caliza infestada de ovejas, Tiffany Dolorido estaba arremangada y sudando casi más que la futura madre, una joven solo unos años mayor que ella, a la que estaba sosteniendo. Tiffany ya había ayudado a traer más de cincuenta bebés al mundo, además de una infinidad de corderos, y se la consideraba una comadrona experta.

Por desgracia, la madre de Milly Standish y otras varias mujeres de edades diversas, todas afirmando ser parientes y ejerciendo su derecho a un hueco en aquella estancia tan pequeña, se tenían por grandes expertas en el tema y estaban siendo tan amables de indicar a Tiffany lo que hacía mal.

Un par de señoras ya le habían ofrecido sus consejos anticuados, erróneos y seguro que hasta peligrosos, pero Tiffany no había perdido la calma, había logrado no gritar a nadie y estaba concentrada en afrontar el hecho de que Milly iba a tener gemelos. Esperaba que las demás no oyeran cómo le rechinaban los dientes.

El parto siempre era complicado cuando había dos bebés bulliciosos riñendo por ser el primero en nacer. Pero Tiffany solo pensaba en las nuevas vidas, y no pretendía dejar entrar a don Muerte en aquella habitación. Con otro empujón sudoroso de la joven madre, primero uno y luego otro bebé salieron berreando al mundo, para acabar en manos de su abuela y de una vecina.

—¡Dos chicos! ¡Qué maravilla! —exclamó la vieja madre Standish con evidente satisfacción.

Tiffany se secó las manos y la frente antes de seguir atendiendo a la madre, mientras la pequeña muchedumbre se quedaba embobada con los recién nacidos. Y entonces Tiffany se dio cuenta. Dentro de la espaciosa joven había otro niño. Sí, venía de camino un tercer bebé, en el que no habían reparado por culpa de la pelea de sus belicosos hermanos mayores.

Y en aquel instante Tiffany bajó la mirada y vio, entre una leve neblina verdosa y amarillenta, una gata blanca y altiva como una duquesa que la estaba observando. Era la gata de Yaya Ceravieja, Tú, y Tiffany la conocía bien porque se la había entregado ella misma unos años antes. Para su horror, una mujer mayor se acercó para espantar a Tú. Tiffany estuvo a punto de chillar.

—Señoras, esa gata pertenece a Yaya Ceravieja —dijo con aspereza—. Quizá no sea buena idea hacer enfadar a una bruja tan experimentada.

La bandada retrocedió de sopetón. Incluso allí abajo, en la Caliza, mentar a la señora Ceravieja tenía su efecto. La reputación de Yaya se había extendido a lo largo y ancho, más largo y más ancho de lo que Yaya acostumbraba a viajar en persona. Los enanos de las Llanuras Sto hasta le habían puesto un nombre, que traducido significaba: «Ve por el Otro Lado de la Montaña».

Pero Tiffany, sudando de nuevo, se preguntó qué estaría haciendo allí la gata de Yaya. Por lo general, Tú se alejaba poco de la casita de Yaya Ceravieja en Lancre, así que era raro que hubiera bajado a la Caliza. Las brujas veían presagios por todas partes, claro. ¿Sería la gata un presagio de algún tipo? ¿Tendría algo que ver con lo que había dicho Jeannie? No por primera vez, Tiffany se preguntó por qué los gatos parecían capaces de estar en un sitio en un instante y luego, casi a la vez, reaparecer en otra parte.

La joven parturient[[11]](#footnote-11)a dio un grito de dolor y obligó a Tiffany a apretar los dientes y devolver su atención a la tarea que tenía entre manos. Las brujas hacen el trabajo que tienen delante, y lo que ella tenía delante en aquel momento eran una joven madre esforzada y otra cabecita.

—Un empujón fuerte, Milly, por favor. Estás teniendo trillizos.

Milly gimió.

—Y otro. Uno suave —dijo Tiffany con alegría, viendo nacer a la niña, que llegó sana, bastante bonita para ser una recién nacida y pequeña.

Entregó la niña a otra pariente y entonces volvió a la estancia la realidad.

Mientras Tiffany empezaba a recoger, se fijó —porque fijarse era su estado natural como bruja— en que había mucho más ajetreo en torno a los dos chicos que por su hermana. Siempre convenía reparar en cosas como aquellas y tenerlas presentes, para que un problema leve no se convirtiera un día en uno grave.

Las mujeres habían sacado ya la tradicional mecedora chirriante para Milly, de modo que pudiera recibir en toda su majestad las felicitaciones del populacho, cuyos miembros también se felicitaban entre ellos y reconocían con mutuas inclinaciones de cabeza los consejos ofrecidos que, sin duda alguna, habían sido de lo más acertados, ya que ahí mismo tenían la prueba. ¡Dos niños bien sanotes! Ah, sí, y una niña pequeña.

Abrieron botellas y enviaron a un chico al otro lado de los campos para buscar al padre, que estaba trabajando en la cebada con su propio padre. La madre de la parturienta sonreía de oreja a oreja, sobre todo porque la joven Milly no tardaría en convertirse en la señora de Robinson, ya que ella misma había insistido pero que mucho y se había asegurado de que el joven señor Robinson fuese a cumplir con su hija. No había sido un proceso problemático: al fin y al cabo aquello era el campo, donde chico conocía a chica, como Milly había conocido a su novio en la Vigilia de los Puercos, y la naturaleza terminaba siguiendo su curso hasta el momento en que la madre de la chica reparaba en el bulto. Entonces dicha madre se lo contaba a su marido y el marido, ante unas amistosas pintas de cerveza, charlaba con el padre del chico, que luego tenía una conversación con su hijo. Y en general funcionaba.

Tiffany se acercó a la anciana que tenía a la niñita en brazos.

—¿Me la deja un momento, por favor, para ver si… ya sabe, si va todo bien?

La mujer, casi desdentada, le entregó a la niña como si quemara. Al fin y al cabo, sabía que Tiffany era bruja además de comadrona, y a saber lo que podía hacerte una bruja como te tuviera entre ceja y ceja. Cuando la anciana fue a buscar la bebida que le correspondía, Tiffany cogió al bebé en brazos y le susurró una promesa en voz tan baja que nadie más podría haberla oído. Saltaba a la vista que aquella pequeña iba a necesitar algo de suerte en su vida. Y con un poco de suerte, la tendría. Tiffany la devolvió a su madre, que no parecía muy impresionada con ella.

Se fijó en que para entonces los dos chicos ya tenían nombres, pero la niña no. Preocupada por el asunto, Tiffany preguntó:

—¿Qué pasa con tu niña? ¿A ella no le pones nombre?

La madre levantó la mirada.

—Que se llame como tú. Tiffany es un nombre bonito.

Tiffany se sintió halagada, pero no por ello dejó de preocuparse por la pequeña Tiffany. Aquellos niños grandes y pendencieros iban a quedarse con casi toda la leche, pensó. Pero no sería así mientras ella tuviera algo que decir al respecto, por lo que decidió que durante un tiempo la familia iba a recibir visitas suyas cada semana.

No quedaba nada más que hacer, de modo que dijo:

—Parece que todo va bien. Ya sabes dónde buscarme, pero de todas formas me pasaré a veros la semana que viene. Si me disculpan, señoras, tengo más gente a la que atender.

Siguió sonriendo hasta que estuvo fuera de la casa, recogió su escoba y vio que la gata blanca subía de un salto al manillar, como si fuese un mascarón de proa. El mundo está cambiando, pensó Tiffany. Puedo sentirlo…

De pronto captó un destello del tono rojo que delataba a un grupito de feegles ocultos tras una lechera. Aunque hubiera durado solo unos días, Tiffany había sido en una ocasión la kelda de los Nac Mac Feegle, y el vínculo que se había creado no podía romperse nunca. Y siempre estaban allí, siempre, cuidando de ella, asegurándose de que no le pasara nada malo a su arpiíña grandullona.

Pero ese día había algo distinto. Su forma de espiarla no era del todo la misma de siempre, y además…

—¡Oh, lamentu, lamentu! —exclamó una voz. Era la de Wullie Chiflado, un feegle que no se había presentado cuando repartieron los cerebros de feegle, que ya eran pequeños de por sí. Hizo un repentino ¡mmmf! cuando Rob Cualquiera le tapó la boca con la mano.

—Chista el boquerón, Wullie. Esto es asuntu de arpías, ¿sabes? —dijo Rob, mientras salía y se quedaba delante de Tiffany, meneando los pies y dando vueltas a su casco de cráneo de conejo entre las manos—. Es la arpía grandullona —añadió—. Jeannie díjome que viniérate a buscar.

Todas las aves diurnas y los murciélagos y búhos nocturnos conocían a Tiffany Dolorido y no se cruzaban en su trayectoria cuando estaba ocupada. La escoba surcaba el aire en dirección a Lancre. Desde la Caliza hasta el pequeño reino había un vuelo muy largo, y Tiffany notó que la mente se le llenaba de una niebla gris e invisible, un pensamiento que no contenía más que duelo. Se descubrió intentando hacer que retrocediera el tiempo, pero ni siquiera las más altas artes de la brujería podían lograrlo. Trató de no pensar, pero siempre es complicado detener el cerebro, por mucho que se intente. Tiffany era bruja, y las brujas aprendían a respetar sus presagios, aunque desearan que sus temores no se confirmasen.

La escoba aterrizó a media tarde fuera de la casita de Yaya Ceravieja, donde Tiffany vio la inconfundible y redonda silueta de Tata Ogg. La bruja más mayor tenía una jarra de pinta en una mano y el rostro descompuesto.

La gata, Tú, bajó al momento de la escoba y se dirigió a la casa. Los Nac Mac Feegle la siguieron, provocando que Tú acelerara una pizca el trote con esa forma que tienen los gatos de trotar como si, por supuesto, fueran ellos quienes quisieran ir más deprisa y no tuviera nada que ver, pero nada de nada, con los hombrecillos pelirrojos que se internaban en las sombras de la casita.

—Me alegro de verte, Tiff —la saludó Tata Ogg.

—Está muerta, ¿verdad? —preguntó Tiffany.

—Sí —respondió Tata—. Esme ha fallecido. Durmiendo anoche, por lo que parece.

—Lo sabía —señaló Tiffany—. Ha venido su gata a decírmelo. Y la kelda ha enviado a Rob…

Tata Ogg miró a Tiffany a la cara y le dijo:

—Qué bien que no estés llorando, querida. Eso es para luego. Ya sabes cómo quería Yaya que se hiciera: sin jaleos ni gritos, y sobre todo sin lágrimas. Antes hay que ocuparse de otras cosas. ¿Me ayudas, Tiff? Está arriba, y ya sabes cómo es esta escalera.

Tiffany miró hacia allí y vio la cesta larga y fina de mimbre que había hecho Yaya, esperando al lado del primer peldaño. Era del tamaño de Yaya, casi con total precisión. Sin el sombrero, claro.

—Así era Esme, ya lo creo. Lo hacía todo ella misma.

La casita de Yaya Ceravieja estaba construida sobre todo a base de crujidos, y hasta era posible hacerlos interpretar melodías, con un poco de práctica. Acompañada de la armoniosa madera, Tiffany siguió los jadeos y los bufidos de la otra bruja escalera arriba, dando vueltas y vueltas como una serpiente —Tata Ogg siempre decía que no podía subirse sin un sacacorchos— hasta que llegaron a la alcoba y al pequeño y triste lecho de muerte.

Tiffany pensó que podría haber sido la cama de un niño, y en ella estaba bien tendida la propia Yaya Ceravieja, como si durmiera. Y también subida a la cama, al lado de su ama, estaba Tú la gata.

Yaya tenía sobre el pecho una tarjeta que Tiffany conocía, y tuvo una idea que fue como el aldabonazo de un gong.

—Tata, ¿no podría ser que Yaya esté fuera, de Préstamo? ¿Crees que ha dejado aquí el cuerpo y su yo de verdad está… en otra parte? —Miró a la gata hecha un ovillo en la cama y añadió con esperanza—: ¿En Tú?

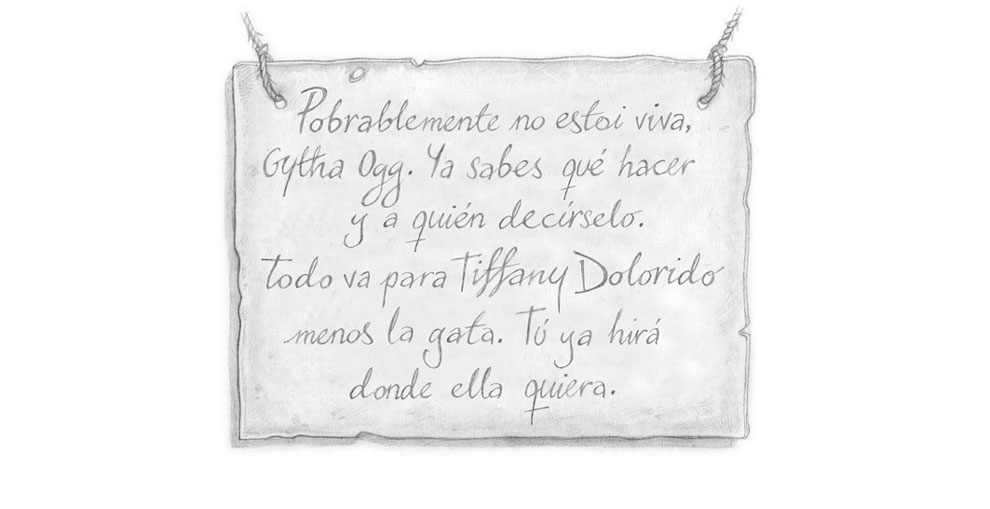
Yaya Ceravieja había sido una experta en el Préstamo, en trasladar su mente al interior de la de otra criatura, usar su cuerpo y compartir sus experiencias. Era brujería de la pel[[12]](#footnote-12)igrosa, sobre todo porque una bruja inexperta corría el riesgo de perderse en la otra mente y no regresar jamás. Y por supuesto, si se estaba fuera del propio cuerpo, la gente podía malinterpretarlo.

Tata levantó la tarjeta del pecho de Yaya, en silencio. La leyeron las dos juntas.



Tata le dio la vuelta mientras la mano de Tiffany se acercaba despacio a la muñeca de Yaya Ceravieja, e incluso entonces, incluso con cada átomo brujeril de su ser diciéndole que Yaya no estaba allí, su parte de chica joven buscó el más leve atisbo de pulso.

Pero en la parte trasera de la cartulina había un mensaje manuscrito que fue como la última varilla en la cesta de mimbre que había al pie de la escalera.



Tiffany dijo en voz baja:

—Ya no es probablemente. —Y entonces el resto de la nota caló en su mente—. ¿Cómo? ¿A qué se refiere con eso de «Todo va para Tiffany menos…»?

La pregunta se quedó sin completar y Tiffany miró a Tata Ogg, estupefacta.

—Sí —dijo Tata—. Es la letra de Yaya, eso seguro. Para mí no hay más que hablar. Te quedas con la casita y los terrenos de alrededor, las hierbas, las abejas y todo lo demás que hay aquí. Ah, pero me había prometido a mí el juego de jarra y jofaina de color rosa. —Miró a Tiffany—. Si no te importa, claro.

¿Si no me importa?, pensó Tiffany. ¿Tata Ogg me está preguntando a mí si me importa? Y entonces su mente pasó por iniciativa propia a: ¿Dos encomiendas? Bueno, así no tendría que vivir con mis padres… pero sí viajar mucho… Y la idea principal la alcanzó como un relámpago: ¿Cómo narices voy a seguir los pasos de Yaya Ceravieja? ¡Ella es… era… inseguible!

Tata no había llegado a bruja anciana y experta sin aprender cuatro cosas.

—No te quedes patitiesa todavía, Tiff —dijo con ánimo—. No solucionará nada y solo terminarás andando raro. Ya tendremos tiempo después para hablar de… todo eso. Ahora mismo, tenemos que ponernos con lo que debe hacerse.

Tiffany y Tata habían lidiado muchas veces con la muerte. En las Montañas del Carnero, las brujas se ocupaban de todo para que el fallecido estuviera presentable al llegar al otro mundo: hacían las tareas un poco desagradables de las que no se hablaba y también otras cosillas como abrir una ventana para que pudiera salir el alma. En realidad, la ventana ya la había abierto Yaya Ceravieja, pensó Tiffany, aunque seguro que su alma podía salir de cualquier sitio e ir donde le diera la gana.

Tata Ogg cogió los dos peniques de la mesita y dijo:

—Nos los ha dejado preparados. Así era Esme, considerada hasta el final. ¿Empezamos?

Por desgracia, Tata había cogido la botella de triple destilado de melocotón (uso exclusivamente medicinal) de la recocina de Yaya, porque según ella la ayudaría con los rituales necesarios para su hermana en el arte, y aunque se ocuparon de Yaya Ceravieja como si fuese una gema preciosa, que Tata estuviera bebiendo no ayudaba mucho.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Tata después de hacer las partes más feas, en las que por cierto agradecieron que Yaya conservara todos los dientes—. Qué pena. Siempre creí que la primera en caer sería yo, con esto de la bebida y demás, sobre todo el demás. Eso lo he hecho muchísimo.

En realidad, Tata Ogg había hecho muchísimo de absolutamente todo, y se consideraba que tenía una mente tan abierta que podía sacarse por las orejas y usarla para atar un sombrero.

—¿Habrá funeral? —preguntó Tiffany.

—Bueno, ya sabes cómo era Esme. No le gustaban mucho esas cosas. Nunca fue de las que se hacían notar, y las brujas no somos muy[[13]](#footnote-13) de funerales. Yaya decía que eran un follón.

Tiffany recordó el único otro funeral de bruja al que había asistido. La difunta señorita Traición, de quien había sido aprendiza, quiso que hubiera mucho follón. Además, como no pretendía perderse el acontecimiento, había enviado las invitaciones por adelantado. Aquello había sido… memorable.

Mientras terminaban de adecentar a Yaya Ceravieja, como lo llamaba Tata, esta dijo:

—Hay que decírselo a la reina Magrat. Ahora mismo está de viaje, en Genua, con el rey, pero supongo que no tardará demasiado en volver, con todos esos ferrocarriles y demás. Cualquier otra persona que deba saberlo seguramente ya lo sabe, créeme. Pero a primera hora de mañana, antes de que lleguen, enterraremos a Esme como ella quería, sin jaleos ni follones, en esa cesta de mimbre que hay abajo. Son bien baratas y rápidas de hacer, Esme lo decía siempre. Y ya sabes cómo era de frugal. Nunca tiraba nada.

Tiffany pasó la noche en la carriola, un lecho diminuto que se retiraba cuando no hacía falta. Tata Ogg se había conformado con la mecedora de abajo, que chirriaba y protestaba con cada balanceo. Pero Tiffany no se durmió. Pasó por una sucesión de duermevelas a la luz de la luna que entraba en el dormitorio, y cada vez que levantaba la mirada encontraba a Tú, la gata, dormida al pie de la cama de Yaya, acurrucada como otra pequeña luna blanca.

Tiffany había velado a los muertos muchas otras veces, por supuesto. Era tradicional que los difuntos tuvieran compañía la noche anterior a cualquier entierro o funeral, como si se quisiera dejar claro a cualquier cosa que estuviera… acechando que aquella persona importaba, que tenía a alguien al lado para asegurarse de que nada malvado se acercara en aquel momento de peligro. Los crujidos nocturnos de la madera llenaron el dormitorio y Tiffany, despierta del todo, empezó a oír los sonidos que hacía la propia Yaya Ceravieja a medida que su cuerpo se asentaba. Lo he hecho un montón de veces, se dijo. Es lo que hacemos las brujas. No hablamos de ello, pero lo hacemos. Velamos a los muertos para asegurarnos de que no les pasa nada en la oscuridad. Aunque, como decía Tata, quizá fueran los vivos a los que habría que velar, porque, por mucho que dijera la gente, los muertos no hacían daño a nadie.

Y ahora, ¿qué hago?, pensó en plena madrugada. ¿Qué pasará mañana? El mundo está al revés. No puedo sustituir a Yaya. No podría ni en un siglo. Y entonces se dijo: ¿Qué respondió la joven Esmerelda cuando Tata Tumulto le dijo que su encomienda era el mundo entero?

Dio vueltas y vueltas en la carriola, hasta que de pronto abrió los ojos y vio un búho que la observaba desde el alféizar, con unos ojos enormes que flotaban en la penumbra como faroles que llevaran a otro mundo. ¿Sería un presagio más? A Yaya le gustaban los búhos…

Sus Segundos Pensamientos, que pensaban en cómo pensaba, entraron en faena. No puedes decir que no eres lo bastante buena, le recordaron, porque ninguna bruja lo diría jamás. A ver, eres consciente de que esto se te da bastante bien, ¿verdad? Las brujas mayores saben que expulsaste a la Reina de las Hadas de nuestro mundo, y te vieron cruzar la puerta con el colmenero. Y luego te vieron volver.

Pero ¿será suficiente?, insistieron sus Primeros Pensamientos. Después de… después de hacer lo que tenemos que hacer, podría ponerme la otra muda de ropa interior y volver a casa en escoba. Tendré que hacerlo de todos modos, aunque me quede con la encomienda. Tengo que decírselo a mis padres. Y voy a necesitar ayuda en la Caliza, porque esto va a ser una pesadilla, como tenga que estar en dos sitios a la vez. No soy como los gatos…

Al pensarlo apartó los ojos del techo y allí estaba Tú, atenta a ella pero no contemplándola sin más, sino con una mirada penetrante como solo sabían hacerlas los gatos, y a Tiffany le pareció que significaba: «Sigue con tu trabajo, que siempre hay mucho por hacer. No pienses en ti misma. Piensa en todos».

Y por fin el cansancio se convirtió en su amigo y Tiffany Dolorido consiguió dormir unas horas.

Por la mañana, los clacs traquetearon al enviar la noticia sobre Yaya Ceravieja línea abajo, y quienes recibieron el mensaje lo afrontaron a sus distintas maneras.

En el estudio de su mansión, la señora Carcoma se enteró de la noticia mient[[14]](#footnote-14)ras escribía su siguiente libro sobre «Okultismo Floral», cuando tuvo una repentina sensación de desequilibrio, de que el mundo se había torcido. Compuso la expresión de dolor apropiada en sus rasgos y fue a informar a su marido, un mago anciano, tratando de no revelar su gozo mientras pensaba en las posibles consecuencias, en que ella, la señora Carcoma, sería una de las brujas con más renombre de Lancre. Quizá pudiera colocar a su última discípula en aquella casita del bosque. Su rostro afilado se afiló incluso más al imaginar lo okulta que podía dejarla con solo unas cuantas redes de maldiciones, amuletos, símbolos rúnicos, estrellas de plata, colgaduras de terciopelo negro y, cómo no, la imprescindible bola de cristal.

Ordenó a su discípula más reciente que le trajera la capa y la escoba, y entre tanto se puso sus mejores guantes negros de encaje, los de los símbolos plateados cosidos en las yemas de los dedos. Tendría que hacer una Entrada Memorable…

En el Emporio Boffo de Artículos de Broma y Regalos, calle del Décimo Huevo 4, Ankh-Morpork, «Todo para la arpía en un minuto», la señora Proust dijo:

—Es una pena, esa mujer tenía buen fondo.

Las brujas no tienen líderes, por supuesto, pero todo el mundo sabía que Yaya Ceravieja había sido la mejor líder que no tenían, así que alguna otra tendría que dar el paso y marcar el rumbo a las brujas, así en términos generales. Y también estar pendiente de cualquiera que fuera un poco propensa a las carcajadas histéricas.

La señora Proust dejó un imitador de carcajadas que había cogido del mostrador de «Compare las Carcajadas» y se volvió hacia su hijo Derek.

—Va a haber discusiones como que me llamo Eunice Proust. Pero ya verás cómo la encomienda se la queda Tiffany Dolorido. Todas hemos visto de lo que es capaz. ¡Madre mía, si lo hemos visto!

Y sin decirlo, añadió: «Venga, Tiffany, antes de que se te adelanten».

En palacio, el secretario Drumknott se apresuró a llevar un ejemplar del Ankh-Morpork Times al Despacho Oblongo, donde el patricio de la ciudad, lord Vetinari, esperaba su crucigrama diario.

Sin embargo, Vetinari ya se había enterado de la noticia importante.

—Habrá problemas. Te lo digo yo, se avecinan rencillas en el bando de las sin-cayado. —Suspiró—. ¿Alguna idea, Drumknott? ¿Quién crees que se colocará en la cima del caldero?

Dio unos golpecitos en el puño de su bastón de ébano mientras reflexionaba sobre su propia pregunta.

—Bueno, milord —dijo Drumknott—, en los clacs corre el rumor de que será Tiffany Dolorido. Es bastante joven.

—Bastante joven, sí. ¿Y buena? —preguntó Vetinari.

—Creo que sí, señor.

—¿Qué hay de esa mujer, la tal señora Carcoma?

Drumknott hizo una mueca.

—Toda apariencias, milord, no se ensucia las manos. Mucha joyería, encaje negro, ya sabe a qué variedad me refiero. Bien relacionada, pero eso viene a ser todo lo que puede decirse.

—Ah, sí, ahora que lo dices, la he visto. Prepotente y creída. De las que van a soirées.

—Usted también va, milord.

—Sí, pero yo soy el tirano, así que por desgracia para mí, es trabajo. Veamos, la joven Tiffany Dolorido… ¿Qué más sabemos de ella? ¿No hubo unas molestias la última vez que visitó la ciudad?

—Milord, los Nac Mac Feegle le tienen mucho aprecio, y ella también a ellos. En ocasiones se consideran su guardia de honor.

—Drumknott.

—¿Sí, milord?

—Voy a emplear una palabra que nunca había pronunciado. ¡Pardiez! No podemos volver a tener feegles por aquí. ¡No podemos permitírnoslo!

—Es improbable, milord. Están con la señora Dolorido y no creo que quiera repetir los sucesos de su última visita, que de todos modos tampoco causaron daños permanentes.

—¿La Cabeza del Rey no se convirtió en El Cuello del Rey?

—Así es, milord, pero resulta q[[15]](#footnote-15)ue el cambio ha gustado a muchos, sobre todo a su propietario, que se está haciendo de oro con los turistas. Sale en las guías de viaje.

—Si esa joven tiene a los Nac Mac Feegle de su parte, es una fuerza a tener en cuenta —musitó Vetinari.

—Se dice que también es una mujer reflexiva, servicial y lista.

—¿Sin resultar insufrible? Ojalá pudiera decir lo mismo de la señora Carcoma. Hum —dijo Vetinari—. Tendremos que observarla con atención…

Mustrum Ridcully, archicanciller de la Universidad Invisible, miró la pared de su dormitorio y sollozó de nuevo, y esperó a haber recobrado la compostura para mandar llamar a Ponder Stibbons, el mago que le hacía de mano derecha.

—Los clacs confirman lo que le dijo Hex, señor Stibbons —dijo con tristeza—. La bruja Esme Ceravieja de Lancre, conocida para muchos como Yaya Ceravieja, ha muerto. —El archicanciller parecía un poco avergonzado. Sostenía un fajo de cartas en el regazo y no dejaba de darle vueltas—. Fuimos amigos de jóvenes, ¿sabe? Pero ella quería ser la mejor bruja de todas y yo esperaba llegar a archicanciller algún día. Por desgracia para nosotros, los dos sueños se cumplieron.

—Ay, señor. ¿Quiere que le haga hueco en la agenda para poder ir al funeral? Porque habrá funeral, supongo.

—Señor Stibbons, al cuerno con la agenda. Me marcho ya. Ahora mismo.

—Con todo el respeto, archicanciller, debo recordarle, señor, que prometió asistir a una reunión con el Gremio de Contables y Usureros.

—¿Con esos mangantes? Dígales que tengo que ocuparme de un importante asunto internacional.

Ponder titubeó.

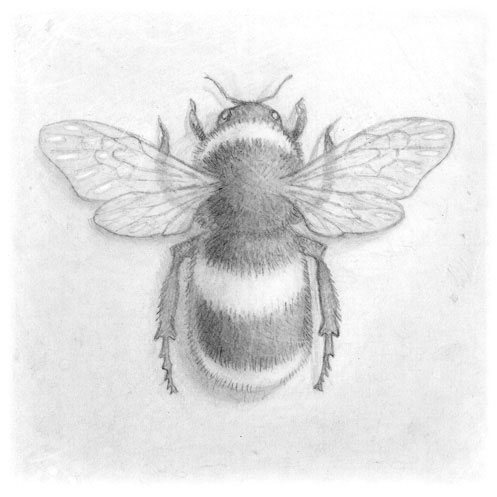
—Pero eso no es cierto del todo, archicanciller.

—¡Pues claro que lo es! —replicó Ridcully. Las normas eran para otra gente, no para él. Como tampoco lo habían sido, recordó con una dolorosa punzada, para Esme Ceravieja—. ¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando en la universidad, jovencito? —bramó a Stibbons—. Los embustes son nuestro oficio. Voy a subirme a mi escoba, señor Stibbons, y dejaré este lugar en sus muy capaces manos.

Y en aquel… otro mundo, en aquel parásito que se aferraba con sus pequeñas y malignas zarpas a los portales de piedra, un elfo estaba urdiendo sus planes. Se proponía arrebatar el País de las Hadas a una reina que nunca había llegado a recuperar del todo sus poderes tras sufrir una humillante derrota a manos de una niña llamada Tiffany Dolorido. Se proponía arremeter, atravesar un umbral que al menos durante un tiempo sería fino como una telaraña, pues ya no se interponía una poderosa arpía. Y los habitantes de su mundo serían vulnerables.

Los ojos de lord Flordeguisante brillaron y su mente se llenó de gloriosas imágenes de víctimas, de los placeres de la crueldad, del esplendor de una tierra en la que de nuevo los elfos podrían jugar con nuevos juguetes.

Cuando llegara el momento…



# CAPÍTULO 4

Una despedida y una bienvenida

Bajar el cadáver de Yaya Ceravieja por la retorcida escalera, con sus diminutos peldaños en la diminuta casita, se les complicó aún más por la gran jarra matutina de sidra que Tata Ogg estaba vaciando a marchas forzadas, pero aun así lo consiguieron sin darle un solo golpe.

Tendieron con mucho cuidado el cuerpo de Yaya en la cesta de mimbre y Tiffany salió al cobertizo para coger la carretilla y las palas, mientras Tata Ogg recobraba el aliento. Entonces entre las dos izaron la cesta a la artesa y pusieron las palas a los dos lados de Yaya.

Tiffany asió los vástagos de la carretilla.

—Vosotros non os moveréis de aquí, Rob —dijo al feegle al ver que todos salían de sus diversos escondrijos y se situaban tras ella—. Esto es cosa de arpías, ya sabes. Non podéisme ayudar.

Rob Cualquiera meneó los pies.

—Peru eres nuestra arpía, y ya sabes que Jeannie díjonos que… —empezó a protestar.

—Rob Cualquiera. —La férrea mirada de Tiffany lo dejó clavado al suelo—. ¿Recuerdas a la arpía jefa? ¿Yaya Ceravieja? ¿Acasu queréis que su sombra regrese y… dígaos lo que tenéis que hacer por toda la eternidad? —Hubo un gemido colectivo y Wullie Chiflado retrocedió, jadeando—. Pues meteoslo en la testa: esto tenémoslo que hacer solas las arpías. —Se volvió hacia Tata Ogg con decisión—. ¿Dónde vamos, Tata?

—Esme dejó marcado un sitio en el bosque, Tiff, donde quería que la enterráramos —respondió Tata—. Sígueme, sé dónde está.

El jardín de Yaya Ceravieja se fundía con la arboleda, pero a Tiffany se le hizo muy largo el trayecto hasta el corazón del bosque, donde había un palo clavado en tierra con una cinta roja atada en la parte de arriba.

Tata entregó una pala a Tiffany y las dos se pusieron a cavar, refrescadas por el vientecillo matutino. Les costó trabajo, pero Yaya había elegido bien su sitio y el terreno era blando, fácil de desmenuzar.

Cuando hubieron cavado el hoyo, o más bien cuando Tiffany hubo cavado buena parte de él, una Tata Ogg que en sus propias palabras estaba sudando el quilo dio un trago a la jarra mientras Tiffany acercaba la carretilla. Depositaron la cesta de mimbre poco a poco en el hoyo, retrocedieron un paso y se quedaron allí un momento.

Sin mediar palabra, juntas y solemnes, hicieron una inclinación ante la tumba de Yaya. Recogieron las palas de nuevo y empezaron a llenarla. ¡Cu-chunc! ¡Cu-chunc! La tierra fue tapando el mimbre hasta que dejó de verse, y Tiffany observó cómo se asentaba hasta que el último terrón dejó de moverse.

Mientras alisaban el montículo de tierra removida, Tata explicó a Tiffany que Yaya había dicho que no quería ataúdes, sagrarios ni mucho menos lápidas.

—Pero tendría que haber una losa —dijo Tiffany—. Ya sabes cómo excavan los tejones, los ratones y demás. Aunque sepamos que sus huesos no son ella, yo al menos preferiría saber que no sale nada de ahí hasta… —vaciló.

—¿Hasta el fin de los tiempos? —terminó por ella Tata—. Escucha, Tiff, Esme siempre me decía que dijera esto: quien quiera ver a Esmerelda Ceravieja solo tiene que mirar a su alrededor. Está aquí. Las brujas no estamos de luto mucho tiempo. Nos quedamos con los recuerdos felices, que existen para atesorarse.

El recuerdo de Yaya Ceravieja brilló de pronto en la mente de Tiffany. Su propia abuela no había sido bruja, aunque Yaya se había interesado mucho por ella, pero tras la muerte de la abuela Dolorido habían quemado su cabaña de pastoreo y sus huesos habían ido a las colinas, bajo dos metros de caliza. Luego habían cubierto el hueco y solo quedaron las ruedas de hierro de la cabaña para indicar dónde descansaba. Pero se había convertido en un lugar sagrado, un lugar de recuerdos. Y no solo para Tiffany. No había pastor que pasara por allí y no mirara al cielo y pensara en la abuela Dolorido, que había recorrido las colinas noche tras noche, y en el zigzag de su luz en la tiniebla. Un asentimiento de aprobación suyo había valido más que el oro en la Caliza.

Con aquel claro del bosque, comprendió Tiffany, ocurriría lo mismo. Estaba bendecido. Y hacía buen día para ello, pensó, si es que existía un buen día para morir, un buen día para que te enterraran.

Los pájaros piaban en el cielo y salían susurros del sotobosque, que se añadían a todos los sonidos con que la naturaleza demostraba que seguía viviéndose la vida, mezclada con las almas de los muertos en un réquiem arbolado.

El bosque entero cantó para Yaya Ceravieja.

Tiffany vio que un zorro se acercaba, agachaba la cabeza y entonces huía al ver llegar a una jabalina con su familia de lechones. Luego apareció un tejón, sin mirar siquiera a los otros animales, y Tiffany se fue quedando cada vez más estupefacta a medida que una criatura tras otra se aposentaba cerca de la tumba y permanecían todas allí, como si fuesen animales domésticos.

¿Dónde está ahora Yaya?, se preguntó Tiffany. ¿Es posible que una parte de ella aún esté… aquí? Dio un respingo al notar un contacto en el hombro, pero era solo una hoja al caer. Y entonces, en sus entrañas, supo la respuesta a la pregunta de dónde estaba Yaya Ceravieja.

Era la siguiente: «Está aquí, y en todas partes».

Para sorpresa de Tiffany, Tata estaba llorando flojito. La bruja dio otro sorbo a su jarra y se secó los ojos.

—A veces llorar ayuda —dijo—. No hay vergüenza en las lágrimas derramadas por los que has querido. A veces recuerdo a algún marido de los míos y se me escapa una o dos. Los recuerdos están para atesorarlos, y no sirve de nada ponerse macabro con ellos.

—¿Cuántos maridos has tenido en realidad, Tata? —preguntó Tiffany.

Tata dio la impresión de estar contando.

—Tres propios, y dejémoslo en que se me han acabado los dedos para los demás, por así decirlo. —Pero ya estaba sonriendo, quizá recordando a un marido al que tuviera mucho cariño, y entonces volvió del pasado y recuperó su habitual espíritu alegre—. Venga, Tiff, volvamos a tu casita. Como digo yo siempre, los buenos velatorios no se hacen solos.

De camino a la casa, Tiffany hizo a Tata la pregunta a la que no dejaba de dar vueltas.

—¿Qué crees que pasará ahora?

Tata miró a Tiffany.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Yaya no era exactamente la bruja jefa… solo que casi todo el mundo creía que sí.

—Porque no hay bruja jefa, Tiff, ya lo sabes.

—Ya, pero… ahora que Yaya no está, ¿la no-bruja-jefa serás tú?

—¿Yo? —Tata Ogg rió—. Qué va, querida. Yo he tenido muy buena vida, con muchos niños, muchos hombres, mucha diversión… y sí, esto de la brujería se me da bastante bien. Pero en la vida se me ocurriría sustituir a Esme. En la vida.

—Bueno, pues ¿quién será? Alguien ha de serlo.

Tata Ogg frunció el ceño y dijo:

—Yaya nunca dijo que fuese mejor que las otras. Solo se dedicaba a lo suyo y se lo demostraba, y la gente lo iba descubriendo sola. Mira lo que te digo, las brujas más mayores se reunirán pronto para hablar de esto, pero yo sé a quién elegiría Yaya. Y además estoy de acuerdo con ella. —Se detuvo y compuso el semblante—. Eres tú, Tiff. Esme te ha dejado su casita, pero es más que eso. ¡Tienes que reemplazar a Yaya Ceravieja o lo intentará hacer otra menos cualificada!

—Pero… ¡No puedo! ¡Y las brujas no tienen líderes! ¡Acabas de decirlo tú misma, Tata!

—Sí —reconoció Tata—. Y tendrás que ser la mejor líder que no tenemos. No me mires así de reojo, Tiffany Dolorido. Piénsalo. No intentabas ganarte el derecho, pero te lo has ganado, y si no me crees a mí, cree a Yaya Ceravieja. Me dijo que eras la única bruja que de verdad podría ocupar su lugar, la noche después de que corrieras con aquella liebre.

—A mí no me dijo nada —respondió Tiffany, sintiéndose muy joven de pronto.

—Pues claro que no —dijo Tata—. Esme no hacía así las cosas, ya lo sabes. Sería más propio de ella dar un gruñido y a lo mejor murmurar: «Eso es, chica». Le gustaba que la gente conociera sus puntos fuertes… y los tuyos son formidables.

—Pero, Tata, tú eres más mayor, tienes más experiencia que yo. ¡Sabes muchísimo más!

—Y hay partes que querría olvidar —comentó Tata.

—Soy demasiado joven —gimió Tiffany—. Si no fuera bruja, no pensaría en otra cosa que en novios.

Tata Ogg casi se le echó encima.

—No eres demasiado joven —replicó—. Aquí lo que importa no son los años. Yaya Ceravieja me dijo que serías tú la que tendría que afrontar el futuro. Y ser joven solo significa que tienes futuro a montones. —Olisqueó—. Mucho más que yo, eso seguro.

—Pero no funciona así —insistió Tiffany—. Debería ser una bruja experta. Tiene que serlo.

Sus Segundos Pensamientos saltaron en su mente, desafiándola. ¿Por qué? ¿Por qué no hacer las cosas de otro modo? ¿Por qué hay que hacerlo todo igual que se ha hecho siempre? Y hubo algo en su interior que se regocijó por el desafío.

—¡Ja! —exclamó Tata—. Tú bailaste con la liebre para salvar la vida a tus amigos, mi niña. ¿Te acuerdas de estar tan… enfadada que recogiste un trozo de pedernal y lo hiciste gotear de entre los dedos como si fuera agua? Todas las brujas importantes estaban allí, y se quitaron los sombreros ante ti. ¡Ante ti! ¡Los sombreros! —Salió a zancadas hacia la casita, no sin antes añadir—: Y recuerda, Tú te ha elegido. Esa gata de ahí fue a buscarte cuando Esme se marchó.

Y allí estaba la gata blanca, aseándose sobre el tocón de un viejo abedul, y Tiffany reflexionó. Vaya si reflexionó.

Al llegar a la casita, vieron a un mago desaliñado pero gigantesco que intentaba posar su escoba junto al cobertizo de las cabras.

—Me alegro de que hayas venido, Mustrum —gritó Tata Ogg desde el otro lado del jardín, mientras el caballero se alisaba la ropa, cruzaba las hierbas con cuidado y las saludaba levantando el sombrero. Tiffany reparó con júbilo en que lo llevaba atado a la cabeza con cordel—. Tiff, te presento a Mustrum Ridcully, archicanciller de la Universidad Invisible.

Tiffany solo había conocido a un par de magos, y habían sido del tipo que confiaba en las túnicas, los sombreros puntiagudos y los cayados para imponerse, esperando no tener que hacer nunca nada mágico de verdad. A primera vista, Ridcully parecía encajar: barba, enorme cayado con un nudo en la punta, sombrero pun… un momento, ¿sombrero puntiagudo con una ballesta metida en la cinta? Su parte de bruja retrocedió un paso y lo observó con atención. Pero Ridcully no estaba haciéndole ni caso. Para su asombro, el archicanciller parecía sollozar.

—¿Es verdad, Tata? ¿De verdad ha muerto?

Tata le tendió un pañuelo y, mientras el archicanciller daba un buen trompetazo, susurró a Tiffany:

—Él y Esme eran… bueno, ya sabes, muy amigos de jóvenes. —Guiñó un ojo.

El archicanciller parecía abrumado. Tata le pasó su jarra.

—Es mi famoso remedio, excelencia. Lo mejor es beberlo todo de un buen trago. No hay nada mejor para la melancolía, ya lo creo que no. Cuando me noto un poco insegura, lo tomo sin parar. Uso exclusivamente medicinal, claro.

El archicanciller aceptó la jarra, le dio un par de sorbos seguidos y la levantó hacia Tata.

—Por Yaya Ceravieja y los futuros perdidos —dijo con la voz ahogada de pena—. ¡Ojalá tengamos todos otro intento! —Se quitó el sombrero, desenroscó la punta y sacó una botellita de coñac y un vaso—. ¡Por usted, señora Ogg! —exclamó—. Y ahora, ¿puedo verla, por favor?

—Ya la hemos enterrado donde quería reposar —dijo Tata—. Ya sabe cómo es esto. No quería mucho follón. —Lo miró antes de continuar—. Lo siento mucho, Mustrum, pero lo llevaremos al lugar donde está. Tiffany, ¿por qué no vas por delante?

Y así, el mago más importante del mundo siguió respetuoso a Tiffany y Tata Ogg por el bosque hasta el lugar de descanso de la bruja más importante del mundo. Los árboles que rodeaban el pequeño claro estaban rebosantes de pájaros que trinaban a pleno pulmón. Tata y Tiffany se quedaron atrás para dejar al mago un momento a solas junto a la tumba. Ridcully suspiró.

—Gracias, señora Ogg, señora Dolorido.

Y entonces el archicanciller se volvió hacia Tiffany y la observó con más detenimiento.

—En honor a Esmerelda Ceravieja, querida mía, si alguna vez necesita un amigo puede contar conmigo. De algo tiene que servir esto de ser el mago más importante del mundo. —Calló un momento—. He oído hablar de usted —dijo al cabo, y al ver su gesto añadió—: No, no se sorprenda. Supongo que ya saben que los magos tenemos un… ojo echado a lo que hacen las brujas. Lo sabemos cuando la magia se perturba, cuando algo… sucede. Por eso supe lo del pedernal. ¿Es cierto? —Su tono se había vuelto más brusco, como correspondía a un hombre que no tenía charla insustancial, sino solo muy sustancial y a volumen sustancial también.

—Sí —respondió Tiffany—. Todo es cierto.

—Madre mía —dijo Ridcully—. Pues ahora estoy seguro de que tendrá un futuro… muy moteado, digamos. Veo las señales en usted, señora Tiffany Dolorido, y conozco a muchas personas con poder, con tanto poder que ni siquiera tienen que blandirlo. Apenas empieza a acercarse a lo que podría llegar a ser y ya lo veo en usted, por lo que solo puedo preguntarme qué hará a continuación. —Se le ensombreció el semblante—. ¿Me dejarían un momento a solas con mis sentimientos, señoras? Sabré volver a la casita.

Más tarde, el archicanciller regresó a su escoba y Tiffany y Tata Ogg lo vieron desaparecer en la dirección general de Ankh-Morpork. La escoba cabeceó mientras se elevaba, como despidiéndose. Tata sonrió.

—Es mago. Puede ponerse sobrio cuando quiera, y si no, bueno, sabrá llevar la escoba con un par de coñacs en el cuerpo. ¡Tampoco es que haya mucho con lo que chocar ahí arriba!

La mañana siguió su curso mientras llegaba más y más gente a la casita para presentar sus respetos. Había corrido la voz y parecía que todo el mundo quería dejar un regalo para Yaya Ceravieja, para la bruja que siempre los había cuidado aunque nunca les cayera demasiado bien. Esme Ceravieja no había hecho por ser simpática. Había hecho lo necesario. Había estado allí cuando subían a su casa, había salido a cualquier hora del día o de la noche que se lo pidieran (y a veces incluso sin pedírselo, cosa que no siempre resultaba cómoda) y de algún modo los había hecho sentir… más a salvo. Llevaron jamones y quesos, leche y encurtidos, mermeladas y cerveza, pan y fruta.

También daba la impresión de que los árboles disparaban escobas, procedentes de todas las direcciones, y no había nada que una bruja agradeciera más que la comida gratis. Tiffany pilló a una bruja muy mayor intentando guardarse un pollo entero en las enaguas. Y cuando fueron apareciendo las brujas, los lugareños empezaron a marcharse. No convenía estar rodeado de tantas brujas. ¿Para qué arriesgarse? Nadie quería que lo transformaran en rana, porque ¿quién recogería entonces la cosecha? Empezaron a poner excusas y escabullirse, aunque los que habían probado los famosos cócteles de Tata Ogg se escabullían entre bastantes tambaleos.

Ninguna bruja estaba invitada, pero a Tiffany le pareció que se habían sentido atraídas hacia allí, como el archicanciller. Se presentó hasta la señora Carcoma. Llegó en un carruaje tirado por dos caballos y adornado con plumas negras, con un sombrero engalanado con estrellas plateadas y los brazos repletos de pulseras y amuletos, que tintineaban como si la sección de percusión de una orquesta hubiera caído de repente por un precipicio. A remolque suyo iba su marido, y Tiffany tuvo lástima del pobre hombre.

—Saludos, hermanas, y que las runas nos protejan en este nuestro encuentro —recitó la señora Carcoma, con la fuerza justa para que también la oyeran los lugareños que quedaban, pues le gustaba hacer ostentación de brujería.

Dedicó una larga mirada a Tiffany, lo cual enfureció a Tata Ogg. Tata hizo la inclinación más breve posible, se volvió y exclamó:

—¡Eh, mira, Tiffany, ha venido Agnes Nitt! ¿Qué hay, Agnes?

Agnes, una bruja con una cintura que sugería una actitud con la comida similar a la de la kelda de los feegles, estaba casi sin aliento.

—Estoy en plena gira, representando Mucho ruido y nueces a tutiplén de Apilapostes. Estaba en Quirm cuando me he enterado y he venido tan deprisa como he podido.

Tiffany no conocía a Agnes, pero una mirada a su cara sensata y a la sonrisa amable que tenía la llevó a pensar que seguramente se llevarían bien. Entonces la invadió la alegría al ver una escoba que aterrizaba con titubeos y oír el familiar «Hum» de su amiga Petulia.

—Hum, Tiffany, me habían dicho que estabas aquí. Hum, ¿necesitas ayuda para preparar bocadillos? —se ofreció Petulia, levantando una gran pieza de panceta mientras terminaba de posar la escoba en tierra. Petulia estaba casada con un porquero y se la tenía por la mejor aburridora de cerdos de Lancre. Además, era una de las mejores ami[[16]](#footnote-16)gas de Tiffany—. También han venido Cortiza y, hum, Lucy Warbeck —añadió Petulia. Sus «hum» siempre empeoraban en compañía de otras brujas, pero nunca los decía mientras aburría a cerdos, lo que quizá dijese algo sobre Petulia y los cerdos.

Tiffany y los nietos de Tata Ogg habían montado unas mesas. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía para qué estaban los funerales y a la mayoría le gustaba comer y beber, fuera cual fuese la ocasión. Había música, coronada por la celestial voz de Agnes. Cantó El lamento de la aguileña, y mientras la suave melodía flotaba sobre el techo y llegaba al bosque, Tata dijo a Tiffany:

—Esa voz podría hacer llorar a los árboles.

Y hubo bailes, sin duda facilitados por los brebajes de Tata Ogg, que podía hacer estallar la canción y la danza en cualquier fiesta. Era un don, pensó Tiffany. Tata era capaz de alegrar un cementerio si se lo proponía.

—Nada de caras largas por Yaya Ceravieja, por favor —pidió Tata—. Tuvo una buena muerte aquí en su casa, como la que podría desear cualquiera. Las brujas sabemos que la gente se muere. Y si consiguen tardar mucho en espichar y encima dejan el mundo mejor que lo encontraron, bueno, tiene que ser motivo de alegría. Todo lo demás es recoger y punto. ¡Y ahora, a bailar! El baile hace que el mundo gire. Y girará todavía más deprisa con un sorbito de mi licor casero.

En el tejado de la casa de Yaya, balanceándose en las ramas del arbolito que crecía en la paja, los Nac Mac Feegle —Rob Cualquiera, Wullie Chiflado, Yan Grande y el gonnagle, Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula— estaban de acuerdo con la última parte de aquella afirmación, aunque eso sí, el baile lo dejarían para más tarde. Evitaban dejarse ver, y solo repararon en ellos un par de las brujas más observadoras, pero luego bajaron a la recocina, donde Tiffany se disponía a lo que las brujas ancianas y más expertas siempre esperaban que hicieran las jóvenes: recoger. Las brujas mayores empezaban a reunirse fuera; había llegado el momento de elegir a la nueva titular de la encomienda de Yaya Ceravieja, y Tiffany quería apartarse mientras pensaba lo que podría decir.

Mientras Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula entonaba con su gaita de ratón un lamento suave y evocador por la arpía de arpías, los otros feegles se lanzaron a saquear las mesas en busca de cualquier sobra que hubieran dejado las brujas.

—Ay, pobriña Yaya, yo conocíala muy bien —dijo Yan Grande con un suspiro y un sorbo a una botella del licor casero de Tata.

—Qué ibas a conocerla —restalló Tiffany—. Solo Yaya Ceravieja conocía de verdad a Yaya Ceravieja.

La noticia aún estaba reciente y las brujas de fuera le estaban erizando los nervios.

—Ja, ja —rió Wullie Chiflado—. Esta vez non fui yo, Rob. Non fui yo el que metió la pata. Díjete que la arpía estaba enfadada, Rob, ¿a que sí?

—Meterete yo la bota en la cara como non chistes el boquerón —gruñó Yan Grande.

Habían comido, bebido y pospuesto el baile, pero ¿verdad que era buen momento para una peleíña de nada? Yan Grande cerró los puños, pero tuvo que retirarse a toda prisa cuando entraron en la recocina las amigas de Tiffany.

—Creo que vas a ser tú, Tiffany —bisbiseó Cortiza, dándole un golpecito en la espalda—. Tata Ogg acaba de levantarse y preguntar por ti. Será mejor que salgas.

—Venga, Tiff —la animó Petulia—. Todo el mundo sabe, hum, que Yaya Ceravieja pensó en ti…

Y así, entre empujones y tirones de sus amigas, Tiffany salió de la recocina, pero se detuvo ante la puerta trasera de la casita antes de girar la esquina, reacia a dar aquel último paso. A reclamarla para sí misma. Todavía sentía que aquella era la casa de Yaya, aunque el no-Yayismo empezara a notarse como un enorme hueco en el aire de alrededor. Tiffany se miró los pies, entre los que estaba dando vueltas Tú, con el lomo arqueado y frotando su pequeña y dura cabeza contra la bota de Tiffany.

Fuera había algunas brujas mirando a Tata Ogg, que estaba diciendo:

—Sí, señoras mías, Esme nos dijo quién debía ser su sucesora. —Dio media vuelta e hizo un gesto a Tiffany para que se acercara—. Me habría gustado estar allí cuando Tata Tumulto hizo bruja a Yaya Ceravieja. Parece que quien te hace bruja es el tipo de bruja que acabarás siendo, pero todas tenemos que buscar nuestro camino mientras lo recorremos. Yaya Ceravieja siempre fue ella misma como bruja, y no solo otra Tata Tumulto. Y aunque creo que todas nos representamos a nosotras mismas, hay gente como el archicanciller, o lord Vetinari, o incluso como la Baja Reina de los enanos que… bueno, que a veces le gusta saber que tiene a alguien que puede hablar en plan oficial, en nombre de todas las brujas. Estoy bastante convencida de que todos miraban a Esme cuando buscaban esa voz de la brujería, así que nosotros también tenemos que escucharla. Y me dijo quién tenía que ser su sucesora. Sí, lo escribió en esta tarjeta de aquí.

Tata levantó la tarjeta que Yaya Ceravieja se había colocado en el pecho.

Estaba claro que alguien había sugerido que la señora Carcoma se quedara con la encomienda, o más bien que la señora Carcoma había propuesto que la casita fuese para su aprendiza más reciente. Tata la miraba con furia, sin el menor atisbo de la bruja alegre de siempre en su expresión.

—¡Letice Carcoma solo fabrica cosas brillantes para vendérselas a chicas que querrían ser brujas! —afirmó. Sin hacer caso del bufido de la señora Carcoma, siguió hablando—. Pero Tiffany Dolorido… Sí, hermanas, Tiffany Dolorido: todas hemos visto de lo que es capaz. No es cuestión de amuletos relucientes. No es cuestión de libros. ¡Es cuestión de ser una bruja hasta los huesos, en la oscuridad, y de ocuparse de los lamentos y las lágrimas! Es cuestión de ser de verdad. Esme Ceravieja lo sabía, lo sabía con toda su alma. Y también lo sabe Tiffany Dolorido, y esta encomienda es suya.

Tiffany ahogó un grito mientras las demás brujas se volvían para mirarla. Cuando empezaron los murmullos, dio un reticente paso adelante.

Entonces Tú maulló, y el grito atravesó los cuchicheos de la multitud mientras la gata blanca volvía al lado de Tiffany. De pronto un zumbido inundó el aire y llegaron también las abejas. Salieron de la colmena de Yaya Ceravieja y volaron en torno a Tiffany como una aureola, coronándola, y el enjambre y la chica se quedaron allí, en el umbral de la casita. Y cuando Tiffany separó los brazos, las abejas se posaron en ellos y le dieron la bienvenida al hogar.

Después de aquello, en aquel día horrible en que tuvieron que despedirse de la bruja de brujas, no hubo más discusiones y Tiffany se convirtió a ojos de todas en la bruja a seguir.



# CAPÍTULO 5

Un mundo cambiante

La Reina de los Elfos concedía audiencia en su palacio, sentada en un trono de diamante y rodeada de cortesanos, huérfanos, niños descarriados y criaturas reptantes sin nombre: todos los residuos del pueblo de las hadas.

Aquel día había optado por centellear. La inagotable luz solar que entraba por las exquisitas ventanas de piedra tallada caía con el ángulo exacto en las gemas diminutas de sus alas, produciendo delicados arcoíris de luz que bailaban por la sala de audiencias cuando se movía. Los cortesanos que holgazaneaban en el lugar llevaban ropa casi igual de vistosa, con su terciopelo ribeteado y sus plumas, pero no del todo.

Los ojos de la reina se desviaron a un lado, siempre atentos a los actos de sus lores y damas. ¿Los del rincón eran lord Lankin y lord Mostaza? Estaban susurrando… ¿Y dónde se había metido lord Flordeguisante? Un día iba a clavar su cabeza en una estaca, pensó. No confiaba nada en él, y su glamour ya llevaba un tiempo estando muy fuerte, casi tan glorioso como el de ella. O mejor dicho, se recordó con disgusto, casi tan glorioso como había sido el suyo… antes.

Antes de que aquella joven bruja, Tiffany Dolorido, hubiera entrado en el País de las Hadas y la hubiera humillado.

Últimamente había sentido estremecimientos entre los dos mundos y había entendido que las cosas estaban cambiando, que los límites se emborronaban. Se ablandaban. Varios elfos de entre los más fuertes se habían estado infiltrando de vez en cuando para hacer pequeñas travesuras. Tal vez pronto podría encabezar a los elfos en una incursión como debía ser… y recoger a otro niño con el que jugar. Vengarse de la bruja Dolorido. La idea despertó una sonrisa en la reina, hizo que se lamiera los labios al anticipar la diversión que la esperaba.

Pero de momento había otras noticias preocupantes. ¡Trasgos! Aquellos gusanos, que deberían estar agradecidos solo con que un noble elfo se dignara a mirar en su dirección, se negaban como unos idiotas a cumplir sus designios. Pues iban a enterarse, pensó. Los lores Lankin, Mostaza, Flordeguisante… todos ellos verían lo poderosa que volvía a ser. Todos contemplarían cómo aplastaba a aquel trasgo despreciable…

Pero ¿dónde estaba Flordeguisante?

Los guardias llevaron al prisionero trasgo a la sala de audiencias. El efecto visual era impresionante, pensó el trasgo con acritud. Tenía el aspecto exacto de una corte feérica en un libro de cuentos para niños humanos. Hasta que les mirabas las caras y reparabas en que algo no acababa de encajar en los ojos y las expresiones de las bellas criaturas que la ocupaban.

La reina observó al trasgo un tiempo, con la fina barbilla apoyada en los dedos de una mano delgada y exquisita. Su ceño de alabastro se arrugó.

—Trasgo, te haces llamar Del Rocío el Relucir, según creo. Tú y los tuyos habéis gozado largo tiempo de la protección de esta corte. Y sin embargo, llegan rumores de rebelión. Rechazáis cumplir mis deseos. Antes de que te entregue a mis guardias para su… entretenimiento, dime a qué se debe.

Su melodiosa voz rebosaba encanto al pronunciar las palabras, pero el trasgo parecía impasible. Debería haber caído de rodillas e implorado su perdón, hipnotizado por el poder del glamour de la reina, pero lo que hizo fue asentar los pies en el suelo y poner una sonrisa burlona. ¡Se atrevió a sonreír a la reina!

—Verás, reinita, la cosa está así. Ahora a los trasgos nos tratan como a ciudadanos honrados en el mundo humano. Dicen los humanos que somos útiles. Nos gusta ser útiles. Nos pagan por ser útiles y descubrir cosas y hacer cosas.

El hermoso semblante de la reina se retorció para fulminar con la mirada a aquella criatura tan insolente.

—¡Imposible! —gritó—. ¡Los trasgos sois gentuza, lo sabe todo el mundo!

—¡Ja, ja! —rió el trasgo—. La reinita no es tan lista como se cree. Ahora los trasgos estamos montados en el puerco. Los trasgos sabemos cómo conducir los caballos de hierro.

Corrieron escalofríos entre la corte cuando el trasgo pronunció la palabra «hierro», y los destellos mágicos perdieron viveza. El vestido de la reina cambió de la gasa plateada a un terciopelo rojo sangre, y sus tirabuzones rubios se convirtieron en mechones lisos y negros como el azabache. Sus cortesanos la imitaron transformando los tonos pastel de sus sedas y encajes en pantalones de cuero, fajines escarlatas y pieles sobre torsos tintados con añil. Desenvainaron sus puñales élficos de piedra y enseñaron sus dientes afilados.

El pequeño trasgo ni se inmutó.

—No te creo —dijo la reina—. Al fin y al cabo, solo eres un trasgo.

—Solo un trasgo, sí, vuestra reinitidad —respondió él sin levantar la voz—. Un trasgo que sabe de hierro y también de acero. Acero como el que va de aquí para allá haciendo chu-chú y lleva a la gente a sitios lejanos. Y un trasgo que es ciudadano de Ankh-Morpork, y ya sabéis lo que eso significa, mi señora. El hombre oscuro se lo toma a pecho cuando matan a sus ciudadanos.

—Mientes —replicó la reina—. Al tal lord Vetinari le traería sin cuidado lo que pudiera pasarte a ti. Los trasgos siempre mentís, Del Rocío el Relucir.

—Ya no me llamo así. Ahora soy Del Torno la Escobina —informó el trasgo con orgullo.

—Escobina —repitió la reina—. ¿Eso qué es?

—Limaduras muy pequeñas de hierro, eso son, reinita —dijo el trasgo, endureciendo la mirada—. Del Torno la Escobina no miente. Como volváis a hablarme en ese tono, vuestra majestismidad, me abro los bolsillos. ¡Y entonces veremos todos qué es la escobina!

La reina echó la espalda atrás con la mirada fija en las manos del trasgo, que se alzaban cerca de los bolsillos de su chaqueta azul oscuro, cerrados por botones de madera sobre su pecho escuálido.

—¿Te atreves a amenazarme? —dijo ella—. ¿Aquí, en mi propio reino, gusano? ¿Cuando podría ajar tu corazón sin sacarlo, con solo una palabra? ¿O hacer que te abatieran ahí mismo? —Señaló con la mano los guardias que esperaban en posición de firmes y con sus ballestas apuntadas hacia el trasgo.

—No soy ningún gusano para ti, reinita. Tengo la escobina. Trocitos diminutos de acero que pueden flotar en el aire. Pero vengo a traerte noticias y una advertencia. Del Torno la Escobina aún añora los viejos tiempos. Me gusta ver sufrir a los humanos. Me gusta que el pueblo de las hadas arme gresca, de verdad que sí. Hay otros trasgos que piensan como yo, pero ya no tantos. Algunos trasgos ya casi no son trasgos. Casi humanos. No me hace nada de gracia, pero dicen que los tiempos cambian. Y verás, reinita, nos pagan un buen dinero.

—¿Dinero? —dijo la reina con desdén—. Ya os daré dinero yo a los trasgos, gus… —Se interrumpió al ver que la mano del trasgo se movía hacia el bolsillo. ¿Era posible que aquella criatura espantosa de verdad hubiera llevado hierro a su mundo? El hierro era una sustancia terrorífica para todo el pueblo de las hadas. Dolorosa. Destructiva. Los cegaba, los ensordecía, hacía sentir a los elfos más solos que como jamás podía sentirse un humano. Terminó la frase con los dientes apretados—. Gustosamente.

—Oro que se evapora cuando sale el sol —dijo el trasgo—. Ahora les… nos pagan con dinero de verdad. Yo solo quiero que los trasgos sigan siendo trasgos. Trasgos con prestigio. Respeto. No mangoneados por ti ni por nadie más.

Miró con ira a Flordeguisante, que había llegado de pronto al lado de la reina.

—No te creo —dijo ella.

—Tú misma, reinita —respondió el trasgo—. No me creas. Ve al portal. No es tan difícil ahora que ya no está la vieja bruja. Míralo por ti misma. El mundo ha cambiado, reinita.

Y la reina pensó: Ha cambiado, sí. Había sentido los temblores, había sabido que se avecinaba un momento crucial, pero no cuál era. Conque la vieja bruja había muerto, ¿eh? Sin arpía que los detuviera, caramba, comprendió, podemos cruzar al galope de nuevo, en todo nuestro esplendor. Entonces torció el gesto. Si no fuera por esa… escobina. Por ese hierro.

—Atad las manos de ese bichejo a su espalda —ordenó a sus guardias, señalando al trasgo—. Quiero ver si dice la verdad. Y él cabalgará con nosotros. —Sonrió—. Si me ha mentido, le arrancaremos la lengua.

A la mañana siguiente, a solas en la casita de Yaya Cerav… en su casita, Tiffany se levantó temprano, sabiendo que su mundo había cambiado. Tú la vigilaba como un halcón.

Suspiró. Iba a ser un día ajetreado. Había estado en muchas casas con difuntos recientes, y la señora de la casa, si es que la había, siempre se dedicaba a sacar brillo a cuanto lo tuviera y a frotar todo lo que pudiera frotarse. De modo que, armada de trapos y paños, Tiffany Dolorido limpió lo que ya estaba como una patena. Era una especie de mantra tácito: el mundo se había torcido, pero al menos la rejilla de la chimenea estaba reluciente y había leña lista para encender fuego.

Durante todo el tiempo, quieta como una estatua, Tú no dejó de mirarla. ¿Los gatos comprendían la muerte?, se preguntó. ¿Y los gatos de brujas? Y sobre todo, ¿la comprendía la gata de Yaya Ceravieja?

Tiffany se guardó el pensamiento para más adelante y empezó con la cocina, bruñendo todo lo que pudiera bruñirse y sí, dejándolo brillante. Estaba limpiando cosas que ya estaban limpias, pero el álgebra del duelo imponía el esfuerzo de sacar toda la muerte de la casa, y no cabían remilgos: estuviera como estuviese, se limpiaba todo.

Cuando hubo terminado en la cocina y la recocina, dejándolas tan relucientes que le lloraban los ojos, no le quedó más remedio que subir la escalera. A gatas, con cubo y cepillo y trapos y cobre, del de dar el cobre, Tiffany limpió y limpió hasta que se le enrojecieron los nudillos y quedó satisfecha.

Pero aún no había terminado. Le quedaba el pequeño ropero de Yaya, donde estaban colgados sus pocos, muy usados y prácticos vestidos, junto con una capa. Todo negro, por supuesto. Doblada en una estantería estaba la capa Voluta de Zafiro que la propia Tiffany había regalado a Yaya. Sin estrenar, por lo que parecía, pero guardada con aprecio, como una posesión especial. Notó que se le empezaban a empañar los ojos…

Junto a la cama estaban las botas de Yaya Ceravieja. Eran botas buenas y resistentes, pensó Tiffany. Y Yaya odiaba echar las cosas a perder. Pero… ¿ponérselas ella? Ya iba a costarle bastante seguir los pasos de Yaya. Tragó saliva. Seguro que podía encontrar un buen hogar para las botas. Mientras tanto, en fin, adelantó la punta de un pie y las empujó debajo de la cama, fuera de su vista.

Luego, claro, estaban el huerto y sobre todo las hierbas. Tiffany se puso unos guantes gruesos de la recocina porque nadie osaba adentrarse en las hierbas de Yaya sin unos buenos guantes, al menos hasta que te conocieran. Yaya había recogido, intercambiado y recibido hierbas de casi todos los confines del mundo, por lo que tenía espinaca rotatoria, ciruela dubitativa, verdín de refajo, pirueta, raíz de interesantia, salto de palangana, descansadora sorpresa, margarita-no-se-quita y raíz de viejo. Había un matojo de amaranto rezumón al lado de la hiedra luz de luna, y también una pausa de doncella muy activa. Tiffany no sabía para qué servían todas; tendría que preguntárselo a Tata Ogg o a Magrat Ajostiernos, que compartía el entusiasmo de su marido, el rey Verence de Lancre, por las hierbas. Aunque al contrario que su marido, Ma[[17]](#footnote-17)grat sabía distinguir el tony inquietante de la raíz de multitud.

Ser bruja nunca era fácil. De acuerdo, la escoba estaba muy bien, pero para ser bruja había que ser sensata, tan sensata que a veces dolía. Una bruja se ocupaba de la realidad, no de lo que la gente quería. La realidad inmediata para Tiffany de repente fue Tú, que se puso a darle cabezazos en las piernas exigiendo su comida, de la que se olvidó al instante cuando Tiffany volvió a la cocina y le puso un plato lleno en el suelo.

Tiffany salió otra vez y dio de comer a las gallinas, soltó a las cabras para que pastaran, habló un poco con las abejas y luego pensó: Ya he cumplido. La casa está impecable, las abejas están contentas y hasta el cobertizo está limpio. Si Tata puede pasarse a cuidar de los animales y echar un ojo a Tú, puedo volver a casa unos días…

Tras un vuelo hasta la Caliza que fue largo, agotador y muy aguado, Tiffany llegó a casa de la joven Milly R[[18]](#footnote-18)obinson, con los feegles agarrados por detrás, por debajo y hasta a ella, como acostumbraban.

Los dos bebés varones de Milly estaban bien alimentados, pero la niñita, la pequeña Tiffany, no. Por desgracia, la bruja Tiffany estaba acostumbrada a aquellas cosas, sobre todo cuando la madre no era muy lista o tenía a su vez una madre muy mandona, y creía que lo primero en esta vida era dar de comer a los chicos. Precisamente por eso había susurrado su hechizo al oído de la niña, justo después de que naciera. Era un sencillo conjuro de rastreo, para saberlo si a la pequeña le pasaba algo malo. Solo como precaución, se había dicho en el momento.

No serviría de nada ponerse a malas con nadie, así que Tiffany se llevó fuera a la joven y le dijo:

—Milly, escúchame. Es verdad que esos dos niños han de crecer fuertes y sanos, pero mi madre siempre me decía: «Tu hijo es tu hijo hasta que se casa, pero tu hija es tu hija toda la vida». Y creo que es verdad. Tú todavía ayudas a tu madre, ¿verdad? Y ella te ayuda a ti. Por eso tienes que dar su parte justa a la niña. Por favor. —Y entonces, como a veces había que acompañar la zanahoria, o en este caso la leche materna, con el palo, añadió con gravedad, sabiendo que el sombrero puntiagudo la hacía parecer más vieja y sabia que si no lo llevara—: Estaré atenta a su bienestar.

Había aprendido que una leve amenaza funcionaba la mayoría de las veces. Y por supuesto, estaría atenta.

Luego solo había una persona con la que quería hablar. La lluvia arreció mientras su escoba descendía hacia el montículo feegle en la colina, y Rob y los demás empezaron a soltarse. Wullie Chiflado hizo un aterrizaje espantoso y espectacular, de cabeza en una aulaga, y una jauría de feegles jóvenes corrieron hacia él entre risas para desatornillarlo.

Dos de los hijos mayores de Rob holgazaneaban fuera de la entrada. Eran flacuchos, hasta para tratarse de feegles, con apenas una pelusilla de barba entre los dos, sus espogs colgando bajos y probablemente incómodos a la altura de las rodillas y los kilts caídos en sus estrechas caderas. Tiffany se asombró al ver que unos calzoncillos de colores sobresalían muy por encima de los kilts. ¿Calzoncillos? ¿En un feegle? Estaba claro que los tiempos estaban cambiando.

—Subíos esos kilts, rapaces —masculló Rob mientras pasaban junto a ellos.

La kelda estaba en su cámara, rodeada de bebés feegle que rodaban por un suelo cubierto del vellón de ovejas que habían pasado a mejor vida.

—Lo sé —fue lo primero que dijo, y tras un suspiro añadió—: Laméntolo muchu, pero la rueda llévasenos a todos a nuestra hora. —Su cara se arrugó en una amplia sonrisa—. Pero alégrome de ver que agora eres la líder de las brujas, Tiffan.

—Vaya, gracias —dijo Tiffany.

¿Cómo lo ha sabido Jeannie?, se preguntó por un momento. Pero todas las keldas sabían recorrer la senda de los escondos para ver el pasado, el presente y el futuro… y era un secreto del que solo participaban las keldas, transmitido de una a otra.

También sabía que, por pequeña que fuese Jeannie, era alguien a quien podía contar todos sus secretos sabiendo que nunca los revelaría a nadie. Así que, a regañadientes, le confesó:

—Jeannie, no creo que vaya a ser capaz de ocupar su lugar nunca.

—¿De veras? —replicó la kelda—. ¿Non crees que Esmerelda Ceravieja pudiera creer eso mesmo cuando cayole encima el puestu? ¿Y qué parécete que tu arpía dijera: «Yo non, que non valgo para estu»? —La sabia pictsie miraba a Tiffany como si fuera algún tipo de espécimen, quizá una nueva planta, pero entonces bajó la voz y añadió—: Sé muy ben que serás una buena líder.

—Bueno, es más como la primera entre iguales, no una líder —matizó Tiffany—. O al menos, seguro que es lo que opinan las otras brujas… —Fue perdiendo la voz, reemplazándola por dudas en el aire.

—¿Ah, sí? —dijo la kelda. Se quedó callada un momento—. Tú besaste al espíritu del inviernu y enviástelo a hacer puñetas, sí, pero sé que lo que espérate agora es más difícil. Llega un cambiu entre los cielos, y tendrás que estar allí. —Su voz se volvió incluso más lúgubre, y sus ojillos ya no se apartaban de Tiffany—. Ten cuidadu, Tir-far-thóinn, porque vivimos tiempos de transición. La señora Ceravieja ya non está con nosotros, y su marcha abre un… agujeru que otros non dejarán de ojear. Debemos vigilar los portales, y tú tiéneste que andar con ojo a carretadas. Porque aquellos que non quieres saber podríante estar buscandu.

Daba gusto llegar al hogar, pensó Tiffany cuando por fin entró en casa. Había vuelto a la granja de sus padres, que hasta se llamaba Granja Hogar, al lugar donde su madre cocinaba una cena caliente todas las noches. Al lugar donde podía sentarse a la gran mesa de madera de la cocina, marcada por generaciones de los Dolorido, y ser de nuevo una niña pequeña.

Pero ya no era una niña pequeña. Era una bruja. Una bruja con dos encomiendas a su cargo. Y la siguiente semana, volando arriba y abajo de la Caliza a Lancre y de Lancre a la Caliza, con un tiempo que parecía ansioso por ganar el premio al tiempo más húmedo de la historia para la época del año, tenía la sensación de llegar siempre tarde, empapada y exhausta. La gente casi siempre era educada, al menos a la cara y sin duda al sombrero puntiagudo, pero lo que no decían le revelaba que de algún modo indefinible, hiciera lo que hiciese, nunca terminaba de bastar. Cada día se levantaba antes que el anterior y se acostaba más tarde, pero de todos modos no era suficiente.

Necesitaba ser una buena bruja. Una bruja fuerte. Y entre cargar y sanar, entre ayudar y escuchar, a veces notaba repentinos cosquilleos de alarma recorriéndole el cuerpo. Jeannie le había advertido que quizá viniera algo horrible… ¿Estaría a la altura llegado el momento? Ya no le parecía que diera bien la talla ni con las cosas normales.

No podía ser Yaya Ceravieja para la gente de Lancre.

Y cada vez le costaba más ser Tiffany Dolorido para la Caliza.

Incluso en casa. Incluso allí. Una noche regresó agotada, anhelando un poco de comida, un poco de paz y un poco de su cama, pero, mientras su madre sacaba una olla enorme del gran horno negro y la dejaba en el centro de la mesa, se mascaba una discusión familiar.

—Hoy me he encontrado con Sid Pichón fuera de Los Brazos del Barón —estaba diciendo su hermano Wentworth, un chico robusto que aún no tenía edad para entrar en la taberna, pero desde luego sí para pasar el rato fuera.

—¿Sid Pichón? —dijo la señora Dolorido.

—El pequeño de los hermanos Pichón —aclaró su padre.

El pequeño, pensó Tiffany. En el campo significaba mucho, porque el hermano mayor era quien se quedaba la granja. Aunque si no recordaba mal, la granja de los Pichón era bastante humilde y no estaba muy bien llevada. ¿El señor Pichón no era parroquiano habitual de Los Brazos del Barón? Intentó recordar a la señora Pichón y no lo consiguió. Pero sí, se acordaba de Sid. Lo había visto solo unas semanas antes, cerca de Doscamisas. Era un chico menudo, que por lo visto había empezado a hacer honor a su apellido cuando alguien le había dado una gorra plana y un silbato con una correa para llevarlo al cuello.

—Me ha hablado del trabajo en el ferrocarril —siguió diciendo Wentworth con entusiasmo—. Está sacándose un buen salario, y dice que les falta personal. Es el futuro, papá. ¡El ferrocarril, no las ovejas!

—Que no se te metan ideas tontas en la cabeza, chico —advirtió su padre—. El ferrocarril es para los que no tienen tierra que labrar. No como nosotros, los Dolorido. No como tú, que ya sabes el futuro que tendrás. Te espera aquí mismo, donde ha estado siempre para todo varón Dolorido.

—Pero…

Wentworth estaba contrariado. Tiffany le lanzó una mirada comprensiva. Sabía cómo se sentía. Al fin y al cabo, ella misma no estaba cumpliendo con lo que se había esperado de ella, ¿verdad? De hacerlo, más o menos por entonces estaría casándose como habían hecho sus hermanas, y disponiéndose a producir unos pocos nietos más para que su madre los mimara.

Su madre parecía estar siguiendo el mismo hilo.

—Últimamente nunca estás por aquí —dijo, cambiando el tema de conversación de Wentworth a Tiffany e intentando que no sonara a queja—. Ojalá estuvieras más con nosotros, Tiff —añadió con algo de tristeza en la voz.

—No agobies a la chiquilla. Ahora es una especie de bruja jefa, ya lo sabes. No puede estar en todas partes —indicó su padre.

Sintiéndose como una niña pequeña, Tiffany respondió:

—Intento estar aquí tanto como puedo, pero es que de verdad no hay brujas suficientes para todo el trabajo que tenemos.

Su madre sonrió nerviosa y comentó:

—Ya sé que trabajas mucho, cariño. Me para mucha gente para decirme que mi hija ha ayudado a su niño o a su padre. Todo el mundo se da cuenta de que estás siempre de aquí para allá. ¿Y sabes lo que dicen? Me dicen que te estás volviendo como tu abuela. En fin, ella siempre decía al barón lo que tenía que hacer. Y tú haces lo mismo.

—Pero la abuela Dolorido no era bruja —dijo Tiffany.

—Depende —terció su padre, apartando la mirada de Wentworth, que salió de la cocina a zancadas y dio un portazo. Joe Dolorido miró un instante en su dirección, suspiró y luego guiñó el ojo a Tiffany—. Seguro que hay varios tipos de bruja. ¿Recuerdas que tu abuela quería que quemáramos la cabaña de pastoreo cuando hubiera muerto? «Que arda todo», me dijo. —Sonrió—. Estuve a punto de hacerle caso. Pero allí tenía una cosa que no debía arder, así que la envolví, y ahora que te veo, mi niña, aquí tienes un pequeño recuerdo de la abuela Dolorido.

Tiffany se sorprendió al ver que, bajo las sonrisas, su padre estaba llorando mientras le entregaba un paquetito, envuelto en papel arrugado y atado con un vellón de lana vieja. Lo abrió y dio vueltas con las manos al objeto rugoso que contenía.

—Es una corona del pastor —dijo—. Ya las había visto, son bastante fáciles de encontrar.

Joe Dolorido soltó una carcajada y respondió:

—Esta no. Tu abuela decía que era especial, que era la corona de coronas. Y que si la sostenía el Pastor de Pastores, se convertiría en oro. Mira, por debajo del gris se ven como reflejos dorados.

Tiffany contempló aquella cosa mientras daba cucharadas al guiso, cocinado como solo su madre sabía hacerlo, y pensó en los tiempos en que la abuela Dolorido bajaba a la granja de vez en cuando a comer.

Mucha gente pensaba que la anciana había vivido solo a base de tabaco Alegre Marinero, y sin duda la abuela Dolorido lo había sabido todo sobre las ovejas. Pero a veces la mente funciona por cuenta propia, y Tiffany pensó en todo lo que había hecho la abuela y todas las cosas que había dicho. Entonces los recuerdos la invadieron como una carga de caballería, quisiera o no, y se asentaron en ella como una nevada.

Tiffany rememoró los paseos que había dado con su abuela. Casi siempre en silencio, a veces acompañadas de Trueno y Relámpago, los perros pastores de la abuela Dolorido. Había aprendido mucho de la anciana.

Cuántas cosas me enseñó, se dijo Tiffany. Me construyó mientras seguíamos al rebaño, y me dijo muchas cosas que tenía que saber, la primera de todas que cuidara de la gente. Por supuesto, otra fue que cuidara de las ovejas.

Y lo único que había pedido era su cabaña de pastoreo y un tabaco espantoso.

Tiffany soltó la cuchara. No pasaba nada por llorar un poco en la cocina de su familia, como cuando era pequeña.

Al momento, su padre estaba a su lado.

—Puedes hacer mucho, jiggit, pero nadie puede hacerlo todo.

—Eso —dijo su madre—. Y aquí tienes la cama hecha todos los días. Y sabemos que haces mucho bien, y me enorgullezco cada vez que te veo pasar volando. Pero no puedes ocuparte de todo para todo el mundo. No vuelvas a salir esta noche. Por favor.

—Nos gusta ver a nuestra hija, pero estaría bien verla como debe ser y no siempre corriendo de un lado para otro —añadió su padre, rodeándola con un brazo.

Terminaron de cenar en silencio, en un silencio cálido, y mientras Tiffany se preparaba para subir al dormitorio de su infancia, la señora Dolorido se levantó y sacó un sobre que había guardado en el aparador, entre los frasquitos azules y blancos que, cosa rara en la cocina de una granja en funcionamiento, estaban solo de adorno.

—Tienes carta. Será de Preston, supongo. —Su tono había pasado a ser muy de madre, y solo había tenido que decir «Preston» para que sonara a pregunta.

Tiffany subió la escalera, envuelta por el cariño y el amor de sus padres, y entró en su habitación disfrutando del familiar crujido de los tablones. Dejó la corona del pastor, un nuevo tesoro, en la estantería junto a sus pocos libros y se puso el camisón con gestos cansados. Aquella noche, decidió, trataría de olvidar sus miedos y se permitiría ser solo Tiffany Dolorido por un tiempo. No Tiffany Dolorido, la bruja de la Caliza.

Luego, mientras aún quedaba luz, leyó la carta de Preston y el agotamiento huyó durante un rato, espantado por una oleada de pura felicidad. ¡La carta de Preston era maravillosa! Estaba llena de lenguaje nuevo, palabras nuevas. Le contaba que había cogido un escalpelo —«qué palabra más fuerte y afilada»— y había aprendido una nueva técnica de sutura.

—Sutura —pronunció Tiffany en voz baja. Era una palabra suave, mucho más que «escalpelo», casi curativa. Y en cierto modo, ella necesitaba sanar. Sanar de haber perdido a Yaya Ceravieja, sanar de la tensión de estar demasiado ocupada y sanar del esfuerzo que le suponía intentar cumplir las expectativas de las otras brujas.

Leyó cada palabra con avidez, dos veces, y después dobló la carta y la guardó en la cajita de madera donde conservaba todas las cartas de Preston, junto al precioso colgante dorado en forma de liebre que le había regalado. No tenía sentido volver a cerrar el sobre, ya que no había forma de guardar secretos para los feegles y prefería que la caja no se llenara de la baba de caracol que usaban para pegar cualquier cosa que hubieran abierto.

Luego durmió en el dormitorio de su infancia. Y a su lado estaba la gata, Tú.

Y Tiffany volvió a ser una niña. Una niña cuyos padres la querían mucho.

Pero también una joven. Una joven con un chico que le escribía cartas.

Y una bruja. Una bruja con una gata que era muy… especial.

Mientras tanto, sus padres se habían acostado y hablaban de su hija.

—Estoy orgullosísimo de ella —arrancó Joe Dolorido.

—Y es una comadrona de primera —dijo la señora Dolorido, antes de añadir con tristeza—: Pero no sé si algún día tendrá hijos propios. Nunca me habla de Preston, ya lo sabes, y yo no quiero preguntarle. No como a sus hermanas. —Suspiró—. Pero están cambiando tantas cosas… Hasta Wentworth, hoy mismo.

—Ah, por él no te preocupes —replicó el señor Dolorido—. Está bien que los chavales quieran hacer las cosas a su manera, y seguro que rabiará un poco y gritará y se pondrá contestón, pero estará aquí cuando nos hayamos ido, cuidando la tierra de los Dolorido, ya lo verás. Nada está por encima de la tierra. —Dio un bufido—. Desde luego, no esos ferrocarriles.

—Pero Tiffany es distinta —insistió su esposa—. De verdad que no sé lo que va a hacer, aunque espero que con el tiempo ella y Preston se instalen por aquí. Si él es médico y ella bruja, no hay motivo para que no puedan estar juntos, ¿verdad que no? Tiffany también podría tener niños, como Hannah y Fastidia.

Los dos pensaron en sus otras hijas, en sus nietos. Joe suspiró.

—No es como nuestras otras hijas, amor. Creo que Tiffany podría hasta superar a su abuela —dijo.

Apagaron las velas y se durmieron pensando en su Tiffany, una alondra entre gorriones.



# CAPÍTULO 6

Ronda por las casas

Mientras caminaba sin pausa por el camino hacia Lancre, con Mefistófeles trotando a su lado, su pequeña carreta traqueteando por detrás y las golondrinas revoloteando por encima, Geoffrey cayó en la cuenta de que ya estaba muy lejos de su viejo hogar. Solo habría pasado una semana, pero a medida que remontaban las Montañas del Carnero, había empezado a entender el verdadero significado de la palabra «geografía», mucho mejor que con los libros que le había dejado leer el señor Maneas. Lancre y los pueblos de alrededor tenían mucha, pero que mucha geografía.

Al cabo de una larga pero satisfactoria jornada caminando, el chico y la cabra llegaron a la puerta de una taberna que afirmaba llamarse La Estrella, en un letrero que también prometía excelentes cervezas y comida. Bueno, a ver cómo es de excelente, pensó Geoffrey. Desenganchó la carreta y entró en la taberna, seguido de cerca por el macho cabrío.

El lugar estaba lleno de trabajadores, que habían terminado sus quehaceres del día y estaban disfrutando de un par de pintas antes de la cena. El ambiente estaba cargado y se notaba el típico matiz rural a sobaco agrícola. Los parroquianos estaban acostumbrados a que la gente llevara perros si trabajaba con ellos, pero se sorprendieron al ver a un joven con ropa polvorienta, aunque buena entrando con una cabra en su taberna.

El tabernero, más bien flacucho, le dijo:

—Aquí solo se permiten los perros, caballero.

Todas las miradas del lugar estaban ya posadas en Mefistófeles.

—Mi macho cabrío es más limpio y sabio que cualquier perro —dijo Geoffrey—. Sabe contar hasta veinte, y cuando llegue el momento saldrá fuera a hacer sus cosas. Es más, señor, si me deja enseñarle su excusado, lo utilizará cuando lo necesite.

Un cliente pareció ofenderse al oírlo.

—¿Te crees que por trabajar la tierra no sabemos ni papa? Tengo aquí una pinta que dice que la cabra no puede hacerlo.

Geoffrey respondió con inocencia:

—Pues sí que tiene una pinta locuaz, señor. —Y la taberna entera rió. Cuando Geoffrey siguió hablando, todo el mundo lo observaba—. Mefistófeles, ¿cuántas personas hay en esta taberna?

El macho cabrío meneó de un lado a otro el hocico, que habría sido el orgullo de cualquier viuda de la nobleza, miró a los hombres que pululaban por la barra y empezó a contar, dando delicados golpecitos en el suelo con la pezuña, que de pronto fueron lo único que se oyó.

Golpeó el suelo ocho veces.

—¡Ha acertado! —declaró el tabernero.

—Yo ya había visto una cosa parecida —dijo un hombre—. Era un espectáculo ambulante. Ya sabéis, con payasos, equilibristas, gente sin brazos y médicos. Lo llamaban feria. Y tenían un caballo que [[19]](#footnote-19)decían que sabía contar, pero era solo un truco.

—Si algunos de ustedes salen fuera un momento —respondió Geoffrey con una sonrisa—, pediré a mi macho cabrío que lo repita para que vean que aquí no hay trampa ni cartón.

Intrigados, varios hombres salieron de la taberna mientras los demás empezaban a cruzar apuestas.

—Caballeros, ahora mi animal les dirá cuántas personas quedan en la sala —dijo Geoffrey.

De nuevo, Mefistófeles señaló el número correcto.

Al oír los vítores, los que habían salido volvieron a entrar con cara de curiosidad… y la pezuña de Mefistófeles registró todas sus llegadas. El tabernero rió.

—Ese truco bien vale una cena para ti y para tu cabra extraordinaria, amigo mío. ¿Qué le gusta?

—Le aseguro que no es un truco, pero gracias. Mefistófeles comerá casi cualquier cosa, que para algo es una cabra. Con las sobras que tenga ya le irá bien. Y para mí, un poco de pan sería más que bienvenido.

Sacaron de la cocina un cuenco lleno de sobras para Mefistófeles, y Geoffrey se sentó junto a él a disfrutar de su pinta y una rebanada de pan con mantequilla, mientras charlaba con varios hombres que se interesaron por el macho cabrío. El interés solo creció cuando Mefistófeles salió en dirección al excusado y regresó al cabo de un tiempo.

—¿De verdad has conseguido que haga eso? —preguntó un cliente, maravillado.

—Sí —dijo Geoffrey—. Lo entrené desde muy pequeño. En realidad es bastante dócil. Bueno, si estoy yo cerca.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hace lo que le dicen, pero también tiene ideas propias. No me separaría de él por nada del mundo.

En aquel momento se levantaron dos voces en el otro extremo de la barra, cuando un parroquiano henchido del arrojo que puede dar a un hombre la cerveza empezó a pelearse con otro que acababa de entrar. Los clientes más sensatos se apartaron mientras empezaban a volar los puñetazos, con el objetivo aparente de matarse uno al otro, mientras el tabernero se liaba a gritos sobre el daño al mobiliario y los amenazaba con sacar el knobkierrie de su abuelo, un recuerdo de la campaña klatchiana, como no pararan.

Mefistófeles se había puesto de repente en alerta al lado de Geoffrey, y todos los clientes sobrios tuvieron el convencimiento de que no era buena idea ponerse desagradables con el chaval en aquel momento. No sabían cómo lo sabían, pero sin duda allí había una especie de poder visceral esperando que lo liberaran.

—¿Por qué pelean? ¿Qué pasa? —preguntó Geoffrey a su vecino.

—Es un viejo rencor por una joven —contestó el hombre, poniendo los ojos en blanco—. Mal asunto. Alguien saldrá herido, ya lo verás.

Para asombro de todos, Geoffrey cruzó la taberna bajo la atenta mirada de su macho cabrío, esquivó los puños que surcaban alocados el aire y se colocó entre los dos hombres.

—No hace falta pelearse, ¿saben? —les dijo.

El tabernero torció el gesto, pues sabía lo que terminaba ocurriendo siempre a quien se metía entre dos idiotas que habían olido la sangre. Y entonces no creyó lo que veían sus ojos, porque los dos hombres dejaron de luchar a la vez y se quedaron allí plantados, con cara de perplejidad.

—¿Por qué no van a hablar los dos con la dama en cuestión y le piden su opinión antes de matarse a palos? —preguntó Geoffrey en tono suave.

Los hombres se miraron y el más corpulento de los dos afirmó:

—Pues tiene razón, mira.

Y el público de la taberna estalló en carcajadas mientras los dos contemplaban los destrozos, al parecer extrañados de haber tenido algo que ver con ellos.

—Hala, pues. ¿A que era fácil? —comentó Geoffrey, volviendo a la barra.

—Ah —dijo el tabernero, maravillado de no tener que recoger a un vapuleado Geoffrey del suelo—. No serás mago, ¿verdad?

—No —respondió Geoffrey—. Es una maña que tengo. Me pasa siempre, cuando lo necesito. —Sonrió—. Sobre todo con los animales, pero a veces también con personas.

Pero por desgracia, pensó, no con mi padre. Con él, nunca.

—Bueno, pues debes de ser alguna especie de mago —insistió el tabernero—. Acabas de separar una pelea entre los dos peores marrulleros de la zona. —Miró iracundo a los maleantes—. Y vosotros dos, no volváis por aquí hasta que estéis sobrios. Mirad el desastre que habéis liado.

Los agarró a los dos y los sacó por la puerta. Los demás bebedores volvieron a sus pintas.

El tabernero regresó con Geoffrey y le dedicó una mirada calculadora.

—¿Buscas trabajo, chico? No hay salario, pero te sacas la manutención.

—No puedo aceptar el empleo, pero me quedaré gustoso unos días —se apresuró a responder Geoffrey—. Siempre que me encuentre algunas verduras, porque no como carne. ¿Y habría sitio también para Mefistófeles? No huele mucho.

—Seguro que no más que la gente que viene por aquí —afirmó el tabernero entre risas—. ¿Sabes qué? Tú y tu cabra podéis quedaros en el establo, y os pongo la cena y el desayuno. Después, ya veremos. —El hombre le tendió una mano más bien sucia—. ¿Trato hecho?

—Claro, muchas gracias. Me llamo Geoffrey.

El hombre vaciló.

—Yo soy Queridín. Queridín Cielo. —Miró a Geoffrey apesadumbrado y dijo—: Venga, ríete, anda. Lo hace todo el mundo. Más vale que nos lo quitemos ya de encima.

—¿Por qué? —preguntó Geoffrey—. Queridín es una palabra amable, igual que cielo. ¿Por qué deberían incomodarlo?

Esa noche el señor Cielo explicó a su esposa:

—Tengo chico nuevo en la barra. Y es un tipo bien curioso. Parece… bueno, parece inofensivo. Se puede hablar con él.

—¿Nos lo podemos permitir, Queridín? —preguntó su esposa.

—Bueno —dijo Queridín Cielo—, solo pide un sitio para dormir y comida, y ni siquiera carne, ojo. Y tiene una cabra que es bastante lista, de verdad. Hace trucos y todo. A lo mejor atrae clientela.

—Bueno, cariño, si te parece buena idea, por mí de acuerdo. ¿Cómo viste? —preguntó la señora Cielo.

—Bastante bien —dijo el señor Cielo—. Y habla así como un poco estirado. Vete a saber si estará huyendo de algo. Mejor no preguntar, creo yo. Pero una cosa sí te digo, entre él y su cabra, no vamos a tener jaleos en la taberna.

Y en efecto, Geoffrey se quedó en La Estrella dos días, solo porque al señor Cielo le gustaba tenerlo por allí. Y la señora Cielo se puso triste cuando Geoffrey dijo a su marido que tenía que seguir camino.

—Es un chico raro, este Geoffrey. Cuando está, me da como la sensación de que todo marcha bien, aunque no sepa qué es lo que marcha bien. Se respira como una especie de bienismo. De verdad que siento que se vaya —comentó la mujer.

—Sí, querida —dijo el señor Cielo—. Le he pedido que se quede, de verdad, pero dice que tiene que llegar a Lancre.

—Ahí es donde tienen brujas —indicó su esposa con una mueca.

—Bueno —respondió el señor Cielo—, pues es donde quiere ir. —Se quedó un momento en silencio—. Dice que el viento lo empuja hacia allí.

Enfrentada a un implacable viento de cara en su largo trayecto de vuelta a la granja de sus padres, Tiffany tuvo la impresión general de que en Lancre y sus alrededores hacía demasiado aire. Pero al menos no llovía, se dijo. El aguacero del día anterior había sido atroz, de la clase de lluvia sin medida en que hasta la última nube había decidido apuntarse a la fiesta después de que la primera soltara el primer chaparrón.

Al principio había estado orgullosa de tener dos encomiendas y volar entre Lancre y la Caliza cada pocos días, pero las escobas no eran muy rápidas. Ni calientes. Le gustaba poder volver a casa, donde su madre[[20]](#footnote-20) cocinaba, pero ni siquiera allí tenía tiempo para descansar, ya que al haber pasado media semana en Lancre se le acumulaba demasiado trabajo en la Caliza. La gente no se lo recriminaba —al fin y al cabo, era bruja y Lancre tenía más población que la Caliza—, pero sí empezaban a surgir pequeñas tensiones. Algunos murmullos aquí y allá. Y le daba la horrible sensación de que parte de esos murmullos procedían de otras brujas, que empezaban a tener cola en las puertas de sus casas porque la gente había ido a buscar a Yaya Ceravieja y solo había encontrado una casa vacía.

Parte del problema en las dos encomiendas procedía de los ancianos que habían sobrevivido a sus esposas. Muchos no sabían cocinar. De vez en cuando había mujeres mayores que echaban una mano y llevaban una cacerola de estofado al vecino. Pero la parte brujeril de Tiffany no podía evitar fijarse en que ocurría más a menudo si la anciana era viuda y el anciano vivía en una casa decente y tenía sus ahorrillos…

Siempre había algo que era necesario hacer, y algunos días consistía más que nada en uñas de los pies. Había un hombre mayor en Lancre, un tipo muy amable, que las tenía afiladas como armas letales, y Tiffany tuvo que pedir a Jason Ogg, un herrero, que le hiciera unas tijeras de podar lo bastante duras como para cortarlas. Siempre cerraba los ojos hasta que oía el choque de las uñas contra el techo, pero por otra parte el anciano la llamaba su apreciada señora e intentaba pagarle. Y al menos ahora sabía que los feegles sacaban provecho de las uñas cortadas.

A las brujas les gustaba lo útil, caviló Tiffany, tratando de olvidar el viento gélido que la azotaba desde todas partes. Una bruja nunca tendría que pedir nada, ni nadie quería deberles nada tampoco, y una bruja nunca aceptaba dinero. En su lugar, aceptaba cosas que pudieran servirle de algo: comida, ropa vieja, tela para vendas y botas de repuesto.

Botas. Aquel mismo día había vuelto a tropezar con las botas de Yaya Ceravieja. Había acabado llevándolas a la esquina de la habitación y allí las había dejado, casi mirándola fijamente cuando estaba demasiado cansada para pensar. «Aún no eres tan buena como para meterte en sus botas —parecían decir—. Antes tendrás que hacer mucho más».

Pero, claro, siempre había muchísimo que hacer. Había demasiada gente que nunca parecía pensar en las consecuencias de sus actos cotidianos. Y entonces a alguna bruja le tocaría llegar en escoba después de levantarse en plena noche lluviosa, y todo por culpa del «yo solo quería» y sus amiguitos «no sabía» y «no es culpa mía».

«Yo solo quería ver si el cobre estaba caliente».

«No sabía que una olla hirviendo fuese peligrosa».

«No es culpa mía, nadie me había dicho que perro ladrador también podía ser muy mordedor».

Y su favorito: «No sabía que haría pum», cuando en el paquete decía: «Hace pum». Eso ocurrió la vez que Ted Tonelero había metido un explosivo en un pollo durante el cumpleaños de su madre y es[[21]](#footnote-21)tuvo a punto de no dejar vivo a un solo comensal. Sí, Tiffany había vendado y tratado a todo el mundo, hasta al cómico, pero esperaba con toda su alma que el padre hubiera regañado al niño a base de bien.

Y cuando la bruja no andaba cerca, bueno, ¿qué había de malo en probar cuatro cosas por iniciativa propia? Casi todo el mundo sabía que las plantas servían para curar. Estaban seguros de ello. Pero lo que tenían las plantas era que muchas se parecían entre ellas, así que la señora Holland, esposa del molinero de la Caliza, había tratado la lamentable afección cutánea de su marido con amaranto rezumón en vez de raíz de cieloclaro, y la piel se le había puesto de color violeta.

Tiffany había atendido al hombre, pero luego había tenido que salir a toda prisa hacia Lancre y allí estaba, volando de nuevo en su escoba y confiando en que los dos hubieran escarmentado.

Se alegraba mucho de que Tata Ogg no viviera muy lejos de la casita de Yaya… no, de su casita. A Tiffany se le daban bien muchas cosas, pero la cocina no estaba entre ellas, por lo que al igual que en la Caliza confiaba en sus padres para comer, en Lancre confiaba en Tata. O mejor dicho, confiaba en el ejército de nueras que tenía Tata, que nunca podían hacer bastante por su anciana suegra.

Pero dondequiera que comían las dos, ya fuese en la [[22]](#footnote-22)casita de Tiffany o en Tir Nani Ogg, la masificada pero muy cómoda casa donde Tata Ogg era la reina del gallinero, parecía que Tú también estaba siempre. No había gato capaz de moverse tan deprisa como ella, pero nunca se la veía correr: simplemente llegaba. Era desconcertante. También era desconcertante que Greebo, el vetusto gato de Tata Ogg, que consideraba saludos amistosos sus intentos de sacar los ojos a zarpazos, se escabullera cada vez que aparecía Tú.

Estaba claro que la gata blanca había tomado su decisión, y había pasado a ser una presencia constante en la vida de Tiffany en Lancre. Cuando Tiffany se preparaba para hacer la ronda por las casas como cada tarde, Tú subía de un salto a la escoba antes de que Tiffany la mirase siquiera, lo que hacía reír a Tata y decir:

—¡Te tiene calada, chica! ¡A lo mejor podría hacer la ronda por las casas ella sola!

En realidad, Tata Ogg estaba bastante impresionada con Tiffany. Pero también se preocupaba.

—En serio —le dijo un día mientras tomaban juntas un tentempié—, sabes que eres buena, Tiff. Yo sé que eres buena. Yaya, dondequiera que esté ahora, sabía que eres buena. Pero no hace falta que te empeñes en hacerlo todo tú sola, mi niña. Deja que algunas chicas de por aquí, las aprendizas, te quiten un poco de trabajo. —Calló mientras masticaba una gran cucharada de estofado—. ¿Sabes aquel leñador al que cosió Esme justo el día antes de morir? Pues la joven Harrieta Fraude ha estado subiendo a verlo, y le ha ido muy bien. Tiff, tienes que hacer las cosas a tu manera, ya lo sé, pero no eres la única bruja de Lancre. A veces tienes que poner las piernas en alto y dejar que pase el desfile.

Tiffany apenas tuvo tiempo de escucharla antes de tener que montarse en la escoba y bajar de nuevo a la Caliza. ¡No había descanso para la bruja con dos encomiendas a cuestas! Pero entre los aullidos del viento ensordecedor, meditó sobre lo que le había dicho Tata. Era cierto que había más brujas en Lancre, pero en la Caliza, a no ser que Leticia decidiera dejar de ser solo baronesa, la única bruja era Tiffany. Y si sus presentimientos se cumplían, si las palabras de Jeannie se hacían realidad, era muy posible que no bastara ni por asomo con una sola bruja para la Caliza.

Se estremeció. Anhelaba resguardarse del viento helado en la calidez de la cocina de su madre, pero antes tenía que hablar con alguien.

Tiffany tardó mucho en encontrar a la señorita Lento, pero al final aterrizó en una arboleda a las afueras de Senda-del-Perdedor, donde la bruja itinerante, la buscadora de brujas, había detenido su carromato para merendar. Había un mulo pequeño atado cerca, dando buena cuenta del contenido de su morral. El animal vio llegar a Tiffany y relinchó.

—Se llama Joseph —replicó la señorita Lento—. Es un auténtico mulo de bruja.

Había empezado a llover de nuevo y la señorita Lento hizo gestos urgentes a Tiffany para que subiera los peldaños de la casa rodante de madera. Tiffany se alegró de ver que había un hervidor sobre las llamas de un pequeño fogón. Se sentó en el borde de un banco que estaba encajado junto a la puerta, de cara al fogón, y aceptó agradecida una taza de té.

Dentro del carromato, todo estaba como Tiffany había esperado. La señorita Lento lo tenía todo como una tacita de plata pero sin cuberterías relucientes. Las paredes estaban repletas de pequeños estantes que sostenían una ordenada multitud de objetos, todos ellos etiquetados con la pulcra caligrafía de profesora que tenía la señorita Lento. Tiffany se fijó y, en efecto, estaban en orden alfabético. Más allá había unos frasquitos sin etiquetar, por lo que no había forma de saber qué contenían, y junto a la cama había un cartel que ilustraba nudos diversos, porque el escapismo era una afición muy útil para una bruja.

—Te lo agradeceré si no tocas esos frascos —dijo la señorita Lento—. Algunos de los brebajes que contienen podrían no funcionar bien, y los resultados suelen ser impredecibles. Pero ya sabes, hay que seguir experimentando.

Conque eso hay en los frasquitos, pensó Tiffany mientras daba un sorbo de té. Experimentos.

—Me alegro de verte —continuó la señorita Lento—. Estos días no hago más que oír hablar de ti. ¿Sabes que casi todas las chicas que encuentro quieren ser tú? Te ven volar de aquí para allá con la escoba y todas quieren ser tú, quiero decir usted, señora Dolorido. ¡De pronto hacerse bruja se ha convertido en una opción profesional!

—Ya, bueno —replicó Tiffany—. Así es como empieza, pero luego les dices exactamente lo que se pasarán la vida haciendo y muchas prefieren irse a la gran ciudad y meterse a peluqueras o cosas así.

—Yo no me ando con paños calientes, que conste —dijo la señorita Lento con voz firme—. Siempre les explico que tendrán que pensar y mucho, que no todo es magia y mover varitas y todas esas chorradas. Es barro y mugre.

Tiffany suspiró.

—Ser bruja es trabajo de hombres, por eso hacen falta mujeres para hacerlo.

La señorita Lento rió y siguió hablando.

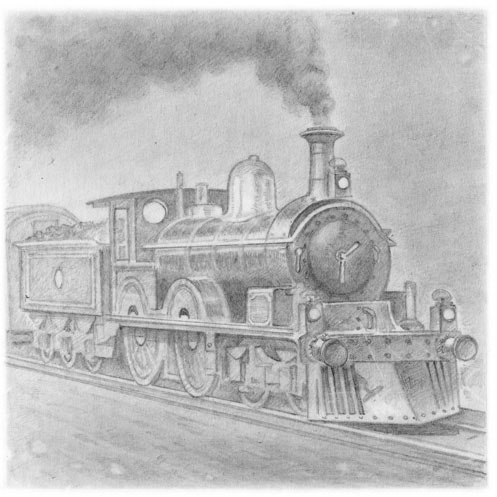
—Bueno, me acuerdo de una niñita insegura a la que prometí enseñar una lección que no olvidaría al momento.

Tiffany sonrió.

—Lo recuerdo. Y de un tiempo a esta parte, tengo que estar en todos los sitios al momento. Pero, señorita Lento… —Se detuvo para bajar un poco la voz—. Tengo la sensación de que algunas brujas mayores empiezan a pensar que a lo mejor no doy abasto. —Tragó saliva—. Es allá en Lancre, sobre todo. Por eso tengo que pasar mucho tiempo allí. —Se mordió el labio. Odiaba con todas sus fuerzas pedir ayuda. ¿Estaba reconociendo que en realidad no daba la talla? ¿Que estaba decepcionando a Yaya Ceravieja, ya que había sido la que propuso su nombre?—. Aquí abajo, en la Caliza, creo que a lo mejor debería… esto… entrenar a una aprendiza. Que me ayude un poco.

El cielo no se partió. La señorita Lento no dio un respingo horrorizado al oír su petición. La buscadora de brujas se limitó a cruzarse de brazos con gravedad.

—Seguro que es Letice Carcoma la que está metiendo esas dudas en la cabeza de la gente. Cree que las cosas tienen que hacerse siempre igual, en cuyo caso le correspondería a ella la encomienda, ¿me equivoco? Es una bruja mayor que se cree que lo sabe todo, pero no tiene más que brillos y campanillas. La idiota que escribió Mis amigos feéricos debería avergonzarse de hacerse llamar bruja, y desde luego no debería ni soñar con reemplazar a Yaya Ceravieja. Je, ya te digo yo que Letice Carcoma ni de milagro podría ocuparse de dos encomiendas a la vez. Ni siquiera se las apaña del todo con una. —Dio un soplido de desdén—. No olvides, Tiffany, que soy profesora. Y un profesor puede ser muy mal bicho cuando hace falta[[23]](#footnote-23). La brujería en diez pasos y El misterio de la escoba no son lo que yo llamaría libros como deben ser. Ah, sí, tranquila, te buscaré una chica o dos. Es muy buena idea. Pero no tienes que preocuparte por lo que pueda decir la señora Carcoma, de verdad que no…



# CAPÍTULO 7

Una fuerza de la naturaleza

Letice Carcoma no era de las que se tomaban una derrota a la ligera. Ni tampoco a la pesada, ya puestos. En realidad era una fuerza de la naturaleza y aborrecía tomarse la derrota de ninguna manera.

Había tardado poco en enterarse de que un día se formó cola fuera de casa de Tata Ogg. Tiffany Dolorido, había decidido la señora Carcoma, No Daba La Talla. Y era necesaria una bruja de enjundia para Hacer Algo al respecto. En la opinión nunca humilde de Letice Carcoma, la única bruja que de verdad tenía suficiente enjundia para actuar era ella, sobre todo en vista de que ese vejestorio de Tata Ogg no pensaba mover un dedo.

La señora Carcoma llevaba muchos años casada con un anciano mago retirado. «A los magos no les permiten casarse —había dicho Tata Ogg con aire burlón a Tiffany—, pero ese zopenco se ha llevado su merecido. Más que calzonazos, a él le ha tocado ser un carcomazos. ¡Dicen que ha liquidado todo su dinero!».

Tiffany había tenido el buen juicio de no entrar al trapo. Además, era bastante probable que ese «dicen» significara en realidad «dice Tata Ogg», ya que la bruja odiaba a la señora Carcoma con una obstinación implacable.

Por eso Tiffany se alegró de que Tata Ogg no estuviera presente cuando la señora Carcoma se presentó en la casita de Yaya una mañana, transcurrida más o menos una semana, para lo que ella llamaba una charlita de las suyas. Pero habría sido incluso mejor, ahora que lo pensaba, que la señora Carcoma no hubiera encontrado a Tiffany en el jardín, con los brazos metidos hasta los codos en agua enjabonada por estar haciendo la colada al señor Precio.

Se le cayó el alma a los pies cuando vio llegar a la mujer, pero se secó las manos con un trapo y la invitó a entrar e[[24]](#footnote-24)n la casita con tantos modales como pudo reunir. La señora Carcoma solía tratar a Tiffany como a una niña, y además hacía cosas de muy mala educación, como sentarse sin que se lo ofrecieran. En efecto, la señora Carcoma se sentó en la vieja mecedora de Yaya y dedicó a Tiffany una sonrisa tan falsa que clamaba al cielo, antes de empeorarlo todo diciendo:

—¡Mi querida niña!

—Mujer —corrigió Tiffany sin levantar la voz, mientras la señora Carcoma la miraba de arriba abajo. Fue muy consciente de la espuma que todavía llevaba en el delantal y en el pelo desgreñado.

—Bueno, qué más da —dijo la señora Carcoma, como si de verdad no tuviera importancia—. He pensado que debía venir, como amiga y como una de las brujas más maduras de la zona, para ver cómo van las cosas y darte unos consejos constructivos.

Contempló la cocina con gesto de superioridad, reservando una mirada de particular dureza para el polvo que jugueteaba feliz consigo mismo sobre las baldosas de piedra, y de pronto Tiffany no pudo dejar de pensar en las arañas que habían conservado su hogar en la recocina y en las otras muchas que se habían sumado a la colonia, porque a ella le había dado pena echarlas.

—¿No crees que intentas abarcar mucho llevando dos encomiendas, querida? —prosiguió la señora Carcoma, con una sonrisa de sacarina.

—Sí, mi querida señora Carcoma —replicó Tiffany, en tono más bien cortante—. Intento abarcar mucho porque hay mucho que hacer en los dos sitios y no demasiado tiempo. —Y el poco que tengo me lo estás haciendo perder, pensó. Pero a tu juego no solo sabes jugar tú—. Si tiene algún consejo que darme —añadió, devolviéndole la sonrisa—, estaré encantada de escucharlo.

La señora Carcoma nunca rechazaba una invitación. Tampoco era que la necesitase, ya que de todos modos se lanzó a dar el discurso que llevaba preparado.

—No digo que seas mala persona, querida. Es solo que no llegas a todo, y la gente ya empieza a comentarlo.

—Puede que sí —dijo Tiffany—. Y otras muchas veces me dan las gracias, pero soy solo una mujer, mujer, no niña, así que no puedo hacerlo todo a la vez. Lástima que no se vea a más brujas mayores por aquí…

Le falló la voz. El recuerdo de Yaya Ceravieja tendida en su cesta de mimbre seguía siendo demasiado reciente.

—Lo comprendo, y no es culpa tuya. —La voz de la señora Carcoma se había vuelto de seda, pero ya superaba la línea de la condescendencia y avanzaba hacia la grosería pura y dura—. Sin duda te has visto arrojada a disciplinas que no puedes dominar, y el hecho es que eres demasiado joven, querida Tiffany. Para dar los pasos correctos en la senda del Okultismo, es evidente que necesitas la guía de una bruja con más años. —Y, por si no quedaba claro que descartaba a Tata Ogg como candidata, matizó—: De una bruja seria con más años, quiero decir, y que tenga la… actitud correcta. Sin… ataduras familiares.

Tiffany se erizó. Si había algo que odiaba más que «mi querida niña», era «querida Tiffany». Y recordaba muy bien la «guía» que la señora Carcoma había dado a su protegida, Annagramma Halcón, que se había hecho cargo de una casita de bruja sabiéndolo todo sobre runas y sortilegios vistosos pero nada que le sirviera en el trabajo. Había sido ella quien había necesitado ayuda de Tiffany. Y en cuanto a la insinuación de que Tata Ogg no sería buena consejera…

—En fin, querida —siguió diciendo la señora Carcoma—, como una de las brujas más expertas de la zona, considero que debería ocupar yo el lugar de Yaya Ceravieja. Es como se ha hecho siempre, y con buen motivo: la gente necesita una bruja de calado que sea digna de respeto, de admiración. A fin de cuentas, mi querida niña, a una bruja prestigiosa no la sorprenderían nunca haciendo la colada.

—¿Ah, no? —respondió Tiffany, haciendo rechinar los dientes. ¿Un segundo «mi querida niña»? Como le soltara otro, ya no solo tendría ganas de arrojar a la señora Carcoma al balde de la colada, sino también de sostenerle la cabeza un rato bajo el agua jabonosa—. Yaya Ceravieja decía siempre: «Hay que hacer el bien que se tiene delante», y me trae sin cuidado quién me vea haciendo la colada a un anciano. Hay mucho trabajo, y en su mayoría es sucio, señora Carcoma.

La señora Carcoma se resintió al oírlo y dijo:

—Me apellido Caj-coum, mi querida niña.

—Y yo no me llamo Mi Querida Niña, señora Carcoma —restalló Tiffany, sin intentar la menor aproximación a «Caj-coum»—. Su último libro se titula A lomos de una escoba de oro. ¿Podría decirme, señora Carcoma, cómo vuela? El oro es bastante pesado. Hasta podría decirse que es muy, muy pesado.

La señora Carcoma gruñó. Tiffany no la había oído hacerlo nunca, pero aquel gruñido fue de los potentes.

—Es una metáfora —respondió, tajante.

—¿Ah, sí? —dijo Tiffany. Ahora sí que se había cabreado—. ¿Y de qué es una metáfora, señora Carcoma? Yo estoy en el lado espinoso de la brujería, que exige hacer lo que debe hacerse tan bien como se pueda. Lo importante es la gente, señora Carcoma, no los libros. ¿Alguna vez ha hecho la ronda por las casas, señora Carcoma? ¿Ha visitado familias que no tienen ni para vestir a sus hijos? ¿Ha llegado a ver algún niño sin zapatos? ¿Las despensas vacías? ¿Las mujeres que paren un bebé al año y tienen al marido en la taberna? Ya que ha sido tan amable de ofrecerme sus consejos, deje que ahora le dé yo uno: podrá impresionarme cuando haga la ronda por las casas como yo, ni un segundo antes. Soy la sucesora reconocida de Yaya Ceravieja, a la que enseñó brujería Tata Tumulto, que la aprendió de brujas que se remontan hasta Aliss la Negra, y eso no cambiará piense usted lo que piense. —Se levantó y abrió la puerta principal—. Gracias por molestarse en venir a verme, pero ahora, como bien ha señalado, tengo muchas cosas que hacer. A mi propio modo. Y está claro que usted no.

Una cosa que había que reconocer a la señora Carcoma, pensó Tiffany, era que sabía contonearse. Se contoneó tanto que casi dolía. Sus joyas tintinearon en jovial despedida, y un amuleto hasta hizo un esforzado intento de quedarse allí al engancharse en el pomo de la puerta, cuando la señora Carcoma se volvió después de cruzarla.

Lo último que dijo a Tiffany, mientras desenganchaba el pequeño colgante, fue:

—Lo he intentado, de verdad que lo he intentado. Te he animado a aprovechar todos mis conocimientos de brujería. Pero no. Me has tirado a la cara mis buenas intenciones. ¿Sabes? Podríamos haber sido amigas, si no fueses tan tozuda. Adiós, mi querida niña.

Y después de haber dicho la última palabra, la señora Carcoma dio un portazo al marcharse.

Tiffany miró la puerta y se dijo: Yo hago lo que es necesario, señora Carcoma, no lo que quiero hacer.

Pero el punto final que había supuesto el portazo hizo meditar a Tiffany, y de pronto lo vio claro: Quiero hacer las cosas a mi propio modo, pensó. No como las otras brujas creen que deben hacerse. No puedo ser Yaya Ceravieja para ellas. Solo puedo ser yo, Tiffany Dolorido. Pero al mismo tiempo comprendió algo más.

—Al menos en una cosa sí que ha acertado la señora Carcoma —reconoció en voz alta—. Es verdad que intento abarcar demasiado. Y si Jeannie está en lo cierto y se aproxima algo horrible… —Se estremeció—. Tendré que ocuparme de ello y, en fin, espero que la señorita Lento me encuentre una chica que sirva. Es cierto que necesito ayuda.

—Sí, eso paréceme —dijo la voz de Rob Cualquiera.

Tiffany casi explotó.

—¿Siempre estás cuidando de mí, Rob Cualquiera?

—Aj, sí. Recuerda, impúsosenos el mochuelo de cuidarte día y noche, y es un mochuelo ben grandullón.

Un mochuelo. Al estar respaldado por la tradición y la magia, Tiffany sabía que un mochuelo era una obligación que ningún feegle dejaría de cumplir. Salvo Wullie Chiflado, claro, que a menudo confundía sus mochuelos con bandadas de pajarracos. Tiffany lo sabía muy bien, pero no por eso dejaba de ser un incordio.

—¿Aún me vigiláis a todas horas? ¿Hasta cuando me baño? —preguntó con voz cansada.

Era la discusión de siempre. Por algún motivo que Rob no alcanzaba a entender, Tiffany ponía objeciones a que los feegles la acompañaran a todas partes. Ya habían llegado a un acuerdo sobre el excusado.

—Aj, sí. Pero non ojeamos, ya sabes.

—Bueno —dijo Tiffany—, ¿[[25]](#footnote-25)podríais hacerme un favor?

—Aj, sí. ¿Quieres que esa pelleja Carcoma tuya cáigase a un estanque o algu?

Tiffany suspiró.

—Por desgracia, no. No soy esa clase de persona.

—Ah, pero nosotros sí que sómoslo —replicó Rob con alegría—. Y además, es lo tradicional, ya sabes. Y dásenos pero que muy ben lo tradicional, por aquellu de que formamos parte del folclore… —Sonrió, esperanzado.

—Es todo un detalle —respondió Tiffany—. Pero no, la respuesta es no. En realidad la señora Carcoma no tiene mal corazón.

Y es cierto, pensó. Es tonta, y a veces muy mandona, y también insensible y, ya puestos, la verdad es que no muy buena bruja. Pero ahí al fondo, tiene acero.

Tiffany sabía que Tata Ogg casi nunca lavaba nada. ¿Para qué estaban las nueras si no? Pero de pronto cayó en que tampoco había visto nunca a Yaya Ceravieja hacer la colada de aquel anciano, y la idea la dejó parada un momento. Necesito tiempo para entender esto, pensó mientras miraba al gran hombre de los Nac Mac Feegle de pie ante ella, dispuesto a todo. Sabía que lo que iba a pedirle sería una tarea dura para ellos.

—Tengu un mochueliño que imponeros —indicó.

—¿Aj, sí?

—Rob, ¿habéis oído hablar de lavar la ropa?

—Aj, sí, sabemos que existe el conceptu —respondió Rob Cualquiera. Se rascó el espog e hizo saltar una mezcolanza de insectos muertos, patas de pollo a medio roer y similares.

—Muy bien —dijo Tiffany—. Pues os agradecería mucho que os metierais un rato en la recocina mientras yo me ocupo de otras cosas. Estaréis haciendo un favor a un anciano, ya lo creo que sí. Le gusta ir limpio y llevar ropa limpia. —Fulminó al feegle con la mirada—. Preferencias, Rob, que harías muy bien en plantearte adoptar.

Se acercó a la puerta de la recocina muy inquieta, al volver de sus visitas. Todo se veía reluciente, y colgados entre los árboles de fuera estaban los inmencionables del señor Precio, tan blancos como la nieve recién caída. Solo después de verlos Tiffany se permitió respirar.

—Excelente —dijo a Rob Cualquiera.

Rob sonrió y respondió:

—Sí, ya supusimos que esta tarea fuera peliaguda.

—Menos mal que teníaisme con vosotros esta vez —intervino otra voz.

Era Pequeño Loco Arthur, un feegle al que no molestaba la limpieza, ya que lo habían criado unos zapateros y luego se había hecho policía en la gran ciudad. Tiffany pensaba a menudo que Pequeño Loco Arthur tenía una batalla interior entre su parte feegle y la parte urbanita, pero como a todos los feegles les gustaba la gresca, un conflicto interior no suponía gran problema. Si acaso, lo contrario.

Yan Grande apartó a Pequeño Loco Arthur y dijo:

—Non impórtanos ayudar a los pellejos grandullones y dejarlos ben limpiños, peru somos feegles y apreciámonos nuestra mugre. La limpianda hace que los feegles quedémonos en nada. Non soportamos el jabón, ya sabes.

—¡Yo sí, Rob, yo sí! —llegó una voz alegre, y Wullie Chiflado se cayó de la verja del redil de las cabras. Rodó por la hierba soltando burbujas que flotaron en el aire.

—Estu téngotelo dicho ya, Wullie —le gritó Rob—. Lo únicu que consigues es que sálgante burbujas de las orejas.

Tiffany rió.

—Bueno, también podrías fabricar tu propio jabón, Wullie. Anda, haz un poco para Jeannie. Llévate un regaliño a casa para tu kelda. Es fácil de hacer, solo necesitas grasa y un poco de barrilla.

—Aj, sí, las barriñas son lo nuestru, ya créolo que sí —aportó Rob con orgullo—. Sobre todu las de las tabernas.

Bueno, yo lo he intentado, pensó Tiffany. En cualquier caso tienen buena intención, aunque no demasiado limpia.

En la Caliza, al borde de la oscura arboleda que coronaba una colina junto a Doscamisas, un pueblecito que aspiraba a ser más que una tienda, una posada y una herrería, la Reina de los Elfos sonrió con satisfacción.

La noche era templada, el aire olía como siempre y el cielo tenía su aspecto habitual. Parecía haber un nuevo camino, o quizá un arroyo, que entraba en el pueblo y brillaba a la luz de la luna, pero por lo demás todo tenía el mismo aspecto que en su última visita.

Se volvió para mirar a su prisionero trasgo, que iba montado en la grupa del caballo de un guardia, con las manos atadas. La reina sonrió, pero no fue una sonrisa cordial. Pensó en entregar aquel miserable trasgo a lord Lankin, que disfrutaría desmembrándolo poco a poco… después de haberse divertido jugando con su presa, por supuesto.

Pero antes, el despreciable trasgo los había llevado a aquel lugar, a aquella colina. La reina y su avanzadilla miraron el valle dormido que se extendía a sus pies. Los guerreros vestían con retales de piel y cuero, llevaban plumas colgando de las cintas que rodeaban sus frentes y empuñaban arcos con las flechas ya dispuestas.

El portal entre los mundos había acabado dándoles muy pocos problemas. Los elfos más fuertes habían podido atravesarlo sin apenas esfuerzo, pues era cierto que la barrera se había debilitado mucho. Antes, sin duda la vieja bruja la habría mantenido reforzada, los habría mantenido al otro lado, porque nunca había dejado de estar ojo avizor con el pueblo feérico.

Los animales habían reparado en ellos. En el mismo instante en que la reina puso un pie en la Caliza, las liebres de las lomas se habían quedado muy quietas antes de dar media vuelta, y los búhos que cazaban habían remontado el vuelo al sentir la presencia de otro depredador.

Los humanos, por su parte, siempre eran los últimos en enterarse de todo. Por eso eran tan divertidos.

Aparte de un resplandor sobre un montículo de la ladera y un distante sonido de jarana, que la reina identificó como el habitual en los Nac Mac Feegle, hasta el momento nada había perturbado la primera incursión que hacían los elfos hacia el Mundodisco en muchos años, de modo que se habían dedicado a disfrutar. Habían pasado por un par de pueblos soltando vacas, volcando carros, agriando la leche de las lecheras, echando a perder un barril de cerveza y entreteniéndose con travesuras similares. Pero el pueblecito en expansión que tenían delante prometía todo tipo de diversiones para unos elfos que llevaban demasiado tiempo sin poder gozar de un buen asalto.

El delicado tintineo de las incontables campanillas sujetas a los arreos de sus monturas negras fue lo único que quebró el silencio de la avanzadilla, mientras los elfos esperaban a que su reina diera la señal.

La reina levantó el brazo.

Pero antes de que pudiera hacer nada más, de pronto llegó chillando en la noche el mismo ruido que haría un cerdo gigantesco si lo estuvieran degollando.

El sonido envolvió toda la Caliza. Estaba a medio camino entre un silbido y un alarido que rechinaba por las colinas, provocando dentera a toda la avanzadilla de los elfos. Abajo, en el valle, el aire pareció llenarse de fuego mientras un enorme monstruo de hierro avanzaba por el sendero plateado hacia el pueblo, señalando su paso con vaharadas de humo.

Los elfos vacilaron, el pánico se contagió raudo de uno a otro y todos se encogieron para protegerse del ruido. De aquel sonido espantoso. Del mismísimo olor a hierro en el aire.

Impertérrito, Del Torno la Escobina bajó de la silla de montar, usó los dientes para robar un puñal de piedra al guardia, que se había llevado las manos a las orejas puntiagudas para taponar el sonido, y cortó sus ataduras con destreza.

—Os lo advertí. Ahí tenéis el caballo de hierro —dijo, altivo—. Ese es el último tren del día hacia Doscamisas. Ahí es donde trabajamos los trasgos. Con acero y hierro.

La reina no se había encogido. Estaba segura de ello. Algunos de los demás sí lo habían hecho, pero ya se ocuparía de ellos más tarde: ningún elfo debería mostrar temor en presencia de su reina. Pero para sus adentros pensó: ¿Tren? Es grande. Es de hierro, y no sabemos nada de él. Y lo que no sabemos podría matarnos.

—¿Cómo lo domesticamos? —exigió saber—. Y lo que es más importante, ¿es posible apropiárnoslo? ¡Cuánto daño podríamos hacer con algo como eso!

Flordeguisante, a quien al parecer no había afectado la sensación general de terror que hacía presa en los elfos, estaba sonriente a su lado, con una expresión que no gustó nada a la reina. Desmontaba el efecto dramático del rostro que había decidido ponerse, de aquellos ojos fríos y crueles.

—Podemos atormentar a los trasgos hasta que nos expliquen cómo controlarlo —dijo el elfo—. Y luego pueden controlarlo por nosotros.

—No lo harán —replicó Del Torno la Escobina mirando con odio a Flordeguisante—. ¿Por qué iban a hacerlo?

Flordeguisante extendió el brazo para agarrar al trasgo y Del Torno la Escobina reaccionó al momento, metiendo las manitas en los bolsillos y arrojando una nube de limaduras plateadas al elfo. Flordeguisante chilló de dolor y se derrumbó de su caballo.

El trasgo rió a carcajadas mientras los demás elfos retrocedían frenéticos.

—¿Te habías olvidado de lo que llevo en el bolsillo, florecita del prado? Ya os había hablado de la escobina. Hasta la tengo en mi nombre. ¿A que duele? En estos tiempos, si tocas a un trasgo listo, te pasan cosas malas. Sobre todo a los elfos.

Señaló a Flordeguisante, cuyo glamour lo había abandonado por completo bajo la acometida de las limaduras de hierro. El elfo se retorcía en la hierba como una criatura menuda, débil y penosa, gritando de dolor.

—Qué curioso, ¿eh? —dijo el trasgo—. En este nuevo mundo, las cosas pequeñas como la escobina, y los trasgos, son importantes.



# CAPÍTULO 8

Los Brazos del Barón

Los Brazos del Barón era el tipo de establecimiento donde a John Perejil, propietario por herencia y tabernero, no le importaba que los vecinos se sirvieran de los grifos si había mucho jaleo o él tenía que responder a la llamada de la naturaleza. El tipo de establecimiento al que los hombres entraban orgullosos cargando un pepino gigantesco o cualquier otra hortaliza con forma graciosa o sugerente, traída de su huerto solo para alardear de ella delante de todos sus amigos.

Muchas veces había discusiones, pero porque la gente buscaba la verdad, no una pelea. En ocasiones alguien intentaba apostar dinero, pero John Perejil lo veía con malos ojos. Aunque se podía fumar —y vaya si se fumaba—, no se toleraban los escupitajos. Y por supuesto había palabrotas, de un lenguaje tan pringoso como algunas de las hortalizas graciosas. A fin de cuentas, allí la única mujer era la señora Perejil, que hacía la vista gorda y permitía sin inmutarse hasta palabras como «joder», consideradas meras expresiones vistosas y utilizadas sin problemas en contextos como «Joder, no me digas eso» o, con un poco más de cautela, «¡Hay que joderse!».

Los barones, que conocían el valor de una taberna próspera y no hacían ascos a entrar de vez en cuando, habían ido añadiéndole mejoras para el entretenimiento de sus arrendatarios. Por ejemplo, poco después de su boda el nuevo barón había incorporado a la taberna todo lo necesario para jugar a los dardos. No había sido un éxito absoluto, ya que en una partida muy enconada Agite Sunpoco, considerado el mejor labrador de la Caliza pero no precisamente su élite intelectual, había estado a punto de perder un ojo. En consecuencia, todos los clientes habían pasado a tratar los dardos como armas mortíferas y poco a poco había vuelto a ponerse de moda el viejo tablero de tejo.

Tras una larga jornada bregando en los campos o en los cobertizos, muchos buscaban el pacífico refugio de la taberna. Joe Dolorido, arrendatario de la Granja Hogar, llevaba prometiéndose a sí mismo una pinta todo el día, que había estado repleto de animales desobedientes y equipo roto. Una pinta, se había dicho, lo dejaría mejor preparado para la discusión que sin duda tendría en la cena sobre su aniversario de bodas, que muy a su pesar había olvidado. Su larga experiencia le hacía prever al menos una semana de cenas frías y trato frío, y que no fuera una cama fría.

Era una tarde de sábado clara y cálida de finales de verano. La taberna estaba llena, aunque no tanto como le gustaría a John Perejil. Joe se sentó en la larga mesa que había fuera del establecimiento con su perro, Guasón, hecho un ovillo a sus pies.

Joe descendía de una larga estirpe de Doloridos que habían trabajado la Caliza, y conocía a todos los habitantes de la zona y a sus familias. Sabía quiénes trabajaban bien y quiénes no tanto, y sabía quiénes eran bobos y quiénes inteligentes. El propio Joe no era de los más inteligentes, pero sí era despierto y buen granjero y, sobre todo, dondequiera que se sentara un sábado por la noche, la suya era la silla de la taberna. En aquel lugar era la fuente de todo conocimiento.

De otra mesa más pequeña que había al lado de la puerta le llegaron las voces de dos lugareños, que discutían sobre las diferencias entre las huellas de gato y de zorro. Uno de ellos hizo una lenta pavana con las manos y dijo:

—Hay que joderse. Te lo repito, el gato camina tal que así, pero García se mueve de esta otra forma, así que, joder, no me digas que pisan igual.

El hombre volvió a imitar los movimientos de zorro y gato para que su interlocutor se fijara, y Joe se preguntó si su generación sería de las últimas que llamara garcías a los zorros.

Todos los hombres habían tenido jornadas largas, trabajando con caballos, cerdos y ovejas, por no mencionar las tareas sin fin que asediaban a cualquier hombre de campo. Tenían una jerga enrevesada y sabían cómo se llamaban todos los pájaros cantores de los valles, y también todas las serpientes y zorros y por dónde campaban, y todos los sitios por los que no solían pasar los hombres del barón. Dicho de otro modo, sabían una gran cantidad de cosas desconocidas para los estudiosos de las universidades. En general, cuando uno de ellos hablaba era después de cierta meditación y muy despacio, con objeto de arreglar al mundo hasta que sus mujeres enviaran al chico a avisar de que, como no fueran tirando para casa, se les iba a enfriar la cena.

De pronto Dick Manoso, un hombre gordo con una pelusilla que debería avergonzarse de llamarse barba en aquella compañía, exclamó sin miramientos:

—¡Esta cerveza está más floja que el meado de doncella!

—¿Qué has dicho de mi cerveza? —respondió John Perejil mientras retiraba los vasos vacíos de la mesa—. No puede haberse aguado, he abierto el tonel esta misma mañana.

—Hombre, tampoco digo que el meado de doncella esté tan mal —dijo Dick Manoso.

Provocó risas, aunque no muchas. Todos recordaban lo que ocurrió cuando el viejo cascarrabias del señor Heneador, confiando en un remedio tradicional, había pedido a su hija que le guardara un poco de pis para una pierna que le dolía. La joven Maisie, una chica encantadora pero no muy surtida en el departamento cerebral, había malinterpretado la petición y había servido a su padre una bebida que sabía un poco rara. Por increíble que pareciera, aun así la pierna había mejorado.

Pero le sirvieron otra pinta de un barril recién abierto y Dick Manoso la declaró satisfactoria. Y John Perejil sospechó, pero tampoco mucho, porque ¿qué es una pinta más o menos entre amigos?

El patrón se sentó con sus parroquianos y preguntó a Joe:

—¿Cómo crees que va adaptándose el joven barón?

La relación que tenían el barón y el señor Dolorido, su arrendatario, no era extraña en el campo. El barón era el dueño de la tierra, eso lo sabían todos. También era dueño de todas las granjas de la zona, y los granjeros, sus arrendatarios, las trabajaban para él y le pagaban el arriendo cada trimestre. Si quería, podía recuperar cualquier granja y echar al granjero y a su familia. Había habido barones que de vez en cuando se permitían muestras de autoridad como quemar casas y expulsar a familias enteras, a veces por puro capricho, pero sobre todo como una forma estúpida de enseñar a todos quién estaba al mando. Pero quienes no tardaban en aprenderlo eran ellos. El poder no significa nada sin una cosecha decente en el granero y un rebaño de cenas de los domingos pastando en las colinas.

Roland, el joven barón, había empezado con un poco de mal pie, debe decirse que zancadilleado también por su suegra, una duquesa que restregaba el título a los demás siempre que podía. Pero Roland no tardó en aprender. Consciente de no saber todavía nada de labranza, había mantenido la práctica habitual de su padre y, sabiamente, había permitido que los granjeros dirigieran sus granjas y a sus peones como vieran conveniente. Y todos contentos.

Roland también había acertado en hablar de vez en cuando con Joe Dolorido, como su padre había hecho, y Joe, que era un hombre amable, se ofrecía a explicarle lo que no contaban al barón sus administradores y recaudadores, como que una viuda estaba pasando por una mala racha o que a una madre le costaba mantenerse después de que a su marido lo embistiera un novillo con muy mal carácter. En esos casos Joe Dolorido señalaba que cierto grado de caridad sería muy adecuado y, eso había que concedérselo, el barón le hacía caso a su extraña manera y la viuda descubría que, de algún modo, se las había ingeniado para pagar su arriendo por adelantado, así que de momento no tenía deudas, y quizá un muchacho voluntarioso de la hacienda que quisiera aprender a llevar una granja se presentase en la pequeña parcela de la madre.

—Aún es pronto para saberlo —contestó Joe reclinándose en el banco y adoptando la solemnidad que solo un hombre con derecho a la silla en sábado tenía derecho a adoptar—. Pero la verdad es que de momento lo lleva bastante bien. Aprende sobre la marcha, podría decirse.

—Pues me alegro —dijo Thomas Hierbaverde—. Parece que seguirá los pasos de su padre.

—Por suerte para nosotros. El viejo barón era un buen hombre. Duro por fuera, pero sabía dónde pisaba.

Perejil sonrió.

—Y su joven esposa, la baronesa, ha aprendido mucho sin que nadie se lo enseñara, ¿os habéis fijado? Siempre está por ahí hablando con la gente, sin darse aires. A mi mujer le cae bien —añadió con un sabio asentimiento. Si la mujer daba el visto bueno, no había más que hablar. Significaba paz en casa, que era lo que anhelaba todo labrador después de un día atareado—. Dicen que se pasa a felicitar a todas las mujeres que tienen hijos.

—Mi Josephine va a tener otro pronto —comentó Robert Denso, ya que salía el tema.

Alguien rió y dijo:

—Pues eso es una ronda de pintas, ya lo sabes.

—No te olvides de hablar con Tiffany, la de Joe, ¿eh? —dijo Thomas Hierbaverde—. Para los partos, nunca he visto a otra mejor. —Ya con su pinta en la mano, Thomas añadió—: Ayer la vi pasar zumbando. De verdad que me dio orgullo que sea una chica de la Caliza. Seguro que tú también estás orgulloso, Joe.

Todos conocían a Tiffany Dolorido, por supuesto, desde que era muy pequeña y jugaba con sus hijos. En la Caliza no les hacían mucha gracia las brujas, pero Tiffany era su bruja. Eso y que era buena bruja, pero sobre todo que era una chica de la Caliza. Conocía el valor de las ovejas, y la habían visto corretear por ahí en camiseta interior de pequeña, así que todo en orden.

El padre de Tiffany intentó sonreír mientras bajaba la mano para dar una corteza de cerdo a su perro.

—Regalito para ti, Guasón. —Levantó la mirada—. Pues claro que sí. A su madre le gustaría verla más a menudo, pero también está encantada con nuestra Tiff. No para de hablar a la gente de las cosas que hace, y yo tampoco puedo. —Miró al propietario—. Otra pinta para mí cuando tengas un momento, John.

—Marchando, Joe —contestó John Perejil, y se acercó a la barra para llenar una jarra bien espumosa.

Mientras la pinta pasaba de mano en mano hasta su destinatario, Joe dijo:

—¿Sabéis? Se me hace un poco raro cuando pienso en la de tiempo que Tiffany pasa allá en Lancre últimamente.

—Sería una pena que se mudara allá arriba —comentó Dick Manoso. Y la idea permaneció presente, flotando en el aire, aunque nadie dijo nada más al respecto. No a Joe Dolorido, y no en sábado.

—Bueno, siempre va muy liada —comentó Joe despacio, almacenando el comentario de Dick en su mente para revisarlo después—. Por aquí nacen muchos niños, ¿eh?

Aquello provocó sonrisas.

—Y no son solo los partos. Vino a estar con mi madre cuando iba a faltar —explicó Jim Trabado—. Se quedó con ella toda la noche. ¡Y le quitó el dolor! Puede hacerlo, ¿lo sabíais?

—Sí —dijo Joe—. No es solo para la nobleza, pero así es como se fue también el viejo barón, ¿sabéis? Tenía una enfermera, pero la que lo arregló al final fue Tiffany. Se ocupó de que no le doliera.

Se hizo un silencio súbito en la mesa, mientras los parroquianos rememoraban las muchas veces que Tiffany Dolorido se había cruzado en su camino. Entonces Paseo Sestero dijo, con la voz un poco quebrada:

—Bueno, Joe, todos esperamos que tu Tiffany se quede por aquí, ya lo sabes. Te ha salido muy bien, eso está claro. Acuérdate de decírselo cuando la veas.

—No hace falta que me lo diga nadie, Paseo —dijo Joe—. A la madre de Tiffany le gustaría que se instalara aquí en la Caliza, claro, con ese chico suyo. Ya sabéis, el joven Preston, el que se fue a aprender de médico en la gran ciudad. Pero yo creo que no lo hará, o al menos no será pronto. Tal y como yo lo veo, por aquí hay mucho Dolorido, pero mi Tiffany va camino de ser como su abuela, solo que en más moderno, no sé si me explico. Me parece que acabará cambiando el mundo, y si no es el mundo, por lo menos este trocito llamado la Caliza.

—Es buena bruja para nosotros, los pastores —aportó Thomas Hierbaverde, y hubo murmullos de asentimiento.

—¿Os acordáis de cuando subían aquí arriba todos los pastores y luchaban en la Competición? —preguntó Dick Manoso después de una pausa para vaciar el vaso—. Entonces no teníamos brujas.

—Sí —dijo Joe Dolorido—. Pero los pastores viejos no se pegaban con los bastones, ojo. Echaban pulsos. Y al ganador lo nombraban pastor jefe.

Todos rieron al recordarlo. Y la mayoría pensó en la abuela Dolorido, porque en realidad ella había sido la última pastora jefa. Bastaba un asentimiento de la abuela Dolorido para que cualquier pastor se pasara el día con los andares de un rey, hubiera Competición o no.

—Bueno, hoy en día ya no tenemos pastor jefe. Lo que tenemos es una bruja. Tu Tiffany —dijo Robert Denso después de otro largo silencio en el que se bebió más cerveza y se encendieron más pipas.

—Entonces, si tenemos bruja en vez de pastor jefe… ¿creéis que alguno de vosotros le ganaría un pulso? —preguntó John Perejil con una gran sonrisa y una mirada de reojo al padre de Tiffany.

—¿A una bruja? —dijo Robert Denso—. ¡Ni pensarlo! Seguro que me explicaría cuatro cosas.

Joe soltó una risita y los otros asintieron.

Entonces todos miraron hacia arriba cuando cruzó una sombra, y la chica de la escoba gritó:

—¡Hola, papá! Buenas tardes a todos. Tengo que salir pitando. ¡Esta trae gemelos!

Era cierto que Roland de Chumsfanleigh, el joven barón de la Caliza, quería parecerse a su padre en much[[26]](#footnote-26)os aspectos. Sabía que el anciano había sido popular, lo que se conocía como un barón de la vieja escuela, por lo que todo el mundo sabía qué esperar de él y los guardias sacaban brillo a sus armaduras y saludaban, haciendo lo que se esperaba de ellos, mientras el barón hacía lo que se esperaba de él y los dejaba bastante en paz.

Pero en ocasiones su padre también había sido un bravucón malcarado, y esa era la parte que Roland quería olvidar. En concreto, quería emplear un tono adecuado cuando fue a visitar a Tiffany Dolorido en la Granja Hogar, porque habían sido buenos amigos y porque, para inquietud de Roland, Tiffany se consideraba buena amiga de su esposa Leticia. Todo hombre sensato hacía bien en temer a las mejores amigas de su esposa, porque ¿quién sabía qué… pequeñas confidencias podían hacerse? Roland, que se había educado en el castillo y sabía poco del mundo fuera de la Caliza, temía que «pequeña» fuese exactamente el tipo de comentario que Leticia pudiera hacer a Tiffany.

Se decidió al ver que la escoba de la bruja descendía temprano aquel sábado por la tarde, en un momento en que sabía que Joe Dolorido estaría en la taberna.

—Hola, Roland —dijo Tiffany, sin volverse siquiera cuando el barón llegó a la granja y desmontó.

Roland sintió un escalofrío. Era el barón. La granja del padre de Tiffany en realidad era de él. Y mientras lo pensaba, reparó en la idiotez que era. Como barón, estaba en posesión de los papeles que demostraban su propiedad. Pero aquella granja pertenecía a los Dolorido. Les había pertenecido siempre, y siempre les pertenecería. Y sabía que Tiffany sabía a la perfección lo que acababa de pensar, de modo que se sonrojó un poco cuando la joven se volvió hacia él.

—Esto, Tiffany… —empezó a decir—. Mira, quería venir a verte para… hum… bueno, la cosa es que…

—Venga, Roland —lo apremió ella—. Suelta lo que tengas que decirme. Llevo un día muy ocupado y encima esta noche tengo que volver a Lancre.

Era el pie que necesitaba.

—Bueno, de eso quería que habláramos, Tiffany. Ha habido… quejas. —No era la palabra adecuada y lo sabía.

Tiffany vaciló al oírla.

—¿Cómo? —dijo con aspereza.

—Bueno, es que nunca estás aquí, Tiffany. Se supone que eres nuestra bruja y que estás para nosotros, pero te marchas a las Montañas del Carnero cada dos por tres. —Irguió la espalda, con el metafórico palo de escoba adherido a su columna. Tenía que sonar oficial, no gimotear—. Soy tu barón —dijo—, y te estoy pidiendo que asumas tus responsabilidades y cumplas con tu deber.

—¿Que cumpla con mi deber? —repitió Tiffany casi sin voz.

¿Qué se creía que había estado haciendo las últimas semanas? Vendar piernas, tratar llagas, traer niños al mundo y quitar el dolor a quienes tenían ya poco tiempo por delante, y visitar a los mayores y echar un ojo a los bebés y… ¡sí, y cortar uñas de los pies! Mientras tanto, ¿qué había hecho Roland? ¿Dar cenas de gala? ¿Admirar los intentos de Leticia con las acuarelas? Todo iría mucho mejor si pudiera ofrecerle la ayuda de Leticia, porque los dos sabían que su esposa tenía los dones de una bruja nata. Podría ser útil en la Caliza.

Y entonces pensó que estaba siendo injusta. Sabía que Leticia visitaba a todos los recién nacidos. Hablaba con las mujeres.

Pero Tiffany estaba enfadada con Roland.

—Reflexionaré sobre ello —dijo con unos modales exagerados que acrecentaron el sonrojo de Roland.

Con la escoba imaginaria todavía encorsetándole la espalda, Roland se dirigió a su caballo, montó y se marchó.

Bueno, lo he intentado, se dijo el barón. Pero no podía sacudirse la sensación de que había metido un poco la pata.

Se desató el caos cuando la reina y sus seguidores regresaron a través del círculo de piedra.

El rutilante palacio del País de las Hadas había desaparecido, y el consejo se celebró en un profundo claro de lo que podría haber sido un bosque mágico si la reina se hubiera molestado en añadirle los detalles necesarios, como mariposas, margaritas y setas venenosas. Los árboles hicieron frenéticos aspavientos con sus ramas y sus hojas al pasar la reina, y hubo partes del suelo que parecían competir en crear láminas de cristal a sus dos lados.

Estaba furiosa. Un trasgo, un vulgar desecho, había osado atacar a uno de sus lores. Y él había caído ante ese trasgo, un trasgo que había puesto sus mugrosos pies en polvorosa ante la ira de la reina. Pero aunque había sido Flordeguisante quien había caído, y en secreto la reina se alegraba de que fuese él y no otro lord, sabía que sus elfos la culpaban a ella de la ignominia. Del fracaso. Porque ella había estado al mando de la partida de incursión y había dispuesto que llevaran al trasgo con ellos.

A pesar de sus órdenes, Flordeguisante seguía presente. Al principio se había mostrado pálido y renqueante, pero su glamour había recobrado casi todo su poderío habitual después de que le limpiaran el terrible hierro del cuerpo. Detrás de él formaba la guardia de la reina, que sentía fluir de ellos el desafío.

Clavó una mirada desdeñosa en Flordeguisante y dijo a un guardia:

—Llevaos de aquí a este debilucho. ¡Apartadlo de mi vista!

Pero el guardia no dio un solo paso. Lo que hizo fue sonreír con insolencia, asir su ballesta y, como quien no quiere la cosa, cargar en ella un pivote emplumado y atreverse a apuntar en su dirección.

—Mi señora —dijo Flordeguisante sin ocultar apenas el desprecio—, nos estamos perdiendo. Nuestra presa sobre el mundo humano es débil. Ya hasta los trasgos se burlan de nosotros. ¿Cómo es que hemos tenido que enterarnos por ellos de que los humanos están envolviendo su mundo en hierro? ¿Por qué no habéis hecho nada para impedirlo? ¿Por qué no estábamos en los terrenos de caza? ¿Por qué no nos habéis permitido ser verdaderos elfos? Ya no es como en los viejos tiempos.

Su glamour era casi tan poderoso como para igualar al de ella, pero en voluntad la superaba. ¿Cómo he podido no darme cuenta?, pensó la reina, aunque sus rasgos no revelaron ni un ápice de sus sensaciones. ¿Se atreve a retarme? Yo soy la reina. El rey quizá esté en otro mundo, apoltronado en su túmulo y gozando de sus placeres, pero yo sigo siendo su reina. Siempre gobierna una reina. Nunca un lord. Se irguió hasta su altura máxima y fulminó con la mirada a aquel noble traicionero, invocando todo el poder de su glamour.

Pero varios elfos murmuraron en apoyo de Flordeguisante. Era muy raro que un elfo estuviera de acuerdo con otro, pues el desacuerdo era un estado mucho más natural para ellos, pero en aquel mismo instante la hueste de guerreros parecía cerrar filas, examinando a su reina con ojos fríos. Despiadados. Peligrosos. Feroces.

La reina los miró uno por uno antes de volver a dirigirse a Flordeguisante.

—Despreciable farsante —siseó—, podría arrancarte los ojos en un momento.

—Muy bien, señora —replicó Flordeguisante mientras se acumulaba la tensión—. ¿Y quién dejó que los feegles se desbocaran? Ahora que ya no está esa vieja arpía, las brujas son débiles. Igual que el portal entre nuestros mundos. Pero vos, a pesar de todo eso, aún parecéis asustada de esa niña Dolorido. Por lo que cuentan, estuvo a punto de mataros.

—No lo hizo —replicó la reina.

Pero los demás elfos la miraban, la miraban igual que un gato observa a su presa… Y lo que decía Flordeguisante era cierto. Tiffany Dolorido de verdad la había derrotado. La reina sintió que su glamour flaqueaba, se desvanecía.

—Sois débil, señora —la acusó Flordeguisante.

La reina se sentía débil, sí. Y pequeña, y cansada. Los árboles se cernían sobre ella. La luz pareció menguar. Miró las caras que la rodeaban y entonces se recuperó y convocó todo el poder que le quedaba. Seguía siendo la reina. Su reina. Tenían que obedecerla.

—Los tiempos están cambiando —dijo, irguiéndose de nuevo—. Con hierro o sin él, con trasgos o sin ellos, ese mundo ya no es el mismo.

—De modo que nos escondemos, como dictan vuestras órdenes —protestó Flordeguisante, rezumando desdén—. Si el mundo cambia, debemos ser nosotros quienes lo cambiemos. Nosotros quienes decidamos cómo será. Así es como se ha hecho siempre. Y como debe volver a hacerse.

Los elfos que lo rodeaban titilaron con aprobación, hicieron resplandecer sus ropajes, rodearon sus finos rostros gélidos del brillo de su glamour.

La reina no encontraba las palabras.

—No lo entiendes —aventuró—. Tenemos ese mundo al alcance de la mano, para nuestro disfrute. Pero si insistimos en actuar como hemos hecho siempre, en fin, el tiempo nos arrollará. Seremos solo… hadas. Eso es lo que nos está diciendo el hierro que hay en ese mundo. Que allí no tenemos futuro.

Flordeguisante rebufó.

—Sandeces. ¿Qué es eso de no tener futuro? Nuestro futuro lo creamos nosotros. Nos importan bien poco los humanos y los trasgos. Pero vos… vos estáis siendo bastante blanda con ellos. ¿Es posible que la gran reina esté asustada? No las tenéis todas con vos, señora. Y eso hace que nosotros tampoco las tengamos todas.

La lealtad de los elfos era quebradiza como la escarcha y la moneda del País de las Hadas era el glamour. La reina notó cómo iba perdiéndolo cada vez más a medida que hablaba su adversario.

Y entonces Flordeguisante se lanzó al cuello.

—Os habéis vuelto demasiado blanda, señora —rugió—. Todo empezó con esa… chica. ¡Y terminará conmigo! —Y su glamour ganó intensidad mientras le brillaban los ojos y acumulaba poder, poniendo a los demás elfos precavidos y dóciles. Flordeguisante señaló a la reina, observando los millares de rostros y semblantes que pasaban como una exhalación por sus rasgos: cabello rubio, moreno, largo, corto, ralo… el escaso pelo de un bebé. Alta, fuerte… débil e infantil. Erguida, agachada… gimoteante—. Los trasgos ya no están a vuestros pies —siseó—, y el País de las Hadas no puede sobrevivir sin un líder fuerte. Los elfos necesitamos a alguien que se imponga sobre los trasgos, sobre los humanos y sobre cualquiera. Lo que nos hace falta ahora, lo que necesita nuestro rey en su túmulo, es un guerrero.

Flordeguisante había adoptado maneras de serpiente, clavando la mirada en una víctima que se acurrucó más y sollozó al haber perdido su glamour.

—No podemos permitir que nos gobierne algo como esto —dijo con desprecio. Se volvió hacia los otros elfos—. ¿Qué decís vosotros?

Y en la blancura de sus ojos la reina vio que se desvanecía su futuro.

—¿Qué hacemos con ella, lord Flordeguisante? —preguntó Mostaza, adelantándose para mostrar su apoyo al nuevo líder.

—¡Debe renunciar al trono! —gritó otro elfo.

Flordeguisante miró a su antigua reina con más desdén que nunca.

—Podéis llevárosla y jugar con ella como deseéis… pero luego arrancadle las alas —ordenó—. Habrá un castigo para todo el que fracase. Y ahora —continuó—, ¿dónde están mis músicos? Bailemos por la vergüenza de la que una vez fue reina nuestra. Expulsemos su recuerdo del País de las Hadas junto con ella, por así decirlo, y ojalá no regrese nunca.

—¿Dónde tiene que ir? —preguntó Mostaza, asiendo a la reina por un brazo flaco como palos.

Pero Flordeguisante ya estaba inmerso en la multitud de cortesanos que ahora bailaban a su son.

Y mientras se llevaban de su presencia a la desamparada y menuda elfa que una vez fue reina, Mostaza la oyó susurrar unas palabras desesperadas.

—Trueno… y Relámpago… Ojalá sientas la fuerza de Trueno y Relámpago, Flordeguisante, y luego la furia de Tiffany Dolorido. Duele hasta el mismo hueso…

Empezó a llover y enseguida a granizar.



# CAPÍTULO 9

Bueno con las cabras

El chico que miraba a Tiffany bajo la lluvia en la puerta trasera de la casita que ya era suya, no de Yaya, no se parecía mucho a su visitante medio. Iba sucio, sí, pero era la suciedad del camino y no de la pobreza. Además llevaba un macho cabrío, cosa que no era muy común. Pero no parecía necesitado. Tiffany se fijó mejor. La ropa que llevaba había sido cara, de postín. Pero quería algo, eso sí, pensó. Era pocos años más joven que ella.

—¿Usted es la señora Dolorido, la bruja? —preguntó nervioso cuando Tiffany le abrió la puerta.

—Sí —contestó ella mientras pensaba: Vaya, por fin uno que ha investigado aunque sea un pelín y no viene a preguntar por Yaya Ceravieja. Y ha llamado a la puerta de atrás, como debe ser. Y yo acabo de prepararme un potaje y se estará enfriando—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Necesitas algo? —le dijo, porque las brujas nunca rechazaban a nadie.

—No, señora, muchas gracias, pero he oído a la gente hablar de usted mientras venía de camino. Dicen que es la mejor bruja.

—Bueno, la gente que diga lo que quiera —respondió Tiffany—, pero lo que importa es lo que opinen las otras brujas. ¿Qué se te ofrece?

—¡Quiero ser bruja! —La última palabra resonó en el aire como si estuviera viva, pero el chico pareció muy serio y tenaz cuando siguió hablando—. El señor Maneas, mi tutor, me habló de una bruja que se hizo mago, así que supongo, señora, que funcionará en los dos sentidos, ¿no? Tanto monta, monta tanto, ¿verdad?

—Bueno, sí —dijo Tiffany, no muy segura—. Pero muchas mujeres prefieren no tratar con un hombre desconocido en… circunstancias privadas, por así decirlo. En nuestro trabajo hacemos mucho de comadronas, ya sabes, con acento en «madronas».

La nuez del chico temblaba, pero logró responder:

—Yo solo sé que en la gran ciudad el Hospital Gratuito Lady Sybil atiende a las mujeres y los hombres por igual. No dude, señora, que si hace falta la cirugía, hay mujeres que a veces se alegran de ver al cirujano. —Pareció animarse un momento—. De verdad creo que puedo ser bruja. Sé mucho del campo, y tengo los dedos muy pequeños, cosa que me vino muy bien en el camino, cuando tuve que ayudar a una cabra parturienta que lo estaba pasando mal. Tuve que arremangarme y hurgar con tacto para alinear al cabritillo y que pudiera salir. Fue un pringue, claro, pero el cachorro vive y el viejo dueño de la cabra lloraba de gratitud.

—¿Ah, sí? —dijo Tiffany sin expresión, preguntándose desde cuándo «ser bueno con las cabras» contaba para hacerse bruja.

Pero el chico parecía muy desvalido, así que cedió y lo invitó a pasar para tomar una taza de té. Llevó a la cabra junto a una mata de minnie trepadora que había que podar bajo el manzano, al resguardo de la lluvia, y el animal pareció contentarse con quedarse fuera, aunque Tiffany no pudo evitar fijarse, como haría cualquier bruja, en que le dedicó una mirada extraña, de las que apenas se veían en los ojos achatados de las cabras. La clase de mirada que inspira precaución antes de darle la espalda, por supuesto, pero también… algo más.

Mientras hacía entrar al chico, vio que Tú pasaba por delante del manzano y, al ver al macho cabrío, se detenía de repente, arqueaba el lomo e inflaba la cola hasta un tamaño notable. Hubo un silencio tenso mientras los dos se medían con la mirada, y Tiffany juraría que vio un fogonazo de luz fluorescente, de color púrpura verdoso amarillento, y luego todo se calmó de pronto, como si se hubiera alcanzado y sellado un acuerdo. El macho cabrío siguió pastando y Tú se redujo a su tamaño normal antes de seguir adelante, casi rozándose con las patas de la cabra. Tiffany estaba anonadada. ¡Había visto huir de Tú hasta a Greebo, el gato de Tata Ogg! ¿Qué clase de animal era aquel? Quizá, pensó con interés, este chico también sea más de lo que parece.

Se sentaron en la mesita de la cocina y Tiffany se enteró de que el chico se llamaba Geoffrey y estaba muy lejos de casa. Reparó en que no parecía querer hablar de su familia, así que probó por otro lado.

—Estoy intrigada, Geoffrey —dijo—. ¿Por qué quieres ser bruja en vez de mago, que es lo que tradicionalmente se considera trabajo de hombres?

—Nunca he pensado en mí mismo como hombre, señora Tiffany. No creo que sea nada. Soy solo yo —dijo con voz queda.

¡Buena respuesta!, pensó Tiffany. Y luego se preguntó, no por primera vez, qué distinguía a los magos de las brujas. La diferencia principal, en su opinión, era que los magos usaban libros y cayados para lanzar hechizos, hechizos grandotes sobre cosas grandotas, y que eran hombres. Mientras que las brujas, siempre mujeres, se ocupaban de lo cotidiano. Que no era menos grandote, ojo, se recordó con firmeza. ¿Qué podía ser más grande que los nacimientos y las muertes? Pero, por otra parte, ¿por qué no debería ese chico querer hacerse brujo? Ella había elegido ser bruja, ¿no?, así que ¿por qué no podía elegir lo mismo él? Se sobresaltó al comprender que en aquello contaría también lo que opinara ella. Si iba a ser la bruja jefa, tendría que poder decidir sobre aquello. No tenía por qué preguntar a las demás brujas. Podía ser decisión suya. Responsabilidad suya. ¿Quizá un primer paso para empezar a hacer las cosas de otra manera?

Miró a Geoffrey. Este chico tiene algo y no sé qué es, decidió. Pero parece inofensivo y bastante pisoteado, de modo que decidiré, y decido darle una oportunidad. Y en cuanto a la cabra…

—Bien —dijo—, puedo ponerte ropa de cama en el cobertizo y darte de comer y beber hoy. Tu macho cabrío es responsabilidad tuya. Pero se está haciendo tarde, así que mañana hablaremos.

A la mañana siguiente, mientras esperaba a que llegara Tata, Tiffany fue al cobertizo con un poco de comida. El chico estaba dormido. Dio un suave carraspeo y él saltó al oírlo.

—Muy bien, Geoffrey, quiero que me digas la verdad. ¿Estás huyendo de alguien? ¿De tus padres tal vez?

—No, no —dijo Geoffrey, dando un mordisco al pan que le había llevado Tiffany pero apartando el jamón.

Serás embustero, pensó Tiffany, como toda bruja a la que se le diera bien descubrir mentiras. Suspiró.

—Entonces ¿solo huyes de casa?

—Bueno, podría llamarlo así[[27]](#footnote-27), señora, pero tengo dieciséis años y quería marcharme, sin más.

—No te llevas bien con tu padre, ¿verdad? —dijo Tiffany, y vio al chico dar un salto metafórico, como si acabara de tocar nervio.

—¿Cómo puede saberlo, señora?

Tiffany suspiró.

—Bueno, en el portal pone «bruja», ¿no? Puede que no sea mucho mayor que tú, pero no eres el primer fugado que me encuentro, y estoy segurísima de que habrá muchos más. Eso sí —añadió—, nunca había visto uno de tanta alcurnia como usted, don Geoffrey. Te delata el abrigo de calidad. En fin, ¿de qué puedes servirnos a mí y a mi encomienda, Geoffrey?

—Ah, de mucho, señora —respondió él, intentando sonar rotundo pero llegando solo a esperanzado.

En ese momento Tata Ogg dobló la esquina de la casita. Antes no estaba y de pronto ya sí, como sabía Tiffany que Tata hacía las cosas. La anciana bruja miró a Geoffrey, decidió al instante y guiñó el ojo a Tiffany.

—¿Pasa algo por aquí, Tiff?

Tiffany vio que empezaba a formarse una sonrisa sugerente entre las arrugas de la cara de Tata, como si de pronto una manzana pocha la mirara con malicia. Geoffrey parecía a punto de salir por piernas.

—No pasa nada, Tata. Este es Geoffrey —dijo Tiffany, firme—. Quiere hacerse bruja.

—¿Ah, sí? —Rió Tata—. Querrás decir que quiere hacer magia. ¡Envíalo con los magos!

Geoffrey ya tenía el aspecto de un cervatillo a punto de huir. Tata Ogg podía ejercer ese efecto en la gente.

—No, digo que quiere ser bruja, Tata, ¿lo entiendes?

Tiffany vio un brillito travieso en los ojos de Tata.

—Conque quiere hacerse bruja, ¿eh? A lo mejor tendría que saber lo que nos toca aguantar, antes de decidirse del todo. No sé, igual luego prefiere probar con los magos, si es que tiene algo de magia. Ya sé, cógelo como mozo de plaza. —El mozo de plaza era como la cobijera pero en varón, y se ocupaba de todas las tareas que había que hacer por la casa, en su mayoría sucias. Cosas como matar pollos y atar faisanes, limpiar zapatos, pelar patatas y cualquier otra relacionada con la mugre y a veces con el peligro. En la Granja Hogar siempre había uno, que iba aprendiendo poco a poco el oficio de granjero—. ¿Sabes qué? —prosiguió Tata, mirando al chico tembloroso—. Vamos a probarlo con el señor Baladí. Ya sabes cómo tiene las uñas de los pies.

Sí, igual que todos los demás ancianos, pensó Tiffany. Mirando al chico, viéndolo tan ansioso por ayudar, se apiadó de él.

—Ser bruja es más de lo que crees, Geoffrey, pero si te parece bien ser mi mozo de plaza, veremos cómo lo haces. Aunque antes que nada, me gustaría que te ocuparas de las espantosas uñas de los pies de un señor mayor.

—A lo mejor necesitas escudo —dijo Tata Ogg.

El chico miró dubitativo a Tiffany.

—Ay, madre —dijo Tiffany—. Las uñas del señor Baladí son fuertes y muy, muy difíciles de cortar. Necesitarás una podadora bien afilada, y hasta con ella saldrán rebotando por toda la habitación. Cuidado con los ojos. —Estudió la cara del chico, que parecía decidido a afrontar cualquier obstáculo, incluso uñas de los pies voladoras. Tata estaba sonriendo, de modo que Tiffany añadió—: Yo tengo que asistir en un parto. Tata, ¿serías tan amable de llevar a Geoffrey con el señor Baladí, a ver cómo le va? Ah, y que se acuerde de recoger las esquirlas, que Rob les saca provecho.

—¿Puedo llevarme a Mefistófeles? —pidió Geoffrey.

Tata dio media vuelta.

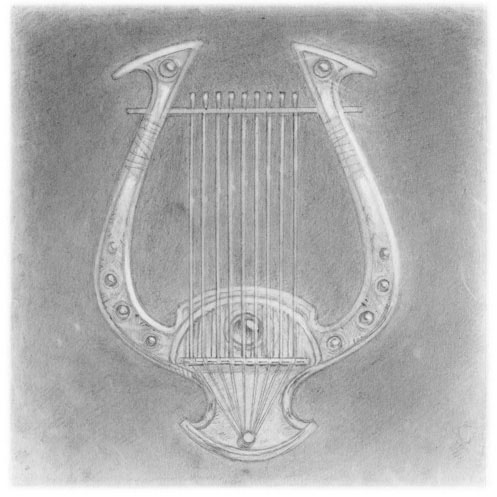
—¿Mefis qué? —dijo muy despacio.

—Mi macho cabrío —explicó Geoffrey señalando el corral donde Mefistófeles investigaba los restos de un diente de león—. Bueno, en realidad es su propio macho cabrío, pero viajamos juntos. Es un compañero muy inteligente.

Tata dio un bufido.

—Mire —dijo Geoffrey con orgullo, y los tres vieron cómo Mefistófeles cruzaba grácil el corral y abría con el hocico la puerta del pequeño cobertizo que había junto al haya—. Hasta ha aprendido a usar el excusado.

Y Tata, por una vez en la vida, se quedó sin habla.



# CAPÍTULO 10

Tesoro

En lo más profundo del País de las Hadas, un triunfal Flordeguisante pasaba revista a su corte.

Lord Lankin, alto, elegante y con una túnica de musgo y aulaga echada de cualquier manera sobre su piel oscurecida, estaba recostado junto a él, jugueteando con una daga de bronce.

—Ahora soy vuestro rey —declaró Flordeguisante.

Se hizo el silencio en el gran salón, mientras los elfos sopesaban aquel giro de los acontecimientos y su conveniencia. Y un elfo atrevido dijo:

—¿Y qué hay del rey en sí? El que está allá abajo, en el túmulo. ¿Qué crees que opinará?

—Algo parecido a esto —respondió Flordeguisante, mientras arrojaba una flecha emplumada al elfo, que lo derribó. Estaba herido, pero no muerto. Perfecto, pensó Flordeguisante. Diversión para más tarde. Hizo una señal a sus guerreros para que se llevaran al elfo a rastras—. ¡Al cuerno con el rey! —exclamó, y en esa ocasión no rechistó nadie.

Todos los elfos sabían que Flordeguisante buscaba una confrontación con el mundo de los humanos, los enanos, los trasgos y todos los demás pueblos. Quería que los elfos camparan feroces y a sus anchas por ese mundo una vez más.

—Somos elfos desde el principio de los tiempos —vociferó Flordeguisante—, y los humanos llevan la voz cantante desde hace demasiado. ¡Esos trasgos advenedizos sentirán nuestra ira! ¡Barreremos los aullidos de esa porquería metálica! ¡Retomaremos el mundo que se nos ha negado! —Sonrió y, en voz más baja, añadió—: Y quienes no nos apoyen sufrirán.

En el mundo del tren y la escobina, el hierro podía matar a los elfos. Pero ninguno de ellos quería caer víctima del tremendo mal genio de Flordeguisante contradiciéndolo. Y todos sabían exactamente lo capaz que era de convertir una palabra corta como «sufrir» en una experiencia muy duradera.

Y a medida que el glamour de su nuevo rey crecía y Flordeguisante se alzaba alto y fuerte sobre ellos, los elfos sintieron que su mundo despertaba de nuevo.

—¡Qué locos están los mortales! —rugió Flordeguisante—. ¿Creen que pueden detenernos? Son ellos quienes nos necesitan. Quienes nos llaman. Y acudiremos. Les haremos ansiar lo que no pueden tener y no les entregaremos más que nuestra risa. ¡Nos lo llevaremos todo!

Y los elfos estallaron en vítores.

Becky Perdón y Nancy Erguido, con sus mejores vestidos puestos, miraban inquietas a la señorita Lento.

—No es todo hechizos y escobas —les explicó la bruja—. A veces habrá mucho trabajo. Y a veces se pondrá bastante feo. ¿Sí, Becky?

—Yo estaba delante cuando murió mi abuelo —dijo Becky—, y vi todo lo que tenía que hacerse. Mi padre quería que saliera, pero mi madre dijo: «Que la niña lo vea. Tarde o temprano tendrá que enterarse de cómo funciona el mundo».

—Lo que necesito saber, chicas, es que podréis manejar la magia. Las dos deberíais poder hacer un poco de magia básica, como apagar una vela solo pensándolo. ¿Qué creéis que hacemos con la magia?

—Se pueden curar las verrugas —respondió Becky—. Ese me lo sé. Mi abuela sabía hacerlo. La magia puede volverte hermosa.

Su tono se había vuelto anhelante, y la señorita Lento la observó con más detenimiento. Vaya, una marca de nacimiento bastante fea en una mejilla.

—Se puede convertir a alguien en tu mejor amigo por arte de magia —añadió Nancy—. Y también… —Se sonrojó un poco—. Gustarle a un chico.

La señorita Lento rió.

—Chicas, creedme, la magia no os volverá hermosas si no lo sois. Y desde luego no os volverá populares. No es un juguete.

Con las mejillas aún más rojas, Nancy dijo:

—Pero los chicos…

En la cara de la señorita Lento no se movió ni un músculo antes de responder.

—¿Qué pasa con ellos? —El rubor de Nancy ya era impresionante. La señorita Lento pensó que un poco más roja y parecería una langosta—. No necesitas conjuros para atraer a los chicos, Nancy, y si quieres saber más sobre ese tema, estoy segura de que la señora Tiffany te enviará a hablar con Tata Ogg, o quizá con tu abuela.

—¿Usted tiene pretendiente, señorita? —preguntó Nancy.

—No —dijo la señorita Lento—. Son una molestia. Y ahora, a ver si podéis hacer un batiburrillo. Si no, es muy poco probable que valgáis para brujas. Los batiburrillos ayudan a enfocar. —Alzó una mano al aire y sobre ella hubo algo. El mismo aire parecía estar hirviendo. Danzando, palpitando… vivo. Y la señorita Lento dijo—: Mirad cómo se mueve el aire, cómo espera… Eso es el lugar donde podría estar mi batiburrillo. Desde donde podría aconsejarme. —De pronto, en su mano había un huevo, un trozo de cordel, unas ramitas y una nuez pequeña—. Estas cosas que llevaba encima podrían componer ese batiburrillo. —Miró sus caritas serias, suspiró y añadió—: Pero es el momento de que vosotras dos hagáis los vuestros, y tienen que tener algo vivo. De acuerdo, cerrad los ojos y haced un batiburrillo con cosas que tengáis a mano.

Se quedó mirando sus rostros solemnes como elegías mientras las chicas se sacaban cosas de los bolsillos. La señorita Lento sabía de brujas, y sabía que esas chicas poseían el talento mágico innato, pero la decisión de entrenar a una bruja requería más que un poco de talento. También haría falta trabajo duro en algún momento. Mucho trabajo duro. Y ni soportándolo sería fácil, lo sabía bien. Aparte de todo lo demás, era necesario que sus padres apoyaran su decisión. Una chica podía resultar muy útil en casa, ayudando con los niños más pequeños o trabajando en el negocio familiar, por ejemplo. Y eso era antes de que saliera la cuestión de los nietos. Y siempre acababa saliendo, sin excepción.

La señorita Lento también sabía que lo que una persona llevaba en los bolsillos decía mucho de ella, a veces en la misma medida que lo que no llevaba. A ella le gustaba tener un poco de queso en el bolsillo. No se podía hacer magia en condiciones sin picar un poco de vez en cuando.

—Hasta las lombrices están vivas —les explicó—, así que llevar una en una cajita con unas hojas verdes puede veniros bien.

Nancy se quitó una bota y comentó:

—Se me ha colado una oruga dentro.

—Así me gusta —dijo la señorita Lento—. Ha sido suerte, pero tener suerte forma parte de la brujería.

Becky parecía algo abatida.

—Tengo una horquilla de pelo. ¿Puedo usarlo?

La señorita Lento suspiró.

—¿Para tu batiburrillo? Claro que sí, pero sigues necesitando algo vivo. Sirven las mariposas, las hormigas y demás, pero recuerda que no tienes que matarlas. Has de dejarlas volar.

—Ah, muy bien —dijo Becky. Rebuscó en los matorrales que tenía detrás y al momento sostuvo en alto una oruga verde, grande y peluda.

—¡Serás copiona! —exclamó Nancy.

La señorita Lento rió.

—También forma parte de la brujería ser lista. Usar los ojos y aprender de lo que ves. Eso es, Becky —alabó a la chica, que ya había atado la oruga en un cordel viejo. De algún modo también parecía llevarlo enrollado en un dedo, y con los demás se esforzaba en insertar la horquilla en el batiburrillo.

Nancy hizo un mohín y levantó su propia oruga, que parecía tener muchas ganas de meterse en un mechón de lana. Hubo un trueno y un relámpago, y las dos chicas dijeron al unísono:

—He sido yo, con mi batiburrillo.

La señorita Lento volvió a sonreír. ¿Por qué era todo el mundo tan aficionado a mirar un amanecer, un arcoíris, un relámpago o una nube negra y sentirse responsable de ellos? Sabía que si cualquiera de las dos chicas creyera de verdad que podía controlar la tormenta en el cielo, estaría corriendo hacia casa, chillando despavorida, y con toda seguridad su madre tendría que lavar su ropa interior. Sin embargo, un poco de confianza en una misma era buen principio en la brujería.

—¡Señorita, señorita! —la llamó Becky, señalando. Ya había una horquilla para el pelo flotando en el aire junto a su oruga.

—Bien hecho —dijo la señorita Lento—. Pero que muy bien hecho.

—¿Y qué me dice de esto? —preguntó Nancy mientras su batiburrillo se desmontaba y el mechón de lana caía flotando al suelo con la oruga encima como si fuera una bruja en escoba. La chica levantó el dedo y pareció salirle fuego de la punta.

—Excelente —dijo la señorita Lento—. Las dos le tenéis pillado el tranquillo. Con eso hecho, solo es cuestión de aprender. Aprender todos los días —añadió con aplomo.

Pero lo que estaba pensando era: Bueno, la señora Tiffany va a querer hablar con vosotras dos, eso está claro.

En el País de las Hadas sonaba música, una melodía armoniosa cuyas notas se arremolinaban en el aire vacío, en torno a un elfo que holgazaneaba sobre una fina rama en las alturas de un árbol en flor mientras se permitía el placer de convertir cada nota en un color, de forma que todas danzaran sobre las cabezas de los cortesanos y los deleitaran. No hacía falta demasiado para deleitar a un elfo. Hacer daño a algo solía encabezar sus listas, pero la música se le acercaba mucho.

El músico era humano, un hombre atraído hacia el bosque por el glamour de un arpa élfica, secuestrado, llevado a través del portal y obligado a tocar, tocar y tocar para lord Flordeguisante. A los elfos se les daba muy bien mantener vivos a sus juguetes, a veces hasta semanas enteras, y aquel hombre de la flauta era un juguete nuevo y delicioso. Flordeguisante se preguntó sin mucho interés cuánto duraría.

Pero estaba satisfecho. Sus guerreros estaban haciendo pequeñas salidas al mundo humano y trayéndole regalos como aquel. Y sabía que cada misión exitosa hacía crecer su confianza. Pronto estarían listos para su gran asalto…

Frunció el ceño. Tenía que hablar con Mostaza para confirmar que de verdad había tirado los miserables restos de la reina fuera del País de las Hadas. No quería ninguna… complicación.

Del mismo modo en que le encantaba observar la fauna, Geoffrey observaba a la gente. La encontraba fascinante, y la estudiaba con atención a todas horas, aprendiendo más y más de lo que veía.

Una cosa que veía era que, de algún modo, los ancianos parecían estorbar en sus casas. No funcionaba para nada como en casa de Geoffrey, donde su padre era sin duda el gallo del corral. Allí, si en las vidas de los ancianos había mujeres, eran ellas quienes ostentaban todo el poder de puertas para adentro, como lo habían ostentado durante todos los años que sus maridos pasaron fuera trabajando, y no tenían intención de renunciar ni a un ápice.

Era lo que tenía en mente cuando fue a recortar los pelos de la nariz del marinero Pacifica, una tarea que hasta Tata Ogg encontraba desagradable. La señora Sally Pacifica, demasiado miope para manejar unas tijeras cerca de la nariz de su marido, como había demostrado un intento previo, parecía buena persona, pero Geoffrey se había fijado en que trataba a su marido casi como a un mueble. Y aquello entristecía a Geoffrey. No le gustaba que un hombre de mar, que había visto tantas cosas interesantes, pasara casi todo el tiempo en la taberna porque su esposa siempre estaba lavando, fregando, abrillantando y, cuando no quedaba más remedio, quitando el polvo. Cuando su marido se quedaba quieto un rato, a duras penas podía evitar lavarlo, fregarlo y quitarle el polvo.

Poco a poco, Geoffrey empezó a comprender que la taberna era al mismo tiempo un entretenimiento y un refugio para los hombres mayores. Un día fue con ellos y los invitó a una pinta, con lo que se ganó su atención. Luego Mefistófeles hizo su truco de contar y, para cuando llegó la segunda pinta, los hombres ya se habían puesto bastante paternalistas con él y Geoffrey pudo sacarles el tema al que llevaba unos días dando vueltas.

—¿Puedo preguntarles a qué se dedican, caballeros?

Aquello le valió unas risotadas, y luego Embalse Bajón, un hombre cuya sonrisa nunca hacía honor a su apellido, dijo:

—Qué cosas tiene, amigo. Podría decirse que somos unos caballeros ociosos.

—Somos como reyes —afirmó Risitas Ladeado.

—Pero sin castillos —añadió Embalse Bajón—. A no ser que yo haya perdido el mío en alguna parte.

—¿Y les gusta su ocio, caballeros? —preguntó Geoffrey.

—Pues no mucho —dijo Bofetón Tembleque—. La verdad es que a mí, nada. No desde que murió mi Judy. Eso y que no tuvimos hijos. —Sus ojos se humedecieron y se le quebró la voz, pero disimuló dando otro trago a su jarra.

—Tenía una tortuga, ¿verdad? —terció Joe el Arrugas, que parecía hecho del tamaño suficiente para levantar vacas del suelo.

—Sí que la tenía, sí —dijo Bofetón—. Decía que le gustaba porque caminaba más despacio que ella. Aún la tengo, pero no es lo mismo. No tiene muy buena conversación. Mi Judy hablaba todo el día por los codos. La tortuga es muy buena escuchando, eso sí, que es más de lo que podía decirse a veces de mi Judy.

Aquello provocó risas.

—Cuando te haces viejo, es un gobierno de enaguas —sentenció Jim «Pestazo» Jones.

Geoffrey, contento de haber iniciado la conversación, preguntó:

—¿A qué se refiere?

Y hubo una especie de gruñido procedente de todos los hombres.

—La cosa está así, mozo de plaza —dijo Joe el Arrugas—. Mi Betsy me dice lo que tengo que comer, y cuándo y dónde, y si estamos en la misma habitación la tengo encima como si fuera una gallina vieja. Es como ser un crío.

—Ya lo creo que sí —intervino el capitán Pacifica—. Mi Sally es una mujer estupenda, y ya os digo que no sé qué haría sin ella, pero el caso es que yo antes estaba al mando de muchos otros hombres, y cuando venía mal tiempo me ocupaba de que no nos fuéramos a pique, porque era mi trabajo y era el capitán. —Miró a su alrededor, vio los asentimientos de cabeza de los demás y dijo a Geoffrey—: Y lo mejor de todo, joven, es que era un hombre. Pero ¿ahora? Ahora mi trabajo consiste en levantar los pies cuando ella anda barriendo cerca. Es nuestra casa y quiero a mi Sally, pero, no sé por qué, siempre estorbo.

—A mí también me pasa —dijo Jim Pestazo—. Ya sabéis que sigo siendo buen carpintero, conocido en el gremio, pero mi Milly se preocupa de que maneje las herramientas y esas cosas. Y de verdad os digo que, cuando me mira, me tiemblan las manos.

—¿Le gustaría que dejaran de temblar? —preguntó Geoffrey, aunque en realidad había visto a Jim Pestazo llevarse la jarra a los labios con una mano firme como la roca—. Porque acaban de darme una idea, caballeros. —Calló un momento, esperando que la escucharan—. Mi tío materno era un hombre de Uberwald llamado Heimlich Cobbertizen, y fue el primer hombre de la historia conocida que tuvo un «cobertizo».

—Yo tengo un cobertizo —replicó Jim Pestazo.

—No se ofenda, pero solo cree que lo tiene —dijo Geoffrey—, porque ¿qué hay dentro? Están los cobertizos para cabras, para pollos y para vacas, pero los cobertizos que les estoy proponiendo son para hombres. Creo que lo que nos hace falta por aquí son cobertizos para hombres. Cobertizos de hombre. —Y aquello captó la atención de los ancianos, sobre todo cuando llamó al tabernero y exclamó—: ¡Brindemos por ello, señores! ¡Otra ronda de pintas, por favor!

Las mujeres de los pueblos también se habían encariñado con Geoffrey. Era impresionante. Había algo en su disposición a pararse y charlar, en su sonrisa amable y en sus modales que hacía que les cayera bien al instante.

—Don Geoffrey está siempre tranquilo, a todas horas. No se altera por nada, no, señor, ¡y no veas lo bien que habla! Se le nota que está bien educado —dijo un día la anciana Betsy Tolva a Tiffany.

—Y ese macho cabrío que tiene, ¿qué? —añadió la señora Silbón, cruzando sus impresionantes brazos por debajo de su aún más impresionante pecho—. A mí me parece un animal con mucho genio, pero el joven Geoffrey lo lleva a su paso, todo tranquilo.

—¡Ojalá pudiera hacer lo mismo con mi Joe! —dijo Betsy con una carcajada, y ella y la señora Silbón se fueron calle abajo entre risitas.

Tiffany las vio marcharse y empezó a rumiar sobre su mozo de plaza, a preguntarse cómo lograba calmarlo siempre todo tan bien. He visto a otros como él, pensó, a gente que parece conocer a todo el mundo. Son los que apartan el conflicto, los que paran la pelea. Creo que voy a llevármelo a hacer la ronda por las casas, a ver cómo le va.

Así que al día siguiente Geoffrey acompañó a Tiffany, montado tras ella en la escoba, con la cara iluminada de puro gozo mientras Tiffany se esforzaba por gobernarla en dirección a las montañas con mucho más peso encima. Y las casas también se iluminaron en el momento en que Geoffrey entró, llenas de ánimo y vida. Podía ser gracioso, sabía cantar y de alguna manera lo volvía todo… un poquito mejor. Los bebés llorosos empezaban a hacer gorgoritos en vez de aullar, los mayores dejaban de discutir y las madres se tranquilizaban y seguían sus consejos.

También se le daban bien los animales. Las vaquillas se quedaban a su lado, en vez de huir temerosas de un extraño, y los gatos entraban donde estuviera y decidían al instante que el regazo de Geoffrey era donde querían subir. Una vez Tiffany lo vio apoyado en la pared de una casita del bosque con una familia de conejos descansando a sus pies… y al mismo tiempo con el perro de la granja a su lado.

Un día, después de ver a Geoffrey con Tiffany, Tata Ogg dijo:

—Tiene el corazón donde debe estar, eso me lo huelo. Conozco bien a los hombres, ya lo sabes. —Rió—. He visto a muchos en mis tiempos, y en toda clase de circunstancias, créeme. No voy a decirte a estas alturas que tenga madera, y habrá brujas que renieguen de que un chico se meta en el negocio, pero, Tiff, que nadie te diga que a Yaya Ceravieja no le gustaría. Recuerda que te eligió a ti como su sucesora, no a ninguna de las otras. Y además, tienes que hacer las cosas a tu manera. No a la suya. Así que si quieres entrenar a este chico, en fin, hazlo y punto.

La propia Tiffany estaba cada vez más fascinada con el macho cabrío de Geoffrey. Mefistófeles iba y venía a su antojo, pero, a menos que Geoffrey hubiera salido con ella en la escoba, el animal solía estar cerca de Geoffrey y a Tiffany le daba la impresión de que el macho cabrío cuidaba del chico. Tenían un idioma propio. Era como si el animal pudiera hablar dando golpecitos con la pezuña, y a veces había un staccato de complicados pezuñazos. Si Mefistófeles hubiera sido un perro, a Tiffany le pareció que habría sido un perdiguero. Su amo era su amigo, y ay de quien se aprovechara de las buenas intenciones de Geoffrey, porque las pezuñas de Mefistófeles eran puntiagudas a más no poder.

Cuando Geoffrey no estaba, el macho cabrío acostumbraba a sacarse solo a pasear. No había tardado en poner las cabras de la casita de Yaya a sus órdenes, y Tata Ogg dijo una vez a Tiffany que había visto a lo que ella llamaba «ese cabrón del demonio» sentado en el centro de un círculo de cabras salvajes en las colinas. Lo había apodado «La Picadora de la Oscuridad» por sus pezuñas pequeñas y centelleantes, pero había matizado:

—No es que no me guste, ojo, aunque huela a rayos. Siempre me han parecido bien los cuernos, podría decirse. Las cabras son listas. Las ovejas no. Sin ánimo de ofender, querida.

El triunfo de Mefistófeles, que había dado a Tata la razón en ambas afirmaciones, había tenido lugar al borde del bosque que rodeaba la casita, cerca de la falda de la montaña más cercana, un día en que Geoffrey se había llevado la carreta para atender a un niño pequeño que necesitaba medicinas.

En aquella casa, aquel día concreto, la madre estaba observando a Geoffrey. Preocupada por su hijo, había dejado abierto el redil de las ovejas. Y las ovejas, como todas las ovejas, se pusieron histéricas y les dio por salir a la carrera antes de que ella las viera por la ventana.

—A mi marido no le hará ninguna gracia. Luego es una faena reunirlas —se lamentó la joven madre—. ¡Míralas, corriendo por todas partes!

Geoffrey sacó la cabeza por la ventana y chasqueó la lengua a Mefistófeles, al que había desatado de la carreta para que pastara. El macho cabrío dejó de comer hierba, y lo que ocurrió a continuación se supo por todo Lancre. Por lo que decían, ese Mefistófeles había reunido a las ovejas como el mejor de los pastores. Las ovejas lo superaban en número, por supuesto, pero el macho cabrío había sido meticuloso y, una tras otra, las había hecho entrar a todas en el redil.

Cuando la madre dijo después a su marido que la cabra no solo había recogido a las ovejas, sino que además les había cerrado la valla, a él le pareció que exageraba, pero de todos modos era una buena historia para contarla en la taberna, y así se extendió veloz la leyenda de Mefistófeles.

Geoffrey y Tata Ogg contaron la historia a Tiffany. Sumada al trabajo que había hecho Geoffrey con el chico, había resultado un muy buen día. Pero Tiffany no podía evitar mirar los ojos achatados de Mefistófeles. Sabía cómo eran las cabras, y aquel animal tenía un objetivo, estaba segura. Se fijó en que el macho cabrío la observaba, y observaba a Tú, que a su vez observaba al macho cabrío, por supuesto, aunque fingiendo mirar hacia otra parte. Daba la impresión de que todo el mundo observaba a todo el mundo. Tiffany sonrió.

Y tomó una decisión.

A la mañana siguiente se llevó aparte a Geoffrey y le anunció que quería contarle algo especial.

—Hay otra cosa —le dijo—. Tengo unos… pequeños amigos a los que quiero presentarte. Rob —llamó—, sé que andas por aquí, y pídote que salgas agora mesmo. —Esperó un momento—. Tengo aquí un traguiño de esfumino para ti.

Dejó una taza con unas gotas de licor en el suelo.

Hubo un movimiento en el aire, un destello de pelo rojo y apareció Rob Cualquiera, con un brillante espadón en la mano.

—Rob, quiérote presentar a… Geoffrey —empezó Tiffany, despacio y con cautela, volviéndose para ver cómo reaccionaba Geoffrey a la visión de su primer feegle.

Pero Rob Cualquiera la sorprendió.

—Aj, el rapaciño, sí, ya conocémonos —respondió.

Geoffrey se sonrojó un poco.

—Bueno, es que duermo en el viejo cobertizo —explicó—. Estos caballeros tuvieron la amabilidad de permitirme compartir con ellos el espacio.

Tiffany estaba anonadada. ¡Geoffrey ya conocía a los feegles! ¿Cómo era posible que no estuviera al tanto? ¡Ella era la bruja! Debería haberlo sabido.

—Pero… —empezó a decir mientras aparecían otros feegles, uno de ellos descolgándose con un cordel de las vigas del techo, otro asomando por detrás de un cubo, un grupo acercándose poco a poco y formando un semicírculo en torno al esfumino del suelo.

—Non pasa nada —dijo Rob haciendo un gesto con la mano—. Tenemos unas conversaciones peru que muy interesantes, ya sabes, cuando póneste el camisón y duérmeste.

—Pero aun así vigilámoste y mmf mmf mmf. —Rob había tapado con una mano la boca de Wullie Chiflado.

—¿Estando en camisón? —empezó a protestar Tiffany, pero decidió rendirse. Para qué. Los feegles siempre cuidarían de ella, y si tenía que elegir entre tenerlos o no en su vida, en fin, la decisión estaba clara.

—¿Non impórtate? —preguntó Rob, moviendo los pies como siempre que le tocaba Hacer la Explicamienda—. Dice Jeannie que tienes aquí a este rapaciño que es un tesoro. Y ya sabes cómu somos los feegles con los tesoros: ¡tenémoslos que recoger!

Todos los feegles suspiraron de felicidad a la vez.

Y Tiffany les acercó la taza y dijo:

—Bueno, pues este tesoro non vaislo a robar. Pero me da a mí… creo que a lo mejor es el momento de que lleve a Geoffrey a ver a la kelda.

Llovía mucho y se sentaron junto a la gran hoguera del montículo para secarse. Geoffrey estaba extasiado por el vuelo y ni se inmutó cuando tuvo que estrujarse y arrastrarse entre matorrales para acceder al montículo feegle.

Sí que se encogió un poco sin querer al darse cuenta de que todos los ojos de los feegles estaban puestos en[[28]](#footnote-28) él. Sobre todo los de Maggie, la hija mayor de Jeannie, que acababa de abrirse paso con valentía para ver a la arpiíña grandullona y su amigo. Se pasó las manos por el cabello rojo fuego y compuso su mejor mohín.

Jeannie suspiró. Se acercaba el momento en que su hija tendría que marcharse. Solo podía haber una kelda.

Mientras Jeannie pensaba en ello, Rob extendió los brazos y Maggie cruzó la estancia para sentarse a su lado.

—Mi hija, Maggie —dijo Rob a Geoffrey con orgullo—. Non tardarase en marchar con su propiu clan, ya sabes, agora que es una rapaza ben mayor.

Maggie se crispó al oírlo.

—¿Por qué non puédome quedar aquí? —preguntó, poniendo su mejor voz dulzona de ragaciña para su padre—. Gústame esto, ya sabes, y non quiero tener maridu. —Pronunció la palabra como si la considerara una abominación—. Ni bebiños. Quiero ser guerrera.

Rob rió.

—Peru eres una rapaza, Maggie —dijo lanzando una mirada de preocupación a Jeannie. ¿Aún no habría enseñado los escondos a Maggie? ¿No le había transmitido lo necesario para convertirse en la kelda de su propio clan?

—Peru sé pelear —rezongó Maggie—. Pregunta a Duggie Pequeño Narizón por la paliza que dile la última vez que peleámonos un poquiño, ya sabes.

Duggie Pequeño Narizón, uno de los hijos adolescentes más flacuchos de Rob, meneó los pies avergonzado en un rincón y dejó caer la cabeza hasta que solo se vio su nariz, mientras las cuentas de sus trenzas topaban con su mentón.

—Y hablé con el Sapo —insistió Maggie—, y él dice que non tengu por qué cumplir las tradiciones[[29]](#footnote-29), ya sabes. Dice que es cuestión de mis Trechos Jumanos.

—Peru es que non eres humana —restalló Jeannie—. Y chista ya con tanta tochura. Marcha a traer una buena cortada de borrego a nuestros invitados, con nuestra salsa especial.

Tiffany conocía la salsa de los feegles. El caracol era uno de sus ingredientes principales.

—Caracoles —susurró a Geoffrey mientras Maggie salía con un contoneo furioso. Para asombro de Tiffany, la joven rapaza feegle se contoneaba exactamente igual que la señora Carcoma. Salvo por el hecho evidente de que Maggie solo medía doce centímetros y medio, mientras que la señora Carcoma era tan alta como el padre de Tiffany.

Jeannie tenía muy buen oído para lo pequeña que era.

—Sí, es increíble lo que pueden hacer mis rapaces con caracoles, ya sabes —declaró—. Hasta destílanse whisky de caracol.

Geoffrey sonrió con educación.

—Os lo agradezco mucho, kelda —dijo con voz suave—, pero no como nada que antes haya corrido, nadado o reptado. Incluidos los caracoles. Prefiero dejar que vivan.

—En realidad, los feegles crían caracoles —explicó Tiffany—. Todo el mundo ha de vivir de algo, Geoffrey, es inevitable.

—Muy cierto —replicó Geoffrey—, pero no tiene por qué ser a expensas de otros.

Jeannie se inclinó hacia delante, con los ojos relucientes, y apoyó una manita de color castaño claro en el brazo de Geoffrey. El aire se quedó inmóvil y Geoffrey y Jeannie se miraron a los ojos.

—En tiempos hubo muchos como tú —dijo al cabo Jeannie, en voz baja—. Tenía yo razón. Véote en mi calderu y sé que eres de los que pueden parar las peleas, traer la paz… —Se volvió hacia Tiffany—. Atesóralo, Tir-far-thóinn.

Mientras volvían a la granja para merendar, Tiffany reflexionó sobre las palabras de la kelda. «Parar las peleas, traer la paz». Eran precisamente las habilidades que quizá pudiera necesitar. Y al pensarlo, un escalofrío le recorrió la columna, uno de esos pequeños y horribles estremecimientos que parecen informar de que podría estar a punto de ocurrir algo espantoso y que tan difíciles son de pasar por alto. Por otra parte, pensó, quizá fuera solo su cuerpo diciéndole que, si no le importaba mucho, la próxima vez sería mejor rechazar la salsa de caracol. Intentó quitarse de encima la intranquilidad concentrándose en Geoffrey. «Atesóralo». Jeannie tiene razón sobre él, decidió. Era muy posible que hubiera cosas para las que un chico como aquel fuese el mejor.

Y justo en ese momento, tomó una decisión. Iría a Ankh-Morpork… y se llevaría a Geoffrey. En cualquier caso, ya iba siendo hora de visitar la ciudad como la especie de bruja jefa que era. ¿Y si las brujas de la ciudad habían oído hablar de ella y cuchicheaban entre sí, tratándola de advenediza? Debería saberlo. Y de paso, susurró una vocecita en su cabeza, a lo mejor puedo ver a Preston. Intentó apartar la idea. Aquel viaje no era por ella. Era por ser una bruja, por hacer lo que debía, y eso era justo lo que explicaría a Tata Ogg cuando le dijera que iba a estar fuera unos días. Pero la perspectiva de volver a ver a Preston seguía internándose en su mente y le provocaba un… cosquilleo.

Geoffrey se le había adelantado un poco por el camino, pero cuando Tiffany lo llamó, retrocedió con una mirada interrogativa.

—Geoffrey —dijo ella—, mañana iremos a por tu primera escoba.



# CAPÍTULO 11

La gran ciudad

El trayecto hasta Ankh-Morpork fue largo. Tiffany y Geoffrey tuvieron que hacer dos noches de camino, una en la casita de una bruja de la zona y otra en un establo cuyo dueño se mostró encantado de que Geoffrey pudiera echarle una mano con una cabra problemática. Pero ya llegaban a la gran ciudad, y Tiffany observó cómo Geoffrey se quedaba boquiabierto mientras volaban siguiendo el curso del río Ankh hasta el corazón de la capital. En fin, se dijo, Geoffrey decía que quería ver mundo. Ankh-Morpork será un muy buen principio.

Pero también ella se quedó impresionada cuando llegaron al local del viejo taller de escobas y les indicaron la nueva dirección de la tienda. El ferrocarril todavía era una novedad… y ya estaban levantadas todas aquellas arcadas.

Había una especie de magia en los espacios cavernosos bajo las arcadas del ferrocarril, y un misterio que solo desentrañaban quienes trabajaban allí. Siempre había charcos, aunque hiciera semanas que no llovía, unos charquitos lustrosos y resbaladizos, y el aire estaba manchado de olor a aceite y a sobaco de trabajador.

Era fácil reconocer a un asiduo de las arcadas de ferrocarril. Se trataba de un hombre —pocas veces eran mujeres— de los que guardaban clavos diversos en viejos frascos de mermelada y dedicaban mucho tiempo a discutir los méritos de los distintos tipos de lubricante o engranaje. A veces se oía a algún tendero decir en voz baja: «Lo puedo tener para la semana que viene», en ocasiones con el añadido de una mirada cómplice y un golpecito con el dedo en una aleta de la nariz.

Si alguien llegaba preguntando algo, siempre habría alguien, a menudo un enano, que sabía dónde estaba todo, y ese lugar era casi siempre al fondo de un arco sumido en una oscuridad de proporciones estigias. Y cuando encontraba y sacaba el objeto adecuado, quizá hubiera gente que lo llamara un trasto sin valor, pero al cruzar el arco se metamorfoseaba de algún modo en justo lo que el comprador necesitaba de verdad. Nadie sabía por qué. Era como si el objeto hubiera estado esperando a que apareciera la persona adecuada.

Los enanos Mramón y Dave habían trasladado su establecimiento de escobas al segundo arco de la hilera, entre uno donde los oídos del viandante se veían asaltados por los extraños sonidos de instrumentos musicales y otro donde el olor punzante a cuero fresco de una guardicionería llevaba a cabo su propia incursión alegre en la nariz.

Fue Dave quien trotó hacia Tiffany cuando entró seguida de Geoffrey. La reconoció al instante, ya que lo había pasado muy mal en su visita anterior, uno o dos años antes, cuando la joven había dejado caer que era amiga de los feegles. Cuando un taller enano se infestaba de feegles, más les valía liquidar y vol[[30]](#footnote-30)verse a las montañas. Armados con un hacha bien grande.

Tiffany reparó en que Dave estaba mirando a todas partes.

—No se preocupe, no he traído a ningún Nac Mac Feegle —dijo, si bien sabía que seguramente no sería cierto del todo: aunque había dicho a Rob Cualquiera que aquello era asunto de arpías y que los feegles tenían impuesto el mochuelo de no seguirla, era muy posible que alguno se hubiera colado en las cerdas de su escoba y apareciera de repente blandiendo un garrote y gritando: «¡Pardiez!».

Pero cuando dijo que no llevaba ninguno, oyó un suspiro y el enano casi sonrió. Tiffany esquivó una gota que caía del arco y añadió:

—Este es Geoffrey, y venimos a por una escoba para él. —Miró hacia el final de la arcada—. Nos ha costado un poco encontrarles, la verdad. Su nuevo taller, digo.

Dave estaba mirando a Geoffrey de arriba abajo.

—Aquí nos va bien —respondió—. Nos llega antes el material. Y es más cómodo para ir a visitar a mi madre, aunque el viaje sea largo. —Un tren que pasaba sobre la arcada eructó una humareda que envolvió al enano y a Geoffrey, y cuando Tiffany pudo volver a ver, un Dave con la cara enhollinada ya había decidido justo lo que necesitaba el chico—. Una número tres, me parece a mí. Creo que nos queda una en existencias. De la mejor calidad, como siempre. Madera traída de las Montañas del Carnero, especial para magos. —Se acarició la barba, se quitó la ceniza de la nariz y rodeó a Geoffrey—. ¿Estudias para mago, chaval?

Geoffrey no sabía muy bien qué decir. Miró a Tiffany. ¿Debería decir a aquel hombre que quería ser bruja?

—No —dijo Tiffany, respondiendo por Geoffrey azuzada por su bruja interior—. Mi amigo es un tejecalmas.

El enano se rascó el yelmo de hierro, clavó la mirada en Geoffrey y replicó:

—¿Y esos a qué se dedican, señorita?

Tiffany pensó antes de hablar.

—De momento, Geoffrey solo me ayuda. Y para eso, caballeros, necesita una escoba. —Llevaba dos escobas en las manos, la suya y otra, que tendió al enano—. Pero no nos hace falta una nueva. Ya sabe cómo las heredamos las brujas entre nosotras. Bueno, pues tengo esta, y creo que le vendría muy bien a mi amigo con unas pocas reparaciones.

Al oír la palabra «reparaciones», Mramón salió del taller con una expresión casi ofendida.

—¿Reparaciones? —gimió, como si rechazar las nuevas escobas de oferta fuera dejar pasar una oportunidad única—. ¿Quiere que el chico empiece su carrera con una escoba usada? —Pero entonces vio la escoba y se detuvo plantando los pies en el suelo, haciendo una mueca al resbalar y agarrándose la espalda—. Esa… es la escoba de Yaya Ceravieja —afirmó—. Es muy famosa.

—Será un desafío, entonces —dijo Tiffany sin perder comba—. ¿O quizá no se ven capaces, caballeros? Supongo que habrá otros que…

—No, no se dé tanta prisa —la interrumpió Mramón, quitándose el casco y secándose la frente con un trapo de lana. Encendió su pipa, ganando tiempo para pensar y examinar la escoba que tenía delante.

—Se lo agradecería muchísimo —dijo Tiffany.

Mramón hizo la tradicional inspiración de aire entre los dientes.

—Bueno —indicó después, muy despacio—, podríamos cambiarle la abrazadera. ¿Y quizá un palo nuevo?

—Un palo de caballero —explicó Dave, dándose unos golpecitos en la nariz—. Ya sabe, con la… hendidura especial para… las partes delicadas. El chico la llevará mucho más a gusto.

—Siempre he querido echar mano a esta escoba —confesó Mramón—. Trabajar en ella como debe ser. Pero los enanos de las montañas decían que la señora Ceravieja siempre quería, bueno…

—Alguna chapuza —concluyó Dave, arrugando la frente como si la palabra le provocara un dolor real.

—Bueno —dijo Tiffany—, yo no soy esa bruja, pero siempre es bueno ser amigo de cualquier bruja. —Sonrió con dulzura antes de añadir—: Ahora mismo me siento amistosa… pero podría no ser el caso más tarde.

Se hizo un silencio muy conveniente cuando un gran rugido anunció el paso de otro tren sobre ellos y el aire se llenó de humo y hollín.

—La señora Ceravieja era una dama muy poderosa —dijo Mramón con cautela cuando se apagó el estruendo.

—Y dicen que nunca pagaba —masculló Dave.

—Tengo el dinero —anunció Geoffrey. Hasta entonces había dejado hablar a Tiffany, pero a fin de cuentas la escoba iba a ser para él.

Tiffany vio que los enanos levantaban la mirada y sonreían, Mramón conteniéndose a duras penas para no frotarse las manos.

—Algo de dinero —dijo con brusquedad, corrigiendo a su mozo de plaza—. Pero no quiero que mi amigo tenga que gastarlo, y le he prometido que de esto me ocuparía yo. Miren, podemos hacer lo siguiente. Pagaré en obs. —Las obs eran la moneda tácita de los enanos. ¿Para qué desperdiciar el oro? Los humanos las llamarían favores, y eran una moneda negociable. La obligación de una bruja tenía mucho valor, y Tiffany lo sabía—. Miren, la escoba no está tan, tan mal.

Mramón se dejó caer con pesadez en un cofre rebosante de cerdas.

—Es curioso que mencione las obs —dijo con cautela—, porque este lumbago me est[[31]](#footnote-31)á matando. Va con el oficio, ya sabe. ¿Puede hacer algo al respecto?

—De acuerdo, pues —respondió Tiffany—. Quédese quieto.

Tiffany pasó detrás de él. El enano se removió un poco y luego enderezó la espalda con una expresión maravillada.

—Pero ¡bueno! ¿Cómo lo ha hecho?

—Me he llevado su dolor —explicó Tiffany—, así que ahora es mi dolor. Y debo darle la enhorabuena por soportarlo, ya que debo decir que es de los fuertes. Lo tengo flotando en el aire, como un perro con correa.

Los enanos miraron a la vez encima de su cabeza, por si había algún tipo de burbuja allí arriba con una etiqueta de «Dolor», pero lo único que había era una gran gota de alguna sustancia aceitosa que cayó en la barba de Dave.

—¿Hay algún cantero en estos arcos? —preguntó Tiffany mientras el enano se quitaba el yelmo y hurgaba en su barba—. Si necesita partir alguna roca, puedo usar el dolor para hacerlo. —Miró el yelmo con gesto calculador—. Pero bastará con eso.

Y mientras Dave dejaba el yelmo en el suelo, proyectó el dolor al hierro, que para horror del enano se abolló y empezó a soltar un humo que se mezcló con el del ferrocarril de arriba.

Las obs estaban pagadas, y ya sin dolor, Mramón —un Mramón nuevo, erguido y animado— había empezado a tomar medidas. Escudriñó a Geoffrey y el viejo palo de la escoba mientras hacía su propio tipo de magia.

—¿Cómo viste el señor? —preguntó al cabo de un tiempo.

Geoffrey se quedó perplejo.

—Por lo general, me visto mirando por la ventana —respondió.

El trabajo cesó un momento mientras los enanos explicaban a Geoffrey lo que significaba «vestir» en aquellas circunstancias.

—Ah, claro —dijo el chico luego—. No se me había ocurrido.

Mramón comentó, entre risas:

—Bueno, pues con eso ya lo tengo todo. Ahora ya es cosa mía, pero diría que si se pasan mañana a la hora que quieran, la tendré preparada.

Dejaron a los enanos y Tiffany dijo a Geoffrey que lo siguiente era visitar a la señora Proust, una bruja que adoraba vivir en la ciudad. Se dirigieron a la tienda de la anciana bruja, el Emporio Boffo de Artículos de Broma y Regalos, en la calle del Décimo Huevo. Como mínimo sería toda una experiencia para Geoffrey, pensó Tiffany. Si se decidía por el arte brujeril, en algún momento necesitaría algo de Boffo: muchas brujas jóvenes compraban los cráneos artificiales, los calderos y las verrugas de la señora Proust para darse la imagen adecuada. A ojos de alguien muy necesitado, de alguien tan hundido que se creyera incapaz de levantarse de nuevo, que una bruja tuviera el aspecto correcto podía ser decisivo. Los ayudaba a creer.

La señora Proust, una bruja que no necesitaba añadir desagradables complementos brujeriles a su apariencia cotidiana (por estar bendecida con la nariz ganchuda de rigor, el pelo enmarañado y los dientes negros), oyó el chirrido de cementerio que hacía la puerta al abrirse y salió a recibirlos.

Tiffany rió.

—Ese sonido es nuevo —indicó.

—Ah, sí —dijo la señora Proust—. Me los quitan de las manos. Me alegro de verla, señora Dolorido, y ¿me permite preguntarle quién es este joven?

—Se llama Geoffrey, señora Proust, y hemos venido a la ciudad para que tenga su escoba de bruja.

—¿Ah, sí? ¿Un chico? ¿Bruja? ¿En escoba?

—Bueno —adujo Tiffany—, a veces el archicanciller viaja en escoba.

—Lo sé —afirmó la señora Proust—, pero podría haber jaleo.

—Pues si termina habiéndolo —replicó Tiffany—, ya me llegará. Soy la sucesora elegida por Yaya Ceravieja, y creo que ha llegado el momento de hacer algunos cambios.

—Así me gusta —dijo la señora Proust—. ¡Muy bien dicho! —Miró a Geoffrey, que estaba ensimismado con la exposición de horribles cacas de perro. Y sin pensárselo dos veces, se acercó a él, le plantó una zarpa en el hombro y le dijo—: Conque quieres ser bruja, ¿eh?

Geoffrey se mantuvo firme, y Tiffany se quedó impresionada. Como la señora Proust.

—Bueno, señora —respondió él—, como mínimo creo que puedo ayudar a las brujas.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Proust, con un brillo en los ojos—. Ya veremos, joven, ya veremos. —Se volvió de nuevo hacia Tiffany—. Estoy segura de que a algunas brujas no les gustará nada la idea, pero es tu forma de hacer las cosas, Tiffany, y tu momento. Y Esme Ceravieja no era tonta. Veía llegar el futuro.

—Nos quedaremos en Ankh-Morpork hasta que los enanos hayan terminado con la escoba de Geoffrey —dijo Tiffany—. ¿Podríamos dormir aquí? Tendremos que hacer noche.

La señora Proust sonrió, luciendo dentadura.

—Bueno, tengo mucho sitio en el cuarto de invitados, y ya que estás aquí, podemos tener una charla. —Miró a Geoffrey—. ¿Habías estado en la ciudad, joven?

—No, señora Proust —respondió él con voz calmada—. Vivía en las Comarcas, y el único que viajaba era mi padre.

—Pues mi hijo Derek te hará de guía —dijo la señora Proust en tono satisfecho. Llamó al chico con un grito y Derek, que difería tanto de su madre que no llamaría la atención ni en un dúo, subió trastabillando la escalera desde el taller del sótano.

Ankh-Morpork, pensó Tiffany, sí que iba a ser toda una experiencia.

Mientras los chicos salían, la señora Proust preguntó:

—Dime, Tiffany, ¿cómo van las cosas con ese joven tuyo?

Tiffany suspiró. ¿Por qué eran tan cotillas las brujas mayores? Pero entonces pensó: La verdad es que todas las brujas somos cotillas. Forma parte de la brujería. Y se relajó. Al menos la señora Proust ya no intentaba convencerla de juntarse con su Derek.

—Bueno —dijo—, Preston me gusta y yo a él también. Es mi mejor amigo… pero no estoy segura de que ninguno de los dos estemos preparados para… bueno, para nada más. Verá, trabaja mucho y muy bien en el hospital, nos escribimos y a veces hasta nos vemos de vez en cuando. —Se detuvo—. Creo que estamos casados con nuestros oficios. —Tragó saliva para quitarse un repentino nudo de la garganta—. No es que no queramos estar juntos… a ver, yo… pero…

La frase quedó en el aire y Tiffany parecía muy abatida. La señora Proust hizo lo que pudo para mostrarse comprensiva.

—No eres la primera bruja con ese problema, querida —dijo—, ni serás la última.

Tiffany ya casi notaba las lágrimas asomando.

—Pero ¿por qué me siento así? —preguntó—. Sé que una parte de mí quiere estar con Preston… ¡Y qué alegría iba a dar a mi familia! Pero también quiero ser bruja. Y se me da muy bien. Sé que está feo decirlo, pero me mido con las otras brujas y sé que en el arte soy mejor que casi todas. ¡No puedo no hacerlo! —Una lágrima amenazó con resbalar mejilla abajo—. Igual que Preston no puede no ser médico —concluyó con tristeza.

—Ah, todo eso lo entiendo —dijo la señora Proust—. Pero me estás hablando de hoy. Pronto será mañana y las cosas pueden cambiar. Las cosas ya están cambiando, sobre todo para vosotros los jóvenes, cuando una pareja quiere hacer cosas distintas. Vosotros haced el trabajo que tenéis delante y disfrutad. Al fin y al cabo, los dos sois jóvenes aún, así que os quedan opciones para el futuro. Igual que a mi Derek.

—Pero ahí está el problema —insistió Tiffany—, en que en realidad no quiero opciones. Ya sé a lo que quiero dedicarme. Me gusta mi trabajo, de verdad que sí. —La última palabra salió en falsete—. Solo querría que Preston pudiera estar conmigo —añadió en voz baja—. Y no en la ciudad.

—Pero dices que va para médico —dijo la señora Proust— y que le gusta el oficio. No querrías que renunciara a eso por ti, ¿verdad que no? Pues no te preocupes tanto. Date con un canto en los dientes por lo que tienes y no te adelantes al mundo. Dicen que los ríos no pueden empujarse, aunque por supuesto en Ankh-Morpork sí se puede, y mucho —añadió con una risotada, antes de cambiar a un tono más alentador—. A lo mejor, dentro de un año o dos tu j[[32]](#footnote-32)oven amigo puede ser médico en el mismo sitio donde tú eres bruja. Yo tuve a mi señor Proust, y tú puedes tener a tu Preston. Solo que todavía no.

—Cuando hago la ronda por las casas —dijo Tiffany con voz queda—, veo que algunos matrimonios… bueno, que no son del todo…

A la frase le faltó el final.

—Existen los matrimonios felices —afirmó la señora Proust—. ¿Tus padres, por ejemplo? ¿Su matrimonio no es feliz? Venga, deja que la tía Eunice te dé un consejillo. Ve a ver a tu chico y habla con él. —Y tras una pausa, añadió con una mirada perspicaz—: No está interesado en nadie más, ¿verdad?

—No, no —dijo Tiffany—. Trabaja con los Igors y dice que las chicas Igor no le gustan porque prefiere a las que tienen la misma form[[33]](#footnote-33)a todos los días. A las Igorinas les gusta experimentar.

Geoffrey volvió tarde con Derek, cantando una canción digna de Tata Ogg, pero Tiffany logró dormir del tirón —¡un lujo escaso!— y desayunó jamón y huevos, cortesía de la señora Proust. Geoffrey y Derek seguían dormidos, así que Tiffany decidió ir a ver a Preston. Las palabras de la señora Proust la habían hecho pensar.

Llegó al hospital Lady Sybil, cerca de la Puerta del Ganso, pero se quedó en el umbral, con una extraña indecisión. No había avisado a Preston de que iría a la ciudad. ¿Le parecería bien la visita o…?

El hospital era gratuito, de modo que había una cola de gente que confiaba en ver a un médico antes de que el viejo Huesudo apareciera con su guadaña. Como la cola no parecía avanzar mucho, Tiffany hizo algo que sabía que no debía.

Salió de su cuerpo y lo dejó plantado con recato junto a los portones. Era un truco fácil de bruja, pero no dejaba de suponer un peligro, y en realidad no había motivo para correr el riesgo. Pero… ¿las chicas Igor? Eran todas muy bonitas… si se pasaban por alto las discretas puntadas, al menos.

Cruzó la multitud en silencio, esforzándose por no hacer caso a sus Primeros Pensamientos, sus Segundos Pensamientos e incluso sus Terceros Pensamientos, entró flotando en el hospital y recorrió los pasillos hasta que encontró a Preston.

Estaba en su salsa, con la mirada fija en un paciente que tenía un agujero bastante perturbador en la tripa, y cuando Preston miraba algo, ese algo se sabía mirado y hasta era posible que se pusiera en posición de firmes y saludara. Eso último era particularmente cierto en algunas piezas de repuesto que utilizaban los Igors —una experiencia de lo más inquietante—, y de hecho Preston estaba rodeado de Igors. Y sí, chicas incluidas. Pero Tiffany se alegró de ver que no les prestaba la menor atención.

Dio un suspiro de alivio y, permitiéndose por fin escuchar sus Segundos Pensamientos, que la regañaban con un tono terroríficamente parecido a la voz de Yaya Ceravieja, volvió de sopetón a su cuerpo, que se tambaleó un poco al recobrar Tiffany el control.

La cola había avanzado unos centímetros. Pero el sombrero puntiagudo la llevó hasta su final y el portero la dejó pasar de inmediato. Tiffany declinó con un gesto su oferta de darle señas y cruzó el pasillo con paso confiado, a lo que el portero murmuró: «No he tenido ni que decirle dónde está el chico. Eso es una bruja como debe ser, ya lo creo que sí». Porque en el hospital era fácil estar seguro de por dónde se iba y aun así terminar en el sótano, que en tiempos recientes se había convertido en hogar de los trasgos que se ocupaban de los enormes hervidores y habían montado un taller para fabricar los mejores utensilios quirúrgicos del mundo. La mayoría de los pacientes salían vivos del hospital, y la proporción seguía creciendo.

Preston se alegró mucho de ver a Tiffany.

—Me he enterado de lo de Yaya Ceravieja —le dijo—. Enhorabuena por ser la bruja jefa. De verdad que no podía pasarle a nadie mejor. ¿Ahora puedes decir a las otras brujas lo que tienen que hacer?

—¿Cómo? —respondió Tiffany entre risas—. Sería como pastorear trasgos. Pero ¡qué digo! Los trasgos serían más fáciles. Qué va, la cosa funciona así: yo no les digo lo que tienen que hacer y ellas me dejan trabajar mucho, que es lo que me gusta.

—Igual que yo con los Igors —dijo Preston—. Pero también tengo buenas noticias. El doctor Jardín va a retirarse y me ha ascendido a cirujano. Lo normal es que solo puedan operar los Igors, así que es todo un logro.

Tiffany lo besó.

—¡Qué buena noticia! Y qué orgullosa estoy de ti. Pero ojalá el doctor te dejara más tiempo libre, así podrías venir a verme. Hay cosas que no pueden decirse por carta… —Le falló la voz—. Aunque me encanta tu forma de escribir.

—A mí también me gustan tus cartas —dijo él—, y ojalá pudiera ir más a casa. Pero me gusta mucho trabajar aquí, Tiffany. Y la gente me necesita. A diario. Tengo talento, y sería un delito no utilizarlo.

—Sí, lo sé. Acabas de resumir mi vida también. Ya sabrás que somos prisioneros de nuestras habilidades. —Y Tiffany cayó en la cuenta de que, igual que Preston tenía su forma de mirar en el interior de la gente, sabiendo ya los nombres de todos los huesos y hasta llevándose bien con algunos, ella estaba aprendiendo a mirar de otro modo. A mirar dentro de sus cabezas, de sus mentes—. Pero no podría dedicarme a otra cosa —concluyó, con un matiz melancólico.

Preston respondió:

—No. Yo tampoco.

Terminó el momento de las palabras y quedaron solo Tiffany y Preston, juntos, apresando el momento y diciéndose con los ojos cosas que las palabras no podían transmitir.

Y hubo magia. Magia de un tipo distinto.

La señora Proust los acompañó a recoger la escoba de Geoffrey. La montura de Yaya Ceravieja había sido legendaria, y la bruja tenía curiosidad por saber si los enanos habían podido arreglarla.

Dave los saludó y dijo:

—Bueno, aquí está. Es una escoba muy buena, de verdad que sí. Me parece que la señora Ceravieja no la cuidó lo más mínimo, y eso que los enanos tenían que hacer de todo para repararla.

—Lo único que hizo fue maldecirla —terció Mramón con un poco de amargura. Saltaba a la vista que para él las escobas eran casi como seres animados.

La escoba rutilaba. Resplandecía. Casi parecía viva, y las cerdas le quedaban muy elegantes. Era casi la vieja escoba de Yaya Ceravieja, aparte del nuevo palo, la nueva abrazadera y las nuevas cerdas. Tiffany y Geoffrey la contemplaron maravillados mientras los dos enanos sonreían. Mramón[[34]](#footnote-34) dijo:

—Es la mejor que hemos fabricado nunca… reparado, quiero decir. Pero, por favor, que la lleve con suavidad y la mantenga engrasada. Para la señora Dolorido, solamente lo mejor de lo mejor.

Se irguió con orgullo, como un enano que de nuevo podía alzarse en todo su metro veinte de altura.

La señora Proust pasó los dedos por el palo y asintió con la cabeza.

—Es una escoba excelente —confirmó—. Mira, si hasta tiene como una tacita para llevar la bebida.

Mramón la miró con extrañeza.

—Y hoy tenemos una oferta especial para los buenos clientes —dijo en lugar de lo que le pasaba por la cabeza—, para los que no dan… problemas. —Mirada de reojo a Tiffany—. Un regalito. —Con orgullo, hizo entrega a Geoffrey de dos cubos pequeños, blancos y peludos, cubiertos por diversas cantidades de puntos negros—. Puede atarlos en la correa —informó—. Se ha puesto muy de moda que los chicos los lleven en sus carruajes, ¿saben? Algunos jóvenes también llevan pájaros en jaulitas para que les canten por el camino. Lo llaman «sistema de entretenimiento carruajil».

Geoffrey se estremeció al oírlo. ¿Un pájaro enjaulado? Le daban mucha pena. Pero la escoba, por su parte, le daba unas ganas tremendas de probarla. Dave se sorbió la nariz y dijo:

—Ahí la tienes, joven. ¿Quieres darle un tiento? —Le pasó la escoba—. Venga, dale una vuelta hasta el final de la arcada.

Tiffany hizo ademán de intervenir, pero Geoffrey ya brillaba por la emoción. Tiffany le miró los ojos.

—Bien, como quieras, Geoffrey. Has ido conmigo en la escoba y las has visto pasar volando por encima. Elévate poco a poco, sin forzarla.

Fue como hablar a la pared. Geoffrey montó en su escoba, corrió hasta más allá del siguiente arco, saltó… y ascendió hacia el cielo muy deprisa. Por la mente de Tiffany desfiló una sucesión de pesadillas. Hubo una explosión lejana, luego un puntito en el cielo que fue creciendo y por último Geoffrey, que volvía hacia el suelo sonriendo de oreja a oreja.

A Tiffany le faltó poco para soltar un chillidito.

—Mire, señora Proust. ¡Ya le ha cogido el tranquillo! A mí me costó una eternidad aprender a volar.

—Pero, claro —dijo la señora Proust—, es que él lleva tecnología punta.

—¡Caray, es un piloto nato! —exclamó Mramón—. Eso no lo saben hacer ni los trasgos.

Geoffrey acababa de dar una vuelta de campana justo antes de apearse de la escoba, que estaba flotando a poca altura sobre los adoquines.

—¿Se puede saber cómo has hecho eso? —preguntó Tiffany, impresionada de verdad.

—No lo sé —dijo Geoffrey—. Debo de tener madera.

Y Tiffany pensó: Cuando Geoffrey no está nervioso, irradia calma, lo que significa que verá más cosas y averiguará más cosas que los demás. Sí, desde luego que tiene madera.

Tiffany y Geoffrey despegaron juntos, se despidieron con el brazo de los enanos y la señora Proust y volaron en dirección a Lancre y las lejanas montañas. Geoffrey se acostumbró a su escoba al instante y desapareció en el cielo por delante de Tiffany.

Lo alcanzó al borde de las afueras de Ankh-Morpork, elevándose y bajando en picado a una velocidad endiablada.

—Sabes que te sale humo de los pantalones, ¿verdad? —dijo riendo.

Geoffrey apagó el fuego a manotazos, con una repentina ansiedad que hizo cabecear su escoba.

—¡Por favor, no se lo cuentes a Tata cuando volvamos! ¡Se reirá de mí!

Pero cuando hubieron llegado a Lancre, en bastante menos tiempo que el trayecto de ida, y antes de que Tiffany partiera de nuevo hacia la Caliza, por supuesto se lo contó a Tata Ogg. Y la anciana bruja por supuesto se rió.

—Pero ha sido asombroso, de todas formas —dijo Tiffany—. Parecía como si llevara toda la vida volando.

—¡Ja! —replicó Tata—. Todos los hombres tienen una escoba en casa, pero ¡no es tan normal que sepan usarlas!



# CAPÍTULO 12

Una elfa entre feegles

Retumbó el trueno y cayó el relámpago. Llovía y el agua inundaba todo lo que encontraba a su paso en su descenso por las colinas de caliza.

La reina chilló cuando la expulsaron del País de las Hadas, con las alas arrancadas del cuerpo y los hombros ensangrentados. Fue un chillido que tenía vida propia y llegó a un pequeño estanque artificial de la Caliza, sorprendiendo a un armiño que rondaba por allí.

Y Tiffany Dolorido despertó.

Su corazón atronaba, y una gelidez repentina la hizo tiritar en la oscuridad de la noche. Miró hacia la ventana. ¿Qué la había despertado? ¿Dónde la necesitaban?

Se incorporó y, con gesto cansado, echó mano a su ropa.

Arriba en las lomas, el montículo feegle seguía siendo el habitual hervidero de actividad y jarana, muy parecido a una colmena pero sin la miel y con los picotazos de los feegles, que podían doler mucho más que los de las abejas. Pero cuando celebraban algo, y no les hacían falta muchas excusas para celebrar cosas, los Nac Mac Feegle siempre se aseguraban de hacerlo durar.

Poco después de la medianoche, sin embargo, el jolgorio se interrumpió cuando Yan Grande, el vigía feegle, entró corriendo desde la tormenta que se había desatado fuera.

Dio una patada al casco de su líder, el gran hombre del clan, y gritó:

—¡Llegaron los elfos[[35]](#footnote-35)! ¡Huélolos, ya sabes!

Y de todos los agujeros surgió el clan de los Nac Mac Feegle, lanzándose a la carga por centenares para ocuparse de su ancestral enemigo, blandiendo espadones y garrotes y bramando sus gritos de guerra:

—¡Ue, metértelo puedes donde quépate!

—¡Nac Mac Feegle, ue, ue!

—¡Arreando contigo, espantu!

—¡Menuda patada llevaraste!

—¡Sin rey, sin reina! ¡Non dejarémonos engañar de nuevu!

Existe un concepto llamado bullicio y los feegles eran auténticos expertos en él, estorbándose alborozados unos a otros para ser el primero en llegar a la batalla, y daba la impresión de que cada luchador tenía su propio grito de guerra… y estaba más que dispuesto a enfrentarse a quien quisiera arrebatárselo.

—¿Cuántos elfos? —inquirió Rob Cualquiera mientras intentaba ajustarse el espog.

Hubo un silencio.

—Uno —dijo Yan Grande con timidez.

—¿Estás seguru? —preguntó Rob Cualquiera.

Sus hijos y hermanos lo rebasaban corriendo hacia la boca del montículo. Aj, qué vergüenza. Toda la colonia feegle iba armada hasta los dientes, repleta de alcohol y bravuconería y, por lo visto, sin nada que hacer con ellos. De acuerdo, siempre era fácil picarlos para que pelearan, pero es que la mayoría de los feegles estaban picados a todas horas, sobre todo en el espog.

Llegaron en tropel a la empapada cima de la colina buscando a su enemigo, y una vez allí Yan Grande llevó a Rob hacia el estanque. La tormenta había escampado, dejando un agua que titilaba a la luz de las estrellas. Y allí, mitad dentro y mitad fuera del agua, estaba el cuerpo apaleado de una elfa gimoteante.

Y era cierto que, en apariencia, se trataba de una elfa solitaria. Casi pudo oírse a los feegles pensar: ¿Un solo elfo? Les encantaba vérselas con los elfos, pero… ¿solo había uno? ¿Cómo podía ser?

—Aj, pardiez, con la de tiempu que hace desde que tuvimos un enganchón buenu de verdad —dijo Rob con un suspiro, y durante unos instantes se le notó el ánimo muy sombrío para ser un feegle.

—Sí, pero donde encuéntrase a uno, seguru que detrás llega toda una plaga —murmuró Yan Grande.

Rob olisqueó el aire. La elfa estaba allí tendida sin hacer nada.

—Non hay más elfos por aquí. Oleríamoslos si hubiéralos —dijo, y tomó una decisión—. Yan Grande, tú y Pincho Pequeño Peligroso llevaos a esa papaberzas. Ya sabéis lo que tenéis que hacer si pónese intriguera. ¡Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula! —Buscó con la mirada al gonnagle del clan, que era quien menos torcería la historia al contarla—. Marcha con la kelda y cuéntale lo que pasa. Lo que llevaremos al montículo. —Levantó la voz para hacerse oír por el resto del clan—. Esta elfa es prisionera nuestra. Comu una rehén, ya sabéis. ¡Así que non podéis matarla hasta que dígaseos! —Hizo caso omiso a las protestas del clan—. Y todos los demás, a montar guardia en las piedriñas. ¡Y si llegaran más de estos, enseñadles lo que sabe hacer un feegle!

—Yo sé tocar la armónica —dijo Wullie Chiflado.

Rob Cualquiera suspiró.

—Ya, bueeenu, a mí eso dame un buen canguelo, así que supongu que tambén mantendralos alejados a ellos.

De vuelta en el montículo —aunque en su exterior, claro, ya que ningún elfo conservaría su espacio durante mucho tiempo dentro de un montículo de los Nac Mac Feegle—, la kelda miró a la mortificada elfa y luego a Rob Cualquiera.

—¿Solo una? —preguntó—. Bueeenu, un elfo solo non es rival ni para un feegle rapaciño. Y a esta diéronle una paliza, sí, y arrancáronle sus alas. ¿Fueron nuestros rapaces los que hiciéronlo?

—Non fuimos nosotros, Jeannie —dijo Rob—. Dice Yan Grande que cayose derecha del cielo al viejo estanque de al ladu de las piedriñas, ya sabes. Y para cuando cayó, estaba ya comu vesla agora. —Miró inquieto a su esposa, que había fruncido el ceño—. Somos guerreros, non carniceros, Jeannie. Los rapaces destruéñanse por pelear, claru, y si la elfa enfrentárase a mí en combate, mi espadón explicaríale cuatro cosiñas, pero con la pinta que trae de caviña machacada, non hay honor en matarla.

—Bravas palabras, Rob —dijo la kelda mientras observaba a la criatura inconsciente—. Peru ¿por qué una solo? ¿Estáis seguros?

La elfa dio un gemido y se movió. El espadón de Rob saltó a su mano, pero la kelda lo hizo retroceder con suavidad. La embarrada elfa gimió de nuevo y susurró algo, con voz débil y entrecortada. La kelda paró la oreja y escuchó atentamente antes de volverse hacia su marido, algo sorprendida.

—¡Dijo «Trueno y Relámpago»! —exclamó.

La elfa susurró de nuevo y esa vez Rob también alcanzó a oírla.

—Trueno y Relámpago.

En la Caliza todo el mundo había oído hablar de los famosos perros de la abuela Dolorido, Trueno y Relámpago, muertos tiempo atrás pero, según creían los granjeros de la zona, recorriendo aún las colinas en espíritu. Varios años antes, una joven Tiffany Dolorido los había convocado para ayudar a expulsar a la reina del País de las Hadas de la Caliza. Y allí tenían a una elfa, en la mismísima entrada del túmulo feegle, pronunciando sus nombres.

—Hay algo en estu que non gústame nada —dijo la kelda—, pero non puedo saber qué significa sin nuestra arpía. ¿Envías a alguien a traerla, Rob?

—Sí, irá Hamish. Yo téngome que volver a las piedriñas con el clan. —Miró ansioso a su esposa—. ¿Estarás ben aquí con esa pámpana?

—Sí, llevarela dentru, ya sabes, para que séquese al fuego. Está demasiado débil para poderme hacer nada. Y los rapaces cuidarán de mí. —Jeannie señaló con la cabeza un feliz revoltijo de jóvenes feegles, que salían del montículo trastabillando y blandiendo sus garrotes en forma de medialuna.

—Sí, servirales de entrenamientu —dijo Rob, mirándolos con orgullo. Entonces se agachó cuando a un joven se le escapó el garrote, que surcó el espacio y estuvo a punto de darle en la oreja.

Para su asombro, el arma dio media vuelta en el aire y regresó hacia el feegle que la había arrojado, a quien dio un buen topetazo en la cabeza y así ahorró esfuerzo a Rob.

—¡Aj, rapaces! —gritó Rob—. ¡El trastu devuélvese! ¡Esa sí que es un arma digna de un feegle! Doble diversión, ya sabéis.

Tiffany apenas había empezado a vestirse cuando oyó un sonido sibilante fuera, seguido del estrépito de algo que descendía sin preocuparse de cuántas ramas se llevara por delante y luego de unos golpecitos en la ventana.

Abrió el postigo y vio en el suelo de fuera un embrollo de algodón y tela, que tras unas cuantas patadas cayó a un lado para revelar a Hamish, el aviador feegle.

Con la ventana abierta, de pronto el dormitorio se enfrió mucho, y Tiffany suspiró y dijo:

—Mu[[36]](#footnote-36)y bien, Hamish, ahora dime para qué me necesitáis.

Hamish se ajustó las gafas de aviador, subió de un salto al alféizar y entró en la habitación.

—Nuestra kelda enviome a buscarte, arpía de las colinas. Débote llevar al montículo nada más puedas.

Había sido un día ajetreado, pero Tiffany sabía que si la kelda quería hablar con ella, aunque fuera de madrugada, era necesario que acudiera a su lado. De modo que se puso sus gruesos pantalones de viaje, dejó un cuenco de leche junto al hogar y arrancó la escoba.

Y de nuevo fue consciente de la mirada atenta de Tú, la gata blanca que parecía estar en todas partes.

El fuego que había en el interior del montículo casi lo convertía en un horno.

Todos los feegles jóvenes que se habían quedado atrás para proteger a su kelda estaban mirando ceñudos a su odiada adversaria. Después de que regresara Rob Cualquiera, todos ellos querían ser el que impidiese que la muy papaberzas diera algún problema. Sobre todo, teniéndola dentro del montículo.

Pero la elfa parecía haber estado llorando.

La kelda acomodó su ingente masa y dijo con suavidad:

—Elfa, tú viniste a mí. ¿Con qué propósitu? ¿Por qué non deberíamoste matar agora mesmo?

La pregunta provocó entre los feegles unos bisbiseos expectantes, que esperaban sin excepción poder matar pronto a su enemiga, y en la elfa una gran turbación.

La kelda le dio la espalda antes de añadir en voz baja:

—Conozcu los secretos de los escondos, y lo que veo es que todo lo que hagamos hoy estableciose antes de que hiciéranse los mares. Non hay vuelta atrás. Peru sí hay una nebliña por delante de mí. Non puedo ver claro más allá del día de hoy, ya sabes.

La elfa se estremeció.

—Ya estaste deslenguandu, elfa —musitó Jeannie—, porque pregúntome en qué posición hallárame yo si las cosas fueran al revés. Tu pueblu es muy… inventivo.

Al oírlo, los feegles jóvenes alzaron sus armas con ilusión. La kelda se volvió de nuevo hacia la elfa.

—Enviósete a mí por la llamada a Trueno y Relámpago. Sé que esos dos espíritus de perro, sí, y tambén su dueña, llegarán prontu. Peru agora mesmo, elfa canguelosa, dime qué mochuelo átate. ¿Qué viniste a hacer aquí? ¿Quién eres? ¿Cómu llámaste? Y non miéntasme, elfa, porque téngome la forma de saberlu.

La kelda miró a la elfa, que era poco más que diminutos y marchitos harapos sujetos con sangre seca, que quizá hubieran recibido patadas durante días enteros antes de caer para acabar sus días en un estanque.

—No puedo pedir nada, kelda. Estoy a merced de tu antojo o tu ira. —La voz de la reina apenas se oía—. Pero yo era, hasta hace muy poco, la Reina de los Elfos.

Los feegles dejaron de agitar sus armas en el aire y empezaron a acercarse. ¿Podía aquella caviña ser la aterradora reina de la que les había hablado el gran hombre? Duggie Pequeño Narizón se inclinó y clavó un dedo en la elfa con valentía, aunque el efecto se deslució un poco cuando le cayó el casco de cráneo de conejo sobre los ojos y, al engancharse con su nariz, hizo que retrocediera a trompicones.

—Daos el piriño, rapaces —ordenó la kelda con brusquedad, propinando un capón en el casco de Duggie para hacerlo rodar lejos de la elfa. Se volvió hacia la reina y, con voz áspera, le dijo—: Pues parece que tuviste un golpe de mala suerte, majestad. Y ya puestos, mencionaré que parece haber muchas reinas de los elfos. Así que pregúntome, ¿cuál de todas tenemos aquí? Lo que quieru es tu nombre, rapaza. Pero ¡cuidadu! Como dígasme un nombre que non sea el tuyo, pondreme de cierto mal humor con vuestra alteza.

—Mi nombre, kelda, es Beladona.

La kelda dirigió a Rob Cualquiera una mirada de soslayo que decía: «¿Qué tenemos aquí, la reina de verdad?». Porque sabía que, aunque los elfos del País de las Hadas tuvieran muchos líderes, siempre había habido solo un rey y una reina. El rey se había marchado hacía ya unos años, para crear un mundo aparte en el que estar a solas con sus placeres, y la había dejado a ella atrás. Y por poco a menudo que se pronunciara, la reina tenía un nombre propio. Un nombre que los feegles conocían de su época en el País de las Hadas. Un nombre que se había transmitido de cada kelda a su sucesora. El nombre de Beladona.

—Somos los Nac Mac Feegle y non inclinámonos ante ninguna reina —dijo con voz queda.

Rob Cualquiera aún no había hablado, pero el sonido que hacía al afilar con piedra su espadón era todo un cantar, una invitación a la muerte. Levantó una mirada temible.

—¡Somos los Nac Mac Feegle! ¡Los Pequeños Hombres Libres! ¡Sin rey, sin reina, sin señor! ¡Sin amo! ¡Non dejarémonos engañar de nuevu! —vociferó—. Tu vida, elfa, reposa en el filu de mi hoja.

Se produjo un sonido rasposo detrás de ellos y Tiffany entró en el montículo, seguida de Hamish y de más feegles que intentaban pasar por sus lados.

—Alégrome de verte, arpía de las colinas —dijo Jeannie—. Hémonos hecho con… una elfa. Dinos, ¿qué debemos hacer agora con ella?

La palabra «elfa» había hecho silbar todas las armas. Tiffany miró a la prisionera, que estaba en un estado lamentable.

—No somos de los que matan a nadie que esté desarmado.

Rob Cualquiera levantó una mano.

—Disculpe, señora, peru algunos de nosotrus hacémoslo, o sómoslo.

Desconcertada, Tiffany pensó: Bueno, soy su arpiíña grandullona y la kelda me ha pedido ayuda. Y entonces, pese a lo desaliñada que estaba, reconoció a la prisionera de los feegles. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a poder olvidarla jamás?

—Te conozco, elfa, y te dije que no volvieras nunca. —Tiffany frunció el ceño—. ¿Te acuerdas? Tú eras una gran reina élfica y yo, una niña pequeña. Te expulsé con Trueno y Relámpago.

Observó la cara de la elfa mientras lo decía. Había palidecido.

—Sí —dijo la elfa, casi sin voz—. Vinimos a invadir tu mundo, pero fue antes de la época del… hierro.

Su rostro se retorció de miedo y Tiffany notó un cambio en el mundo, la sensación de estar ante una encrucijada y de que lo siguiente que hiciera tendría mucha importancia. Comprendió que aquello era lo que había sospechado que se avecinaba, de lo que Jeannie la había avisado. Una bruja siempre está en el límite, entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal, tomando decisiones a diario, juzgando a todas horas. Era lo que la hacía humana. Pero ¿qué era lo que hacía a alguien elfo?, se preguntó.

—Dicen que los trasgos creen que las locomotoras tienen alma, elfa —dijo en voz baja—. Dime, ¿qué clase de alma tienes tú? ¿Recorres tus propios raíles élficos, en los que no hay tiempo ni lugar para dar media vuelta? —Miró a la kelda—. La abuela Dolorido me dijo que diera de comer a los hambrientos, vistiera a los desnudos y ayudara a los desvalidos. Y en fin, esta elfa ha venido a mi territorio hambrienta, desnuda y desvalida, ¿lo ves?

La kelda enarcó las cejas.

—¡Esa criatura es un elfo! ¡Non preocúpasle lo más mínimu! ¡Non preocúpase ni por los otros elfos!

—¿Crees que es imposible que exista un elfo bueno?

—¿Crees tú que es posible que exista un elfo buenu?

—No, pero estoy sugiriendo la posibilidad de que pudiera existir uno. —Tiffany se volvió hacia la acobardada elfa—. Ya no eres reina. ¿Tienes nombre?

—Beladona, mi señora.

—Sí —dijo la kelda—, un veneno.

—Una palabra —la corrigió Tiffany.

—Buenu, pues a tu palabra echáronla comu si la vida fuese solo una partida de ajedrez, y ahora vuélvese hacia la rapaza que intentó destruir hace años —dijo la kelda—. Diéronle una tunda de non menéeste, y aquí que vino, a tu encomienda, a pedirte asilo. —Sus ojos brillaron mientras preguntaba—: ¿Qué haremos agora, Tiffan? De ti depende. Solo tú puédeslo decidir. Esta elfa casi matote una vez, y aun así tú quiéresla ayudar. —El rostro de la kelda ganó gravedad—. ¡Non debes confiar en las hadas, eso sabémoslo los Nac Mac Feegle! Pero tú fuiste la rapaza que enseñó modales al Forjador de Inviernu. Non temas a la reina, pero tras sus huellas puédenos llegar la guerra…

Tiffany se agachó hacia la encogida y temblorosa elfa. Acercó su cara a la suya y dijo, casi en un susurro:

—La última vez que nos vimos, Beladona, yo era una niña pequeña que apenas sabía nada de magia. —Acercó más la cara—. ¡No sabes lo mucho que he mejorado! Soy la sucesora de Yaya Ceravieja, y los elfos hacíais bien en temer su nombre. Y ahora podría decirse que la vida de los elfos depende de ti. Y si me decepcionas, te devolveré con los feegles, que no tienen ningún cariño a los elfos. —La kelda atrajo su mirada y Tiffany le preguntó—: ¿Te parece bien así, kelda?

—Aj, bueeeno —respondió la kelda—, alguien tuvo que probar el primer caracol.

—Exacto —dijo Tiffany—. Y a los trasgos se los ninguneaba hasta que alguien pensó en ellos. No deis a la dama Beladona ningún motivo para odiaros, pero si incumple mis normas te prometo, y sabes que la promesa de la arpía de las colinas es un asuntu ben serio, que será su final.

Los feegles seguían mirando a Beladona con descarada aversión. A Tiffany le parecía que el aire entre ellos y la elfa zumbaba de odio en los dos sentidos.

—Tú, elfa —dijo Rob Cualquiera—, ya sabes que non dejarémonos engañar de nuevu por los tuyos. Y es solo porque dícelo la señora Dolorido que dejámoste vivir. Pero más vale que sepas que la arpía de las colinas inquiétase cuando ojéanos matandu gente, y que si non estuviera aquí, sangrarías otra vez.

Hubo un coro de amenazas por parte de los feegles, y quedó muy claro que si dependiera de ellos Beladona ya sería un trocito de carne empapada. Rob Cualquiera dio un espadazo al suelo.

—Escuchad a la arpiíña grandullona, pámpanos. Sí, vosotros, Aldabón Pequeño y Brego Pequeño, y Hongo Pequeño y Dime Jimmie Pequeño. La arpiíña hizo una tregua con la antigua reina, porque cree que la muy intriguera puede tener algu bueno al fondo de su corazonciño.

Yan Grande carraspeó.

—Non es por llevar la contraria a la arpía, pero el únicu elfo bueno es el elfo muerto.

—Non recomiéndote que sigas por ahí, hermano. Como gonnagle dígote que débese dejar un huecu para que entre la bondad, como en la Trova de Johnnie Ladrador —dijo el gonnagle, Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula, un feegle con estudios.

—¿Ese non fue el rapaz que tuvo un dedal equilibrado en el capiruchu toda una semana y luego cantaba de maravilla? —preguntó Wullie Chiflado.

—Non, pavitontu.

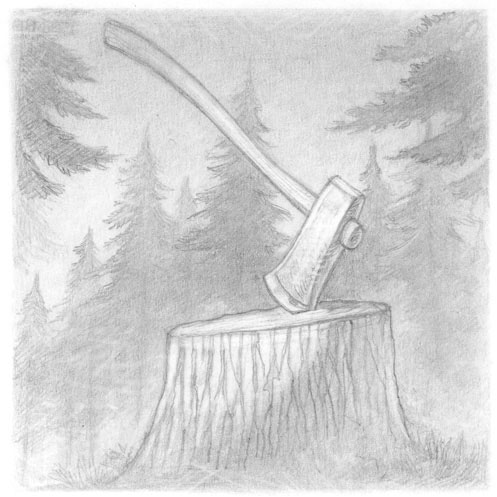
—Non sé por qué daisle tantas vueltas al asuntu. Non os empreñéis. El momentu en que esa elfa toque a alguien, será una elfa muerta, y así es comu averiguarémoslo —sentenció Pincho Pequeño Peligroso.

—Bueeeno —zanjó Rob Cualquiera—, esto es lo que quiere la arpía, y non háblese más.

—Y una cosa más te digo, Rob Cualquiera —dijo Tiffany—. Voy a llevarme a esta elfa. Sé que tú vendrás conmigo, pero necesitaré que un par de feegles se queden siempre con ella y la vigilen por mí. ¿Pequeño Loco Arthur? Tú estabas en la Guardia, así que serás uno de ellos. —Miró a su alrededor—. Y tú, Yan Grande. Non dejéis que esta elfiña juégueosla. Pero también os recuerdo que la elfa es una prisionera. Y a los prisioneros hay que cuidarlos. Como agente de la ley, Pequeño Loco Arthur, sabes que la gente no se cae a pozos si no se le da un empujón. Os sugiero que lo tengáis en cuenta. Porque en términos generales, tampoco se caen por ninguna escalera si no se les da un empujón. No quiero nada del estilo de: «Aj, bueeeno, es que dejamos que saliera a pasear y marchó corriendo y embistiola un armiño desbocadu». Ni: «Es que murió resistiendo el arrestu por parte de quince feegles». No va a coserla a picotazos ningún enjambre de abejas. No va a agarrarla y soltarla en una charca ningún pájaro gigante. No va a haber ningún vendaval que salga de la nada y se lo lleve todo volando. No me vengáis con: «Es que cayose en una conejera y nadie supo más de ella». —Miró a su alrededor con decisión—. Soy la arpía de las colinas y sabré cómo ha ocurrido. Y entonces habrá… consecuencias. ¿Estamos?

—¡Oh, lamentu, lamentu, habrá consecuencias! —rezongó Wullie Chiflado, y hubo un avergonzado movimiento de pies mientras los feegles reformulaban sus planes. Yan Grande, con gesto distraído, se hurgó la nariz, examinó muy interesado su hallazgo y se lo guardó en el espog para una posterior inspección más a fondo.

—Muy bien, ha quedado claro —dijo Tiffany—. Pero ojo, tampoco permitiré que lleguen elfos dando problemas a mi territorio, caballeros.



# CAPÍTULO 13

Travesuras… y cosas peores

A los elfos les gustaba dar problemas. Cuando llegaban, cazaban con sigilo. Al principio eran solo travesuras, pequeños cambios en el mundo.

Como en el sótano de Los Brazos del Barón, donde a la cerveza le pasaba algo. Por muchas veces y por mucho que John Perejil se aplicara en limpiar y cambiar las espitas y los barriles, de pronto la cerveza salía llena de sedimentos, efusiones, heces y demás, y el tabernero no dejaba de mesarse el pelo… del que ya tenía poco desde un principio.

En la barra alguien comentó:

—Son los elfos otra vez. Estas son las bromas que les gustan.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —dijo Thomas Hierbaverde.

John Perejil estaba al borde del llanto y, como suele ocurrir en las tabernas, todo el mundo se unió a la conversación y se puso a hablar de elfos, aunque nadie creía que hubieran sido ellos. Pero más tarde en varias casas aparecerían herraduras clavadas a los marcos de las puertas.

La gente reía y comentaba:

—Bueno, para eso tenemos bruja propia.

—Ya, en fin —dijo Jack Bruces—. No es por ofender, pero últimamente no está nunca por aquí. Da la impresión de que cada vez pasa más tiempo allá en Lancre.

—Venga, hombre —replicó Joe—. Mi Tiffany hace un trabajo de hombres todos los días. —Lo meditó un momento, sobre todo porque sabía que sus palabras podían llegar a su esposa por medio de la señora Perejil—. Qué digo, mucho mejor. Hace un trabajo de mujeres —añadió.

—Vale, ¿y qué creéis que pasa con la cerveza?

—¿Que está mal conservada? —sugirió Jack Bruces—. No te ofendas, John, lo digo porque la cerveza es complicada.

—¿Cómo? Tengo los caños como una patena y me lavo las manos para cambiar el barril.

—Pues ¿qué es?

Alguien tenía que decirlo de nuevo, tenía que poner voz a la conclusión que estaban sacando todos, y así fue.

—Solo pueden ser las hadas.

—Venga ya —dijo Joe—. Mi Tiffany se habría encargado de los elfos en menos que canta un gallo.

Pero la cerveza seguía sabiendo agria…

Mientras tanto, en Lancre, en los bosques que coronaban las Montañas del Carnero, Martin Aperitivo y Frank Aserrador estaban preocupados. Les había costado días de duro camino llegar tan lejos desde el último pueblo, Cachislaporra, y hacía horas que habían dejado atrás el sendero para carros. Sus estómagos vacíos y las sombras del atardecer les metían prisa, pero no se podía avanzar a buen ritmo por aquellas sendas casi invisibles en la ladera empinada. Si no encontraban pronto el campamento de leñadores, les tocaría pasar una segunda noche al raso. Habían oído aullidos de lobos en la distancia la noche anterior. Y para colmo, bajó la temperatura y empezó a nevar.

—Me parece que nos hemos perdido, Frank —dijo Martin, muy nervioso.

Pero Frank tenía los oídos muy abiertos y captó algo similar a un rugido en la lejanía.

—Por aquí —contestó con seguridad.

Y en efecto, antes de que transcurrieran otros cinco minutos se habían acercado lo suficiente para oír a gente hablando y, poco después, para oler el aroma de algo cocinándose, lo que parecía buena señal. Entonces, entre dos árboles, alcanzaron a ver el campamento. Había varios hombres grandes y peludos merodeando por allí, otros sentados en tocones y uno removiendo algo que burbujeaba en un fogón portátil que estaba casi al rojo blanco.

Cuando los chicos salieron de entre los árboles, los hombres levantaron la mirada. Algunos apoyaron las manos en sus enormes y prácticas hachas, que nunca tenían muy lejos, pero se relajaron al ver lo jóvenes que eran los recién llegados. Un anciano leñador que llevaba una gran chaqueta a cuadros con capucha forrada, la clase de hombre con la que no se hablaba a menos que él hablara primero, se acercó a recibirlos.

—¿Qué hacéis aquí vosotros? ¿Qué queréis?

Los evaluó. Frank era pequeño y nervudo, pero parecía fuerte, y Martin tenía más músculo, pero se removía incómodo detrás de su amigo, como solía ocurrir con los chavales que tenían músculo y poco más, que a veces se apuraban si les preguntaban algo más complicado que su nombre. El que habló fue Frank.

—Buscamos trabajo, señor. Yo soy Frank y este es Martin, y queremos trabajar de gancheros.

El anciano los miró de arriba abajo y luego extendió una mano enorme y callosa.

—Yo me llamo Despiste. Para vosotros, señor Despiste. Conque gancheros, ¿eh? ¿Qué sabéis vosotros de la maderada?

—No demasiado —respondió Frank—, pero mi abuelo era ganchero y decía que es buena vida. —Calló un momento—. Hemos oído que se paga bien —añadió con optimismo.

El problema que tenían los leñadores que trabajaban tan alto en las montañas era la distancia que separaba sus remotos campamentos de la carretera. No resultaba práctico sacar los enormes y pesados troncos del bosque arrastrándolos a caballo, por lo que los enviaban montaña abajo flotando por arroyos y canales hasta el almacén de las colinas. Desde allí, los troncos podían transportarse a los pueblos y ciudades en carretas tiradas por mulas.

Era una idea excelente, y cuando la primera maderada empezó a funcionar, no tardó en copiarse por todas partes. Las cuadrillas de gancheros, que ayudaban a bajar la madera, vivían en diminutas casetas equilibradas a duras penas en los salientes cercanos a los giros del agua, y tenían que ser fuertes para ocuparse de las obstrucciones mientras varias toneladas de madera se abalanzaban sobre ellos durante una crecida. No faltaban los jóvenes que llegaban a las montañas, decididos a hacerse gancheros aunque solo fuese para poder decir que lo habían hecho. Algunos de ellos, por supuesto, nunca más tenían la posibilidad de decir nada a nadie tras un error de principiante con los troncos, pero en todos los campamentos había un Igor, de modo que al menos algunas partes de ellos quizá tuvieran una segunda oportunidad. Y de vez en cuando se podía encontrar a algún ganchero que llevaba mucho tiempo en el oficio, luciendo brazos de hombre joven en su viejo y enjuto cuerpo.

—La maderada no es faena para críos —dijo el señor Despiste—. Es trabajo de hombres, y no hay vuelta de hoja. Ya veo que los dos tenéis músculo, pero eso me trae sin cuidado. Por ahí hay chavales como vosotros, llenos de músculos, para dar y regalar. Lo que necesitamos es gente con músculo en la cabeza. Nunca se sabe lo que puede hacer la maderada en un recodo de los malos. —Les frunció el ceño—. ¿Conocéis al joven Jack Abbott, el leñador que vive montaña abajo con su madre y su hermana pequeña? Le faltó un pelo para cortarse un pie, hará como una semana. No ha empezado a mejorar hasta ahora, y eso gracias a una chica bizca que han enviado las brujas para que eche una mano. Pensad en eso, chavales, si creéis que os merece la pena el riesgo que correréis aquí. Hacer de ganchero es mucho más peligroso que ser leñador.

Los chicos se quedaron cabizbajos.

—Y parte de la madera que tenemos aquí arriba es mágica —siguió diciendo Despiste—. La talamos para los magos. Por eso nos necesitan, chavales, porque no se puede llevar en trenes, ni siquiera a partir del almacén de abajo. ¿No os asusta? La magia puede hacer diabluras a los que estamos aquí arriba. —Señaló los árboles nevados que los rodeaban—. Esos no son pinos normales, sino pinos predictivos. Pueden ver el futuro. Vete a saber para qué o cómo lo hacen. ¿De qué le sirve saber el futuro a un pino? Saben predecir cuándo van a talarlos, pero los talamos igual. Tampoco es que puedan salir corriendo, ¡je! Pero si tocas uno y le caes bien, te enseña lo que está a punto de pasar. Decidme, chavales, ¿os sigue interesando?

Martin no era muy hablador, pero dijo llanamente:

—Me hace falta el dinero, jefe. Y la comida, claro.

—Ah, sí, se paga bien. Y podéis encargar de todo para que os lo envíen aquí —aclaró el señor Despiste. Hurgó en un bolsillo de su chaqueta a cuadros y sacó un librito muy manoseado—. Es el catálogo Trenca. Por estos lares no sabríamos vivir sin él. Tiene todo lo que podáis querer.

Frank echó un vistazo a la portada del catálogo.

—Ahí pone que puedes encargar una esposa —dijo, maravillado—. Te la traen en tren.

—Bueno, hasta aquí arriba no llega ningún tren, porque no hay nada de hierro cerca de este bosque. La estación más próxima está en Cachislaporra, bastante cerca. Y eso de las esposas es nuevo. Justo a tiempo para vosotros, chavales. Pone que puedes encargar una joven, que hay un montón de chavalas sofisticadas buscando hombres. Si os agenciáis una, con lo que llegaríais a sacaros aquí le podéis poner un excusado interior como debe ser, sin tonterías, y comprarle toda la ropa que quiera. Así de bien se paga esto. —Se detuvo para volver a guardarse el catálogo en el bolsillo—. La ropa de mujer es estupenda, ¿no os parece? El otro día me encontré a un hombre que decía que viajaba llevando puesta lencería femenina.

—¿Seguro que no le pasaba nada? —preguntó Martin al señor Despiste, no muy convencido. Había oído hablar de un campamento muy aislado donde, por lo visto, los duros y fuertes leñadores elegían vestirse con ropa de mujer y cantaban canciones sobre sus enormes hachas, pero no se lo había creído. Hasta ese momento, al menos.

El leñador pasó por alto la pregunta.

—Bueno, Martin, eres buen chico, ¿verdad? —dijo, y se volvió hacia Frank—. Y tú, chaval, ¿por qué quieres jugártela aquí arriba?

—Verá, señor Despiste, estaba saliendo con una chica, pero había otro chico, ya sabe, y… —titubeó.

El señor Despiste levantó una mano a la altura de su cara.

—No me digas más, chaval. Estas colinas están llenas de gente que en realidad quería estar en otra parte, y por lo que dices te vendría bien echar un ojo al Trenca, cuando ya tengas algo de dinero en el bolsillo. En fin, los dos parecéis bastante fuertes. Echad una firma y no se hable más. Empezáis mañana por la mañana, y después ya veremos. Si no sois tontos, acabaréis con buenos salarios. Y si os dedicáis a hacer el idiota con la maderada, enviaré la paga a vuestras queridas madres para que puedan enterraros.

Se escupió en el pulgar, y el anciano y los chicos sellaron el trato entrecruzando los suyos con él, a la manera tan habitual entre hombres de mundo.

—Y ahora voy a explicaros lo que os pasará en la próxima media hora —dijo después el señor Despiste, con una amplia sonrisa—. Estaréis ahí, donde se meten los troncos en la corriente, mirando y aprendiendo. ¡Y para saberlo no me hace falta ningún pino predictivo!

Rió y dio una palmada al pino más cercano.

Pero cuando sus dedos tocaron la corteza, abrió mucho la boca y su capucha cayó hacia atrás, huyendo de una cara helada de miedo.

—Cha… chavales —tartamudeó, y ya era aterrador por sí solo que un hombre tan encallecido se atorara—. Largaos de aquí. Pero ¡ya! Tirad montaña abajo. Aquí va a haber pelea… ¡en unos cinco minutos! Y no quiero a nadie que no sepa manejar un hacha.

Dio media vuelta y corrió hacia el campamento, gritando a los leñadores.

Martin y Frank se miraron, estupefactos, y entonces Frank estiró un brazo reticente y tocó el árbol con la yema del pulgar. A su mente llegó un repentino estallido de imágenes. Unas criaturas gloriosas y coloridas, adornadas de terciopelo y plumas, con los cuerpos tintados de añil, que bajaban saltando de los árboles. Pero no había nada glorioso en el dolor y la muerte que traían consigo. Luego vio una capucha forrada flotando en el agua de un canal, una capucha que envolvía la cabeza del señor Despiste. Un señor Despiste que, de algún modo, había sido tan despistado que había perdido el cuerpo…

Los dos chicos pasaron a trompicones entre los leñadores en dirección a los árboles, al terreno nevado que les ofrecía una oportunidad de escapar.

Pero no fueron lo bastante rápidos. Con un súbito siseo, cayó una horda de gráciles elfos desde los árboles. Eran elfos grandes y feroces, y las plumas y terciopelos de sus túnicas les daban aspecto de aves depredadoras que se lanzaban en picado desde las tenebrosas alturas. Los dos chicos se encogieron, sin poder moverse del sitio.

Y durante unos minutos hubo una batalla entre elfos y leñadores, ayudados por el Igor del campamento, que les dijo:

—¡No dejéiz de tocar loz pinoz! ¡Lez molezta y no zabrán ni qué día ez! Y mientraz lo averiguan, podéiz darlez una buena tunda.

Los leñadores no eran hombres que rehuyeran las peleas, y el terrible metal de sus hachas aniquiló a más de un elfo. Pero llegaban más y más al campamento, derribaban las pequeñas cabañas, pateaban los troncos para que cayeran al agua de cualquier manera, trepaban con agilidad a las copas de los árboles y se reían de la cuadrilla. Y había algo encantador en ellos… algo que calaba en las endurecidas pieles de los leñadores y los hacía caer de rodillas, llamar a sus madres entre sollozos, soltar las hachas y convertirse en presa fácil para el pueblo feérico…

—¿Qué os he dicho? Alejaos de aquí. ¡Subíos a la almadía! —gritó el señor Despiste, dando un hachazo al elfo que intentaba sorprenderlo por la espalda—. La maderada corre más que los elfos. A mí no me pasará nada.

Martin se lo creyó, pero Frank había visto el futuro y sabía que «nada» no era exactamente lo que iba a pasarle al señor Despiste. Martin saltó a la primera almadía con Frank pisándole los talones y el señor Despiste la liberó tirando de una palanca. La almadía descendió por el arroyo serpenteante que bajaba la escarpada montaña, por recodos tan terribles que tenían que asomarse por uno y otro lado para no volcar. Empapados hasta los huesos y rodeados de un revoltijo de troncos por delante, por detrás y a los lados, recorrieron profundas gargantas, esquivando flechas de los elfos que seguían dirigiéndose a la cima de la montaña como un mortífero enjambre de insectos.

Fue salvaje, fue tonificante, fue casi hacerse matar. Y la parte del «casi» era la que lo convertía en algo de lo que se verían capaces de hablar más tarde, porque estaba claro que la parte de «hacerse matar» silenciaría a casi cualquiera.

También fue aterrador, lo más terrorífico que le había sucedido nunca a cualquiera de los dos. Incluso con el bramido del agua, alcanzaban a entreoír los chillidos de los leñadores a sus espaldas. Y había… cosas que bajaban con ellos en la corriente, cosas en las que nadie querría fijarse demasiado.

El trayecto acabó contra una pila de troncos. Y en el almacén había muchos hombres, hombres fuertes y fornidos con metal en las manos, furiosos por los daños que había sufrido la madera. Y mientras se reunían para marchar montaña arriba, siguieron llegando de allí carcajadas y alaridos. Y luego, silencio. Los elfos habían escurrido el bulto.

El molinero de Pestuzo era un hombre muy devoto, y su molino era un ingenio enrevesado, lleno de engranajes que rodaban e[[37]](#footnote-37)n todas las direcciones. Su mayor pesadilla, que confiaba en no vivir nunca, era que un día se rompiera el molino y todos aquellos engranajes tan enrevesados salieran rodando por todas partes. Pero mientras siguieran girando, bueno, el molinero era feliz, porque a fin de cuentas todo el mundo necesitaba pan.

Una noche llegaron los elfos y se pusieron a adulterar su harina, hacer agujeros en los sacos y soltar un hormiguero en su grano, sin dejar de reírse de él.

Pero habían cometido un grave error.

El molinero rezó a Om, pero al no obtener respuesta —o mejor dicho, al obtener en su mente la respuesta que quería que le diera Om—, dejó a los elfos a la suya para que, cuando los enrevesados engranajes empezaran a girar, quedasen rodeados de metal. Un metal frío y maravilloso, que rodaba como un mecanismo de relojería.

Y el molinero cerró todas las puertas con cadenas para que no pudieran salir. No dejó de oír chillidos en toda la noche, y cuando sus amigos le preguntaron cómo había sido capaz de hacerlo, se limitó a responder:

—Bueno, las ruedas de moler aquí en Pestuzo son lentas, pero muelen de un fino que da gusto.

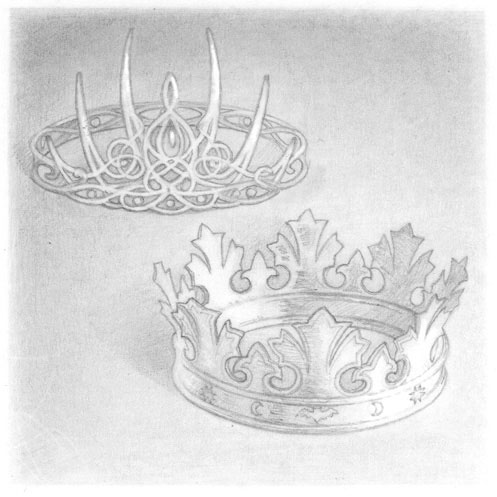
Más abajo, en el pueblo de Hondonada Resbaladiza, la vieja madre Griggs se despertó con el pelo hecho una maraña espantosa… y la cama llena de cardos, que rasgaban su piel envejecida… mientras un elfo reía gozoso y su montura, una vaquilla, caía de rodillas, agotada por tanta fiesta en una noche…

Y un viejo mercader gruñón de Tajada tiró de su carreta, que era su único sustento, hasta la plaza del mercado, anunciando:

—Un repollo al día aleja a los trasgos, y una cebolla al día hace que los elf… ¡Aaargh!

Y al pie de las Montañas del Carnero, alguien hizo cosquillas con una flor en el cuello de una joven doncella llamada Elsie, que soltó la mano de su hermana pequeña y se desentendió de ella. La niña se metió en el río mientras Elsie miraba con ardor los ojos del asno de su padre… y mientras un viajero incauto se adentraba más y más en el bosque, bailando al son de una música feérica que nunca se detendría, rodeado por saltarines elfos que se burlaban de su congoja.

Y Herne el Cazado, dios de los animales pequeños y peludos cuyo destino es ser devorados, se escurrió bajo un matorral y se quedó escondido mientras tres elfos descubrían la sangrienta diversión que podía proporcionarles una joven camada de conejos…



# CAPÍTULO 14

Historia de dos reinas

Tiffany llevó a Beladona, que en aquel momento era una criatura minúscula y lastimosa, a la granja de su padre, cubriéndola con su capa por el camino hasta el viejo granero, donde la acomodó junto a los feegles.

—Está limpio y no pasarás frío —indicó—. No hay nada de metal, y después te traeré comida. —Miró con severidad a los feegles, que tenían una expresión anhelante. Si allí había una elfa sola, ¿qué no podrían hacerle?—. Rob, Pequeño Loco Arthur, Yan Grande —les dijo—. Me voy a por una loción para curar las heridas de Beladona y no quiero que la toquéis mientras no estoy. ¿Queda claro?

—Ah, sí, señora —contestó Rob en tono alegre—. Tú date el piriño y déjanos con la pámpana esta. —Miró furibundo a Beladona—. Si la elfa danos algún problema, tenemos nuestras armas.

Sacudió su espadón en el aire con un gesto que delataba sus ganas de jugar con él. Tiffany se volvió hacia Beladona.

—Soy la arpía de las colinas —le dijo—, y estos feegles me obedecerán. Pero no les gustáis ni tú ni los tuyos, así que te recomiendo cuidar los modales y portarte bien. O habrá consecuencias.

Y entonces, en efecto, se dio el piriño. Pero fue un piriño muy breve, pues confiaba muy poco en la elfa y aún menos en los feegles.

A su regreso, Beladona cogió el ungüento y pareció florecer con cada suave aplicación, volviéndose más y más hermosa. El aire brillaba a su alrededor como un sirope que lo cubría todo. Daba la impresión de gritar: «¿Acaso no soy hermosa? ¿Acaso no soy lista? ¡Soy la reina de reinas!».

A Tiffany le pareció que cambiaba su sentido de la identidad, pero se lo había esperado y pensó: Ah, no, de eso ni hablar, amiga mía.

—¡Nada de artimañas élficas conmigo, señora! —gritó.

Pero no dejó de sentir que la magia de la elfa intentaba envolverla, como un amanecer incipiente…

—¡No me atraparás con tu glamour, elfa! —chilló, y le vino a la cabeza el antiguo lenguaje de contar de los pastores que había usado la abuela Dolorido—. Yan tan tethera —entonó una y otra vez, y canturrear las palabras ayudó a que su mente volviera a pertenecerle.

Funcionó. Beladona empezó a aflojar hasta cobrar el aspecto de una chica de granja, una lechera. Había conjurado incluso un vestido de lechera, aunque ninguna lechera de verdad se lo podría jamás, ya que estaba adornado con cintas y lazos y por debajo del dobladillo asomaba un pie enfundado en un delicado zapatito. Mientras empezaba a tomar forma un bonito sombrero de paja, Tiffany dio un paso atrás: la elfa había invocado un reflejo del traje que tan bien conocía, el mismo que llevaba la pastorcilla de porcelana que una vez había regalado a su abuela. Y al recordar a la abuela Dolorido, la invadió una furia gélida. ¿Cómo osaba la elfa intentar eso con ella, allí, en su territorio?

—Exijo… —empezó a decir Beladona, pero entonces vio la expresión de Tiffany—. Desearía…

¡Una chica de campo! La elfa empieza a abandonar el edificio, pensó Tiffany encantada. Pero mantuvo los brazos cruzados y no suavizó su mirada, fija en la elfa.

—Te he ayudado —dijo—, pero también estoy muy ocupada ayudando a otros, a gente que tendría una vida mejor si no estuvierais aquí. —Entornó los ojos—. Sobre todo si los tuyos han estado haciendo trastadas como agriarnos la cerveza. Sí, estoy al tanto de eso, y te conozco, elfa, y sé lo que quieres. Quieres recuperar tu reino, ¿verdad, Beladona?

Hubo un gruñido de los feegles reunidos, y Yan Grande preguntó, esperanzado:

—¿Non podríamos tirarla de vuelta para allá, señora?

—Esu —dijo Rob—, librémonos de esta plaga.

—Bueno, Rob —respondió Tiffany—. Siéntotelo decir, pero hay gente que cree que los feegles son una plaga.

Yan Grande se quedó en silencio un momento, y luego replicó, muy despacio:

—Bueeenu, puede que seamos plaga, ya sabes, pero un pobriño guid non tiene por qué temer a los feegles. —Se alzó en toda su altura de dieciocho centímetros y contempló a la elfa desde las vigas.

Tiffany no le hizo caso y se dirigió a Beladona.

—¿Tengo razón[[38]](#footnote-38)? —exigió saber—. ¿Quieres volver al País de las Hadas? ¿Qué me dices?

La astucia cruzó un instante las pequeñas facciones afiladas de Beladona.

—Somos como abejas —dijo al cabo—. La reina tiene todo el poder… hasta que envejece, y entonces una nueva reina la mata para hacerse con la colmena. —De pronto se hizo visible una oleada de furia—. Flordeguisante —siseó—. No cree que el mundo haya cambiado. Fue él quien me exilió de mi pueblo. —Sus labios se torcieron en una mueca de desdén—. Él, tan poderoso que hasta puede agriar la cerveza, cuando una vez podíamos destruir mundos enteros…

—Podría ayudarte un poco con tu amiguito Flordeguisante —dijo Tiffany con cautela—. Aceptaría que volvieras a ser reina de los elfos si haces que vuelvan todos a su propia tierra y se queden allí. Pero si tú y tu especie volvéis para esclavizar a los humanos… bueno, puede que creas que me has visto enfadada, pero si ocurre eso sabrás lo que significa de verdad la palabra «cólera».

Mientras lo decía, todo a su alrededor pareció estar encendido en llamas. Tiffany recordó la ocasión anterior en que se había enfrentado a la reina. Tierra Bajo Ola. Sabiendo de dónde venía y adónde iba. Y supo que ya no se dejaría engañar. Supo que por mucha gente que soñara, que invitara a los elfos a entrar en el mundo, ella estaría allí, despierta y resistiendo firme.

—Si rompes tu juramento, lo último que verás será a Trueno y a Relámpago —amenazó—. Trueno y Relámpago en tu cabeza, hasta que mueras por el trueno. Y eso te lo prometo, elfa.

Por la expresión de terror que se entrevió en la cara de Beladona, Tiffany supo que la elfa lo entendía.

Por la mañana llevó unas gachas a Beladona.

La elfa levantó la mirada hacia Tiffany, cogió el cuenco y dijo:

—Podrías haberme matado ayer… Yo me habría matado. ¿Por qué tú no? Sabes que soy una elfa, y que somos despiadados.

—Sí —respondió Tiffany—, pero nosotros somos humanos y sí que conocemos la piedad. Y yo además soy una bruja, y estoy haciendo mi trabajo.

—Eres inteligente, Tiffany Dolorido, la niñita a la que casi maté en la colina cuando el trueno y el relámpago se volvieron sólidos y dolorosos, todo dientes y mordiscos. —Beladona estaba perpleja—. ¿Qué soy ahora sino una indigente, harapienta y sin amigos? Pero tú, una chica, me has acogido cuando no tenías motivo para hacerlo.

—Sí que tenía motivo —replicó Tiffany—. Soy bruja, y he pensado que era posible. —Se sentó en una lechera—. Tienes que entender que a los elfos se os considera unas molestias rencorosas, insensibles, maliciosas, traidoras, egoístas, indignas y desagradables. Y eso es siendo maja. He oído explicarlo usando palabras mucho peores, sobre todo después de que echaran a los niños de la sala, créeme. Pero las cosas siempre cambian: mi mundo, nuestro hierro, tu corte, vuestro glamour. ¿Sabías, Beladona, que en Ankh-Morpork los trasgos tienen empleos y se los considera miembros útiles de la sociedad?

—¿Cómo? —dijo la reina—. ¿A los trasgos? Pero si los humanos odiáis a los trasgos… ¡Y cómo huelen! ¡Creía que el que habíamos capturado estaba mintiendo!

—Bueno, puede que huelan un poco, pero también huelen sus patrones, porque para algunos la peste es dinero, y un trasgo que sepa reparar una locomotora puede apestar tanto como le apetezca. ¿Qué tenéis los elfos para ofrecernos? Ahora solo sois… folclore. Se os ha escapado el tren, de hecho, y ya no os quedan más que las travesuras y los engaños.

—Podría matarte con solo pensarlo —la amenazó Beladona con una mirada taimada.

—Ay, madre —dijo Tiffany, levantando una mano para detener a los feegles, todos los cuales querían ser el que atizara el primer puñetazo—. Espero que no lo intentes. Sería tu último pensamiento. —Miró a la elfa, cuyo pequeño rostro aguzado temblaba de malestar al verse rodeada de gente que no comprendía—. Venga, no te eches a llorar, por favor. Una elfa que ha sido reina, que quiere volver a ser reina, no debería llorar, ¿verdad que no?

—Una reina no debería, pero yo soy solo un despojo de reina, perdido en la espesura.

—No, estás en un granero. ¿Entiendes lo que es el trabajo manual?

Beladona pareció confundida.

—No. ¿Qué significa?

—Significa ganarte la vida trabajando. ¿Qué tal manejas la pala?

—No lo sé. ¿Qué es una pala?

—Ay, madre —volvió a decir Tiffany—. Escucha, puedes quedarte aquí hasta que te recuperes, pero tendrás que trabajar en algo. Podrías intentarlo.

A su lado en el suelo rebotó una bota, del padre de Tiffany, con un agujero en la punta y otro que intentaba imitarlo empezando a formarse en el talón.

—Yo non soportu llevar botas en los pieses, ya sabes —dijo Pequeño Loco Arthur—, pero si acuérdaste criáronme unos zapateros, y contáronme una historia de los elfos. Esa pámpana tuya podría tener talentu para el tema, ya sabes.

Beladona dio vueltas a la bota entre sus manos reticentes.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una bota —explicó Tiffany.

—¡Y comu déjenme salirme con la mía, meterete otra agora mesmo en el traseru! —gruñó Yan Grande.

Tiffany tomó la bota de manos de la elfa y la dejó en el suelo.

—Hablaremos más tarde, Beladona —indicó—. Gracias por la sugerencia, Pequeño Loco Arthur, y sí, me sé la historia, pero creo que es solo eso, una historia.

—Bueeenu, ya díjetelo, Pequeño Loco Arthur, nunca debiste escu[[39]](#footnote-39)char a ese puñadu de viejos remendones —dijo Rob.

Fue un día de sábanas viejas y botas viejas y apaños y remiendos. Y vaya, hombre, pensó Tiffany, todavía tenía que ir a ver a la pequeña Tiffany y luego pasarse a hablar con Becky Perdón y Nancy Erguido, porque la señorita Lento creía que las dos podrían valer si quería coger a una aprendiza en la Caliza. Pero no podía pedir a las chicas que fuesen a vivir a la granja mientras tuviera a Beladona allí, a menos que les diera una herradura a cada una para que la llevaran al cuello y el hierro las protegiera. Aquello tendría que esperar.

Estuvo yendo y viniendo de la granja todo el día, entre visita y visita. La última de la tarde fue al señor Holland, el molinero. Ya solo le quedaban unas pocas manchas violetas en la piel, así que dejó a la señora Holland un segundo frasco de loción de raíz de cieloclaro y se mordió la lengua ante el obvio mensaje que transmitía la buena mujer de «Si hubieras estado aquí, yo no habría usado la hierba que no era».

Al volver, encontró a Beladona agazapada en un rincón del granero, con sus ojos crueles clavados en Tú, que había entrado y estaba siseando a la elfa con el lomo arqueado. Los feegles animaban a Tú con gritos del estilo de «¡Aj, así gústame, minina, dale a esa pámpana un regaliño de parte de los Nac Mac Feegle!», que se vieron interrumpidos por un repentino «¡Pardiez, rapaces, volvió la arpiíña grandullona!».

Tiffany estaba en la entrada dando golpecitos en el suelo con un pie, y Rob retrocedió.

—Aj, non —gimoteó—. ¡Non la Tapeteanda de los Pieses, señora!

Tiffany se cruzó de brazos.

—Aj, señora, lo pesadu que puede hacerse esto de estar bajo un mochuelo —rezongó Rob.

Y Tiffany rió.

Pero Beladona tenía preguntas que hacerle. Había visto llegar gente a la granja durante el día, en busca de medicinas, consejos, un oído amable y, por desgracia, a veces un ojo que pudiera ver los moratones.

—¿Por qué ayudas a esos extraños? —preguntó a Tiffany—. No pertenecen a tu clan. No les debes nada.

—Bueno —dijo Tiffany—, aunque sean extraños, para mí son solo personas. Todos. Y a las personas se las ayuda, es como hacemos nosotros las cosas.

—¿Y todas las personas lo hacen? —preguntó Beladona.

—No —respondió Tiffany—. Es triste pero cierto. Aunque sí hay muchos que ayudan a los demás, porque, en fin, porque son personas. Es como funciona esto. ¿Los elfos no lo entendéis?

—Digamos que estoy intentando aprender —respondió Beladona.

—¿Y qué opinas?

—Que te conviertes en una especie de sierva. —Beladona bufó y arrugó su delicada nariz.

—Bueno, sí —dijo Tiffany—. Pero no pasa nada porque un día podría necesitar a esa persona, y cuando llegue el día seguramente me ayudará. A nosotros nos funciona, lo ha hecho siempre.

—Pero tenéis batallas —objetó Beladona—. Eso lo sé.

—Sí, pero no continuamente. Y cada vez se nos da mejor el «no».

—Y sin embargo, eres poderosa. Tú podrías dominar el mundo —afirmó Beladona.

—¿Ah, sí? —dijo Tiffany—. ¿Y para qué querría hacerlo? Yo soy bruja, me gusta ser bruja y también me gusta la gente. Por cada persona mala, hay una amable, o casi. Tenemos un dicho: «Todo lo que va, acaba por volver». Significa que tarde o temprano saldrás ganando, al menos durante un tiempo. Y luego habrá veces en que la rueda gire y no te toque estar encima, pero tienes que aguantarte.

Trató de mirar a los ojos a Beladona, de ver qué estaba pensando la elfa, pero era como observar una pared. En sus ojos no se traslucía la menor emoción.

—Y recuerdo la oscuridad y la lluvia y el trueno y el relámpago —añadió Tiffany—, ¿y de qué te han servido? ¿A ti, a la elfa que encontramos anoche en un estanque?

Por una vez, Beladona pareció confundida, y estudió con atención a Tiffany antes de responder.

—Vuestra forma de actuar… no funcionaría con los elfos. Cualquier otro elfo es un reto. Matamos a nuestras reinas, porque cualquier otra reina es una rival y luchamos por la colmena. —Calló un momento al venirle a la mente una idea—. Pero vosotros tenéis a vuestras reinas de la sabiduría, y por eso hubo una abuela Dolorido y una Yaya Ceravieja, y sí, claro, una Tiffany Dolorido. Os hacéis viejos, florece la sabiduría y os la transmitís.

—Y vosotros nunca prosperáis porque vivís en un ciclo de decadencia —dijo Tiffany con suavidad—. No sois abejas. Ellas son productivas, pero mueren jóvenes y nunca, jamás, tienen un solo pensamiento.

Había una expresión rara en los rasgos de la elfa. Estaba teniendo que pensar. Pensar de verdad. Tiffany se lo notaba. Beladona tenía la cara de quien ya empieza a meditar sobre un mundo que había cambiado, un mundo con hierro que se había vuelto más hostil con el pueblo feérico, un mundo al que le parecía bien tenerlos en las historias pero que no creía de verdad en ellos, no les dejaba un resquicio por el que entrar. Beladona estaba fijándose y encontrando un nuevo mundo al que nunca había dedicado un solo pensamiento, e intentaba reconciliarlo con todo lo que sabía.

Y Tiffany podía ver la batalla en su rostro.

En Lancre, la reina Magrat se había enterado de los problemas en las Montañas del Carnero, del ataque a los leñadores, las muertes y la madera perdida.

Elfos, pensó. En su anterior incursión se habían desembarazado de ellos, pero les había costado, y ya hacía tiempo desde la última vez que había apostado guardias (bueno, a Shawn Ogg) en el círculo de piedras conocido como los Danzarines y se había asegurado de que en el castillo hubiera siempre herraduras a mano.

Sabía que la memoria juega malas pasadas, y que las antiguas historias tienen poder, y que todo el mundo olvida que «tremendo» significa «capaz de engendrar terror». Su gente solo recordaría que los elfos cantaban de maravilla. Habrían olvidado de qué trataba su canción.

Magrat no solo era reina, sino también bruja, claro. Y aunque de un tiempo a esa parte hacía sobre todo de reina, su parte brujeril sabía que el equilibrio se había alterado, que Yaya Ceravieja había dejado un vacío al marcharse y que, por mucho que Tiffany Dolorido se esforzara en rellenarlo, ella y ese mozo de plaza tan simpático que tenía, Yaya Ceravieja era un listón difícil de igualar. La anciana bruja había mantenido bien firme la barrera entre los mundos.

Y si la barrera había perdido fuerza… Magrat se estremeció. Cualquiera que hubiese conocido a los elfos sabía que «terror» era la respuesta más adecuada de todas, la única respuesta. Los elfos eran una plaga que podía extenderse muy rápido, destruyendo, dañando, hiriendo y envenenando cuanto tocara. No quería elfos en Lancre.

Esa tarde, la reina Magrat fue a su guardarropa y sacó su amada escoba, montó en ella y, con mucho cuidado, probó a elevarse. Se sorprendió un poco al notar que despegaba con suavidad y se alzaba despacio sobre el castillo. Pasó unos minutos volando de un lado para otro, disfrutando como una niña, y se dijo que era cierto: cuando se es bruja, se es bruja para siempre.

Como era una esposa diligente, al menos cuando quería serlo, explicó sus intenciones a su marido aquella misma tarde, y le extrañó la respuesta que le dio el rey Verence:

—¿Vuelves a la vieja escoba, amor mío? Me alegro mucho. He visto la cara que pones cuando pasa una bruja volando, y ningún hombre que se precie tendría un pájaro encadenado.

Magrat sonrió.

—No me siento como un pájaro enjaulado, cariño, pero ahora que ya no tenemos a Yaya creo que debería ayudar.

—Así me gusta —contestó Verence—. Todos estamos asumiendo lo que ha pasado, pero estoy seguro de que la señora Dolorido seguirá los pasos de Yaya.

—A mí me parece que no —dijo la reina Magrat—. Yo creo que está siguiendo sus propios pasos. —Suspiró—. Pero vienen los elfos, y creo que Tiffany estará luego en la casita de Yaya… no, en su casita, así que voy a acercarme a verla, a ofrecerle mi ayuda. —Su marido había tenido un escalofrío con la mención de los elfos, pero Magrat continuó con firmeza—. Por supuesto, también quiero dar buen ejemplo a nuestros hijos. La pequeña Esme crece muy deprisa, y quiero que vea que reinar es más que saludar con la mano. Tampoco queremos que se ponga a besar sapos, ¿verdad que no? ¡Ya sabemos todos cómo puede acabar eso! —Se volvió al llegar a la puerta y lanzó un canguro de tela a su marido—. Además, estoy segura —concluyó c[[40]](#footnote-40)on dulzura— de que podrás cuidar muy bien de nuestros hijos tú solo un ratito.

Verence sonrió débilmente.

Magrat puso una cara que solo otra bruja habría sabido ver. A veces sostiene a los niños bocabajo, se dijo. Es un hombre muy listo, pero le das un bebé y no sabe qué hacer con él. Sonrió. Podía aprender. Y cuando le había pedido que cambiara un pañal, una vez que Milly había ido a echar una mano en la cocina, había hecho una mueca, pero lo había intentado de todos modos.

—Quiero ayudar —dijo Magrat a Tiffany con decisión mientras posaba su escoba fuera de lo que las dos seguían considerando la casita de Yaya, menos de una hora después de que llegara la propia Tiffany y el dato se transmitiera al castillo, ya que Magrat había ordenado que se la informara—. Soy la reina, pero también soy una bruja bastante buena.

Tiffany miró los ojos de Magrat y vio que anhelaba ser bruja una vez más, aunque solo fuera un ratito. Magrat siguió hablando.

—Ha habido elfos por aquí, Tiffany. ¡Elfos!

Y Tiffany recordó que, según le había contado Yaya, Magrat ya se había enfrentado a ellos. ¡Hasta había atravesado el ojo de un elfo de un ballestazo!

—Tengo experiencia, Tiffany —insistió Magrat—. ¡Y vas a necesitar toda la ayuda disponible si los elfos empiezan a cruzar! —Calló un momento para pensar—. Hasta a las aprendizas. ¿Has hablado con la señorita Lento?

—Sí —confirmó Tiffany—. Dice que tiene un par de chicas que prometen, pero no todo el mundo puede ser bruja, por mucho que quiera. Y ahora mismo no es… posible que coja una aprendiza en mi encomienda de la Caliza.

—¿Por qué no? ¿Y qué hay de tu amiga Petulia, la de la porqueriza?

—Bueno, habilidad no le falta —dijo Tiffany, saltándose la primera pregunta de Magrat—. Pero Petulia ayuda a su marido a llevar la granja. Dice que se pasa el día entre criaturas que hacen «gruuumf», entre ellas algunos porqueros ancianos. Y tienes que reconocer que el aburrimiento de cerdos es bueno para todos, hasta para los cerdos. Son horribles los chillidos que dan cuando ella no está.

—A lo mejor la necesitamos aquí arriba de todos modos, con cerdos o sin ellos. Y esas botas impermeables tan pesadas pueden parar una flecha —insistió Magrat—. Dime, ¿han aparecido elfos allá abajo, en la Caliza?

Tiffany se sonrojó, dudando cómo se tomaría Magrat la noticia sobre Beladona, y se sintió un poco culpable al alegrarse de que, al menos, no tendría que ser ella quien se lo contara a Tata Ogg en persona. Primero le explicó el asunto de la cerveza y luego el de Beladona. Le contó que la elfa estaba en la granja de sus padres, vigilada por feegles. Y que eso impedía que fuese a vivir allí nadie más.

Magrat sabía que los feegles evitarían que la elfa diera problemas, pero aun así la sorprendieron las palabras de Tiffany.

—¿Me estás diciendo que crees que puedes confiar en un elfo? —le preguntó, palideciendo—. No hay ningún elfo de fiar. Ni siquiera saben lo que significa la palabra. ¿Y aun así confías en esa elfa? ¿Por qué?

—No —dijo Tiffany—. No confío en ella. Pero creo que esta elfa quiere vivir. Beladona ya ha visto con sus propios ojos que nuestro mundo está cambiando. El hierro, ya sabes. Y ahora ha topado con ideas que no conocía. Es posible que estemos progresando un poco, y creo que merece la pena intentarlo. A lo mejor después podría volver al País de las Hadas y… ¿convencer a otros elfos de que piensen como ella? ¿De que nos dejen en paz? —Hizo una pausa—. La kelda de los feegles ya me lo había advertido, Magrat. Me dijo que la muerte de Yaya iba a dejar un… hueco. Que teníamos que ir con mucho cuidado. ¡Son los elfos! Tiene que ser eso. Así que, si esta elfa puede ayudar, en fin, tengo que intentar que…

—Ya, pero si los demás empiezan a venir de verdad necesitarás ayuda, Tiffany —dijo Magrat. Pensó un momento—. ¿El barón de la Caliza no estaba casado con una bruja?

—Sí —contestó Tiffany—. Leticia Florilegio. Pero no está adiestrada y su marido es un poco… ¿cómo decirlo? Pretencioso.

—Bueno, querida, si quieres puedo bajar volando y pasarme un día a tomar el té. Y sugerir, con mucha sutileza, que podría ser buena idea ejercer de bruja para la gente en general. A mi Verence le gusta que se lo considere un rey del pueblo y, de hecho, seguro que cree que estoy dando buen ejemplo a la población al ejercer ahora en mi condición de bruja. A veces habla así, pero yo lo amo de todas formas. Si esa Leticia se hace amiga de una reina, a lo mejor su marido podría dejar de interferir.

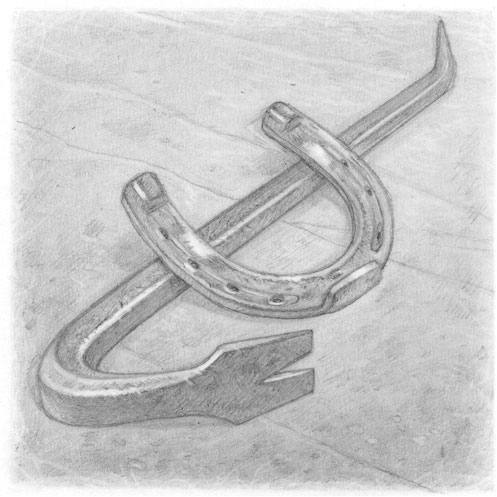
—Estoy impresionada —dijo Tiffany—. ¿Tan fácil es?

—Créeme —aseveró la reina Magrat—, las coronas son importantes, ¿sabes?

Tiffany voló de vuelta a la Caliza un poco más contenta. Magrat sería una aliada muy útil, y quizá Leticia también pudiera echar una mano. Pero aún seguimos cortas de brujas, pensó, así que más vale que nos pongamos a la faena de conseguir más. Y bien deprisa. Eso significa reunir a todas las brujas y a todas las posibles candidatas y enseñarles al menos algo del arte y la forma de resistir el glamour de los elfos.

¡Elfos! Ruindad por la pura ruindad. Como le había dicho la abuela Dolorido, robarían el bastón a un hombre sin piernas. Crueles, desagradables, tontos, molestos… problemas y discordia solo por el placer de provocarlos. Peor que eso. Llevaban horror de verdad, terror, dolor… Y se reían, y lo peor era que tenían unas risas tan musicales y maravillosas que te preguntabas cómo podían salir de unas criaturas tan repugnantes. Solo se preocupaban de sí mismos, y seguramente ni siquiera eso.

Pero Beladona… Quizá hubiera una elfa para la que la rueda estaba girando. Sobre todo si era una rueda de hierro.



# CAPÍTULO 15

El dios en el túmulo

En plena noche, en la Caliza, sin duda la rueda se había quedado atascada en las viejas costumbres, muy al gusto de los tres elfos que danzaban en la penumbra del bosque. El mundo existía para su placer, para su entretenimiento, para su deleite. Y las criaturas que contenía no eran más que juguetes, juguetes que a veces chillaban y corrían y aullaban mientras ellos reían y cantaban.

Vieron una casa pequeña y humilde, con una ventana entreabierta. De su interior llegaba el sonido de bebés que gorjeaban, felices y dormidos, con las panzas llenas de leche de su madre y enroscados bajo las mantitas de sus cunas.

Los elfos se sonrieron entre ellos y se lamieron los labios, ilusionados. ¡Bebés!

Caras de depredador en la ventana. Ojos de cazador.

Una mano se metió en la cuna más cercana e hizo cosquillas al bebé bajo la barbilla. La niñita despertó y miró alborozada la espléndida criatura que se inclinaba hacia ella, cuyo glamour refulgía radiante en la sala a oscuras. Sus deditos se extendieron para tocar una pluma preciosa…

La felicidad de Tiffany duró hasta justo después de meterse en la cama, cuando notó un cosquilleo en la mente y su ojo interior vio a la pequeña Tiffany Robinson: el bebé al que aún no había podido ir a ver esa semana, la pequeña a la que había puesto un hechizo de rastreo.

Pero aquello no era solo que sus padres la tuvieran desatendida.

¡Se la habían llevado los elfos!

La escoba de Tiffany no podía volar lo bastante rápido. En una arboleda encontró a un grupo de tres elfos jugando con la niña, y lo que la invadió no fue rabia. Fue algo más forense que eso, y mientras la escoba avanzaba Tiffany permitió que sus sentimientos se encendieran… y los liberó.

Los elfos estaban riendo, pero Tiffany dio una pasada con su escoba y arrojó llamaradas desde las puntas de sus dedos hacia ellos, y los vio arder. Estaba temblando de cólera, una cólera tan intensa que amenazaba con anegarla. Si encontraba más elfos esa noche, también acabarían muertos.

Y entonces fue cuando tuvo que dominarse, repentinamente horrorizada por lo que había hecho. ¡Solo una bruja que cae en la oscuridad mataría!, se chilló a sí misma sin abrir la boca.

Y otra voz dijo: Pero solo eran elfos. Y estaban haciendo daño al bebé.

La primera voz replicó, furtiva: Pero Beladona también es solo una elfa…

Y Tiffany supo que si una bruja empezaba a pensar en alguien como «solo» lo que fuera, sería el primer paso por un camino muy hollado que podía llevarla a… bueno, a manzanas envenenadas, ruecas y un horno demasiado pequeño. Y al dolor y el terror y el horror y la oscuridad.

Pero ya estaba hecho. Las brujas tenían que ser prácticas, así que Tiffany envolvió a la niña en su chal y la llevó volando despacio a casa de los Robinson, aunque «chabola» sería mejor manera de describir la minúscula vivienda. El joven señor Robinson abrió la puerta en respuesta a su llamada. Puso cara de sorpresa, y más cuando Tiffany le enseñó a su hijita, todavía envuelta en su chal de bruja.

Pasó a su lado y se encaró con su esposa, pensando: Son jóvenes, sí, pero no por eso han de ser tontos. ¡Mira que dejar las ventanas abiertas en esta época del año! Seguro que todo el mundo ha oído hablar de los elfos.

Mi madre me dijo que nunca debía…

Jugar con las hadas en el bosque…

—Bueno —dijo Milly—, he ido a ver a los chicos y parecía que estaban bien.

Se sonrojó cuando Tiffany le entregó el bebé, y a la bruja no le pasó desapercibido.

—Voy a decirte una cosa, Milly. Tu niña tiene un gran futuro por delante. Soy una bruja y lo sé. Como le quisiste poner mi nombre, me encargaré de que mi tocaya tenga lo que necesita. Pero, ojo, estoy hablando solo de tu hija, que en cierto modo también es mía en parte. Esos chicos grandotes que tienes ya se cuidarán solos. Pero ¡no dejes las ventanas abiertas en noches como esta! Siempre hay alguien observando. ¡Y lo sabes! No dejes que nada le haga daño.

Tiffany casi gritó la última frase. Aquella familia necesitaba un toque de atención de vez en cuando, y pensaba ocuparse de dárselo. Desde luego que se lo daría. Y si descuidaban sus obligaciones, bueno, habría consecuencias. Quizá alguna consecuencia pequeñita, para que lo entendieran.

Pero mientras regresaba a casa, supo que tenía que hablar con otra bruja de inmediato.

Cogió una capa gruesa de su dormitorio y entonces captó el brillo de la corona del pastor en el estante y, por impulso, se la guardó en el bolsillo. Sus dedos se cerraron en torno a la piedrecita de extraña forma, siguiendo sus cinco franjas rugosas, y al hacerlo sintió que fluía hacia su interior una fuerza, y la dureza de su corazón de pedernal le recordó quién era. Tengo que llevar conmigo una parte de la Caliza, comprendió. Mi tierra me refuerza, me apoya. Me recuerda quién soy. Yo no mato. Soy Tiffany Dolorido, bruja de la Caliza. Y necesito mi tierra conmigo.

Voló bajo el cielo nocturno, de vuelta a Lancre, sintiendo el frío del aire al pasar y los ojos de los búhos observándola a la luz de la luna.

Casi amanecía cuando llegó a casa de Tata Ogg. Tata ya estaba despierta, o mejor dicho no se había acostado aún, ya que había pasado la noche velando a un muerto. Le abrió la puerta y palideció un poco al ver la cara de Tiffany.

—¿Elfos? —preguntó, adusta—. Me lo ha contado Magrat. ¿Tienes problemas en la Caliza?

Tiffany asintió, de pronto hecha un flan y con la voz atenazada de lágrimas. Con la obligatoria taza de té en la cálida cocina de Tata, le empezó a contar lo que había pasado.

Y llegó a la parte de la historia que le costó sacar de dentro. Solo pudo decir:

—Los elfos. A la pequeña Tiffany. Iban a… —Se le estranguló un poco la voz—. Los he matado a los tres —casi sollozó, y miró desesperada a Tata.

—Bien —dijo Tata—. Bien hecho. No le des más vueltas, Tiff. Si estaban haciendo daño al bebé, ¿qué otra cosa ibas a hacer? No has… disfrutado, ¿verdad? —preguntó con cautela, mirándola con ojos astutos en su rostro arrugado.

—¡Claro que no! —exclamó Tiffany—. Pero, Tata, es que… lo he hecho casi sin pensar.

—Y podrías tener que hacerlo otra vez si siguen llegando los elfos —dijo Tata con vigor—. Somos brujas, Tiffany. Tenemos el poder por un motivo. Solo tenemos que asegurarnos de que es el motivo correcto, y si un elfo cruza hasta aquí y hace daño a un bebé, créeme, es el motivo correcto. —Calló un momento—. Si la gente hace cosas malas, no debería sorprenderse de que le pasen cosas malas. Y la mayoría son muy conscientes, ¿sabes? Una vez Esme me contó que en no sé qué caserío, Motita, o Motuela, o algo por el estilo, la gente quería ahorcar a un hombre por matar a dos niños, y vio que sabía que lo tenía bien merecido. Por lo visto, dijo: «Lo hice bebido y terminé colgado». —Tata se dejó caer en una silla, cansada, y permitió que Greebo subiera a su amplio regazo—. Es la realidad, Tiff. La vida y también la muerte. Ya lo sabes. —Rascó al gato detrás de lo que podría describirse como una oreja, si se tenía muy mala vista—. ¿La niña está bien?

—Sí, la he llevado otra vez con sus padres, pero no pueden… no quieren… cuidarla como toca.

—Hay gente que se niega a ver la verdad y punto, aunque se la señales. Y el problema con los elfos es que seguirán llegando. —Tata dio un gran suspiro—. La gente cuenta historias sobre ellos, Tiff. Y hacen que suenen divertidas, como si su glamour se quedara después de marcharse y se metiera en la cabeza de la gente, para decirles que los elfos no son un problema. Solo hacen travesuras de nada. —Tata se reclinó más en la silla y derribó una baratija de la mesa que tenía al lado—. Los feegles, esos hacen travesuras, pero ¿los elfos? Los elfos son otra cosa. ¿Recuerdas cómo se metía en las cabezas de la gente el Hombre Astuto, Tiff? Les hacía hacer cosas, cosas horribles.

Tiffany asintió, recordando imágenes horribles sin apartar la mirada de la baratija que había caído al suelo. Era un regalo que le había traído de Quirm una nuera, y Tata ni siquiera se había dado cuenta al tirarlo. Tata. La misma que atesoraba todos los regalitos que le hacía su familia. La misma que jamás pasaba por alto algo que se rompía.

—Bueno, pues eso no era nada comparado con lo que podrían hacer los elfos, Tiff —siguió diciendo Tata—. No hay nada que les guste más que ver el dolor y el terror, no hay nada que los haga reír más. Y les encanta robar bebés. Has hecho bien en impedírselo esta vez. Pero vendrán de nuevo.

—Bueno, pues tendrán que morir de nuevo —aseguró Tiffany, rotunda.

—Eso si estás allí —replicó Tata, midiendo el tono.

Tiffany dejó caer los hombros.

—Pero ¿qué más vamos a hacer? No podemos estar en todas partes.

—Bueno —dijo Tata—, ya los expulsamos una vez. Fue difícil, eso está claro, pero podemos volver a hacerlo. ¿Esa elfa tuya no puede ayudar?

—¿Beladona? —respondió Tiffany—. Tal y como están las cosas ahora, no le harían ni caso. La echaron.

Tata pensó un poco y pareció tomar una decisión.

—Hay alguien a quien podrían escuchar. O al menos antes lo escuchaban. Pero habría que convencerlo para que se interesara. —Dirigió a Tiffany una mirada inquisitiva—. No le gusta nada que lo molesten. Pero yo lo visité una vez, con un amigo. —Se le empañaron los ojos con el recuerdo—. Y es muy posible que Yaya y él hablaran alguna vez también. Le gu[[41]](#footnote-41)stan las chicas, eso sí. Una joven bonita como tú podría ser muy bien su tipo.

Tiffany se erizó.

—Tata, no estarás sugiriendo…

—¡No, no, claro! Nada de eso. Solo hablo de… convencer. Se te da bien convencer a la gente, ¿verdad, Tiff?

—Convencer puedo hacerlo —dijo Tiffany, relajándose un poco—. ¿Quién es ese hombre y dónde tengo que ir?

El Hombre Largo. Tiffany había oído hablar mucho del Hombre Largo, el túmulo que llevaba al hogar del Rey de los Elfos, sobre todo de boca de Tata Ogg, que había entrado en él y conocido al rey en otra ocasión en que los elfos empezaban a descontrolarse.

Los académicos habrían dicho que el rey vivía en un largo túmulo de la antigüedad, de cuando la gente no llevaba ropa y no había tantos dioses, y en cierto modo el propio rey era una especie de dios. Un dios de la vida y la muerte y, como opinaría Tiffany después, también de la mugre y los harapos. Los hombres seguían yendo a bailar junto al túmulo, con cuernos en las cabezas y en general con bebida fuerte en las manos. Como era de esperar, les resultaba difícil convencer a las jóvenes de que subieran allí con ellos.

El túmulo estaba compuesto por tres montículos, tres montículos con una forma muy, muy sugerente, que ninguna chica de campo que hubiera visto a carneros y toros en acción podía dejar de reconocer. Siempre había muchas risitas por parte de las aprendizas de bruja la primera vez que pasaban volando por encima y lo veían desde el aire.

Tiffany subió por el camino lleno de malezas, apartando espinos y esquivando árboles, desenredando su sombrero puntiagudo de un arbusto particularmente insistente en un momento dado, y se detuvo frente a la entrada, que era como una boca de cueva. Tenía una extraña reticencia a agacharse y pasar bajo el dintel, más allá del tosco dibujo de un hombre con cuernos y hasta los escalones que sabía que encontraría después de apartar la roca de la entrada.

No puedo encararme a él yo sola, pensó aterrada. Necesito a alguien que al menos pueda contar a los demás cómo morí.

Y una voz muy tenue dijo:

—¡Pardiez!

—¿Rob Cualquiera?

—Ah, sí. Seguímoste siempre, ya sabes. Eres la arpía de las colinas, y el Hombre Largu es una colina de las grandullonas.

—Espera aquí, junto a la puerta, Rob. Esto tengo que hacerlo sola —respondió Tiffany, de pronto segura por completo de que era la decisión correcta. Ella había matado a los tres elfos, y ahora ella tendría que enfrentarse a su rey—. Esto es asuntu de arpías, ya sabes.

—Pero nosotros conocemos al rey —dijo Rob—. Si vamos contigu, podemos pelear contra el muy pámpano en su propiu mundo.

—Esu —terció Pincho Pequeño Peligroso—. Es un rapaciño ben grandullón, ya sabes, pero daré a ese espantu un feegleazo en toda la cara que non olvidará.

Hizo una embestida experimental a una piedra de la entrada, y su cabeza rebotó con un satisfactorio sonido hueco. Tiffany suspiró.

—Eso es lo que dame canguelo… lo que me asusta, quiero decir —respondió—. Quiero pedir ayuda al rey, no cabrearlo. Y sé que los feegles tenéis vuestra historia con él.

—Sí, esu somos nosotros —aseveró Rob con orgullo—. Somos historia.

—¡Sin rey, sin reina, sin señor! —bramaron los feegles reunidos.

—Sin feegles —dijo Tiffany con voz firme. Le vino un repentino fogonazo de inspiración—. Te necesito aquí fuera, Rob Cualquiera —indicó al feegle—. Tengo que hacer mis asuntos de arpía con el rey sin que nadie me moleste. —Calló un momento—. Y por aquí hay elfos, así que si alguno viene buscando a su rey, quiero que vosotros, Rob Cualquiera, Pincho Pequeño Peligroso y todos los demás, impidáis que me sigan. Necesito que me hagáis ese favor. Es muy importante. ¿Entendido?

Hubo algunos refunfuños, pero Rob estaba más alegre.

—Entonces ¿podemos dar a los muy pámpanos una buena carretada de patadas si preséntanse? —preguntó.

—Sí —dijo Tiffany, en tono de cansancio.

Los feegles estallaron en vítores.

—¡Nac Mac Feegle, ue, ue!

Los dejó allí, discutiendo quién vigilaría qué parte del Hombre Largo salvo Pincho Pequeño Peligroso, que daba cabezazos entusiastas a las piedras de la entrada como calentamiento para lo que confiaba en que llegara, y se internó en la apestosa oscuridad, asiendo con fuerza la palanqueta que había llevado y una herradura. Metió la otra mano en el bolsillo y la cerró en torno a la corona del pastor, su terreno, su territorio. Ahora veremos si de verdad soy la arpía de las colinas, pensó, y asió la gran roca que bloqueaba el acceso.

La roca se elevó poco a poco, sin necesidad de usar la palanqueta y agrietándose a medida que Tiffany la hacía ascender más y más. Al otro lado había escalones. El sendero del interior descendía y se oscurecía cada vez más, guiándola hasta el corazón del túmulo.

Hasta un portal entre los mundos.

Hasta el mundo del rey elfo, donde flotaba entre el tiempo y el espacio en su tierra del placer. Hacía un calor sofocante, aunque no había ningún fuego y parecía emanar de la propia tierra.

Y hedía. Apestaba a masculinidad y ropa sin lavar, a pies y a sudor. Había botellas por todas partes, y al final del salón había hombres desnudos luchando, gruñendo y gimiendo mientras se retorcían y forcejeaban con sus rivales, con los cuerpos aceitados como si se hubieran untado grasa de un cubo. No había mujeres a la vista, pues aquella era una tierra donde los hombres se permitían todos los caprichos sin pensar en el otro sexo. Pero cuando vieron a Tiffany, pararon y bajaron las manos para cubrir sus esenciales, como lo habría llamado Tata Ogg, y Tiffany pensó: Ja, por muy grandotes y machotes que seáis, os asusta que cuelgue la salchicha, ¿eh? Yo soy la doncella… pero también soy la arpía.

Vio al rey de las razas élficas. Era tal cual lo había descrito Tata Ogg, incluido el mal olor, pero de algún modo tenía un atractivo apabullante. Tiffany mantuvo la vista fija en los cuernos de su cabeza, intentando no mirarle la salchicha, que era inmensa.

El rey suspiró, estiró las piernas y golpeó la pared con sus cascos, mientras exudaba un olor animal como el de un tejón que ondeó hacia ella.

—Tú, jovencita —dijo perezoso, con una voz que era una invitación al romance, a la perdición, a placeres que ni se sabía que se deseaban hasta ese momento—. Has entrado en mi mundo. Has interrumpido mi diversión. Eres una bruja, ¿verdad?

—Lo soy —confirmó Tiffany—, y he venido a pedir al Rey de los Elfos que sea un auténtico rey.

El rey se acercó a ella y Tiffany intentó no palidecer cuando su hedor se intensificó. Sonreía con lascivia, lo que hizo que ella pensara: Sé quién eres y lo que eres, y me parece que tuviste que caerle bien a Tata Ogg…

—¿Quién eres? —preguntó el rey—. Por tu atuendo, sin duda pareces una bruja, pero las brujas son viejas y algo arrugadas. En cambio tú, chica…

Tiffany pensó: Qué harta estoy a veces de ser joven. Mi juventud ha llamado su atención, pero lo que necesito es su respeto.

—Quizá sea joven, mi señor —dijo con fir[[42]](#footnote-42)meza—, pero como podéis ver, soy una arp… una bruja. Vengo a deciros que he matado a tres de los vuestros.

Con eso debería bastar, pensó, pero solo consiguió que el rey soltara una carcajada.

—Me interesas, chica —dijo desperezándose lánguido—. Yo no hago daño —añadió con pereza—. Yo solo sueño, pero los míos… ay, ¿qué le voy a hacer? Debo permitirles que se deleiten, igual que hago yo mismo.

—Pero sus deleites no son de nuestro gusto —replicó Tiffany—. No en mi mundo.

—¿Mi mundo? —Rió el rey—. Ah, tienes orgullo, niñita. ¿Quizá querrías ser una de mis damas? Una reina necesita orgullo.

—La dama Beladona es vuestra reina —declaró Tiffany con voz segura, aunque le temblaran las piernas por la invitación de las palabras del rey. ¿Quedarme aquí, con él?, chilló su mente. Apretó más la corona del pastor con la mano. Soy Tiffany Dolorido de la Caliza, se dijo, y tengo pedernal en el alma. En voz alta, dijo—: Beladona es mi… invitada. Quizá no sepáis, mi señor, que vuestra reina ha sido expulsada del País de las Hadas por lord Flordeguisante.

En el rostro del rey se dibujó una sonrisa perezosa.

—Beladona… —musitó—. Bueno, espero que disfrutes de su compañía. —Separó las piernas, haciendo tragar saliva a Tiffany, y se inclinó hacia ella—. Empiezas a cansarme, chica. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Que metáis a vuestros elfos en vereda —proclamó Tiffany—. O habrá consecuencias. —Casi le tembló la voz al final, pero tenía que decirse, por supuesto que sí.

Hubo un sonoro suspiro, y luego el rey bostezó mientras volvía a reclinarse.

—¿Vienes a mi morada y me amenazas? —preguntó con una voz que acariciaba—. Dime, señora, ¿qué me importan a mí esos elfos que juegan en tus tierras? ¿O incluso la dama Beladona? Hay otros mundos. Siempre hay otros mundos.

—Pues el mío nunca fue lugar para los elfos —dijo Tiffany—. Jamás fue vuestro. Solo os enganchasteis a él como un parásito y os llevasteis lo que pudisteis. Pero una vez más hay que deciros que estos son tiempos de hierro, y no solo de herraduras, sino de hierro y acero forjados en grandes líneas que cruzan el terreno. Se llama ferrocarril, mi señor, y se está extendiendo por el Disco. La gente se interesa por las cosas mecánicas, porque las cosas mecánicas funcionan, mientras que los cuentos de viejas como mucho no los matan. Y así, la gente se ríe de las hadas, y cuanto más ríen ellos más menguáis vosotros. Veréis, ya dais igual a todo el mundo. Tienen los clacs, el ferrocarril y es un mundo nuevo. Vos, y los vuestros, no tenéis más futuro en él que como historias. —Pronunció la última palabra con desdén.

—¿Historias? —murmuró el rey—. Son las entradas a las mentes de los tuyos, señora. Y yo puedo esperar. Las historias sobrevivirán cuando ese «ferrocarril» del que me hablas sea solo un recuerdo.

—Pero ya no toleraremos que los elfos roben a niños pequeños para jugar con ellos —aseguró Tiffany—. Yo, y otras como yo, quemaremos a quienes se los lleven. Esto es una advertencia, porque aunque preferiría mostrarme amistosa, por desgracia parece que no puede ser. Vivís en tiempos de ferrocarril y deberíais dejarnos en paz.

El rey volvió a suspirar.

—Quizá… quizá —dijo—. Sería divertido descubrir nuevas tierras. Pero ya te lo he dicho, no tengo intención de visitar tu tierra en este tiempo de hierro. Al fin y al cabo, tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Qué pasa con los elfos que ya han cruzado?

—Ah, mátalos si quieres. —El rey volvió a sonreír—. Yo puedo quedarme aquí hasta el fin de los tiempos, y no creo que eso quieras verlo. Pero siempre me han gustado las mujeres, de modo que diré que si los elfos están siendo idiotas, merecen mi reprobación y tu furia. Mi querida señora Dolorido, porque sí, sé quién eres, te aferras a las buenas intenciones como una madre se aferra a su bebé. Y ahora ¿debería dejarte marchar siquiera? Y más cuando estoy buscando… entretenimiento. —Suspiró—. A veces anhelo nuevas diversiones, quizá probar suerte con algo nuevo, descubrir nuevos intereses. Y un nuevo interés podrías muy bien ser tú. ¿Crees que te dejaré salir de mi hogar?

Sus ojos de párpados caídos la acariciaron. Tiffany tragó.

—Sí, majestad. Me dejaréis salir.

—¿Tan segura estás?

—Sí.

Tiffany volvió a cerrar los dedos sobre la corona del pastor, y notó la fuerza que le daba el pedernal de su centro, la forma en que la devolvía a su propia tierra, a su tierra sobre ola. Dio un cauteloso paso atrás.

Y estuvo a punto de tropezar con algo que había en el suelo.

El rey también lo miró. Era una gata blanca, y por primera vez Tiffany captó sorpresa en la voz del rey.

—¡Tú!

Y ahí acabó todo, y Tiffany y Tú ascendieron por la espiral que los había llevado hasta allí. Encontraron a los feegles fuera, patrullando frente a la entrada y aprovechando la ocasión para tener alegres trifulcas con algún árbol que otro, porque los elfos no habían aparecido peru esos árboles eran unos babayus de muchu cuidado, con tanto clavar los pinchos en las testas y las barbas de los feegles. Merecíanse una buena carretada de patadas.

—En fin, no sé si ha servido de mucho —informó Tiffany a Rob al salir del túnel.

—Bueeeno —dijo Rob Cualquiera—. Pues que vengan. Siempre tendrás a tus feegles. Los feegles somos eternos.

—¡Eternos mientras quede bebercio! —matizó Pincho Pequeño Peligroso.

—Rob —replicó Tiffany muy seria—, ahora mismo no os hace ninguna falta beber. Necesitamos un plan. —Pensó un momento—. El rey no va a ayudar… todavía. Pero busca nuevas diversiones. A lo mejor, si le ofrecemos algo de eso, nos verá con mejores ojos y al menos nos dejará en paz, ¿no crees? —Y de verdad nos dejará que matemos a sus elfos, pensó. Había dicho que le daba igual, pero ¿cambiaría de opinión?

—Aj, non problemo —dijo Rob orgulloso, seguro de su capacidad de trazar un PLN—. ¿Ese reyiño de los elfos necesita algo que hacer, dícesme?

—¡Como los hombres de Lancre! —exclamó Tiffany de repente—. Rob, sabes que Geoffrey los ha puesto a todos a levantar cobertizos, ¿verdad? Bueno, pues vosotros una vez construisteis un pub entero. ¿Cuánto puede costaros un cobertizo?

—Ningún problema, ¿a que non, rapaces? —dijo Rob, feliz por tener su PLN—. Démonos el piriño. —Miró a Tú—. ¿Cómu es que tu gata síguete a todas partes?

—No lo sé —respondió Tiffany—. Es una gata. Pueden ir a cualquier sitio. Y además, esta era la gata de Yaya Ceravieja, que no es moco de pavo.

Pero Rob ya no escuchaba. Estaba pensando en su PLN. Y al día siguiente, junto a la boca del Hombre Largo había un cobertizo repleto de cualquier cosa que pudiera requerir un caballero, incluido el hilo de pescar y herramientas de todo tipo, todas hechas de madera o de piedra. Tiffany creyó que quizá contentara al Rey de los Elfos. Pero no tuvo la sensación de que fuera a granjearle su ayuda…

Lord Flordeguisante estaba recostado en un diván forrado de terciopelo, en el País de las Hadas, jugueteando distraído con el collar de plumas que llevaba al cuello y dando sorbos a una copa de vino fuerte.

Lord Lankin acababa de entrar en la cámara. Se inclinó ante su nuevo rey con una espléndida y larga cola roja echada de cualquier manera al cuello, en recuerdo de una incursión reciente.

—Creo, milord —dijo en tono indolente y sedoso—, que nuestros guerreros pronto desearán… mayores deleites en el mundo humano. Las barreras parecen débiles, y los que cruzamos para cazar no encontramos oposición digna de ese nombre.

Flordeguisante sonrió. Sabía que sus elfos se habían dedicado a probar los portales, unos cruzando por las piedras de Lancre y otros retozando cerca de los pueblos de la Caliza, precavidos solo con los hombrecillos pelirrojos a los que tanto gustaba luchar contra un elfo. Los elfos se parecían a los feegles en una característica: si no había nadie contra quien pelear, peleaban entre ellos. Y las trifulcas estaban a la orden del día en el País de las Hadas, tanto que dejaban a la altura del betún hasta a los gatos.

Y los elfos conocían el resentimiento. Les encantaba estar resentidos, y enfurruñarse era una de sus mayores divers[[43]](#footnote-43)iones. En todos los lugares que visitaban había burbujas de problemas, de molestias, habían hecho daño por hacerlo. Robaban ovejas, vacas y hasta algún perro de vez en cuando. El día anterior, Mostaza había sacado un carnero de su rebaño y, sin dejar de reír, lo había soltado en una tiendecita de porcelana para quedarse a ver entre carcajadas cómo bajaba la cornamenta y embestía los estantes.

Pero no había rima ni motivo en nada de aquello. Tenían que enseñar al mundo de qué eran capaces. Quizá, meditó Flordeguisante, se acercaba el momento de encabezar a sus elfos en una incursión de la que los elfos cantarían durante los tiempos venideros.

Una sonrisa cruzó fugaz su rostro fino y aguzado, y con un movimiento de la mano convirtió su túnica en cuero y pieles, con una ballesta ceñida en el cinturón.

—Rodearemos su mundo con un aro de glamour. —Rió—. Id, elfos míos, id a hacer vuestras travesuras. Pero cuando esta franja de luna alcance su gloria henchida, marcharemos juntos en bloque. ¡Esa tierra será nuestra de nuevo!

En el granero de su padre, Tiffany observaba el despertar de Beladona. Le había preparado un tónico nuevo el día anterior, con una buena dosis de verduras recíprocas que habían dormido a la elfa un día entero, dando a su cuerpo la ocasión de recobrar fuerzas.

Y de paso, dando a Tiffan[[44]](#footnote-44)y ocasión de hacer la ronda por las casas sin preocuparse de lo que podrían hacer los feegles en su ausencia. Hasta tendría tiempo de volar a Lancre y ver cómo le va a Geoffrey, si se lo diera otra vez, pensó. Sabía que los feegles no harían daño a una elfa dormida, pero estando despierta… bueno, podían dejarse dominar por el instinto solo con que Beladona hiciera un mal gesto con un delicado dedo. Y por supuesto, tampoco confiaba en la elfa.

—Demos un paseo —dijo mientras Beladona despertaba, se desperezaba y miraba a su alrededor—. Creo que es el momento de que veas a más humanos.

Porque ¿cómo iba a enseñar a Beladona cómo funcionaba el mundo si apenas había visto más que el interior de un granero y a unos cuantos feegles pendencieros?

Llevó a Beladona al pueblo, pasó por delante de la taberna donde los hombres sentados miraban alicaídos sus cervezas y sacaban alguna hez de vez en cuando, dejó atrás las pequeñas tiendas, miró dónde pisaba entre el estropicio que había delante de la tienda Un Plato Para Cada Día de la señora Bruces, recorrió el camino y regresó a las lomas. Tiffany había pedido a su padre que corriera la voz de que tenía a una chica a prueba para ayudarla a mezclar sus medicinas, de modo que nadie la miró directamente, pero Tiffany sabía a ciencia cierta que a ninguno se le había escapado detalle al verlas pasar. Por eso había insistido en que Beladona moderara su vestido de lechera, le quitara lazos, cintas y hebillas y cambiara los delicados zapatitos por un par de botas decentes.

—He observado a los humanos —dijo Beladona mientras recorrían el camino de vuelta—, y no los entiendo. He visto a una mujer que daba unos peniques a un vagabundo. ¿Por qué lo ha hecho, si no tenía nada que ver con el hombre? ¿De qué le sirve? No lo comprendo.

—Es lo que hacemos —dijo Tiffany—. Los magos lo llaman empatía, que significa ponerte en el lugar de otra persona y mirar el mundo desde su punto de vista. Supongo que es porque, en la antigüedad más remota, cuando el hombre tenía que luchar a diario, necesitaba encontrar a otros que lucharan a su lado, y así vivimos juntos y prosperamos juntos. Los humanos necesitan a otros humanos, no tiene más complicación.

—Sí, pero ¿en qué beneficia a esa anciana regalar su dinero?

—Bueno —dijo Tiffany—, supongo que sentirá lo que llamamos «un calorcillo interior», por haber ayudado a quien necesitaba ayuda. Se alegrará de no estar en sus circunstancias. Podría decirse que verá cómo es el mundo de él y… ¿Qué sé yo? Quizá acabe sintiendo esperanza.

—Pero el vagabundo parecía capaz de trabajar en algo, de ganarse sus propios peniques, y aun así ella le ha dado los suyos. —A Beladona todavía le costaba entender el concepto humano del dinero. Por supuesto, los elfos podían hacerlo aparecer a voluntad.

—Bueno, sí —dijo Tiffany—, esas cosas pasan, pero no siempre, y de todas formas la anciana seguirá creyendo que ha hecho [[45]](#footnote-45)lo que debía. Puede que él sea un poco sinvergüenza, pero ella se dice a sí misma que ha sido buena persona.

—Una vez vi a un rey de vuestras tierras, Verence, y no decía a la gente lo que tenía que hacer —dijo Beladona.

—Es porque tiene una esposa que le dice a él lo que tiene que hacer —respondió Tiffany, riendo—. Así somos los humanos. Todos, hasta nuestros reyes y reinas, nuestros barones y señores. Nuestros dirigentes gobiernan por consenso, es decir, nos gusta tenerlos como dirigentes siempre que hagan lo que queremos. Hace tiempo había muchas batallas, pero luego la gente por fin se dio cuenta de que era mejor trabajar en paz unos con otros. Porque una persona sola no puede sobrevivir. Sin duda, los humanos necesitamos a los demás para seguir siendo humanos.

—También me he fijado en que no usas mucho la magia —comentó Beladona—. Y sin embargo, eres bruja. Eres poderosa.

—Bueno, lo que hemos descubierto las brujas es que el poder conviene dejarlo en casa. La magia es complicada de por sí, y puede revolverse y combarse y empeorar las cosas. Pero si te rodeas de otros humanos, tendrás lo que llamamos «amigos», o sea, gente a la que caes bien y que te cae bien a ti.

—Amigos. —Beladona saboreó la palabra, y la idea, en su mente antes de preguntar—: ¿Yo soy tu amiga?

—Sí —dijo Tiffany—. O podrías serlo. —Miró a la gente que pasaba y sugirió a Beladona—: Mira, vamos a probar una cosa. Ahí hay una anciana que intenta cargar una cesta pesada colina arriba. Ve a ayudarla, ¿quieres?, y a ver qué pasa.

La elfa pareció horrorizada.

—¿Y qué le digo?

—Dile: «¿Puedo ayudarla, señora?».

Beladona tragó saliva, pero cruzó el camino y habló con la anciana, y Tiffany aguzó el oído para saber qué respondía la mujer.

—Pero qué moza más amable, muchas gracias. Ojalá hubiera más como tú, que ayudan a las pobres viejas.

Para sorpresa de Tiffany, Beladona no solo cargó con la cesta hasta la cima de la colina, sino también el siguiente tramo de camino, y la oyó preguntar:

—¿Cómo vive usted, señora?

La anciana suspiró.

—Voy tirando. Mi marido murió hace años, pero me doy maña con la aguja y hago cosas. No necesito limosnas. Me las apaño y aún conservo mi casa. Como decimos por aquí, peores cosas pasan en el mar.

Beladona vio marcharse a la mujer y preguntó a Tiffany:

—¿Me das un poco de dinero, por favor?

—Bueno —respondió Tiffany—, las brujas casi nunca llevamos dinero encima. No vivimos en ese mundo.

Beladona alegró el semblante.

—En eso puedo ayudar yo —dijo—. Soy una elfa, y seguro que podría entrar en algún lugar donde haya dinero.

—Por favor, no lo intentes —pidió Tiffany—. Se armaría un buen jaleo.

No hizo caso al gruñido amortiguado que llegó desde un lado del camino.

—Non si non píllante.

—Dásenos muy ben colarnos en sitios, ya sabes —murmuró otro feegle.

Beladona tampoco hizo caso a los feegles. Seguía cavilando.

—Esa mujer no tenía nada en absoluto, y aun así estaba contenta.[[46]](#footnote-46) ¿Qué tenía que pudiera darle alegría?

—Estar viva —dijo Tiffany—. Lo que tienes delante, Beladona, es alguien que intenta vivir tan bien como puede, que es otra cosa que hacemos los humanos. Y a veces «lo mejor que puede» es bueno. —Calló un momento—. ¿Cómo te ha hecho sentir? —preguntó—. Llevar esa cesta, me refiero.

Beladona pareció perpleja.

—No estoy segura —contestó despacio—. Pero no estoy segura de haberme sentido como debería un elfo. ¿Eso es bueno?

—Mira —dijo Tiffany—, según los magos hace mucho, mucho tiempo los humanos éramos más parecidos a los monos. Y ser mono fue una opción muy inteligente, porque a los monos les gusta investigarlo todo. Así que no tardaron en darse cuenta de que si un mono intentaba matar a un lobo grande, pronto sería mono muerto, pero si se juntaban dos monos podían ser unos monos muy felices, y los monos felices crean más monos felices hasta que son un montón de monos que parlotean y farfullan y hablan a todas horas hasta que, al final, se convierten en nosotros. Un elfo podría cambiar del mismo modo.

—Cuando recupere mi reino… —empezó a decir Beladona.

—Alto ahí —dijo Tiffany—. ¿Para qué quieres recuperar tu reino? ¿De qué te sirvió? Piénsalo, porque yo soy la humana que te ha cuidado, la única otra persona a la que podrías llamar amiga. —Miró a la elfa con ojos serios—. Te he dicho que me… que nos parece bien que vuelvas a ser la reina de los elfos, pero solo si de verdad aprendes en el tiempo que pasas aquí. Tienes que estar preparada para vivir en paz y enseñar a tus elfos que el mundo ha cambiado y que ya no tienen sitio aquí.

En su voz había esperanza, la esperanza de que una humana y una elfa pudieran ser capaces de cambiar la historia de los humanos y los elfos.

Una princesa no tiene por qué ser rubia, ni tener los ojos azules y menos talla de zapato que edad, pensó.

La gente puede confiar en las brujas, y no temer a la anciana de los bosques, a la pobre mujer cuyo único delito es no tener dientes y hablar sola.

Y quizá un elfo pudiera aprender a conocer la clemencia, descubrir la humanidad…

—Si aprendes cosas —concluyó suavemente—, quizá puedas construir una clase distinta de reino.



# CAPÍTULO 16

El señor Ladeado

Los ancianos de los pueblos más cercanos a la casita de Yaya Ceravieja se habían encariñado enseguida con Geoffrey. A Tata Ogg y a Tiffany las respetaban, claro, pero Geoffrey les caía bien de verdad.

De vez en cuando le echaban pullas, porque a fin de cuentas hacía un trabajo de mujer, pero cuando subía a su escoba, a veces con la cabra aposentada detrás de él en lugar de atada a su carreta, y salía disparado hacia el horizonte, los dejaba sin palabras.

Incluso cuando tenía mucho trabajo, siempre paraba a charlar, y en todos los cobertizos que visitaba había té haciéndose y una galleta desmenuzada para Mefistófeles. Los ancianos estaban fascinados con el macho cabrío, pero le habían cogido respeto el día en que alguien le dio de beber cerveza para ver qué pasaba y, para su asombro, Mefistófeles danzó como una bailarina y luego dio tal coz a un árbol joven que partió en dos el tronco.

—Ha sido como la gente esa que hace mushi —dijo Jim Pestazo.

—Me parece que no se llama así —replicó Bofetón Tembleque—. ¿El mushi no era una cosa de comer? Allá en… el extranjero.

—Te referías al Un-hombre-sube, un-hombre-baja —intervino el capitán Pacifica—. Es una forma de luchar.

—¡Eso era! —confirmó Jim Pestazo—. Había un tipo en el mercado de Tajada que sabía hacerlo—. Qué sitio más raro es Tajada.

Se quedaron sentados, pensando un momento en Tajada. En su mercado se podía encontrar cualquier cosa, buscando lo suficiente. S[[47]](#footnote-47)e decía que un hombre había vendido a su esposa allí, donde las palabras «libre mercado» se tomaban al pie de la letra, y había vuelto a casa con una carretilla de segunda mano y la sensación de haber salido ganando. Entonces miraron lo que quedaba del retoño y decidieron que Mefistófeles era un macho cabrío muy notable, pero quizá no fuese muy aconsejable inmiscuirse en su alimentación.

Aquel animal tan notable siguió mascando la larga hierba que crecía contra la valla de la taberna como si nada, y al terminar fue trotando a buscar a Geoffrey.

Esa mañana hacía buen tiempo y Geoffrey estaba en casa de Risitas Ladeado. Tiffany le estaba tratando un juanete que se había resistido a sus cuidados semanas enteras. A la bruja hasta se le había pasado por la cabeza incumplir su norma y tratar aquella monstruosidad con magia, para quitársela de encima, cuando Geoffrey decidió pasarse a ver al señor Ladeado un día que Tiffany estaba en la Caliza. Encontró al anciano en la puerta trasera de su casa, a punto de renquear hacia su viejo cobertizo. En lugar de volver a la casita como habría hecho si llegara Tiffany, el señor Ladeado hizo una seña a Geoffrey para que lo siguiera por el caminito que daba al viejo granero. Mientras Geoffrey veía las penurias del anciano con sus viejas botas del ejército, reparó en algo que andaba muy mal.

—Pero ¡bueno! —exclamó el señor Ladeado cuando Geoffrey le sacó el clavo responsable de la bota izquierda—. ¡Si hubiera sabido que era el problema, me habría ocupado yo del muy cabrón! —Miró a Geoffrey con los ojos brillantes—. Gracias, chico.

El viejo señor Ladeado vivía solo, y nadie lo recordaba de ninguna otra manera. Siempre se vestía con mucho cuidado, y en la ciudad podrían haberlo descrito como «sofisticado». Aparte de su mono de trabajo, que se limpiaba mucho pero siempre tenía manchas de pintura y aceite, iba siempre impecable. También lo estaba su casa. En las paredes de la sala de estar, que siempre tenía impoluta, había cuadros de personas vestidas con ropa anticuada. Geoffrey supuso que serían retratos de los padres del señor Ladeado, aunque él nunca los mencionaba. El hombre lo hacía todo con sumo cuidado. A Geoffrey le caía bien, y aunque era un hombre muy cerrado, había cogido cariño al chico.

El cobertizo que había levantado el señor Ladeado, adyacente al viejo granero, también estaba inmaculado. En los estantes había viejas latas de tabaco y frascos, todos ellos etiquetados con meticulosidad. Sus herramientas estaban colgadas de las paredes, ordenadas por tamaño, limpias y afiladas. Tiffany nunca había podido pasar de la sala de estar del señor Ladeado, pero a Geoffrey no había tardado en invitarlo a una taza de té y una galleta en el cobertizo, junto al granero.

Cada cobertizo que visitaba Geoffrey al hacer la ronda de los ancianos era distinto, un reflejo de la personalidad de su ocupante, libre de intervenciones femeninas. Algunos eran caóticos, con montones de chatarra y cosas a medio construir esparcidas por todas partes. Otros estaban más ordenados, como el del capitán Pacifica, que estaba lleno de pinturas, pinceles y lienzos pero conservaba un claro sentido del orden.

Pero no había ninguno tan pulcro como el cobertizo del señor Ladeado. Al llegar, Geoffrey se fijó en que faltaba algo. En todos los demás cobertizos había a la vista al menos un trabajo en proceso, ya fuera un comedero para pájaros a medio hacer o una carretilla desmontada con un asa nueva, pero en el del señor Ladeado no se veía nada parecido. Y esquivó la cuestión cuando Geoffrey le preguntó en qué estaba trabajando.

—¿Qué tiene en mente, señor Ladeado? —inquirió Geoffrey—. Tiene aspecto de haber estado pensando, y sé que eso se le da bien.

El señor Ladeado carraspeó.

—Bueno, verás, chico, estoy construyendo una máquina. No me interesan los comederos de pájaros, los portatazas y esas cosas. Pero las máquinas… —Miró con cautela a Geoffrey—. He pensado que podrían servir de algo, con los problemas que está teniendo la gente.

Geoffrey se sentó con tranquilidad, esperando a que el anciano se terminara el té y tomara una decisión. Al final el señor Ladeado dejó su taza y se levantó después de sacudirse las migas del regazo, barriéndolas con una escobilla y un recogedor que tenía para ese cometido, fregó las tazas, las secó, las dejó ordenadas en una repisa y por último abrió la puerta.

—¿Quieres verla, chico?

Mientras Geoffrey bebía su taza de té con el señor Ladeado en Lancre, en la Caliza la baronesa Leticia daba refinados sorbitos a la suya con la reina Magrat de Lancre, que había llegado sin previo aviso en escoba, aunque en la escoba ondeara la bandera de Lancre con sus dos osos en negro y oro para que nadie dudara que se trataba de una visita real. Había llevado un ramo de rosas del castillo, revolucionando a Leticia y sus empleados y haciendo que la baronesa en persona arremetiera a manotazos contra las telarañas, algunas de las cuales llevaba enredadas en el pelo.

Magrat había sonreído a la vacilante Leticia y le había dicho:

—No quiero hablar contigo como reina, querida, sino como bruja. Siempre lo he sido y siempre lo seré, así que dejémonos de pompa y apariencias, que también sé cómo va. Por un poco de polvo de vez en cuando no pasa nada. Yo tengo partes del castillo llenas, siento decir. Ya sabes cómo es.

Leticia había asentido. Desde luego que sabía cómo era. Y en cuanto a la fontanería… bueno, no quería ni pensar en lo antiguo que era el castillo. Los vetustos retretes acostumbraban a borbotear en los momentos menos adecuados, y Roland decía que si tuviera tiempo podría componer una melodía con los estallidos, gorgoteos y aldabonazos que a veces seguían a sus visitas matutinas.

Aun así, había puesto a trabajar al personal y las dos damas estaban sentadas una al lado de la otra en el salón del castillo, inhalando el humo de turba que salía del hogar. Allí siempre, siempre hacía frío, hasta en verano, y por eso las chimeneas eran tan grandes y devoraban varios arbolitos de una tacada. Desde la cocina se habían apresurado a preparar una bandeja con té y aperitivos… y sí, los sándwiches tenían las cortezas cortadas para darles un aspecto refinado, apropiado para las dos nobles damas. Magrat suspiró, esperando que Leticia al menos hubiera pedido que dieran las cortezas a los pájaros.

También había una bandeja de magdalenas bastante temblorosas.

—Las hice yo —dijo Leticia, orgullosa—. Ayer, a partir de una receta del nuevo libro de cocina de Tata Ogg, Casi todo lo que te ap*[[48]](#footnote-48)*etece engorda. —Se ruborizó un poco y llevó una instintiva y vergonzosa mano a su corpiño, que dejaba claro que Leticia había sido la última en la cola cuando repartían las curvas.

Magrat cogió una magdalena por su papelito con bastante cautela. Algunas recetas de Tata Ogg podían llevar… ingredientes poco habituales, y ella ya tenía tres hijos. Dio mordisquitos a la pequeña magdalena, y las dos damas intercambiaron los cumplidos de rigor, Magrat admirando una acuarela que Leticia había pintado del gigante de tiza que había en las lomas. Era un cuadro muy detallado, sobre todo en la zona sin pantalones. Sin duda, a Tata Ogg le habría parecido excelente, pensó Magrat.

Y luego fue al grano.

—Bueno —dijo—, seguro que no hace falta contártelo, Leticia, pero allá arriba, en Lancre, nos hemos hartado de los elfos. Hay que hacer algo.

—Ay, sí, lamento decir que Roland quiere escribir a la señora Dolorido sobre la oleada de incursiones élficas y preguntarle qué se propone hacer al respecto. Hemos tenido muchísimas quejas, y ha salido a inspeccionar los daños.

Leticia suspiró. Sabía que para su marido, inspeccionar los daños conllevaba más que observar las consecuencias y decir «Vaya, hombre» y «¿Desde cuándo pasa?». Tenía que incluir actos que mostraran a sus arrendatarios que alguien estaba ocupándose del asunto. La esposa de Roland lo había convencido de que no solo era cuestión de dejarse ver, sino que arremangarse y bregar junto a sus hombres era bueno para la moral. Y más si luego pagaba una ronda en la taberna después del trabajo y se convertía no solo en su jefe, sino en casi un amigo.

—Aquí tenemos bastantes hombres, eso está claro —añadió la baronesa—, pero están casi siempre trabajando en las granjas. Sería muy de agradecer que otras brujas nos echaran una mano.

—Y por desgracia, esas somos nosotras —se apresuró a decir Magrat, poniendo énfasis en el «nosotras».

Leticia puso cara de vergüenza.

—No soy bruja de pleno derecho, ya lo sabéis.

Magrat miró a la baronesa. Leticia tenía algo fofo y esponjoso, casi como si se pudiera levantarla del suelo y escurrirla. Pero había brujas de todas las formas y tamaños. Por ejemplo, Tata Ogg y Agnes Nitt estaban rellenitas, y Flaca Alta Bajita Gorda Sally crecía y menguaba con las mareas, despejando cualquier duda sobre lo poderosa que podía ser el agua.

[[49]](#footnote-49)—Querida, te tienes por muy poco —dijo—. Y sé de lo que hablo, créeme. Me da la impresión, querida, que temes no dar la talla como bruja. Todas hemos pasado por eso, es lo normal. Tiffany me ha hablado mucho de ti, ¿sabes? De verdad que no sé lo que habría hecho yo en una casa con un esqueleto chillón. ¿No eras tú la chica que dio una calabaza a un fantasma sin cabeza para que la llevara por ahí? ¿La que regaló un osito de peluche a un esqueleto que chillaba para calmarlo? Puede que no creas ser una bruja, pero toda mi alma dice que lo eres. Ojalá yo hubiera tenido las mismas oportunidades que tú de niña.

—Pero soy la baronesa. Soy una dama. No puedo ser bruja.

Magrat hizo un sonido parecido a «gurrrumf» antes de responder.

—Y yo soy reina, pero no por eso dejo de ser bruja cuando hace falta. Querida, este es el momento en que dejamos de pensar en nosotras y en quiénes somos y empezamos a ensuciarnos las manos. Tiffany no puede combatir sola a los elfos. Esto es la guerra, y no acabará hasta que todos pongamos de nuestra parte.

Sus palabras fluyeron y fueron calando en Leticia.

—Tenéis razón, claro —admitió la joven baronesa—. Por supuesto, Roland estará de acuerdo conmigo, como siempre. Contad conmigo.

—Bien —dijo Magrat—. Tengo una cota de mallas que creo que te vendrá bien. Dime, ¿cuándo puedes partir hacia Lancre? Creo que vamos a reunirnos para hablar de la situación. ¿Sabes volar en escoba o necesitas que te lleven?

Tiffany subió a su escoba. Había oído en el pueblo que la anciana señora Pichón estaba en las últimas, y la había anegado el remordimiento. Sí, tenía dos encomiendas. Sí, tenía el problema de qué hacer con Beladona. Sí, no tenía tiempo para descansar. Pero llevaba más de una semana sin ir a visitar a la mujer, y una anciana podía escurrirse por las grietas de la vida en ese tiempo.

Beladona iba montada tras ella, fijándose en todo con su mirada aguda. Se fijó en que la familia Pichón tenía muy poca tierra, y tan pobre que era sorprendente que pudieran cosechar algo de ella, por lo que dependían sobre todo del pequeño rebajo de ovejas que tenían en su campo junto al arroyo.

Sid Pichón, el hijo más joven, estaba allí, de algún modo muy empequeñecido sin su brillante uniforme del ferrocarril. Tiffany se sorprendió al ver que había llevado a casa a un amigo del trabajo.

Beladona retrocedió.

—¡Un trasgo! Y dentro de casa. ¡Cómo apesta! —dijo asqueada.

Tiffany tuvo ganas de darle una patada.

—Un trasgo muy respetable —replicó al instante, aunque era cierto que olió al trasgo nada más cruzar el umbral, evidente incluso entre las capas de otros olores que convivían felices en aquel sucio hogar. Saludó con la cabeza al trasgo, que estaba sentado con los pies sobre la mesa y comiendo lo que parecía una pata de pollo a la que otros, quizá los gatos, ya habían dado un tiento—. Es amigo de Sid.

—Del Pistón el Vapor, señora —dijo el trasgo con voz viva—. Trabajo el hierro y el acero, ya lo creo que sssí…

—Tiffany —la apremió Sid—. ¿Vienes a ver a la abuela? Está arriba, en la cama.

La vieja señora Pichón en efecto estaba en la cama, y a Tiffany le pareció difícil que volviera a levantarse de ella. La anciana era poco más que unos huesos arrugados, agarrando con dedos escuálidos el borde de un descolorido edredón de retales. Tiffany le cogió una mano… e hizo lo que pudo por la anciana, llevándose el dolor de aquel cuerpo encogido.

Y abajo se desató el infierno.

—¡Sid! Son esas dichosas hadas, o lo que sean. ¡Pues no van y ensucian el arroyo! ¡Está todo amarillo y hay peces muertos flotando! ¡Tenemos que llevarnos las ovejas ya! —La voz del señor Pichón sonaba desesperada al llamar a su hijo.

Mientras el sonido de las botas dejaba la casa, Tiffany mantuvo la concentración y extrajo más dolor a la señora Pichón. Beladona fue a su lado.

—No lo entiendo —dijo—. Ese… trasgo ha salido con los humanos.

—Se llama «ayudar» —repuso Tiffany, aún intentando contener el dolor que había tomado de la anciana—. ¿Te acuerdas?

—Pero los trasgos y los humanos no se gustan —insistió Beladona, confundida.

—Ya te lo he dicho, Del Pistón el Vapor es amigo de Sid. Pero esto no tiene nada que ver con gustarse —dijo Tiffany—. Tiene que ver con ayudarse entre ellos. Si en el campamento trasgo hubiera un incendio o algo así, los humanos irían a ayudar. —Bajó la mirada hacia la señora Pichón, que ya estaba quedándose dormida—. Escucha, tengo que salir un momento. Quédate con la señora Pichón, ¿quieres? Dímelo si despierta otra vez.

Beladona puso cara de horror.

—Pero no puedo… ¡soy una elfa! Ya he cargado con esa cesta. No puedo… ayudar a otro humano.

—¿Por qué no? —restalló Tiffany—. Del Pistón el Vapor acaba de hacerlo. ¿Es que los elfos son menos que los trasgos?

Pero no tenía tiempo que perder, de modo que bajó la escalera y arrojó el dolor a unas piedras apiladas, listas para levantar una pared.

Dio un fuerte y desafortunado estallido, porque había mucho dolor, y quizá por eso la señora Pichón estaba despierta cuando volvió a subir la escalera. Despierta y pidiendo un vaso de agua.

La anciana estaba mirando a Beladona, cogiendo el vaso con una sonrisa desdentada.

—Qué buena chica eres —le dijo con un hilo de voz—. Qué buena chica…

¿Buena chica? ¿Buena elfa?

Beladona se puso las manos en la tripa.

—Creo que ya empieza… —anunció en voz baja, mirando a Tiffany—. Noto como un punto más cálido. Aquí, en el estómago. Un calorcillo interior.

Tiffany sonrió, posó una mano tranquilizadora en la señora Pichón y luego cogió a Beladona del brazo.

—Necesito que me ayudes —dijo—. Los elfos han echado un glamour al arroyo, y pasa por varias granjas. ¿Puedes arreglarlo? —Se detuvo—. Como amiga tuya, Beladona, te estoy pidiendo ayuda. Los feegles pueden ocuparse de las ovejas, pero no de quitar el glamour. Eso es algo que solo los tuyos podéis hacer.

Beladona se levantó.

—¿Un glamour de Flordeguisante? —dijo—. Se quita sin problemas. Ese elfo es débil. Y sí, te ayudaré, Tiffany. Eres mi… amiga. —La palabra sonó rara en su voz, pero tenía una sinceridad indiscutible.

Beladona salió al campo con Tiffany, sorteó a las nerviosas ovejas del patio (algunas de las cuales, por cortesía de los inevitables feegles, habían batido la marca del condado en llegar del arroyo al patio, un cordero usando una sola pata) y llegó con ella al agua borboteante.

Donde cumplió su promesa de arreglarlo.

Y la llamita de calorcillo interior empezó a avivarse…

El viejo granero contra el que el señor Ladeado había levantado su cobertizo estaba repleto de armamento diverso, recuerdos de muchos conflictos, aceitado con amor y etiquetado con esmero.

—Las colecciono —dijo orgulloso el señor Ladeado—. Tengo de todas las campañas en las que intervine y más. Siempre hay que tener las armas preparadas. A ver, no es que tenga nada contra los trolls y los enanos, pero nos hemos enfrentado a ellos más de una vez y más vale prevenir, como digo yo siempre. Alguien suelta lo que no debía y, cuando quieres darte cuenta, estamos hundidos hasta las rodillas en enanos. Y esos te dan por arriba y por abajo. No son de fiar con el arriba ni con el abajo.

Geoffrey contempló las paredes del granero, asombrado. Había maquinaria mortífera por todas partes, si se sabía cómo mirar. Y allí estaba aquel anciano con el que acababa de tomarse una taza de té, sonriendo con los ojos brillantes, dispuesto a lanzarse contra el enemigo, sobre todo si no era humano. ¿Y lo llamaban el Risitas? ¿Cómo habría sido si lo llamaran el Ceños?

—Puedo manejar un torno igual de bien que cualquiera —dijo el señor Ladeado.

—Un torno —repitió Geoffrey—. De ahí sale escobina, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Es un horror si se te mete en el ojo. —Sonrió—. Y podría servir para algo. —Hubo un momento en el que hasta hizo ademán de invitar a Geoffrey a salir, pero no pudo resistirse más. Tenía que enseñar al chico en qué había estado trabajando—. Ven, chaval —dijo—. Echa un ojo a esto. Iba a mantenerlo en secreto hasta que lo acabe, pero a ti te lo puedo contar.

Al fondo del granero estaba lo que parecía un gigantesco saltamontes metálico, con un contrapeso en un extremo y una enorme honda en el otro. Mientras miraba boquiabierto la máquina, Geoffrey cayó en la cuenta de que había visto algo parecido en los libros que le dejaba leer en casa el señor Maneas.

—Parece peligroso.

—Eso espero —respondió el señor Ladeado—. Siempre he querido tener uno de estos, desde que los vi en acción. Los enanos usaban unos parecidos a este que podían tumbar a un troll. Esos enanos saben lo que se hacen, hay que reconocerlo, y yo soy muy aficionado a la táctica defensiva gnoma. —Carraspeó—. Se me ocurrió la idea al ver a los chicos de la taberna hacer la Danza del Palo y el Cubo.

—Ya veo, ya —dijo Geoffrey.

—El capitán Pacifica está muy impresionado —comentó el señor Ladeado—. Así que los chicos y yo vamos a proba[[50]](#footnote-50)rla mañana, pero donde no nos vea nadie.

Estos caballeros ancianos tienen ciertas cualidades, pensó Geoffrey. Que sean viejos no significa que no puedan ser poderosos.



# CAPÍTULO 17

Una discusión de brujas

Cruzando la puerta sin atrancar, lord Lankin entra en una vieja y ruinosa mansión. Sube la escalera chirriante, apagando a soplidos las velas de los candelabros que va dejando atrás, y abre la puerta sin cerrojo para deslizarse sigiloso al cuarto del bebé, donde una joven niñera que mece una cuna levanta la mirada, la cruza con él y saca una afilada aguja de tejer de su cesta…

Sentadas en la sala principal del castillo de Lancre con sus aliados y amigos, Tiffany y las brujas del reino reflexionaban para establecer un plan de batalla.

Había costado mucho esfuerzo llevar allí a todo el mundo y acomodarlo. Geoffrey había hecho un trabajo excelente reuniendo los refuerzos de todos los confines, volando horas y horas en todas las direcciones para transmitir el mensaje de Tiffany a todas las brujas cuyos nombres conocía.

Hasta la ciega señora Chiripa y Flaca Alta Bajita Gorda Sally habían acudido con la señora Proust, desde Ankh-Morpork. Y había un grupo de brujas más jóvenes: Annagramma Halcón, Petulia Ternilla, Cortiza Jaleo y Harrieta Fraude, entre otras. Supervisada con atención por la reina Magrat, Leticia iba marcando su llegada en la lista de Tiffany.

Contar con el apoyo de una reina era conveniente, meditó Tiffany cuando llegó la señora Carcoma y empezó a mangonear a todo el mundo. Magrat segó de raíz esa actitud, ya que hasta la señora Carcoma descubrió que no podía llevar la contraria a la realeza. Pero tratar con un grupo de brujas reunidas era como llevar una bandeja llena de canicas. A las brujas se les daba de maravilla entrarse con mal pie entre ellas, y las pequeñas rencillas aparecían y volaban y desaparecían y empezaban de nuevo. Era una estupidez y todas lo sabían, pero no podían contenerse.

Geoffrey brillaba en situaciones como esas. Siempre que estallaba algún altercado, estaba allí con la palabra perfecta o una sonrisa comprensiva. Daba gusto ver cómo tejía la calma con tanta sutileza, pensó Tiffany. Casi se veía la tranquilidad salir de sus orejas.

—Señoras —dijo Tiffany, abriendo la sesión—, el problema es el siguiente: los elfos han vuelto, esta vez en bandada. Y si no los detenemos pronto, la cosa va a ponerse pero que muy mal. Sé que algunas de vosotras ya os habéis enfrentado a los elfos. —Miró a Tata Ogg y a Magrat—. Pero muchas otras no. Son un enemigo temible.

Beladona estaba de pie a un lado del salón, casi demasiado recatada en su vestido de lechera. No parecía muy temible, pero algunas de las brujas más mayores estaban mirándola como si acabaran de oler algo podrido.

La señora Carcoma chasqueó la lengua y pareció que iba a decir algo, pero Petulia se le adelantó.

—Tiff, ¿estás segura de que deberíamos tener aquí a una elfa oyéndolo todo? —preguntó.

—No te preocupes, mi niña —dijo Tata Ogg—. Si nuestra amiguita intenta cualquier cosa, habrá pirotecnia de la buena. ¡Lo que no habrá es elfa!

—La última vez que ocurrió algo como esto, ¿no intervino el Rey de los Elfos? —preguntó Annagramma Halcón, mirando a Tata Ogg.

—Así es, pero estuvo a punto de no hacerlo. Tiffany ha ido a hablar con él, y parece que el viejo cornudo no está muy interesado —respondió Tata—. De todas formas, tampoco es de fiar.

—El tiempo avanza distinto en su reino —explicó Tiffany—. Aunque decidiera hacer algo, podría ser ahora, el mes que viene o dentro de un año.

—¿Y qué hay de los magos? —preguntó otra bruja—. ¿Cómo es que no están aquí?

Tata dio un bufido.

—¡Ja! ¿Esa pandilla? Para cuando tuvieran un hechizo preparado, los elfos ya habrían arrasado las Montañas del Carnero y estarían muy lejos. —Corrigió la postura y se sorbió la nariz—. No, esto es asunto de brujas. Esos magos se pasan el día con los culos metidos en butacas y las narices metidas en libros. —La última palabra llegó acompañada de una mirada a la señora Carcoma, que por supuesto era famosa por su amor a la escritura.

Magrat metió baza enseguida.

—También tenemos todo el apoyo en Lancre que podemos congregar Verence y yo.

—Es decir, mi Shawn —dijo Tata, s[[51]](#footnote-51)atisfecha. Shawn Ogg era el ejército de Lancre, además de su limpiador de botellas, su mayordomo, su jardinero, su trompetista y, aunque le encantaría librarse de esa labor, el hombre que revisaba los guardarropas y retiraba todas las deposiciones—. Y supongo que mi Jason podrá proporcionarnos unas cuantas herraduras, ya que es el herrero —añadió Tata por si alguna no lo sabía.

Geoffrey carraspeó.

—Yo estoy trabajando en unas ideas con varios caballeros mayores —intervino sin levantar la voz—. Tenemos una… cosa que podría venir bien.

—Y está Hodgesaargh —dijo Magrat.

Hodgesaargh, el cetrero real, era un recurso sorprendente, ya que era inmune al glamour de los elfos, probablemente porque pasaba tanto tiempo con sus amadas aves que una parte de su cerebro se había vuelto como la de un halcón, y por lo tanto se negaba a ceder espacio a ningún otro depredador. Era creencia común que por el mismo motivo los pájaros no le sacaban los ojos a picotazos.

La señora Carcoma rió, confiada.

—¿Y puedo preguntar cuál es el problema? Aquí somos muchas, seguro que más que suficientes para ocuparnos de unos pocos elfos. —Miró con desprecio a Beladona.

Tata Ogg explotó.

—¡No, no somos suficientes! ¿Cuántas brujas tenemos aquí? —Su mirada recorrió la sala—. Diez, quizá doce, unas pocas más si contamos a Geoffrey, Leticia y las aprendizas, pero las brujas mayores con experiencia real somos solo la mitad. Los elfos son traicioneros, y os lanzarán su glamour antes de que os deis cuenta. Vienen en silencio, como un pedo de los que no suenan pero matan, y te llegan antes de que puedas taparte la nariz. Hasta Esme Ceravieja las pasó canutas para resistirse a su poder. Peleó con todo lo que tenía, y todas recordáis cómo era. No pudieron con ella… pero fue por poco. Señoras, estos elfos son terribles. Nos asustamos con razón. Te hacen… cosas. Llegan a ti.

—A mí también me pasó —dijo Magrat—. Su glamour te hace sentir pequeña y despreciable. Las que ya hemos pasado por eso no podemos advertiros lo suficiente a las demás.

—Me temo que estéis exagerando. Esa cosa no tiene nada de glamour —replicó desdeñosa la señora Carcoma, señalando a Beladona.

—Bueno, lo que está claro es que tú nunca te has enfrentado a un hada. O tendrías las cicatrices —escupió Tata. Se había puesto de un color interesante, y Tiffany se apresuró a intervenir antes de que saltaran las chispas de verdad.

—Señoras, señoras, creo que sería adecuada una pequeña demostración del poder de un elfo. Beladona, ¿estarías dispuesta a dejarnos probar tu glamour? —Hubo un respingo colectivo cuando las brujas reunidas comprendieron lo que sugería Tiffany—. Ten cuidado, Beladona. Mucho cuidado. Las que ya nos hemos enfrentado al glamour te estaremos vigilando. De verdad espero que no tengamos problemas.

Y Beladona sonrió… aunque no fue una sonrisa muy amistosa, se fijó Tiffany.

—Señoras —dijo Magrat a las demás, intentando prepararlas—. Ser bruja es no caber en una misma, y también estar al mando de una misma. Sería buena idea vigilarnos unas a otras cuando el glamour empiece a afectarnos.

—¡Paparruchas! —exclamó la señora Carcoma—. Yo soy yo misma, y siempre lo seré. Soy una bruja, penséis lo que quiera que penséis, y no tolero los cuentos de hadas.

Con voz acaramelada, Tata Ogg dijo:

—No, solo los escribe, señora Carcoma.

—Pero no como si fueran reales —replicó la señora Carcoma—. Eso está permitido.

Tata Ogg la miró a la cara y pensó: Ya lo veremos.

—Señoras —dijo Tiffany—, ¿están preparadas? —Hubo asentimientos y síes, de modo que siguió—. Beladona, por favor, muéstranos tu glamour.

Y asió la corona del pastor que llevaba en el bolsillo, porque era un momento en que sabía que iba a necesitar aferrarse a su sentido de la identidad. Yan tan tethera, canturreó para sus adentros. Yan tan tethera.

Beladona empezó poco a poco, llenando su astuto rostro de lechera con una luz brillante, con belleza, con estilo, hasta convertirse en lo más impresionante de todo el salón.

Fantástica.

Maravillosa.

Encantadora.

Tremenda.

El aire se cargó de glamour y Tiffany casi oyó a las brujas combatirlo. Las menos expertas, Annagramma, Petulia, Leticia, Cortiza y Harrieta, de pronto se quedaron flácidas, con caras como de muñecas.

Petulia, al igual que muchas otras brujas, tuvo la seductora sensación de que el mundo le pertenecía en su totalidad. Y entonces su sueño, como los de las demás, se desenmarañó. Pero ¿quién se creía que era? Nadie la apreciaba, nadie la quería. No tenía el menor valor. Nadie la quería. Todo el mundo sabía que no tenía habilidades. Sería mucho mejor si muriera. Cómo mejoraría todo si se limitara a dejar que los cerdos la pisotearan en el lodazal, y aún le pasaría poco. Chilló.

Tiffany dio un paso hacia Beladona y, casi como una burbuja al explotar, la elfa se detuvo y su glamour se desvaneció. Pero todo el mundo en la sala parecía conmovido. Todo el mundo, reparó Tiffany, excepto la señora Carcoma.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó en tono autoritario la bruja mayor—. ¿Qué estáis haciendo todas?

—Señora Carcoma, ¿no ha sentido que era pequeña, repugnante y un absoluto desperdicio de espacio? ¿Que no tenía redención posible?

En el rostro de Letice Carcoma solo se leía el desconcierto.

Beladona la miró, y luego de nuevo a Tiffany.

—Ha sido como topar con una roca —explicó—. Esta tiene algo interesante… algo que le falta. —Se volvió para volver a mirar a la señora Carcoma—. ¿Está segura de que no es elfa? —preguntó.

—¿Cómo te atreves? Soy solo Letice Carcoma. ¡Nadie puede impedirme que sea yo!

—Dónde iría a parar el mundo —dijo Tiffany—. Pero al resto nos ha afectado. Y eso, señoras, era solo una elfa. Imaginen lo que será enfrentarnos a toda una horda.

—Ha sido como ver a mi padre —terció Geoffrey—. Oía una voz diciéndome que no valía para nada y nunca valdría. Que era un ratón, un gusano, alguien por quien no merece la pena llorar. Nunca estaba contento con nada.

Sus palabras llenaron la sala y en las expresiones de las brujas se notaba que todas sabían exactamente de lo que hablaba.

Cuando terminó la demostración y Beladona volvió a lucir su modesto traje de lechera, las discusiones casi se habían extinguido.

—Bueno, hermanas brujas, eso es lo que hay —dijo Tiffany—. Sabemos a por quiénes vamos y lo que tenemos que hacer, que es alejar a los elfos de este mundo. Me extrañaría mucho que pudiéramos matarlos a todos. —Titubeó—. Lo que hemos de hacer es convencerlos de que enfrentarse a nosotras no será fácil y de que quizá fuese muy buena idea volver al lugar del que proceden.

—Bien —dijo la reina Magrat—, ¿y cuánto tiempo tenemos para prepararnos?

Tiffany suspiró.

—No lo sabemos —respondió—, pero siento que vendrán pronto.

Miró a Beladona, que avanzaba hacia el centro de la estancia.

—El cuándo —intervino la elfa— será seguramente con la luna llena. Un tiempo de… finales.

—Esta misma noche, pues —susurró Magrat.

—Y si conozco un poco a Flordeguisante —prosiguió la elfa—, el dónde será en todo frente donde las barreras puedan haberse debilitado.

—¿Qué opinas, Tiff? —preguntó Tata Ogg—. Ya han entrado en la Caliza, ¿verdad? Y han estado aquí arriba, en Lancre, a través de los Danzarines.

Beladona asintió con la cabeza.

—Cruzarán por esos dos portales —dijo—, y luego se extenderán. —Sintió un escalofrío.

Tiffany estaba poniéndose al mando.

—En ese caso, tendremos que combatirlos en dos frentes, aquí en Lancre y allá en la Caliza. —Miró a su alrededor—. Tendremos que dividir nuestras fuerzas.

—Bueno —dijo Tata Ogg—, conmigo puedes contar. Siempre he sido una luchadora. Hay que serlo para hacerse bruja. No tenemos que preocuparnos nosotras, sino ellos. Si puedes derribar a un elfo y darle cuatro patadas, no tendrá tanto glamour como antes. Creedme, hasta los elfos tienen partes blandas que no aceptan bien una bota.

Tiffany echó un vistazo a las botas de Tata. Parecía que las hubiera fabricado un herrero, lo que en el caso de Tata podía muy bien ser cierto. Una patada con esos armatostes y hasta luego, elfo. Quizá no los matara, pero desde luego podría decirse que les habían sacado todo el glamour a puntapiés.

—Saben dónde están los círculos de piedra —dijo—, pero por Trueno y Relámpago que más les vale no acercarse. Porque nosotras también sabemos dónde están las piedras, y los humanos somos listos, y a veces podemos ser feroces. Sospecho que cuando nos hace falta. —Se volvió hacia Beladona, que había estado observando a todo el mundo con atención—. ¿Qué te parece a ti, Beladona?

La elfa sonrió.

—Los humanos sois un pueblo extraño. A veces sois blandos y necios, pero también sorprende lo peligrosos que podéis poneros. Sois muy pocas, y tenéis a gran parte de los elfos desplegados en vuestra contra. Y aun así, creo que ese traidor de Flordeguisante no tiene ni idea de a qué se enfrenta. Y me alegro.

Tiffany asintió. Magrat, Tata Ogg, la sorprendentemente dura señora Carcoma —comprendió que en Letice Carcoma había más de lo que daban a entender las joyas ocultistas y los trajes recargados—, las demás brujas de Lancre, la señora Proust, Geoffrey y Mefistófeles. Tendrían que bastar.

—Creo que todas harán un buen servicio a Lancre —dijo, mirando a su alrededor—, pero yo debo volver a la Caliza. Es mi tierra.

—¿Y quién te ayudará a ti en la Caliza, si se puede preguntar? —inquirió la señora Carcoma.

—Bueno —repuso Tiffany—, está la señorita Lento, que es una mujer formidable, como supongo que todas sabrán, y envía sus disculpas por su ausencia. —O las enviaría, se dijo, si hubiera podido encontrarla otra vez—. Y Leticia. —Miró a la joven baronesa, que intentaba mostrarse valiente—. Y está la propia tierra, claro. Pero recuerden que tengo otros aliados formidables. No estamos solas. —Había tenido un ojo puesto en las escobas amontonadas junto a la puerta, y aunque no estaba invitado distinguió la cara de Rob Cualquiera, y al parecer una porción considerable de su clan. Rió. Seguro que han venido con Magrat y Leticia, pensó—. Señoras, les presento… ¡a los Nac Mac Feegle!

Hubo un bisbiseo entre las brujas mientras el salón empezaba a inundarse de un mar de piel azul y tartán, ya que no todas las brujas habían tenido contacto con los feegles. Tiffany oyó que Tata Ogg susurraba al oído de la reina Magrat, en voz no lo bastante baja:

—Guarda cualquier cosa bebible en el sótano.

—Aj, es usted una arpía cruel, señora, o non llámome Rob Cualquiera —protestó Rob.

Magrat se echó a reír.

—¡Rob Cualquiera, solo tú ya eres una guerra! Os doy la bienvenida al palacio, pero por favor no os lo bebáis todo. Al menos, no hasta que hayamos ganado la guerra.

—Esu sí que es hablar, rapaza… quieru decir, vuestra reinez. Donde hay una guerra, habrá un Nac Mac Feegle. —Hubo un coro de «¡Pardiez!» procedente del clan, y Rob Cualquiera gritó—: ¡Sí, tumbémoslos y vengan esas patadiñas!

Se oyeron más vítores y Yan Grande dio un salto y exclamó:

—¡Que tomen nota esos pámpanos! ¡Non dijimos que seríamos don Finura, sino que llevaríanse buenas patadas!

—Cuando Morag láncese sobre ellos —añadió Hamish—, su pico y sus garras dejaranlos sin alientu. Y la rapaza pesa lo suyo.

—Alégrense de tenerlos de nuestra parte —dijo Tiffany. Miró con severidad a la señora Carcoma, que tenía una expresión altanera—. Es cierto que son diamantes en bruto, pero no encontrarán mejores guerreros en todo el Disco.

Y confió en que la señora Carcoma no oyera los murmullos.

—¿Qué dijo? ¿Es que robamos diamantes de alguna parte? —Wullie Chiflado.

—Es una metáfora, pavitontu. —Rob Cualquiera.

—¿Un metefuera? Peru a nosotros non hay forma de meternos fuera de nada, y ben orgullosos que estamos, ya sabes. —Wullie de nuevo.

—Es un dicho.

—¿A quién llamaste dicho?

Tiffany rió para sus adentros. Por lo visto, la kelda se había preocupado de ampliar el vocabulario del clan.

Rob agitó su espadón en el aire, provocando que un par de brujas retrocedieran unos pasos, y luego subió de un salto a una mesa y miró furibundo al otro extremo del salón.

—Bueeeno, veo que la dama Beladona sigue con nosotros —dijo—. Aj, la arpiíña grandullona y la kelda barrúntanse que non debemos hacer nada con esta elfa, que debemos dejarla en paz. Pero —siguió, sin dejar de mirar a Beladona— non quitaremosle güeyo de encima y ojearémosla sin descansu. Nuestra kelda es blanda, blanda comu la roca, ya sabéis… ¡Non es de las que deja que nadie tompa un votu y sálgase con la suya!

—Mi querido señor feegle —dijo la señora Carcoma—, esto es un concilio de guerra, por lo que deberíamos estar hablando de estrategia y táctica.

—Ah, bueeenu, de esas cosiñas pueden hablar si quieren, pero nosotros somos feegles y non interésannos esas cosas. El truco está en usar el espadón para hacer todu el daño que puédase. Y si non sálete bien, está el último recursu de un buen testarazo.

Tiffany contempló los rasgos de la señora Carcoma y preguntó con voz alegre:

—¿Eso podría hacerlo, señora Carcoma?

A cambio recibió una Mirada, y la señora Carcoma respondió:

—Cabecearé como considere necesario.

Y para sorpresa de Tiffany, las otras brujas aplaudieron y, por una vez, envolvieron de sonrisas a la señora Carcoma.

—Dígotelo yo, más vale que non búsquesle las cosquillas a esa pelleja —dijo Rob Cualquiera.

—Ya créolo, ya —asintió Yan Grande—. Es melindrera como una loba.

—¿Y dónde será esa batalla, pues, arpía de las colinas? —preguntó Rob.

Hubo otro rugido procedente de los feegles, y todo un bosque de pequeñas espadas y garrotes elevándose en el aire.

—¡Nac Mac Feegle, ue, ue!

—¡Menuda patada llevaranse esos pámpanos!

—¡Sin rey, sin reina! ¡Non dejarémonos engañar de nuevu!

Tiffany sonrió.

—Si Beladona acierta, los elfos cruzarán esta misma noche, cuando la luna llena brille en el cielo. Señoras… y Geoffrey —dijo a las brujas reunidas—, ahora descansen un poco. Yo tengo que volver a mi encomienda, pero buenas noches y buena suerte.

—Que las runas de la fortuna nos guíen y nos protejan a todas —añadió la señora Carcoma con voz portentosa, decidida a tener siempre la última palabra.

Tiffany adoraba el pequeño dormitorio que había tenido desde niña. Sus padres no habían cambiado nada y, si no llovía ni había un vendaval, le gustaba dormir con la ventana abierta.

Agotada por el vuelo de regreso en escoba y tensa por la expectación de lo que podría traer la noche pero esperando descansar al menos unas horas, saboreó la atmósfera de la pequeña estancia, encontrando fuerza en su familiaridad.

Una fuerza que procedía de sentirse exactamente donde debía estar. Como una Dolorido.

—Me levanto Dolorido por la mañana y me voy a la cama Dolorido —susurró, sonriendo. Era un chiste que hacía su padre, y de niña siempre había puesto los ojos en blanco al oírlo, pero en ese momento su calidez le envolvió todo el cuerpo.

Y había una pastorcilla de porcelana en el estante.

La abuela Dolorido.

Y junto a ella había dejado la corona del pastor.

De Dolorido a Dolorido, generación tras generación.

Tierra Bajo Ola, caviló. Era lo que significaba el nombre de Tiffany en el idioma de los feegles. Tir-far-thóinn, o «Tiffan», como la llamaba la kelda. El sonido de su nombre era magia, auténtica magia procedente del alba de los tiempos.

Era una noche templada. Se dijo que de verdad debería dormir un poco, porque no serviría de mucho si no descansaba, pero allí se quedó, con la gata Tú hecha un ovillo al calor que daba, escuchando el ulular de los búhos, que llegaba desde todas partes, como avisándola de algo.

Al otro lado de su ventana empezaba a salir la luna, un orbe lleno y plateado que llegaba a los cielos en toda su gloria, para guiar a los elfos hasta allí…

Los ojos de Tiffany se cerraron.

Y una parte de ella, la parte del alma, estaba en una cantera de caliza, con la corona del pastor en la mano, reflejando la luz de la luna llena en sus cinco crestas y brillando, como un acuario salido de otro tiempo.

Oyó el rugido del antiguo mar bajo sus pies, la voz que estaba atrapada en los millones de caparazones diminutos que formaban la Caliza.

Y Tiffany nadaba…

Se acercaban a ella unos peces enormes y extraños, corpulentos, pesados y dentudos.

En ese momento, el doctor Bullicio flotó a su mente y no dejó pasar el pie que le daban las circunstancias.

—Dunkleosteus —dijo el mago mientras pasaba flotando una criatura del [[52]](#footnote-52)tamaño de una casa.

C. Megalodon era un carnívoro inmenso, con más dientes de los que Tiffany había visto jamás de una sola vez. También había escorpiones marinos, unos espantos blindados y con garras. Pero ninguno de ellos le prestó ninguna atención. Era como si tuviera derecho a estar allí.

Y entonces vio un animal más pequeño, una explosión de púas azules que sí reparó en Tiffany.

—Echinoidea —susurró Sensibilidad Bullicio.

—Exacto —dijo la criatura—. Y soy la corona del pastor. En el fondo de mi corazón está el pedernal. Y tengo muchos usos. Algunos me llaman erizo de mar, otros piedra de rayo, pero aquí y ahora, en este lugar, llamadme corona del pastor. Busco a un pastor verdadero. ¿Dónde puede hallarse un pastor verdadero?

—Ahora lo veremos. —Se oyó decir a sí misma Tiffany—. Soy Tiffany Dolorido y mi padre es un rey entre pastores.

—Lo conocemos. Es un buen pastor, pero no el mejor. Debes encontrar al rey de los pastores.

—Bueno —repuso Tiffany—, yo soy solo una bruja, pero ayudaré si puedo. Trabajo mucho, sobre todo para los demás.

—Sí —respondió el equinoideo—, lo sabemos.

Estoy hablando con una criatura submarina, pensó Tiffany. ¿Eso está bien? Primeros Pensamientos, no Segundos, le recordó su mente.

—Qué extraño —dijo la voz del doctor Bullicio en su mente—. Pero no tan extraño como caer por una conejera con una baraja de cartas.

Déjanos darle cuatro vueltas, dijeron sus Segundos y Terceros Pensamientos. Si hubieran aparecido animales marinos parlantes por todas partes, lo sabríamos, así que este lugar debe de existir solo para mí.

La voz llegó de ningún lugar, como si formara parte de aquel océano perdido en el tiempo.

—Tiffany Dolorido es la primera entre pastores, pues antepone los demás a sí misma…

Y notó la corona del pastor calentándose en su mano, con una luz dorada que resplandecía desde sus profundidades. Era una herencia que se había transmitido de generación en generación de los Dolorido, hasta la abuela Dolorido, y luego hasta Joe Dolorido, y por fin hasta la propia Tiffany…

El mar desapareció y volvió a encontrarse en la cantera, pero la magia seguía presente, pues poco a poco, muy poco a poco, vio huesos que se liberaban de la caliza, se alzaban para unirse… y formaban dos armazones…

¡Trueno y Relámpago! Los perros pastores de la abuela Dolorido, los mejores perros que pudiera desear cualquier pastor. Perros dignos de la primera entre pastores.

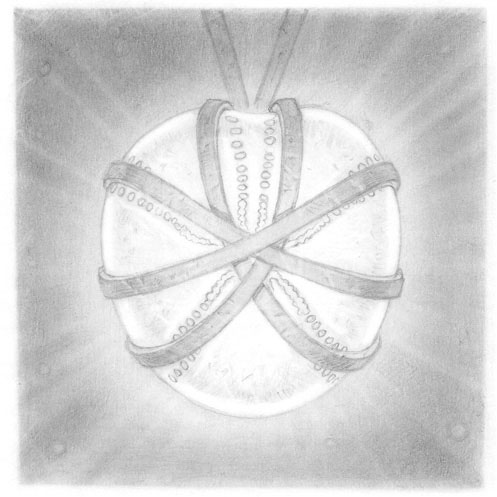
Se quedaron a sus pies, con las orejas despiertas, y Tiffany tuvo la sensación de que casi podía agacharse y tocarlos. Casi, pero no del todo. Porque si los tocaba, si pasaba a formar parte de ellos, ¿también ella se vería llevada a la caliza, se volvería huesos como ellos…?

—A mí, Trueno. Ven aquí, Relámpago —susurró, y aquellas órdenes tan familiares la llenaron de valentía.

De pronto despertó, de nuevo en su dormitorio, con Tú tumbada a sus pies y los enormes ojos de un búho flotando en la penumbra de los árboles de fuera.

Y con alguien dando golpecitos en la ventana.

Mientras tanto, la luna brillaba en toda su gloria sobre los círculos de piedra, iluminando un camino para sus hijos descarriados, que cabalgaron esplendorosos al otro lado…



# CAPÍTULO 18

La corona del pastor

Apareció la cara de Rob Cualquiera, que dijo:

—Los muy pámpanos ya cruzan, señora Dolorido. ¡Empezó!

—¡Pues grita «Pardiez» y lanza contra ellos al clan Mac Feegle! —ordenó Tiffany.

Un grupito de feegles salía de debajo de su cama, el puesto desde donde habían guardado su sueño. Uno parecía haber estado escondido en una bota, y golpeaba los cordones al grito de:

—¡Chupaos esa, espantus intrigueros y retorcidos!

Botas, pensó Tiffany. Ojalá me hubiera traído las botas de Yaya Ceravieja para esta batalla. Me habrían dado fuerza. Y entonces congeló la idea en seco. No. Esta es mi tierra. Mi encomienda. Mis pies. Mis botas. Mi manera…

Pero siguió regañándose mientras se ponía el vestido a toda prisa, pensando que debería haber dormido con ropa. ¿Qué clase de líder eres?

Mientras se ponía las botas entre tropezones, notó un peso en el profundo bolsillo de su buen vestido negro. Sacó la corona del pastor, que creía haber dejado en el estante. ¿Se lo habría metido en el bolsillo antes de dormir, en preparación de aquel momento?

Y preguntó a la luna:

—¿Qué es la corona del pastor? ¿A quién sirve la corona del pastor?

La respuesta cayó en su mente. «Tiffany Dolorido, Tierra Bajo Ola».

Ató el pedernal con una tira de cuero y se lo colgó al cuello deprisa. Iría a la batalla con su poder en el corazón, pensó. El poder de generaciones de los Dolorido. De la abuela Dolorido. De los pastores desde el inicio de los tiempos.

Bajó corriendo la escalera oscura y salió por la puerta, la cerró con llave y no se sorprendió al ver a la gata Tú sentada delante de su escoba, ronroneando con aire altivo. Beladona salió trastabillando del granero, con Pequeño Loco Arthur a su lado.

Y al poco ya volaba a través de la noche plateada, con la elfa Beladona agarrada a su cintura, los feegles en las cerdas de su escoba y los búhos siguiéndola como un batallón de picudos aliados.

En Lancre, Tata Ogg dormía y sus ronquidos podrían haber serrado troncos. De pronto hubo una tenue explosión que podría haberse llamado un grumf y el gato, Greebo, despertó y olisqueó el aire.

Tata sí que había dormido con la ropa puesta. A fin de cuentas, había pensado, quién sabía cuándo iban a llegar los elfos de verdad.

—Greebo, toca la campana del castillo —gritó.

De repente el gato ya no estaba allí, pero había un borrón de gato desplazándose como una exhalación hacia el castillo y dejando un inconfundible olor a Greebo a modo de estela en el aire. Cuando el guardia lo vio llegar corriendo, fue tras él hacia el campanario.

Entre los tañidos de la inmensa campana, la luz centelleó por todo el castillo con velas que se encendieron en cada ventana, seguidas muy de cerca por las del resto de la capital de Lancre. ¡La campana! ¿Qué peligro se les echaba encima?

En el dormitorio real, la reina Magrat dio un codazo a su marido, que todavía estaba frotándose los ojos.

—Verence, ayúdame a abrocharme la rodela, ¿quieres, amor?

El rey suspiró.

—En serio, ¿por qué no puedo ir contigo? Va a ser peligroso.

Magrat sonrió. Era la sonrisa que se dedicaba a los maridos atentos pero que a veces se ponían pesados. No era una discusión nueva.

—Hombre, alguien tendrá que quedarse en casa —explicó Magrat—. Es como en el ajedrez, ya sabes: la reina salva al rey.

—Sí, cariño —dijo el rey.

Abrió el armario donde estaba la armadura de la reina Ynci, la guerrera más temible que había conocido Lancre. O al menos, eso decían los relatos, aunque en realidad no había existido. Pero el pueblo de Lancre no había permitido que una minucia como esa le impidiera añadirla a su historia, así que habían encargado una armadura completa a juego con un retrato. Magrat había llevado la armadura la vez anterior que se enfrentó a los elfos, y le parecía adecuado volver a ponérsela.

Al abrirse la puerta del armario, Magrat creyó oír una sutil llamada a las armas. La armadura de la reina Ynci tenía vida propia y siempre resplandecía, hasta en la oscuridad. Verence la ayudó con las correas de la cota de mallas y Magrat se puso las hombreras (a las que ella llamaba «hembreras» en secreto), metió los pies en las sandalias de gruesas suelas y repletas de pinchos y coronó el resultado con el casco alado. Lo último fue ponerse el tahalí de cuero en el cinturón.

Verence fue a darle un abrazo, pero pensó que mejor que no. De todos modos, había demasiados pinchos. Pero amaba a su esposa sin medida, así que volvió a intentar presentarse voluntario para participar en la lucha que venía.

—Magrat, mi amor —murmuró—, da mucha vergüenza que el rey no pueda pelear.

—Eres muy buen rey, Verence —dijo con firmeza su esposa—, pero esto es asunto de brujas. Y alguien tiene que cuidar de la gente y de nuestros hijos.

La reina se tambaleó por el peso de la armadura, y susurró una pizca de magia entre dientes: «Reina Ynci, reina de reinas, vuelve ligera tu armadura». De pronto se sintió fuerte, más fuerte que nunca en la vida.

Cogió una ballesta con una mano, su escoba con la otra y casi voló escalera abajo hasta la sala principal, donde las otras brujas, casi todas a medio vestir, la vieron y se lanzaron a una carrera de conjeturas alocadas. Las conjeturas alocadas podían adoptar cualquier forma y cada bruja, algunas aún en ropa interior, se quedaron mirando a la reina y dedicándole conjeturas que fueron acumulándose contra las vigas.

Con la voz de la reina Ynci, Magrat gritó:

—¡Arriba, muchachas, y a por ellos! ¡Ya ha empezado, así que os quiero a todas con las enaguas más resistentes y subidas a las escobas pero ya! —Fulminó con la mirada a la única bruja que se había vestido por completo y estaba impecable en menos de tres minutos, para sorpresa de todas—. Eso va también por usted, señora Carcoma.

Hubo un leve alboroto al fondo del salón, seguido de un abrupto impacto y un grupo de brujas que dejaban de moverse de sopetón.

—¿Qué ocurre? —gritó Magrat, aún con la voz de la reina Ynci.

—Es solo Flaca Alta Bajita Gorda Sally, que ha metido las dos piernas en la misma pernera —dijo la señora Proust.

Las brujas que rodeaban a Flaca Alta Bajita Gorda Sally, que estaba menuda y bajita como una tempestad acechante, la pusieron de pie al momento. La señora Carcoma, con gesto muy ufano, declaró:

—He consultado mis cartas y los presagios son favorables.

—Bueno, será por presagios —dijo la señora Proust—. Yo misma tengo un buen montón. Al fin y al cabo, todas somos brujas.

Y el espíritu de la reina Ynci imbuyó a Magrat, que ordenó:

—A volar.

En el viejo granero del señor Ladeado, Mefistófeles despertó a Geoffrey apoyándole una pezuña con delicadeza. Geoffrey saltó del catre de paja y descubrió que los ancianos que se habían preparado para la batalla acampando en el granero con él ya estaban de pie, chirriando un poco y yendo al retrete en un cubo.

Geoffrey miró a los hombres. Habían pasado casi toda la tarde bebiendo y contando historias de los tiempos en que todos eran jóvenes y guapos y no tenían que mear tan a menudo.

Se las habían ingeniado para obtener un permiso de ausencia de sus esposas, a las que habían hecho creer que solo iban al granero para tomar unas jarras y recordar los viejos tiempos. Las esposas, como solían hacer, habían engalanado a sus hombres con grandes bufandas, manoplas con cordel y unos sombreros de lana que por desgracia tenían pompones.

El capitán Pacifica, al que los ancianos reconocían como su comandante militar, dijo:

—Vamos a sacar el dichoso trasto del Risitas.

Geoffrey miró a los guerreros del capitán y suspiró para sí mismo. ¿Lo lograrían? Eran viejos. Y entonces pensó: Sí, son viejos. Llevan mucho tiempo siendo viejos, lo que significa que han aprendido muchas cosas. Como a mentir, y a ser astutos y, sobre todo, a ocultar sus pasos.

—Combatiremos en las montañas, combatiremos en los peñascos, combatiremos en las colinas y en los valles. ¡No nos rendiremos jamás! —bramó el capitán Pacifica, y su arenga despertó vítores en la tropa.

—¡Me encanta el olor del esfumino por la noche! —[[53]](#footnote-53)gritó Bofetón Tembleque, blandiendo lo que parecía una bayoneta oxidada y, lo más preocupante de todo, haciendo honor a su apellido—. ¡Huele a victoria!

Mefistófeles dio un gruñido cuando Geoffrey lo ató a su pequeña carreta, que los ancianos habían cargado de sacos misteriosos antes de echarse a la bebida, y los dos siguieron a los hombres fuera del granero.

No hizo falta que el capitán Pacifica ordenara sigilo a sus hombres. Ya eran sigilosos. Lo que habría dado problemas sería hacerlos correr deprisa. Y con sigilo, se adentraron en el bosque y lo cruzaron hasta el lugar donde habían escondido el artilugio del señor Ladeado, camuflándolo con ramas.

Geoffrey los miró mientras sacaban al claro el proyecto del señor Ladeado. Tenía un aspecto ominoso. Rodeado de matorrales. Esperando su momento. Como un insecto gigante.

Y ay de a quien picara.

Junto al círculo de piedras llamado los Danzarines, lord Lankin estaba exultante. Sus elfos bailaban en torno a las piedras, entrando y saliendo del círculo y dando un metafórico tirón de nariz al Flautista, el Tamborilero y el Saltimbanqui, las tres piedras más conocidas. El poder del portal era débil y el glamour de los elfos era… temible.

—¡Ni siquiera han venido a esperarnos! —se regodeó lord Lankin—. Qué idiotas son los humanos. Si bajamos por estos bosques, podríamos llegar al centro de Lancre en una sola gran carga. Y la luna está llena y de nuestra parte.

Bajo la plateada luz de la luna, los elfos, algunos montados en caballos con tintineantes campanillas en los arreos, descendieron por la ladera hacia el bosque.

Pero al acercarse al borde de la arboleda, Lankin vio a un joven humano que salía al sendero con un animal a su lado. Era una cabra.

—¿Quién eres, niño? —exigió saber—. Hazte a un lado. Soy un príncipe de los elfos y estás en mi camino. Muévete o probarás mi contrariedad.

—Bueno —dijo Geoffrey—, no veo motivo para hacerlo. Le aconsejo que dé media vuelta, señor, y se marche por donde ha venido si no quiere pagarlo caro.

Lord Lankin estalló en carcajadas.

—Te llevaremos con nosotros, niño, y las cosas que usaremos en ti cuando estemos en casa no te gustarán nada. Será tu suplicio, en penitencia por contradecir a un príncipe de los elfos.

—Pero ¿por qué, señor? No le deseo ningún mal. No voy armado. ¿Podríamos tomárnoslo con calma? Parece que está disgustado conmigo, y lo lamento. —Geoffrey dejó de hablar. Intentaba tejer una paz entre ellos, pero era como tratar de poner de acuerdo a la espada y la pared—. Seguro que podemos solucionarlo como personas civilizadas —concluyó.

—Ahora, joven —chilló lord Lankin— es cuando has pisado la cola de la serpiente.

Geoffrey, calmado, replicó:

—Creo que no es el caso. Lo conozco, caballero. Sé lo que es. Es un matón. ¡Y créame que de matones sé un par de cosas! Los he sufrido toda la vida. Y créame, usted no es el peor de todos.

—No eres nada, chico. Te mataremos de todas formas. ¿Y por qué una cabra, por cierto? Son unos animales muy tontos.

Geoffrey sintió cómo se evaporaba su calma. No valía nada. Era un gusano. Un pelagatos. Se sintió impotente, como si fuese de nuevo un bebé… Y mientras el elfo seguía hablando, a la mente de Geoffrey llegó un eco. «Aunque te deje vivir, nunca llegarás a nada». En esa ocasión era la voz de su padre, que lo paralizó donde estaba.

El príncipe elfo preguntó, con voz sedosa:

—¿Estás llorando, niñito?

—No —dijo Geoffrey—. Pero puede que tú lo hagas. —Sus ojos reflejaron el brillo de la cola roja de zorro que se mecía en un cordel de cuero sobre el pecho del lord, y notó cómo empezaba a acumularse la rabia—. No estamos aquí para vuestras… cacerías —afirmó, expulsando el glamour de su mente con un esfuerzo titánico de voluntad.

Hizo entrechocar los dientes y Mefistófeles se abalanzó sobre el elfo.

Fue como el ballet pero acelerado. La Picadora de la Oscuridad hizo una peligrosa cabriola. Primero se valió de sus dientes, luego dio una coz terrible y terminó con los cuernos. Lord Lankin dio vueltas en el aire, coceado y vapuleado desde todas las direcciones, y los demás elfos retrocedieron para salir del alcance del torbellino.

Y Geoffrey dijo al príncipe apaleado:

—Solo eres un embustero. Y he descubierto tu embuste. —Y gritó—: ¡Ha caído, caballeros! ¡Machaquémoslos!

Las ramas se apartaron y resonó un tañido mientras el señor Ladeado bramaba:

—¡Sombreros puestos y ojos cubiertos, chicos!

Y el aparato cantó, alzando su brazo al aire y llenándolo de una titilante escobina y una espantosa muerte que salía de la nada y caía sobre los elfos.

—¡Me encanta el olor de la escobina por la noche! ¡Huele a victoria! —exclamó Bofetón Tembleque.

—Escobina —dijo Tata Ogg admirada, desde el flanco del bosque donde esperaba con varias otras brujas, dispuestas a efectuar lo que el capitán Pacifica había llamado una maniobra de pinza, coordinadas con la señora Carcoma y las otras brujas que había al otro lado—. Son como trocitos de hierro —explicó a las brujas que estaban con ella—. Muy pequeños. Muy buena jugada, porque si se la tiras a los elfos, ya no conocen más que el dolor. ¡Trocitos de hierro por todas partes! Pero ¡por todas!

La Máquina del Palo y el Cubo de Lancre cantó de nuevo. Y de nuevo. Y cada tañido llegaba seguido por los gritos de guerra entonados en antiguas batallas, que rivalizaban con los de los feegles. Aquel día, los ancianos eran más jóvenes de lo que habían creído.

Y en efecto, los elfos cayeron y fueron machacados, aullando de dolor cuando el terrible metal les arrancaba su glamour y los dejaba retorciéndose en el suelo. Muchos de ellos reptaron colina arriba hacia los Danzarines, y los que se habían librado de la lluvia de escobina se encontraron rodeados por las brujas.

Desde un flanco, Magrat cargó para hacer la vida imposible a los elfos que quedaban, escudada de su glamour por la armadura que llevaba y disparándoles flechas letales con la ballesta y fuego desde las puntas de sus dedos, haciendo caer del cielo a los que habían cabalgado a la batalla en tallos de milenrama, destruidos por las llamas.

Desde el otro lado, los elfos sufrieron el asalto de la señora Carcoma. Y no tenían ni idea de cómo imponerse a ella. La bruja daba voces como una espantosa directora de escuela, y no eran capaces de llegar a ella. Era inmune a su glamour. Además, tenía un paraguas recién abierto y era increíble los problemas que estaba dando a los elfos, empujándolos con los radios metálicos y atacando zonas sensibles con la puntera.

—¡Esta dama no retrocede! —vociferó la señora Carcoma.

Se elevó entre ellos como un remolino y, ya que los elfos no volaban, Flaca Alta Bajita Gorda Sally se volvió muy gorda y pesada y fue rebotando y cayendo sobre ellos. Mientras tanto, la señora Proust arrojaba a los elfos sus artículos de broma, que por una vez funcionaron como en los anuncios y los atraparon en bucles mágicos que les arrebataban el glamour y lo usaban en su contra.

Las brujas más jóvenes daban raudas pasadas sobre la batalla, cayendo en picado desde los cielos en sus escobas y lanzando hechizos a todos los elfos que veían: el fuego los hacía arder, el viento lanzaba tierra a los hocicos de sus caballos y locura a sus mentes hasta ponerlos de manos y derribar a sus jinetes elfos. Se oyó un crujido cuando Tata Ogg llegó al frente con sus enormes botas. Las que tenían clavos por todas partes.

Petulia se enfrentaba a un elfo en una batalla de un tipo distinto. El elfo proyectaba hacia ella su glamour, haciendo brillar el aire con titilantes esquirlas, y Petulia se resistía con su voz suave y su voluntad potente, con unas palabras hipnóticas e irresistibles que aburrían al elfo igual que aburrían a sus queridos cerdos, como una nana que lo hizo caer con efecto dramático a sus pies.

—¡Ja! ¡Más fáciles que los cerdos! —dijo Petulia—. Son menos listos.

Y se volvió hacia su siguiente adversario.

Entonces llegó Hodgesaargh, con su halcón gerifalte favorito en la muñeca. Se trataba de lady Elizabeth, una descendiente de la famosa lady Jane. Le quitó la caperuza y el ave se lanzó gozosa a la refriega, apuntando al elfo más cercano entre los ojos con sus afiladas garras. Luego entró en juego su pico.

Lo cierto es que la batalla de Lancre tardó bastante poco en concluir. La reina Magrat hizo que llevaran a su presencia a todos los elfos que habían sobrevivido.

—Hasta los trasgos son más listos que vosotros, y ahora trabajan con nosotros —les dijo, alta y orgullosa en su armadura pinchuda, bajo el fulgor plateado de las alas de su yelmo a la luz de la luna—. Nos hemos hartado de esto. Podríais haberlo tenido todo. Ahora volved a vuestras tierras desoladas, y regresad como buenos vecinos… o no regreséis.

Los elfos se encogieron de miedo. Pero lord Lankin, con sus galas de guerra hechas harapos y su cuerpo ensangrentado por la espantosa escobilla, siseó en desafío mientras se retiraba.

—Quizá hayáis ganado esta batalla —masculló—, pero no la guerra. Lord Flordeguisante pondrá a este mundo de rodillas ante los elfos.

Y desaparecieron.

Tata Ogg dijo, muy seria:

—A mí me da, chicas, que esto funciona así: nosotras luchamos contra los elfos cada vez y ellos siempre siguen apareciendo. A lo mejor no está tan mal, ¿no creéis? Así no nos dormimos en los laureles. Así nos manchamos las manos, recordamos cómo se pelea. Y a fin de cuentas, la vida consiste en pelear contra todo.

Pero luego rió, al oír a los ancianos caballeros que remontaban la colina cantando:

—Había una chica de Islas Marrones, con piernas largas como escobones…

Por fortuna, el capitán Pacifica hizo callar a sus hombres al recordar justo a tiempo cómo terminaba la estrofa. Se inclinó hacia Tata Ogg y le dijo:

—Cruzan por los Danzarines, ¿verdad? Pues rodeemos las piedras con un anillo de escobina y se acabó lo que se daba. Se quedarán atrapados para siempre.

—Bueno, supongo que sería un buen principio —reconoció Tata.

Pero lord Lankin llevaba razón en una cosa. Los elfos podían haber perdido la batalla en Lancre, pero la guerra no había terminado. A muchos kilómetros en dirección Periferia, lord Flordeguisante había cruzado al mundo por el círculo de piedras de la Caliza, con una tropa de guerreros de élite a su espalda.

El montículo se convirtió en un hervidero cuando los Nac Mac Feegle salieron de todos sus recovecos para luchar. Había calor y ruido por todas partes. Nadie lo habría llamado un termitero delante de los feegles, a no ser que quisiera recoger sus dientes del suelo, pero tenía el mismo ajetreo. Hasta podría decirse que su vanguardia avanzaba como una locomotora, pero al tratarse de guerreros feegles, había camorra en las filas, como todo el mundo sabía que se comportaba siempre el clan.

Cuando Tiffany llegó al montículo con Beladona, la muchedumbre se desplegó en dirección a las piedras.

Los elfos habían tomado el portal.

Y avanzaban hacia ellas como una espléndida banda de lores y damas, resplandecientes a la luz de la luna. El aire se impregnó de su glamour.

La señorita Lento los estaba esperando. Tenía una pizarra apoyada en unos palos que había atado para construir un caballete. En ella estaba escrita la palabra «PLN» y, con la determinación de una profesora a no dejarse interrumpir por nada en plena lección, exigía con voz insistente a los feegles jóvenes que prestaran atención mientras ataba a su escoba una extraña red, un embrollo de nudos y lazos meticulosamente entrecruzados.

—Y recordad, hay que mantenerlo de una pieza —estaba exigiéndoles.

Al cabo de pocos minutos estalló la melé. En realidad, la melé de melés. El aire picaba y Tiffany sintió crecer la electricidad estática. ¿Cómo podían ser tan estúpidos los elfos, pensó, de atacar en plena tormenta? ¿Es que no recordaban cómo había usado el trueno y el relámpago para derrotarlos una vez? El cielo crepitaba. Los pelos de la cabeza le hacían cosquillas. Tiffany veía todos los signos de que iba a caer un chaparrón de aúpa, identificaba los preliminares de una tormenta enorme.

Mientras Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula tocaba un himno de batalla con su gaita de ratón, transportada a la tonalidad exacta para atacar el oído élfico, llegó el lejano chirrido de un tren en Doscamisas. Un rugido de hierro y acero, un bramido que gritaba al viento: «¡Este no es mundo para elfos!».

Los feegles y los elfos se habían enzarzado en combate, un combate en que ningún bando daría cuartel al otro. Tiffany vio que los feegles llevaban la batalla a su manera especial, que incluía colarse en la ropa de los elfos y socavarlos desde dentro. Si había algo que odiaban de verdad los elfos, era que les destrozaran la ropa, y tener un ojo morado tampoco les mejoraba mucho la imagen. No se puede ir de sofisticado con un ojo a la funerala, pensó Tiffany.

De repente se echó a reír. Hacía mucho tiempo que no veía a Horacio el queso, pero estaba rodando con todo su peso por encima de los elfos caídos, y cuando los aplanaba un poco entraban en acción los feegles jóvenes, o más bie[[54]](#footnote-54)n entraban en acción sus pesadas botas, aunque también sus garrotes de doble diversión que giraban en el aire, que daban trastazos a los elfos en la cabeza y luego volvían alegres para repetir. Y sí, entre ellos estaba Maggie, ¡una feegle luchando junto a sus hermanos! Y en realidad, con más fiereza que ellos. Tiffany pensó que era como una Ynci pequeñita. La doncella feegle había esperado a que ocurriera algo como aquello para demostrar su valía, así que pobre del elfo que se interpusiera. Era un pequeño paso para una rapaciña… pero ¡un gran paso para todas las mujeres feegles!

La señora Lento había despegado con la extraña red de cordel colgando bajo su escoba, repleta de feegles jóvenes. Cuando tiraba de un nudo tras otro, los Pequeños Hombres Libres iban cayendo y se estampaban de cabeza contra sus enemigos. ¡Pam! ¡Clac! ¡Troc!, seguidos del ¡Aaargh! de los elfos.

Además, la bruja llevaba frasquitos de pociones que había mezclado en su caravana y se dedicaba a vaciar con alegría en las cabezas de las monturas de los elfos al pasar por encima. A medida que cada caballo absorbía el brebaje, se le cruzaban los ojos, seguidos de inmediato por los cascos, y su jinete derribado al perder el equilibro y caer al suelo se cubría de feegles al instante.

Había llegado Leticia, convocada por Hamish, que desmontó con el rostro decidido y una cota de mallas prestada sobre el vestido. Pareció fluir entre los elfos, con movimientos dotados de algún tipo de magia, como si fuese una especie de diosa del agua que llegaba en torrente a todas partes. No había pensamiento en ellos, pero tampoco pausa. De repente, los caballos élficos que quedaban en pie se vieron varados en un cenagal, a cuyo borde se acercaron los feegles para evitar que saliera nadie.

Sin embargo, no daba la impresión de que los feegles, la señorita Lento y Leticia estuvieran imponiéndose a los elfos. Pese a que los Pequeños Hombres Libres asediaban la ropa interior de su enemigo y la hacían trizas, Tiffany comprendió que en realidad los Nac Mac Feegles corrían peligro de perder.

Beladona señaló a Flordeguisante, que iba a lomos de un corcel negro, y Tiffany voló para enfrentarse al líder de los elfos. Sus secuaces se dispersaron al verla llegar, porque habían visto la expresión en los rasgos de la bruja.

Pero Flordeguisante reía.

—Ah, la pequeña campesina. ¡Cuánto me alegro de verte!

Tiffany sintió el tirón de su glamour, pero la ira era una herramienta útil, y cómo odiaba esa cara tan sonriente. Tan egoísta. Que tanto se amaba a sí misma por encima de cualquier otra cosa.

—Flordeguisante es un nombre muy ridículo para un elfo de tu tamaño —le dijo, en un arrebato algo infantil.

De un solo movimiento, el elfo saltó de su caballo y se plantó frente a ella con un sable en la mano, ya sin reír y con ojos de pura maldad.

Una voz ordenó:

—No le toques ni un pelo, Flordeguisante.

Beladona se acercaba a ellos con el glamour restaurado por completo y brillando en todo su esplendor, su cabello veteado de plata lunar y sus nuevas alas resplandecientes. Volvía a tener el porte de una reina, paseando una mirada lánguida por los guerreros que había a la espalda de su traicionero señor, y tenía tal poder su presencia que hasta los feegles se detuvieron y guardaron un gélido silencio.

—¿Por qué seguís a este elfo… pérfido? —preguntó la reina a sus congéneres—. Yo soy vuestra reina legítima, y digo que no tenéis por qué hacer esto. Hay… otras maneras. —Se volvió en redondo y su vestido de terciopelo ondeó en torno a su forma esbelta—. Es lo que he aprendido. Y esta chica —añadió señalando a Tiffany— es mi amiga.

Tiffany no pudo impedir lo que sucedió a continuación.

—¿Amiga? —escupió Flordeguisante—. No hay amigos para los elfos.

Alzó el brazo y su sable hendió a Beladona con un siseo terrorífico. La reina elfa cayó, se derrumbó sobre el suelo a los pies de Tiffany, y allí se retorció un momento que pareció durar siglos, mientras aparecía y desaparecía un millar de rostros que cobraban y perdían sustancia, antes de yacer quieta por fin, hecha un miserable ovillo. Tiffany dio un paso atrás, conmocionada. ¡Flordeguisante había matado a la Reina de las Hadas!

Y lo que era peor, había matado a su amiga.

Un gozoso Flordeguisante volvió hacia Tiffany su cara afilada y cruel.

—¡Te has quedado sin amiga!

De pronto el aire se llenó de hielo.

—Has matado a una de los tuyos para hacerme daño, condenado elfo —dijo Tiffany con voz gélida pero la rabia bullendo al rojo vivo en su interior—. Beladona quería probar una manera nueva, una alianza entre humanos y elfos, y ahora la has matado.

—¡Qué imbécil eres, niña! —la azuzó Flordeguisante—. ¿Crees que puedes plantarme cara? ¡Serás necia! Los elfos conocíamos bien a la bruja que una vez recorrió los bordes de este mundo… pero ¿tú? Tú eres solo una cría orgullosa de haber tenido suerte una vez contra una reina en desgracia. —Miró con desdén el montoncito que había sido la reina del País de las Hadas—. Y ahora te veré muerta, igual que a tu amiga.

Escupió la última palabra y su glamour serpenteó hacia ella, infiltrándose en su cabeza, en sus pensamientos.

Tiffany retrocedió, con el repentino recuerdo de la voz de Tata Ogg: «Yaya Ceravieja me dijo que serías tú la que tendría que afrontar el futuro. Y ser joven solo significa que tienes futuro a montones». En fin, quizá Yaya Ceravieja se hubiera equivocado. Tiffany no parecía tener mucho futuro por delante.

Había fallado a todo el mundo.

Había intentado ser la bruja de dos encomiendas. Y los había decepcionado a todos…

Había ido a ver al Rey de los Elfos. Y él la había rechazado…

Se había hecho amiga de Beladona. Y la reina elfa estaba muerta…

Se enfrentaba a un poderoso lord elfo que la mataría…

Merecía morir…

Estaba sola…

Y entonces se le ocurrió. No merecía morir. Y no estaba sola. Nunca lo estaría. No mientras tuviera su tierra bajo las botas. Su tierra. La tierra de los Dolorido.

Era Tiffany Dolorido. No Yaya Ceravieja, sino una bruja por derecho propio. Una bruja que sabía a ciencia cierta quién era y cómo quería hacer las cosas. A su manera. Y no había fracasado, porque en realidad apenas había hecho más que empezar…

Se irguió. Glacial. Furiosa.

—Me has llamado pequeña campesina —dijo—, y ahora me encargaré de que el campo acabe contigo.

La tierra le hablaba, la llenaba, hacía a un lado el glamour del lord elfo como si nada, y el aire crepitaba con el relámpago. Sí, pensó. Trueno y Relámpago. Los dos perros habían muerto mucho tiempo antes y estaban enterrados en las colinas junto a la abuela Dolorido, pero su fuerza la acompañaba.

Y se mantenía firme, con los pies en su territorio y el antiguo océano de debajo murmurando su marea a través de las suelas de sus botas. Tierra. Agua.

Alzó los brazos.

—Trueno y Relámpago, yo os reclamo.

Fuego. Aire. Tiffany recurrió al poder de los dos perros pastores y en el aire centelleó un relámpago, retumbó un trueno. La corona del pastor brilló dorada en su pecho, en el corazón de todas las cosas, en el alma y el núcleo de su ser, con un fulgor que se expandió desde su ápice para envolverla, protegerla, sumar su energía a la de la bruja.

Y el cielo se partió en dos.

Nunca se había visto una tempestad como aquella, tan vengativa. Los elfos corrieron desperdigados, o más bien lo intentaron, porque había feegles en su camino y los Pequeños Hombres Libres no les guardaban ninguna simpatía. Entre la masacre y los gritos, a Tiffany le pareció que había dejado de estar al mando. Era solo un canal para la furia de la Caliza.

La tierra bajo sus pies se sacudía, temblando como un animal herido y encadenado, anhelante de libertad. Y la corona del pastor brillaba como algo vivo delante de ella.

Una corona de pastor, no de la realeza.

Una corona para alguien que sabía de dónde procedía.

Una corona para la luz solitaria que cruzaba zigzagueando el cielo nocturno, buscando a un solo cordero perdido.

Una corona para la pastora que estaba allí para espantar a los depredadores.

Una corona para la pastora que podía trabajar con los mejores perros pastores que pudieran desearse.

Una corona de pastor.

Y volvió a oír la voz: Tiffany Dolorido es la primera entre pastores, pues antepone los demás a sí misma…

Un rey de los pastores.

No. Una reina.

Sintió la necesidad de pedir perdón a la corona, de disculparse por haber dejado que esos elfos cruzaran y amenazaran aquella tierra, de modo que dijo en un susurro:

—Soy Tiffany Dolorido y mis huesos están en la Caliza. ¡Que la Caliza se purifique!

Y el mundo cambió.

En la ciudad de Ankh-Morpork, Hex escupió un cálculo que le había encargado Ponder Stibbons, y el mago vio que había una respuesta subrayada…

Una rueda de oraciones giró en el monasterio de Oi Dong, y los monjes hicieron una inclinación en señal de gratitud…

Un niño pequeño cogió la mano de su madre en el ahora viajero y dijo:

—Mamá, los malos ya no están…

Llevaba un trenecito de madera en la otra mano, y una mochila pequeña con herramientas al hombro. Quizá se haga ingeniero en este nuevo mundo cuando crezca, pensó su madre.

Y en el País de las Hadas hubo un brusco chasquido, como si una hebra que conectara dos mundos acabara de partirse…

Seguía habiendo combates. Era difícil detener a los feegles cuando llevaban carrerilla, y Tiffany cruzó el campo de batalla ensoñada. Los elfos se habían desbandado e intentaban huir, pero el terreno parecía sujetarlos y ella susurró:

—¡Pido a la Caliza que me traiga al Rey de los Elfos!

La pesada danza de la tierra cambió súbitamente de ritmo.

Se desató una polvareda y en ella apareció el Rey de los Elfos, con su inconfundible hedor, su pelo largo y sus astas de ciervo. Pero ¡cómo apestaba! Ese olor tenía vida propia. Pero en cierto modo, pensó Tiffany, era un hedor masculino y vital.

Su corpachón se inclinó hacia ella.

—Vaya, señora Tiffany. No es que pueda decir que me alegro de verte —saludó el rey—, pero sí debo reconocer que… me sorprende. Ya me sorprendiste una vez —musitó— con el regalo que me dejaste. Un… cobertizo. ¿Qué hacéis los humanos con ese lugar al que llamáis cobertizo? —Parecía intrigado de verdad.

—Es un lugar para las… aficiones. Donde puede cimentarse el futuro —explicó Tiffany—. Y donde los que han vivido mucho pueden recordar.

—Yo tengo muchos recuerdos —dijo el rey—, pero no sabía que ostentaras el poder de ofrecerme diversiones nuevas, de atraerme a renovados placeres. Hay muy pocos en este mundo y en otros que sean capaces de hacerlo.

Y ahora, pensó Tiffany, el Rey de los Elfos me ve como algo más que una chica joven. En aquella segunda reunión, obtuvo su respeto. Pero él también lo merecía, por lo que Tiffany hizo una inclinación de cabeza hacia él, muy, muy leve.

—Te pido disculpas por mis impetuosos súbditos —siguió diciendo con voz indolente, suave y deliciosa—. Yo los encuentro muy molestos, supongo que igual que tú. —Miró con furia al tembloroso Flordeguisante, y luego el cadáver de Beladona—. Tú, elfo, has matado a mi reina, a mi dama Beladona, solo por despecho —gruñó.

Se irguió en toda su altura y dio un bofetón a Flordeguisante con una mano letal. Dejó allí mismo el cadáver tirado, y su empleo descuidado y natural de la violencia impresionó a Tiffany, a pesar de todo lo que sabía sobre los elfos.

—Siento haber tenido que hacerlo —dijo el rey—, pero en general es lo único que entienden. El universo gira, por desgracia, y tendremos que adaptarnos a los cambios o abandonarlo. Aquí teníamos un buen mundo, señora. —Se encogió de hombros—. Lástima eso del hierro. Pero quizá cuando el universo gire, señora Tiffany, podamos encontrarnos de nuevo, en otra vuelta y en circunstancias más felices.

—Sí —dijo Tiffany—, quizá podamos. Y ahora, fuera de mi tierra. —Su voz era dura, y llegó acompañada del penetrante sonido de un silbato y su respuesta en forma de chirrido cuando salió el primer tren de la estación de Doscamisas—. Escuchad, majestad. Eso es la canción que canta el tren de las cinco y veinticinco a Lancre, y ese es vuestro futuro, milord. Metal para toda una vida, si os quedáis.

—Esos mecanismos son interesantes. En el cobertizo tengo herramientas, y me pregunto si esos «trenes» podrían fabricarse… sin hierro —dijo el rey, y añadió con melancolía—: Yo soy hombre de magia, así que debería poder tener cuanto quiera.

—Pero no podéis —replicó Tiffany—. Los ferrocarriles no son para vosotros.

Y le pareció distinguir una expresión pensativa en el Rey de los Elfos al marcharse.

Mientras los últimos elfos regresaban renqueando a su mundo, Tiffany se volvió hacia Rob Cualquiera.

—Rob, enterraremos a la dama Beladona en el lugar donde cayó —dijo en voz baja—. Señalaré el lugar con un túmulo de piedras. Y recordaremos este día. La recordaremos. —Y añadió ya casi sin voz, casi para sí misma—: Necesitamos recordar.



# CAPÍTULO 19

Paz

El amanecer llevó al día y los feegles se dispusieron a darse un festín de bebida, comida, más bebida y relatos, algunos de ellos más grandes que los propios feegles.

Rob Cualquiera miró a Tiffany y dijo:

—Bueeeno, señora, ¡retomamos el campu! Pasa al montículo, que Jeannie tendrá ganas de ver esa testiña tuya tan maja.

Tiffany entró en el túmulo, que parecía más grande que en su última visita. El gran salón estaba rebosante de siluetas que brincaban y kilts que volaban con los reels que bailaban los feegles. Les encantaba hacerlo a todas horas, porque consideraban los pisotones de sus botas en la tierra como un desafío al universo. Y todos ellos querían que todos los demás supieran lo bien que lo habían hecho contra los elfos.

Hasta el último de los feegles jóvenes estaba esperando para contar a Tiffany, su arpía de las colinas, lo valientes que habían sido. Cuando se congregaron unos cuantos a su alrededor, Tiffany preguntó:

—¿Cómo os llamáis, chicos?

Callum Pequeño, un poco atorado, dijo:

—Soy Callum, señora.

—Encantada —respondió Tiffany.

—Sí, señora, y este es mi hermanu Callum.

—¿Os llamáis igual? —preguntó ella—. ¿No hay confusiones?

—Aj, non, yo sé quién soy y él sabe quién es, y tambén lo sabe nuestro otro hermanu Callum.

—¿Y os ha gustado la batalla?

—Aj, sí, y dímosles ben para el pelu. El gran hombre es un mandamás de los duros, ya sabes. Non paró hasta que aveámonos a manejar el mazo y la lanza y el hacha. Y los pieses, claru. Y cuando nosotros tres tuvimos a esos pámpanos en el suelo, para eso estuvieron nuestras botas.

Los ancianos marchaban por el camino.

Tenían una canción nueva, que empezaba así:

—¡La-vi, la-vi, la vida de soldado!

Y con cada estrofa y cada paso, caminaban más derechos y robustos.

¡La-vi, la-vi, la vida de soldado!

Que vi-va el rey y la reina a su lado.

Los e-nemi-gos hemos derrotado

¡Porque nos encanta el olor de la escobina por la noche y huele a victoria cosa mala!

Los que las tenían besaron a sus esposas, que hacía años que no veían tan fogosos a sus maridos, y luego bajaron a la taberna para contárselo todo a sus amigos.

Con una pinta descansando feliz en su mano, el capitán Pacifica se sentó en un mojón que había fuera de la taberna y proclamó:

—¡Pueblo de Lancre! Nosotros pocos, felices pocos, extremadamente avejentados pocos, hemos dado una buena tunda a esos elfos horribles. Dicen que los viejos olvidan, pero nosotros no olvidaremos. Ni por asomo. Creíamos que éramos viejos… pero hoy hemos descubierto que seguimos siendo jóvenes.

Fue el momento de otra ronda de bebidas. Y de otra más, ya que todo el mundo quería pagar al menos un tentempié a los ancianos, hasta que tenerse en pie dejó de ser una opción. Y aun así siguió elevándose el grito de: «¿Tenemos tiempo para otra jarra?».

Mientras la luna se alzaba para anunciar las horas de oscuridad del día siguiente, Geoffrey se quedó flotando en el aire sobre su escoba parada. Desde el suelo, Tiffany le gritó:

—¡Todavía no sé cómo lo consigues!

—Ni idea, Tiffany. ¿No sabe hacerlo todo el mundo? —respondió él—. Vamos a preguntarles, que ya llegan.

En efecto, se aproximaban las demás brujas, encabezadas por Tata Ogg y Magrat. Era tiempo de volver a mirar al futuro, un futuro que ya no estaba plagado de elfos. Pero el presente… bueno, el presente estuvo plagado de las charlas y los cotilleos de las brujas, que compartieron sus historias de las dos batallas.

Rob Cualquiera había encendido un faro y Tiffany vio a las últimas brujas volar en círculos hasta que hubiera espacio libre y después aterrizando una tras otra. Pero ninguna dejó su escoba flotando en el aire: parecía que Geoffrey era el único capaz de mantenerla así más de unos minutos.

—Me pregunto si intentarán entrar otra vez a hurtadillas —dijo Tata Ogg al cabo de un tiempo—. El viejo peludo no es de fiar. Intentaba camelarte, Tiff, por lo que cuentas.

—Lo sé, pero no estoy camelada —respondió Tiffany—. No después de que la única elfa que intentó ser buena muriera. Hemos marcado su tumba, Tata, ¿sabes? Y si intentan regresar, estaremos preparadas para ellos. Podemos reforzar con hierro estas piedras de la Caliza, igual que habéis puesto escobina alrededor de los Danzarines en Lancre. —Se le endureció la voz—. Ahora tengo hierro en el alma. Y me ocuparé de ellos a hierro como se atrevan a volver algún día.

—Bueno —intervino la reina Magrat—, después de tumbarlos tantas veces, creo que el rey hablaba en serio. No creo que vayan a volver.

—¡Pues brindo por que no vuelvan! —exclamó Tata Ogg.

—Señoras, ya que estamos reunidas —dijo Tiffany—, querría hablarles de Geoffrey. Nos ha ayudado mucho, y sé que todas vieron cómo convirtió a los ancianos de Lancre en una fuerza de combate. Es listo, astuto y precavido. Sabe escuchar. Y tiene una especie de magia propia.

—Es verdad —convino Tata—. Geoffrey cae bien a todo el mundo. No sé cómo, pero parece entenderlos a todos. Creedme, hasta hay mujeres mayores que estarían dispuestas a dejar que se ocupe de sus dolores, sus achaques y cosas peores. Calma a la gente. Lo sabéis todas. Es la calma en persona, una calma que permanece después de que se vaya. Y no es solo que alegre a la gente, ojo. Cuando se marcha, de alguna manera están mucho mejor, como si aún mereciera la pena vivir. Personas como esa, como Geoffrey, en fin… hacen que el mundo sea un sitio mejor.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo la señora Carcoma.

—¿Que usted está de acuerdo conmigo? —preguntó Tata Ogg, a punto de quedarse sin palabras.

—Sí, querida, lo estoy.

Y Tiffany pensó: Por fin tendremos paz.

—Gracias, Geoffrey —dijo entre dientes, y en voz alta—: Ahora que no falta nadie, debo decirles que no puedo ocuparme de la encomienda de Yaya. No voy a seguir durmiendo en la cama de Yaya. Porque no soy ella.

Tata sonrió de oreja a oreja.

—Me preguntaba cuándo acabarías haciéndolo, Tiff. Tienes que ser tú misma, al fin y al cabo.

—Mis raíces están en la Caliza y la Caliza es mi fuerza —siguió diciendo Tiffany—. Mis huesos formarán parte de estas colinas, igual que los de mi abuela Dolorido.

Hubo murmullos entre las brujas. A aquellas alturas, todas habían oído hablar de la abuela Dolorido.

—Y también tengo un buen par de botas. Igual que no puedo dormir en la cama de Yaya Ceravieja, tampoco puedo llevar sus botas.

Tata soltó una risita.

—Las recogeré la próxima vez que pase por la casita, Tiff. Sé cómo son las botas de Esme y conozco a una bruja joven a la que le irán de perlas.

—Hablando de brujas jóvenes —dijo Tiffany—, la señorita Lento me ha encontrado a unas chicas que prometen. ¿Puedo enviarlas a las montañas para que empiecen a adiestrarse? Más adelante necesitaré ayuda en la Caliza.

Las brujas estaban asintiendo con la cabeza. Por supuesto. Así era como se hacía: las chicas, como Nancy Erguido y Becky Perdón, pasaban un tiempo con las brujas mayores y aprendían lo básico de su oficio.

Tiffany respiró hondo.

—Y lo que quiero sugerir es que se permita a Geoffrey cuidar de la casita de Yaya Ceravieja y de su encomienda por mí —dijo, mirando a Tata y recibiendo un guiño a cambio.

Desvió la mirada hacia la señora Carcoma y se sorprendió al verla asentir.

—Es un joven muy majo y decente, y todas hemos visto cómo trabaja, y viviendo en tiempo de ferrocarriles quizá deberíamos cambiar nuestras costumbres. Sí, creo que don Geoffrey debería ocuparse de la encomienda de Yaya… de Tiffany, en Lancre. No es una bruja, pero desde luego es mucho más que el típico mozo de plaza.

Tiffany casi podía ver cómo trabajaba la mente de la señora Carcoma, y no le cupo duda de que la siguiente vez que viera a la bruja, tendría un aprendiz por alguna parte.

—¿Cómo lo llamabas, Tiff? —preguntó Tata—. ¿Un tejecalmas, era? ¿Lo dejamos en eso de momento?

Pero Magrat también tenía algo que decir.

—Verence se ha enterado de lo que hizo para ayudar a los ancianos —dijo—, y cree que habría que recompensarlo. Y me parece que sé lo que le encajaría como un guante…

Y fue así como, unas semanas después, lord Sablazo se quedó patidifuso al ver a su tercer hijo llegar con orgullo en su alargado carruaje, con un heraldo junto a él y un pendón con el escudo de Lancre ondeando al viento. El mismo escudo que también adornaba el sayo de terciopelo que cubría los costados de Mefistófel[[55]](#footnote-55)es.

—¡Su excelencia, el embajador real Geoffrey Sablazo! —anunció el heraldo, y sacó unas notas de la trompeta que sostenía.

La madre de Geoffrey sollozó de alegría, mientras su padre, un hombre al que jamás afectaría un tejecalmas, contenía la cólera al tenerse que inclinar ante el hijo al que había tratado como un don nadie. Pero nadie discutía con el poder de una corona.

La visita tenía un propósito, sin embargo. Tras las habituales inclinaciones, lisonjas y reverencias que recibía por principio cualquier emisario real, Geoffrey sonrió a los presentes y dijo:

—¡Padre, traigo buenas noticias! En el campo siempre nos sentimos desatendidos por los que viven en la gran ciudad, pero permíteme asegurarte que hoy no es el caso. De hecho, hace poco ha habido una novedad importante en el campo de los… cercados. Unos jóvenes de Ankh-Morpork, cuyos padres pueden consentirles sus deseos… —Y se dio unos golpecitos en la nariz para señalar que confiaba en que su padre conociera a esos otros padres tan importantes—. Esos jóvenes creen que quizá ya no sea necesario cazar al viejo y taimado García para proteger nuestros pollos. —Sonrió—. Han inventado un nuevo tipo de cercado que es del todo a prueba de zorros. Y tú, padre, eres el afortunado terrateniente que se ha escogido para poner a prueba este diseño.

Mientras su padre farfullaba y su hermano Hugh gritaba un hurra sin motivo aparente salvo que a veces alguien tenía que hacerlo, Geoffrey miró a su alrededor. Reparó en la cara de su madre. Normalmente tenía aspecto de que el mundo la hubiera pisoteado tantas veces que casi invitaba a pisotearla de nuevo, pero Geoffrey la vio con la espalda recta y la barbilla alzada.

—Harold, nuestro hijo ha hecho maravillas, y ahora tiene a un rey que lo honra y lo trata como amigo —dijo orgullosa—. No me mires así, Harold, porque hoy es el día en que hablo. Y la reina de Lancre me ha invitado a visitarla —añadió con satisfacción.

Hubo un balido de Mefistófeles y, mientras el padre de Geoffrey daba media vuelta para alejarse a zancadas, el macho cabrío le dio la espalda y arreó una coz doble con sus infernales pezuñas en todo el trasero de lord Sablazo. Seguido de un estridente pedo al que poco faltó, aunque no lo lograra, para tapar el sonido que hizo el hombre al caer cuan largo era.

—Un macho cabrío de lo más útil para maniobras ofensivas —murmuró Geoffrey a McTavish, que había llegado junto a él.

El viejo mozo de cuadra miró a su alrededor.

—Y con la ventaja de que tu padre no puede tocarlo —dijo guiñándole el ojo—. No con la capita esa que lleva en el lomo. —Se sorbió la nariz—. Pero, caramba, cómo castiga la nariz Mefistófeles. Huele hasta peor de lo que recordaba.

—Sí —convino Geoffrey—, pero sabe subir a árboles. Y usar el excusado. Y hasta contar. Es un animal extraño, que puede volver luminoso un día encapotado. Mírale a los ojos alguna vez.

McTavish lo hizo, y se apresuró a apartar la mirada.



# EPÍLOGO

Un susurro en la Caliza

Dos días después de la batalla, Tiffany llevó un caballo de la granja a la cima de las colinas. Era una mañana perfecta de principios de otoño. Las águilas ratoneras chillaban en un cielo de un azul maravilloso y había una vista clara hasta lejanas montañas de Lancre, con las cimas nevadas ya en aquella época del año.

Siempre había ovejas en esa parte de las lomas, hiciera el tiempo que hiciese. A aquellas alturas del año, los borregos jóvenes daban coces al aire y se perseguían entre ellos mientras las ovejas pastaban cerca. Para quienes lo sabían, allí había un lugar emblemático y bien conocido. Un lugar especial tanto para las ovejas como para los granjeros. El lugar en el que la abuela Dolorido reposaba bajo la hierba.

Solo quedaban a la vista las ruedas de hierro de su cabaña y la vieja estufa redonda con su tiro, pero era un terreno sagrado: Tiffany subía a mirarlo siempre que se sentía machacada por el mundo, y allí, donde nunca dejaba de soplar el viento, tenía la sensación de poder enfrentarse a cualquier cosa.

Con la ayuda del caballo y una cuerda resistente, Tiffany sacó las ruedas oxidadas del suelo en que las habían dejado atascadas, y luego no paró hasta que estuvieron engrasadas y recompuestas del todo. Rob Cualquiera se quedó un rato mirándola después de que Tiffany rechazara su oferta de ayuda, y luego se fue con expresión confundida, murmurando algo sobre mochuelos y las cosas que le gustaría hacerles.

Al día siguiente Tiffany fue a ver al viejo señor Bloque, el carpintero de la zona. De pequeña había tenido una casita de muñecas hecha por él, pero ahora tenía en mente un hogar más grande.

El hombre se alegró de verla, pero le sorprendió descubrir lo que Tiffany quería de él.

—Señor Bloque, me gustaría que me enseñara carpintería. Voy a construirme una cabaña, una cabaña de pastoreo.

El carpintero era una persona amable y se ofreció a ayudar.

—Tú eres bruja —le dijo—, y yo, carpintero. Hacer una cabaña pequeña como la que quieres no me costaría mucho tiempo. Tu abuela siempre fue muy buena con mi familia, y tú ayudaste a mi hermana Margaret. Te la construiría yo encantado.

Pero Tiffany estaba decidida.

—Se lo agradezco mucho —respondió—, pero todo el trabajo de esa cabaña debo hacerlo yo. Será mía de arriba abajo, y la llevaré donde vuelan las alondras. Y seguiré siendo bruja cuando vengan a llamarme, pero viviré allí.

Yo sola, se dijo, al menos de momento, porque a saber lo que podía deparar el futuro… Y su mano reptó casi por iniciativa propia hacia su bolsillo, donde había guardado la última carta de Preston para saborearla más tarde.

Así fue como Tiffany aprendió carpintería por las tardes, después de terminar sus labores del día. Le costó varias semanas terminar el trabajo, pero al final hubo una nueva cabaña de pastoreo cerca de la tumba de la abuela Dolorido.

Tenía tres escalones hasta su puerta de madera, una herradura y un mechón de lana de oveja, la marca del pastor, ya clavados en su sitio, y un techo en arco que cubría un pequeño espacio en el que Tiffany había construido una cama, un armarito, unos estantes y había dejado hueco para una jofaina. Desde la cama podía contemplar las lomas por una ventana pequeña, hasta el horizonte. Podía ver los amaneceres, los anocheceres y el baile de disfraces de la luna: la magia cotidiana que no por ello era menos magia.

Volvió a cargar el viejo caballo de la granja con el colchón de su viejo dormitorio y sus parcas posesiones, se despidió de sus padres y partió colina arriba alumbrada por el último sol del día.

—¿Estás segura, jiggit, de que esto es lo que quieres de verdad? —le preguntó su padre.

—Sí —respondió Tiffany.

Su madre lloró y le regaló una colcha nueva y una hogaza recién horneada para acompañar el queso que había hecho Tiffany por la mañana.

A mitad de la ladera, Tiffany se volvió para mirar la granja y vio a sus padres, todavía cogidos del brazo. Saludó con la mano y siguió ascendiendo sin volver a mirar atrás. Había sido un día largo. Todos los días eran largos.

Más tarde, después de hacerse la pequeña cama en la cabaña, salió a recoger un poco de yesca. La gata blanca, Tú, la siguió de cerca.

Tiffany conocía los pequeños senderos de la Caliza. Los había recorrido con la abuela Dolorido muchos años antes. Y al llegar al bosquecillo que había al final de la cuesta, le pareció ver a alguien caminando entre las sombras negruzcas de los árboles.

No era una sola persona. Parecía haber dos siluetas, ambas extrañamente conocidas. Junto a ellas, atentos a cada gesto, a cada asentimiento, a cada silbido, trotaban dos perros pastores.

Yaya Ceravieja, pensó Tiffany. Al lado de la abuela Dolorido, y con Trueno y Relámpago acompañándolas. Y las tenues palabras se liberaron en su cabeza: Tú eres la corona del pastor, jiggit. Tú eres la corona del pastor.

Una de las siluetas miró hacia ella e hizo un breve asentimiento, mientras la otra se detenía y se inclinaba hacia ella. Tiffany les devolvió la inclinación, solemne, respetuosa.

Y las siluetas desaparecieron.

En el camino de vuelta a la cabaña, Tiffany miró a la gata y, por impulso, le habló.

—¿Dónde está Yaya Ceravieja, Tú?

La gata dejó de andar y, al poco, dio un largo maullido que pareció terminar en: «Miauuun… todas partes». Y luego ronroneó, como cualquier otro gato, y frotó su dura cabecita contra la pierna de Tiffany.

Tiffany pensó en el pequeño claro del bosque donde habían dejado a Yaya. Y recordó.

Y supo que Tú tenía razón. Sin duda, Yaya Ceravieja estaba en aquel lugar. Y en ese otro. Estaba, de hecho, y siempre estaría, en todas partes.

Fue llegando una larga sucesión de visitantes a la cabaña de pastoreo, cuando corrió la voz de que Tiffany había regresado de verdad a la Caliza.

Joe Dolorido subió para darle mensajes, entregarle una carta (¡de Preston!) y llevar a Tiffany las cosas que su madre había decidido que necesitaba. Su padre contempló la pequeña y ordenada cabaña con aprobación. Tiffany había hecho muy cómodo el espacio. Joe miró los libros de la estantería y sonrió. Tiffany había dejado el ejemplar de Enfermedades de las ovejas de la abuela Dolorido en la granja, pero tanto Flores de la Caliza como El libro de cuentos de hadas del buen infante tenían su sitio junto a la pequeña corona del pastor que él le había entregado. Detrás de la puerta había un gancho de madera donde Tiffany colgaba su sombrero de bruja.

—Creo que esto también te vendrá bien —dijo su padre, sacándose del bolsillo una botella de linimento especial para ovejas (preparado según la receta de la abuela Dolorido) y dejándolo en el estante.

Tiffany rió y confió en que su padre no hubiera oído el grito de «¡Pardiez!» que llegó del techo de la cabaña.

Joe levantó la mirada al ver caer polvo del lugar donde Yan Grande se había sentado encima de Wullie Chiflado para que chistara el boquerón.

—Espero que no te haya salido carcoma tan pronto, Tiff.

Su hija rió de nuevo y le dio un abrazo de despedida.

El señor Bloque también fue de los primeros en visitarla. Subió la colina jadeando y encontró a Tiffany sentada con la gata Tú en el regazo, ordenando unos trapos.

Tiffany miró con nerviosismo cómo el viejo carpintero rodeaba la cabaña y se agachaba para mirar debajo con profesionalidad. Cuando terminó, Tiffany lo invitó a una taza de té y le pidió su opinión.

—Lo has hecho bien, muchacha. Muy bien. Nunca había visto a un aprendiz que lo cogiera todo tan deprisa, y eso que tú eres una chica.

—No soy una chica —dijo Tiffany—. Soy una bruja. —Y mirando a la gata que tenía al lado, preguntó—: ¿A que sí, Tú?

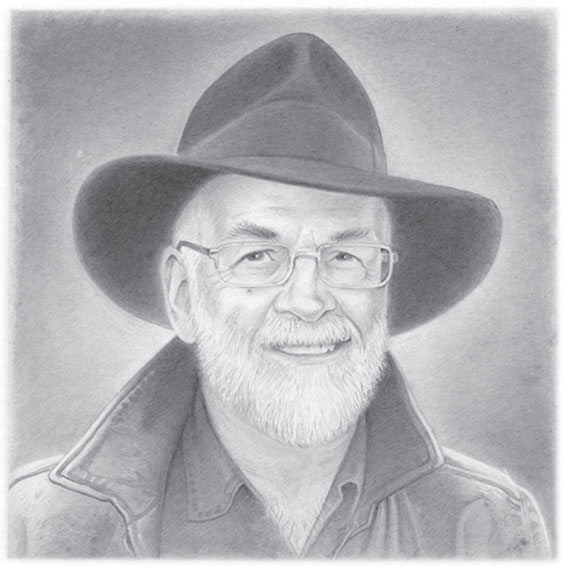
La sospecha asomó un momento a los ojos del señor Bloque.

—Entonces ¿usaste magia para construir la cabaña?

—No hizo falta —respondió Tiffany—. La magia ya estaba aquí.

Fin.





1948–2015

Nota

La corona del pastor es la última novela de Terry Pratchett. La escribió durante el último año antes de ceder, a principios de 2015, a la «jodienda» de su atrofia cortical posterior. Se la habían diagnosticado en 2007, el año en que escribió Nación. En esa época Terry creía que quizá le quedaran menos de dos años de vida, y eso trajo consigo una nueva urgencia en su escritura. No es que antes se la tomara con holgazanería ni mucho menos, pero a partir de entonces las cosas pasaron a medirse en términos de su coste en tiempo de escritura. Si algo que requería su presencia iba a alejarlo del trabajo, ese algo tenía que merecer mucho la pena, como por ejemplo dar de comer a los pollos o cuidar de sus tortugas de tierra. Había muchos más libros por escribir.

Dice mucho de la resistencia de Terry y de su determinación a no caer sin dar pelea que escribiera cinco novelas superventas entre Nación y La corona del pastor (además de colaborar con Stephen Baxter en otras cinco novelas de la serie «La Tierra Larga»). Y Terry siguió desarrollando nuevas ideas para libros hasta sus últimos meses.

Terry solía trabajar en más de una novela al mismo tiempo, y descubría de qué iba cada una sobre la marcha. Empezaba en algún punto concreto y se contaba [[56]](#footnote-56)a sí mismo la historia a medida que la escribía, plasmaba las partes que iban quedándole claras y por último les daba forma como un todo, igual que en un gigantesco puzle literario. Cuando el libro ya tenía forma, seguía escribiendo, añadiéndole detalle, arreglando lo que no acababa de encajar, puliendo sin cesar e incorporando escenas de enlace, dejando caer otro suceso o una nota al pie más. A menudo sus editores tenían que arrancarle el manuscrito de las manos, porque siempre tenía la sensación de que podía hacer más, aunque para entonces ya estuviera inmerso en su nuevo libro y con otra historia tirándole de la manga. Al final el libro se enviaba a imprenta y entonces Terry lo dejaba marchar a regañadientes.

Terry llevaba unos años dando vueltas a los elementos clave para la última historia de Tiffany Dolorido y Yaya Ceravieja. Escribió sus escenas cruciales mientras aún trabajaba en A todo vapor, y más tarde las reescribió varias veces mientras organizaba La corona del pastor en torno a ellas.

La corona del pastor tiene planteamiento, nudo y desenlace, y los trozos que van entre ellos. Todo lo escribió Terry. Pero aun así, cuando murió no estaba tan concluido como a él le habría gustado dejarlo.

Si Terry hubiera vivido más tiempo, casi seguro que habría hecho añadidos a este libro. Hay cosas de las que todos querríamos saber más. Pero lo que nos dejó es una novela excepcional, el último libro de Terry Pratchett. Y si hay algo en él de lo que queréis saber más, haríais bien en imaginarlo vosotros mismos.

ROB WILKINS,

Salisbury, Reino Unido

mayo de 2015



Agradecimientos

A pesar de los efectos de su enfermedad de Alzheimer, Terry quiso seguir escribiendo tanto tiempo como le fuera posible, y lo logró en parte gracias al apoyo de su gran equipo editorial. Lyn, Rhianna y Rob querrían agradecer muy especialmente a Philippa Dickinson y Sue Cook su inagotable ayuda y sus ánimos, que mantuvieron las palabras fluyendo.



Un glosario feegle

adaptado para lectores de disposición delicada(Obra inacabada de la señorita Perspicacia Lento, bruja)

Aliviar tu/mi/su malandanza: afrontar el destino que tú/yo/él/ella tiene reservado.

Arpía: una bruja, sea de la edad que sea.

Arpía de arpías: una bruja muy importante.

Arpiar/arpiadas: cualquier cosa que haga una bruja.

Babayu: persona inútil.

Cagadoiro: el excusado.

Caviño: animal peludo con la cola blanca en forma de pompón, lo que los hace muy fáciles de localizar. A veces también se llaman conejos. Son buenos para comer, sobre todo acompañados de salsa de caracol.

Corviñu: ave negra y grandullona, que casi todo el resto del mundo conoce como «cuervo».

Destrueñar: estar desesperado. Por ejemplo: «Me destrueño por una taza de té».

Empreñar: preocupar, molestar.

Escondos: secretos.

Espantu: Ver «Intriguero».

Espog: saquito de cuero que los feegles llevan en la parte delantera de su kilt, que supuestamente cubre todo lo que el feegle considera necesario cubrir y suele contener cosas como algo que se ha dejado a medio comer, algo que ha encontrado y por tanto ahora le pertenece y cualquier cosa que esté usando a modo de pañuelo, no necesariamente muerta.

Fai moito: hace mucho tiempo.

Gonnagle: bardo del clan, versado en música y relatos.

Gran hombre: jefe del clan (normalmente, el marido de la kelda).

Grandullones: seres humanos.

Güeyus: Ojos.

Intriguero: persona desagradable.

Kelda: la líder femenina del clan y, con el tiempo, la madre de casi todos sus miembros. Los bebés feegles son muy pequeños, y una kelda dará a luz a centenares de ellos a lo largo de su vida.

Lamentu: expresión general de desesperación.

Linimento especial para ovejas: probablemente whisky de destilería clandestina, me temo. Uno de los favoritos de los feegles. No intenten hacerlo en sus casas.

Mamalón: ver «Babayu».

Melindrero: misterioso, extraño. A veces también significa «oblongo», por algún motivo.

Mochuelo: un compromiso muy importante, respaldado por la tradición y la magia. No confundir con el ave.

Pámpano: persona desagradable en términos generales.

Papaberzas: persona realmente desagradable.

¡Pardiez!: exclamación de sentido general, que puede significar cualquier cosa desde «¡Madre mía!» hasta «Acabo de perder los estribos y aquí va a haber jaleo».

Pelleja: mujer anciana.

Tochuras: tonterías, cosas sin sentido.

Topetiño: persona débil.

Trompo: me han asegurado que significa «cansado».

Último Mundo: Los feegles creen que están muertos. Argumentan que este mundo está tan lleno de todo lo que les gusta que deben de haber sido buenísimos en su vida anterior, y por eso al morir terminaron en este lugar. Cuando parecen morir aquí, lo que ocurre es simplemente que regresan al Último Mundo, que consideran bastante aburrido.

Vaporiño: solo se encuentran en los grandes montículos feegle de las montañas, donde existe la suficiente agua para bañarse con regularidad. Es una especie de sauna. Los feegles de la Caliza suelen confiar en el hecho de que solo pueden acumular cierta cantidad de suciedad antes de que empiece a desprenderse por iniciativa propia.

Vejiñas: cosas lanudas que comen hierba y dicen «bee». No confundirlas con señoras mayores.

Xantada: Gachas con una gotita añadida de licor fuerte… o más de una. Advertencia: hace salir pelo en el pecho.

1. Todos los feegles tenían la férrea creencia de que tenían que estar muertos, ya que el mundo en el que habían pasado a vivir era grandioso, repleto hasta los topes de oportunidades para robar, pelear y beber. Un paraíso digno de héroes fallecidos. [↑](#footnote-ref-1)
2. A veces literalmente, ya que las keldas solían dar a luz a siete bebés a la vez. La propia Jeannie había tenido una hija en su primer parto. [↑](#footnote-ref-2)
3. Al padre de lord Sablazo le parecía buena inversión, ya que lo había pasado de rechupete bebiéndose la fortuna familiar. Por lo menos, se lo pareció hasta el día en que bebió tanto que un mal tropezón lo llevó a conocer a un hombre con una carencia extrema de carne en los huesos y el definitivo añadido de una guadaña, bastantes años antes de lo que habría debido. [↑](#footnote-ref-3)
4. Además, sabía que de vez en cuando los dioses hacían peticiones molestas. Tenía un socio que había elegido adorar a Offler, el dios cocodrilo, y resultó que tenía que construir una pajarera y llenarla de aves limpiamuelas para satisfacer en cualquier momento los caprichos odontológicos de su deidad. [↑](#footnote-ref-4)
5. Era cierto, pero sí llegaba mucha gente de Cuatroequis, como suele pasar con cualquier Sitio-Del-Que-Nadie-Sabe-Nada. Lo que ocurría era que luego nunca se molestaban en regresar. [↑](#footnote-ref-5)
6. Demostrando así que de los libros puede aprenderse mucho, aunque sea nombres que poner a cabras listas y diabólicas. [↑](#footnote-ref-6)
7. Todo chico que hubiera recibido una buena educación conocía la leyenda de Pilotus y su hijo Langas, que se fabricaron unas alas cosiendo plumas y vilanos. El chico al menos voló un poco, pero su anciano y orondo padre se estrelló. La moraleja de la historia es: entiende lo que estás haciendo antes de hacerlo. [↑](#footnote-ref-7)
8. El jabón de Yaya era como sus consejos: duros, rasposos y un poco irritantes en el momento, pero funcionaban. [↑](#footnote-ref-8)
9. Era una idea popular sobre todo entre los chicos jóvenes, ya que creían que todo el mundo (y ese «todo el mundo» incluía en buena medida a las chicas jóvenes) debía nadar desnudo. [↑](#footnote-ref-9)
10. Pero Agnes tenía la práctica excusa de que, si se portaba mal, quizá no hubiera sido Agnes quien bailaba sobre la mesa como una pictsie enloquecida, sino su otra personalidad, Perdita, que era mucho más extrovertida y, por cierto, también mucho más delgada. [↑](#footnote-ref-10)
11. Ella no lo sabía, pero un joven y aplicado filósofo de Efebia se había propuesto resolver ese mismo enigma, hasta que una mañana lo encontraron —o mejor dicho, encontraron casi todo de él— rodeado por una buena cantidad de gatos ronroneantes y bien alimentados. Después, nadie pareció muy ansioso por continuar sus experimentos. [↑](#footnote-ref-11)
12. Y su alimentación. Era increíble el mal gusto que podía dejar en la boca pasar toda la noche como un búho, comiendo ratones. [↑](#footnote-ref-12)
13. Ni lo había necesitado nunca. Yaya Ceravieja era como la proa de un barco: el mar se separaba cuando ella aparecía. [↑](#footnote-ref-13)
14. Pronunciado «Caj-coum». [↑](#footnote-ref-14)
15. Fue la única ocasión documentada en que los feegles reconstruyeron un pub que antes hubieran dejado seco a tragos y demolido. Lo que ocurrió fue que la versión reconstruida quedó encarada hacia el lado opuesto. Con un forúnculo bien repleto en el cuello en cuestión. [↑](#footnote-ref-15)
16. El aburrimiento de cerdos ahorraba muchos chillidos espantosos. Una aburridora de cerdos como Petulia hablaba a los cerdos hasta que morían de aburrimiento, sin más. [↑](#footnote-ref-16)
17. A grandes rasgos, si algo llevaba hierbas, Magrat y Verence lo consideraban saludable. Con algunas plantas del jardín de Yaya quizá les habrían surgido dudas. Al menos a corto plazo. Y tal vez no fuese prudente del todo alejarse mucho del excusado. [↑](#footnote-ref-17)
18. Aunque la creencia popular afirmara lo contrario, Tiffany no había conocido a ninguna bruja capaz de manejar una escoba y sostener un paraguas a la vez. [↑](#footnote-ref-18)
19. También solía estar el hombre que se metía comadrejas en los pantalones. De ahí que hiciera falta un médico. [↑](#footnote-ref-19)
20. En las alturas hacía un frío de mil demonios, y ninguna bruja razonable se lanzaba a los cielos sin varias capas de franela entre ella y el palo de la escoba. [↑](#footnote-ref-20)
21. Otra pequeña pista. [↑](#footnote-ref-21)
22. La palabra «bastante» no tenía bastantes letras para describir las numerosas labores que toda mujer que entrara por matrimonio en la familia Ogg descubría que se esperaban de ella. [↑](#footnote-ref-22)
23. Pronunciado de forma que los oyentes lo aprendían al instante. [↑](#footnote-ref-23)
24. Y al oírla también, porque la ingente cantidad de joyas que llevaba la señora Carcoma anunciaba su presencia con un tintineo tan alegre que parecía querer evolucionar de juego de amuletos a fanfarria completa. [↑](#footnote-ref-24)
25. El problema era que a los feegles no les importaba mentir como bellacos sobre casi cualquier cosa, por lo que Tiffany seguía entrando en cualquier excusado siempre alerta, a la caza de cualquier atisbo de Nac Mac Feegle. Una vez hasta había tenido la pesadilla de que salía disparado un feegle del otro agujero del retrete doble de sus padres. [↑](#footnote-ref-25)
26. Pronunciado «Chofli», siguiendo la extraña norma de que cuanto más se aburguesa una familia, más particular se vuelve la pronunciación de su apellido. Una vez Tiffany había oído a un visitante de alta cuna apellidado Ponsonby-Macklewright (Pwt) referirse a Roland como Chf. Se preguntó cómo se las ingeniarían en la cena cuando Pwt tuviera que decir a Chf que le presentaba a Wm o a Jmpf. ¿No habría malentendidos? [↑](#footnote-ref-26)
27. Descubrir verdades era mucho más difícil. [↑](#footnote-ref-27)
28. Hacía falta ser muy valiente para contemplar un clan de los Nac Mac Feegle y no tener ganas de atarse las perneras de los pantalones a los tobillos. [↑](#footnote-ref-28)
29. El Sapo era el abogado de los feegles, encerrado en un cuerpo de sapo como resultado de un malentendido con un hada madrina. [↑](#footnote-ref-29)
30. En realidad fueron los feegles los que habían prendido fuego a la escoba de Tiffany, por lo que hubo que ponerle cerdas nuevas. [↑](#footnote-ref-30)
31. Alguna ventaja tenía que tener vestirse con una cantidad de capas que alcanzaba las dos cifras. A los enanos les gustaba llevar muchas capas de cota de mallas, chaquetas y, por supuesto, el tradicional jubón de lana que en la práctica hacía innecesaria la cota de mallas. [↑](#footnote-ref-31)
32. La palabra «río» no alcanza a describir el lodazal que es el río Ankh a su paso por la ciudad, aunque por supuesto es un buen raudal en Lancre. [↑](#footnote-ref-32)
33. Sirvientes uberwaldianos que en general trabajan de médicos o ayudantes de científicos locos y creen que una puntada a tiempo ahorra muchos problemas a largo plazo. Se aficionan a intercambiar partes del cuerpo a edades muy tempranas, a menudo con otros miembros de la misma familia, hasta el punto de que si un Igor comenta: «Tiene la nariz de su tío», sabe lo que dice. [↑](#footnote-ref-33)
34. Es decir, en realidad era una escoba nueva. Tan nueva como la famosa hacha minera que llevaba novecientos años perteneciendo a la familia del rey de los enanos, al menos. [↑](#footnote-ref-34)
35. El barón había entregado a los feegles su propia tierra, y prometido que en ella no entraría ningún metal afilado más grande que un cuchillo, pero como los propios feegles mentían sin parar, les gustaba tener la bota, la testa y el puño dispuestos por si llegaba algún otro mentiroso. [↑](#footnote-ref-35)
36. El vuelo en sí lo hacía Morag, el águila ratonera adiestrada, por supuesto. El arte de volar no tenía secretos para Hamish. Los aterrizajes eran otra historia. [↑](#footnote-ref-36)
37. Cabría pensar que, con un nombre como Pestuzo, el pueblo tendría pocas visitas. Pero en realidad la aldea de Pestuzo había sido un destino muy popular para el turismo de montaña. A la gente le gustaba enviar mensajes a casa diciendo: «No veas qué peste en Pestuzo», y luego volvían con recuerdos para sus seres queridos, como túnicas que tenían escrito: «Estuve en Pestuzo y lo único que traje a casa es esta túnica pestuza». Por desgracia para los lugareños, la llegada del ferrocarril, o en el caso de Pestuzo la ausencia del ferrocarril, se fue llevando los turistas a otra parte, y Pestuzo estaba disgregándose poco a poco, malviviendo a base de venderse cosas unos a otros. [↑](#footnote-ref-37)
38. Yan Grande era muy alto para ser un feegle, y llevaba en la frente las típicas cicatrices de los que superan la estatura media y siempre tienen algún problemilla con las puertas. [↑](#footnote-ref-38)
39. Aparecía en El libro de cuentos de hadas del buen infante, y explicaba cómo dos pequeños elfos habían ayudado en secreto a un pobre zapatero. Pero, por desgracia, la experiencia había enseñado a Tiffany que la mayor parte de lo que decía aquel libro no tenía nada que ver en absoluto con el auténtico País de las Hadas. [↑](#footnote-ref-39)
40. La mayoría de las princesas nunca intentan besar sapos, de todos modos, lo que llevaba muchos años apenando al abogado sapo de los feegles. [↑](#footnote-ref-40)
41. El amigo de Tata era el conde Casavieja, salteador de pocos saltos. Era un bandolero que llevaba una escalerilla en su caballo, dado que era un enano, además de todo un galán con cualquier dama que se encontrara. [↑](#footnote-ref-41)
42. Idea que sin duda acabaría quitándose de la cabeza con la edad, al menos si sobrevivía el tiempo suficiente. [↑](#footnote-ref-42)
43. Alguna vez se ha dicho que los elfos eran como los gatos, pero al menos los gatos podían trabajar en equipo (por ejemplo, al repartirse una presa abatida), mientras que, con tanta riña y disputa, a los elfos podrían robarles la comida. [↑](#footnote-ref-43)
44. Tenía un color verde bastante venenoso antes de calentarlo, pero en la mayoría de los casos el fin justifica las verduras. [↑](#footnote-ref-44)
45. También desaparecía bastante deprisa, como descubría cualquiera a quien diesen oro de las hadas. Solía ocurrir a la mañana siguiente, lo que muchas veces implicaba una noche animada en la taberna. Y una siguiente noche aún más animada, si se visitaba el mismo establecimiento. [↑](#footnote-ref-45)
46. Era muy cierto, aunque salir a veces les costaba más, sobre todo si había bebida fuerte por allí. [↑](#footnote-ref-46)
47. Y lo era. Como decía el típico chiste, la mayoría de los habitantes de Tajada parecían ir tajados todo el día. [↑](#footnote-ref-47)
48. Parece ser una verdad inalterable que, siempre que se reúnen dos o más damas de alta cuna, las magdalenas son esenciales. En su ausencia, el techo podría caer sobre sus cabezas. [↑](#footnote-ref-48)
49. Una palabra muy amable en el caso de Agnes, que solo empleaban sus amigos. [↑](#footnote-ref-49)
50. Una danza que solo debía ejecutarse si no había mujeres presentes. Bastaba con verla una vez para entender por qué. [↑](#footnote-ref-50)
51. La mayoría de las brujas normales y trabajadoras creían que el mejor uso que podía darse a un libro era en un clavo dentro del excusado. [↑](#footnote-ref-51)
52. O al menos, una parte de él. Sus recuerdos se habían trasladado a la mente de Tiffany después de un suceso que tuvo lugar en sus inicios como bruja. El conocimiento más bien pedante del mago, sobre todo en lo relativo a idiomas antiguos, podía venir muy bien a veces, como cuando quería leer algún menú peculiar de Ankh-Morpork. [↑](#footnote-ref-52)
53. Había gran cantidad de todos ellos para elegir en Lancre, por lo que no le faltarían campos de batalla. Siempre que todos fuesen en pendiente, claro. [↑](#footnote-ref-53)
54. Horacio era un queso caníbal y miembro adoptivo del clan feegle. [↑](#footnote-ref-54)
55. Shawn Ogg, en otro de sus cometidos reales. [↑](#footnote-ref-55)
56. Ahora nunca sabremos cómo los ancianos de los Cañones Crepusculares resolvieron el misterio de un tesoro desaparecido e impidieron el alzamiento de un señor Oscuro, a pesar de sus memorias en recesión, ni el secreto de la cueva de cristal y las plantas carnívoras en El incontinente oscuro, ni la forma en que el alguacil Feeney llegó al fondo de un crimen entre los congénitamente decentes y sinceros trasgos, ni cómo iba a ser el segundo libro protagonizado por el sin par Mauricio, ahora gato de barco. Y esas son solo unas pocas de las ideas que conocían sus parientes y colaboradores. [↑](#footnote-ref-56)